

DOS VIDAS. DOS AMORES.
UNA DECISIÓN

*la luz
que
perdimos*

A golden silhouette of a couple embracing, set against a blue background with a city skyline and falling confetti.

JILL SANTOPOLO

SUMA
de letras

Jill Santopolo

La luz que perdimos

Traducción de
Inés Belaustegui Trías



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A la ciudad de Nueva York

PRÓLOGO

Hace casi media vida que nos conocemos.

Te he visto sonreír, seguro de ti, dichoso.

Te he visto roto, herido, perdido.

Pero nunca te había visto de esta manera.

Me enseñaste a buscar la belleza. En medio de la oscuridad, de la destrucción, tú siempre hallabas luz.

Yo no sé qué belleza voy a encontrar aquí, qué luz. Pero lo voy a intentar. Por ti. Porque sé que tú harías lo mismo por mí.

Había tanta belleza en nuestra vida cuando estábamos juntos.

Quizá debería empezar por ahí.

Hay objetos que nos transmiten la sensación de haber sido testigos mudos de la historia. En tiempos imaginaba que la mesa de madera alrededor de la que nos sentábamos para el seminario de Kramer sobre Shakespeare en nuestro último curso de carrera era tan vieja como la propia Universidad de Columbia, que llevaba en aquella aula desde 1754, que su borde se había ido alisando por el desgaste de siglos de estudiantes similares a nosotros, lo cual era imposible, por supuesto. Pero eso era lo que yo me figuraba. Me imaginaba a los estudiantes que se habían sentado allí durante la Guerra de Independencia, la Guerra Civil, las dos guerras mundiales, Corea, Vietnam y la Guerra del Golfo.

Tiene gracia, si me preguntases quién más había aquel día, creo que sería incapaz de responderte. Antes podía visualizar nítidamente la cara de todos. Pero, trece años después, solo te recuerdo a ti y al profesor Kramer. Ni siquiera me acuerdo de cómo se llamaba la ayudante que entró corriendo, tarde. Más tarde incluso que tú.

Kramer acababa de pasar lista cuando asomaste por la puerta. Me sonreíste, una aparición fugaz de tu hoyuelo en la mejilla, mientras te quitabas rápidamente la gorra de los Diamondbacks y te la guardabas en el bolsillo de atrás. Tus ojos se posaron enseguida en la silla vacía que había a mi lado y, acto seguido, te posaste tú.

—¿Y usted es...? —preguntó Kramer mientras sacabas de la mochila un cuaderno y un boli.

—Gabe —respondiste—. Gabriel Samson.

Kramer puso una marquita junto a tu nombre en la lista que tenía delante, en la mesa.

—Que en lo que queda de trimestre pueda ponerle siempre «Puntual», Samson —te conminó el profesor—. La clase empieza a las nueve. Mejor, que pueda ponerle «Antes de hora».

Tú respondiste moviendo la cabeza en señal de afirmación y Kramer comenzó a hablar de los temas presentes en *Julio César*.

—«Nosotros, en la cúspide, estamos expuestos al reflujo —leyó en voz alta—. Existe una marea en los asuntos humanos que, tomada en pleamar, conduce a la fortuna; pero, omitida, todo el viaje de la vida queda atravesado de escollos y desgracias. En la pleamar flotamos ahora, y debemos aprovechar la corriente cuando es favorable, o perder nuestro cargamento». Confío en que todos habrán leído el texto. ¿Quién sabría explicarme qué quiere decir Bruto sobre el destino y el libre albedrío en este pasaje?

Siempre recordaré aquel fragmento porque desde ese día me he preguntado una y mil veces si tú y yo estábamos destinados a conocernos en el seminario de Kramer sobre Shakespeare. Si es cosa del destino o decisión nuestra haber seguido conectados todos estos años. O las dos cosas a la vez, pues aprovechamos la corriente cuando era favorable.

Cuando Kramer guardó silencio, unos cuantos repasaron el texto en sus respectivos libros o apuntes. Tú te pasaste los dedos entre los rizos y, al soltarlos, volvieron como muelles a su sitio.

—Bueno —respondiste, y todos hicieron como yo: se quedaron mirándote. Pero no pudiste terminar.

La ayudante del profesor cuyo nombre soy incapaz de recordar irrumpió apresuradamente en el aula.

—Perdón por el retraso —dijo—. Un avión se ha estrellado contra una de las Torres Gemelas. Lo han dicho en televisión justo cuando salía para venir a clase.

Nadie entendió la trascendencia de lo que acababa de decir, ni siquiera ella misma.

—¿Iba borracho el piloto? —preguntó Kramer.

—Pues no lo sé —respondió la ayudante, sentándose en una de las sillas—. Esperé un poco pero los presentadores no tenían ni idea de lo que estaba pasando. Dijeron que había sido alguna especie de avioneta.

Si hubiese sucedido en la actualidad, todos nuestros móviles se habrían puesto inmediatamente a echar humo con la noticia. Avisos de Twitter y de Facebook, notificaciones automáticas del *New York Times*. Pero en esos días

las comunicaciones no eran instantáneas aún y a Shakespeare no se le interrumpía. Restamos importancia a la noticia encogiéndonos de hombros y Kramer prosiguió su exposición sobre *Julio César*. Mientras tomaba apuntes, vi que los dedos de tu mano derecha frotaban, sin darte cuenta, el dibujo de vetas de la madera de la mesa. Dibujé en mi cuaderno tu dedo pulgar con su uña mordida y la cutícula despellejada. Todavía conservo el cuaderno en alguna parte; en una caja llena de apuntes de Literatura, Humanidades y Civilizaciones Contemporáneas. Allí seguirá, seguro.

Nunca olvidaré nuestra conversación al salir del edificio de Filosofía; aunque las palabras en sí no tuvieran nada de especial, la tengo grabada a fuego en mi memoria como parte de aquel día. Habíamos empezado a bajar juntos la escalera. Bueno, juntos exactamente no, pero cerca. Hacía un día claro, con el cielo azul y... todo había cambiado. Solo que aún no lo sabíamos.

A nuestro alrededor, la gente comentaba: «¡Se han caído las Torres Gemelas!», «¡Se han suspendido las clases en los colegios!», «Yo quiero donar sangre. ¿Sabéis dónde se puede donar sangre?».

Me volví hacia ti.

—¿Qué ha pasado?

—Vivo en el East Campus —dijiste, señalando hacia la residencia de estudiantes—. Vayamos a averiguarlo. Te llamas Lucy, ¿verdad? ¿Dónde vives?

—En el Hogan —contesté—. Y sí, me llamo Lucy.

—Encantado, Lucy. Yo soy Gabriel. —Me tendiste la mano. En medio de todo el follón, te la estreché y, sin soltarla, levanté la cara para mirarte a los ojos. Tu hoyuelo volvió a aparecer. El azul de tus ojos brilló. Fue entonces cuando pensé por primera vez: «Qué guapo».

Fuimos a tu estudio de la residencia de estudiantes a ver la tele con tus compañeros, Adam, Scott y Justin. La pantalla escupía una sucesión de imágenes en bucle: personas tirándose en picado desde los edificios, montañas chamuscadas de escombros lanzando señales de humo al cielo y las torres derrumbándose. Nos quedamos como alhelados ante la devastación. Contemplamos las escenas, incapaces de conectar las noticias con nuestra

realidad. No terminábamos de asimilar que aquello estaba pasando en nuestra ciudad, a diez kilómetros de donde estábamos sentados, y que se trataba de personas de carne y hueso. O por lo menos yo no lo asimilaba. Me parecía un suceso remoto.

Los móviles no nos funcionaban. Tú recurriste al teléfono de la residencia para decirle a tu madre, que vivía en Arizona, que estabas bien. Yo telefoneé a mis padres en Connecticut, que me pidieron que volviese a casa. La hija de un conocido trabajaba en el World Trade Center y no se habían tenido noticias de ella todavía. Ni tampoco del primo de otro conocido, que había ido a un desayuno de trabajo en el Windows on the World, el restaurante de la Torre Norte.

—Estarás más segura si sales de Manhattan —me dijo mi padre—. ¿Y si hay ántrax? O alguna otra arma química. Gas nervioso.

Le informé de que habían interrumpido el servicio de metro. Y probablemente el de trenes también.

—Pues me voy a recogerte —zanjó—. Me monto ahora mismo en el coche.

—No me va a pasar nada —le aseguré—. Estoy con amigos. Estamos bien. Luego os llamo otra vez. —Seguía pareciéndome irreal.

—¿Sabes qué? —comentó Scott cuando colgué—. Si yo fuera una organización terrorista, bombardearía esto.

—¿Pero qué coño dices? —repuso Adam. Estaba esperando noticias de un tío suyo, que trabajaba para la policía de Nueva York.

—Digo que si te pones a pensarlo desde un punto de vista académico... —aclaró Scott, pero de ahí no pasó.

—Cállate —le ordenó Justin—. En serio, Scott. No es el momento.

—Creo que debería irme —te dije en ese momento—. Mis compañeras deben de estar preguntándose dónde estoy.

—Llámalas —respondiste, tendiéndome otra vez el teléfono—. Y diles que te vas a la azotea de la residencia del Wien Hall. Que si quieren, que te vayan a buscar allí.

—¿Dónde has dicho?

—Conmigo —respondiste, y acariciaste distraídamente mi trenza, un gesto más propio de una relación íntima, algo que se hace cuando se han franqueado todas las barreras que rodean el espacio personal. Como comer del plato del otro sin preguntar. Y, de repente, me sentí conectada contigo,

como si tu mano en mi pelo significase algo más que unos dedos nerviosos que no sabían qué otra cosa hacer.

Rememoré aquel instante unos años después cuando decidí donar mi melena y la peluquera me entregó mi trenza castaña en una funda de plástico, más oscura incluso que de costumbre. Aunque en esos momentos tú te hallabas en la otra punta del planeta, sentí que era una traición hacia ti, como si estuviera cortando nuestro nexo de unión.

Pero en aquel entonces, nada más acariciarme el pelo, te diste cuenta de lo que acababas de hacer y bajaste rápidamente la mano. Y volviste a sonreír, pero esta vez la sonrisa no se reflejó en tu mirada.

Respondí encogiéndome de hombros.

—Vale —dije.

El mundo parecía estar resquebrajándose y daba la sensación de que estuviésemos cruzando un espejo roto y nos adentrásemos en el espacio fragmentado del otro lado, donde nada tenía sentido, donde nuestras protecciones estaban bajadas y nuestras murallas derribadas. En semejante espacio, no había razón para decir que no.

Subimos en ascensor hasta la planta 11 del Wien Hall, y tú abriste una ventana del fondo del pasillo.

—Alguien me lo descubrió este último curso —dijiste—. Desde aquí hay unas vistas increíbles de Nueva York que no vas a ver en ningún otro sitio.

Salimos por la ventana al tejado y yo ahogué un grito. De la punta sur de Manhattan subían nubes de humo. El cielo entero se estaba tiñendo de gris, la ciudad envuelta en cenizas.

—¡Dios mío! —exclamé. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Visualicé mentalmente lo que había habido allí hasta hacía nada. Vi el espacio en blanco que antes ocupaban las torres—. Había gente en esos edificios.

Tu mano encontró mi mano y la cogió.

Nos quedamos mirando los estragos de la destrucción, mientras rodaban las lágrimas por nuestras mejillas; no sé cuánto rato estuvimos así. Debía de haber otras personas allí arriba, junto a nosotros, pero soy incapaz de recordar a nadie. Solo te veo a ti. Y la imagen del humo. Ha quedado grabada en mi cerebro.

—¿Qué va a pasar a partir de ahora? —pregunté finalmente, en un susurro. Ver aquello me hizo entender la magnitud del atentado—. ¿Qué ocurrirá ahora?

Me miraste, y tus ojos, bañados aún en lágrimas, se clavaron en los míos con ese magnetismo que hace que nos olvidemos de todo lo que tenemos alrededor. Tu mano se deslizó hasta mi cintura y yo me puse de puntillas para encontrarme con tus labios a medio camino. Juntamos nuestros cuerpos, como si así pudiésemos resguardarnos de lo que viniese a continuación. Como si la única manera de estar a salvo fuese que mis labios siguieran

pegados a los tuyos. Así fue como me sentí en el instante en que tu cuerpo envolvió el mío: segura, envuelta en la fuerza y el calor de tus brazos. Tus músculos vibraron en contacto con mis manos y yo hundí los dedos en tus cabellos. Tú te enroscaste mi trenza alrededor de la mano y tiraste suavemente, echándome atrás la cabeza. Y yo me olvidé de todo. En ese momento solo existías tú.

Durante años me sentí culpable. Culpable por que nos hubiésemos dado nuestro primer beso mientras la ciudad ardía, culpable por haber sido capaz de perderme en ti en ese instante. Pero después me enteré de que no fuimos los únicos. Otras personas me confesaron, bajando la voz, que aquel día habían mantenido relaciones sexuales. Que habían concebido un hijo. Que se habían prometido en matrimonio. Que habían dicho «Te quiero» por primera vez. La muerte tiene algo que hace que la gente desee vivir. Nosotros deseamos vivir aquel día y no puedo culparnos por ello. Ya no.

Cuando nos separamos para respirar, apoyé la cabeza en tu pecho. Escuché tu corazón y su ritmo regular me confortó.

¿Te confortó a ti el mío? ¿Sigue confortándote?

Volvimos a tu residencia porque me habías prometido que me invitarías a comer. Querías salir a la azotea con la cámara después, me dijiste, para hacer fotos.

—¿Para el *Spectator*? —te pregunté.

—¿El periódico? —dijiste—. Qué va. Para mí.

En la cocina me entretuve viendo un taco de fotos hechas por ti, fotos en blanco y negro tomadas por todo el campus. Eran preciosas, extrañas, inundadas de luz. Imágenes con tanto zoom que los objetos cotidianos parecían obras de arte contemporáneo.

—¿Dónde es esta? —pregunté. Tras contemplarla un rato, me di cuenta de que se trataba de un nido de pájaro visto muy de cerca, y que estaba forrado con papel que parecía de periódicos y revistas y un trabajo de alguien para la clase de Literatura Francesa.

—Ah, esa fue genial —respondiste—. ¿Sabes quién es Jessica Cho, una que canta *a cappella*, la novia de David Blum? Me contó que desde su ventana se veía un nido al que no se sabía cómo habían ido a parar los deberes de algún estudiante. Y fui a verlo. Tuve que asomar medio cuerpo por la ventana para poder hacer esta foto. Jess le pidió a Dave que me sujetara por los tobillos porque le daba miedo que pudiera caerme. Pero conseguí hacerla.

A partir de esa anécdota empecé a verte de otra manera. Eras un chico atrevido, valiente y no cejabas cuando se trataba de capturar arte. Pensándolo bien, me da que eso precisamente era lo que querías que creyera. Estabas intentando impresionarme, pero yo entonces no me di cuenta. Solo pensé: «Uau». Y: «Es fantástico». Pero lo que era cierto en aquellos tiempos, y ha

sido cierto desde que te conocí, es que tienes el don de encontrar belleza en el lugar más insospechado. Reparas en cosas que otra gente no ve. Eso es algo que siempre he admirado en ti.

—¿Es a lo que te quieres dedicar? —te pregunté, señalando las fotografías. Tú negaste con la cabeza.

—Es un pasatiempo —respondiste—. Mi madre es artista. Deberías ver lo que hace, unos cuadros abstractos enormes, bellísimos, pero se gana la vida pintando pequeños lienzos de atardeceres en Arizona para los turistas. Yo no quiero eso para mí, dedicarte a crear solo lo que vende.

Me acodé en la encimera para ver el resto de las fotografías. Imágenes de óxido extendiéndose por un banco de piedra, de vetas quebradas de mármol, de corrosión en una verja metálica. De belleza donde yo jamás habría imaginado que podía haberla.

—¿Tu padre también es pintor? —pregunté.

Tu semblante se oscureció. Lo vi perfectamente: como si detrás de tus ojos se cerrase una puerta.

—No —dijiste—. No lo es.

Había tropezado con una grieta que no sabía que estuviera ahí. Archivé el dato; estaba descubriendo el paisaje que eras. Esperaba ya que fuese un territorio que pudiera llegar a conocer muy bien, que navegar por él acabara convirtiéndose en mi segunda naturaleza.

Te habías quedado callado. Yo también. Al fondo aún retumbaba el estruendo de la televisión, y oí a los locutores del informativo hablar del Pentágono y del avión estrellado en Pensilvania. De nuevo me invadió una sensación de horror ante lo que estaba pasando. Dejé tus fotos en la encimera. Parecía una perversidad fijarse en algo bello en esos momentos. Pero, al recordarlo ahora, creo que quizá era justamente lo que había que hacer.

—¿No dijiste que íbamos a comer? —te pregunté, aunque no tuviese ni pizca de hambre, aunque las imágenes del televisor me hubiesen revuelto las tripas.

La puerta de detrás de tus ojos se abrió.

—Es lo que dije —respondiste, asintiendo.

Para lo único para lo que tenías ingredientes era para hacer nachos. Así que, mecánicamente, corté los tomates en rodajas y abrí una lata de judías con un abrelatas oxidado, mientras tú colocabas las tortillas de maíz en una de esas bandejas de aluminio de comida para llevar y rallabas el queso en un

cuenco desconchado de desayuno.

—¿Y tú? —preguntaste, como si nuestra conversación no hubiese descarrilado.

—¿Eh? —Apreté la tapa de la lata contra las judías para abrirla haciendo palanca.

—Que si tú pintas.

Dejé la lámina redonda de metal en la encimera.

—Qué va —respondí—. Lo más creativo que hago es escribir historias para mis compañeras de habitación.

—¿Sobre qué? —preguntaste, ladeando la cabeza.

Yo bajé la vista para que no me vieses ruborizarme.

—Es para morirse de vergüenza —respondí—, pero van sobre un minicerdito que se llama Panceto al que admiten por error en una universidad para conejos.

Tú te reíste sorprendido.

— Panceto. Un cerdo —dijiste—. Lo pillo. Tiene gracia.

—Gracias —contesté, levantando otra vez la vista para mirarte.

—Entonces, ¿es a lo que te quieres dedicar cuando acabes la carrera? — Habías alargado el brazo para coger el tarro de salsa y te habías puesto a dar golpecitos con la tapa contra la encimera para romper el vacío.

Yo negué con la cabeza.

—No creo que haya mucho mercado para las historias del cerdito Panceto. He estado pensando en meterme en publicidad. Pero, al decirlo ahora en voz alta, me parece absurdo.

—¿Absurdo por qué? —preguntaste, girando la tapa del tarro con la mano hasta que sonó un *pop*.

Miré hacia el televisor.

—¿Tiene sentido? ¿La publicidad? Si hoy fuese mi último día en este mundo y me hubiese tirado toda la vida inventándome campañas para venderle a la gente... queso rallado... o tortillas para nachos... ¿tendría la sensación de haber aprovechado bien mi tiempo en la Tierra?

Te mordiste el labio. Tu mirada decía: «Estoy dándole vueltas». Aprendí más cosas sobre tu topografía. A lo mejor tú aprendiste un poco de la mía.

—¿Qué hace que una vida esté bien aprovechada? —preguntaste.

—Eso es lo que estoy tratando de dilucidar —respondí, reflexionando al mismo tiempo—. Yo creo que podría tener que ver con dejar huella, en un

sentido positivo. Dejar el mundo un poquito mejor que como estaba cuando llegamos.

Y sigo creyéndolo, Gabe. Para eso he estado luchando toda mi vida. Y pienso que tú también.

Vi que algo cobraba forma en tu rostro en ese instante. No estaba segura de lo que significaba. Aún no había aprendido suficientemente cómo eras. Pero ahora sé lo que dice esa forma tuya de mirar. Dice que se está produciendo un cambio de perspectiva en tu mente.

Mojaste un nacho en la salsa y me lo ofreciste.

—¿Un bocado? —preguntaste.

Lo mordí por la mitad y tú te metiste el resto en la boca. Tus ojos rastrearon los planos de mi cara y recorrieron mi cuerpo de arriba abajo. Sentí claramente tu mirada observándome desde distintos ángulos y puntos de vista. Entonces me acariciaste la mejilla con las yemas de los dedos y nos besamos de nuevo; esta vez sabías a sal y a guindillas.

Cuando tenía cinco o seis años, pintarrajeé la pared de mi cuarto con una cera roja. Creo que nunca te lo he contado. En fin, mientras dibujaba corazones y árboles y soles y lunas y nubes, sabía que estaba haciendo algo que no debía hacer. Lo sentía en la boca del estómago. Pero no podía contenerme, me moría por hacerlo. Habían decorado mi cuarto en tonos rosas y amarillos, pero mi color preferido era el rojo. Y quería que mi habitación fuese roja. Necesitaba que fuese roja. Mi sensación mientras dibujaba en la pared era que estaba haciendo algo completamente bueno y rematadamente malo a la vez.

Pues así me sentí el día que te conocí. Besarte en plena tragedia, rodeados de muerte, fue algo que sentí que estaba completamente bien y rematadamente mal a un tiempo. Y yo, sin embargo, me concentré en lo que sentía que estaba bien, como siempre hago.

Metí la mano en el bolsillo trasero de tus vaqueros y tú metiste la tuya en el mío. Nos pegamos el uno al otro. Sonó el teléfono de tu cuarto, pero pasaste de ir. Luego sonó el del cuarto de Scott.

Unos segundos después Scott entró en la cocina y carraspeó. Nos separamos y nos quedamos mirándolo.

—Gabe, es Stephanie —anunció—. Le he dicho que espere un momento.

—¿Stephanie? —pregunté yo.

—Nadie —respondiste.

—Su ex —dijo Scott al unísono—. Está llorando, tío —añadió.

Pusiste cara de estar entre dos aguas, dirigiendo la vista a Scott y luego a mí y otra vez a Scott.

—¿Puedes decirle que la llamaré yo en unos minutos? —le pediste.

Scott movió la cabeza afirmativamente y salió, y entonces me cogiste de la mano y entrelazaste tus dedos con los míos. Nos miramos a los ojos, como cuando habíamos estado en el tejado, y no pude apartar la mirada. Se me aceleró el corazón.

—Lucy —dijiste, impregnando de alguna manera mi nombre de deseo—. Sé que tú estás aquí, y sé que te parecerá extraño, pero debería ver si está bien. Salimos juntos todo el último curso y cortamos el mes pasado. Hoy...

—Lo entiendo —respondí. Y, curiosamente, eso hizo que me gustases más, el que, aunque ya no estuvieses con Stephanie, te preocupases por ella—. Yo tendría que volver ya con mis compañeras, de todas formas —añadí, pese a que no quería irme—. Gracias por...—Empecé la frase sin saber cómo iba a terminarla, y entonces me di cuenta de que me era imposible.

Me apretaste los dedos.

—Gracias a ti por hacer que este día haya girado en torno a algo más —dijiste—. Lucy. Luce. Luz en español, ¿verdad? —Te quedaste callado. Yo asentí—. Bueno, gracias por iluminar un día oscuro.

Habías puesto voz al sentimiento que yo no había sabido expresar con palabras.

—Tú has hecho lo mismo conmigo —repuse—. Gracias.

Nos besamos de nuevo y me resultó muy difícil despegarme de ti. Marcharme era una tortura.

—Te llamo luego —dijiste—. Te encontraré en el directorio. Perdona por los nachos.

—Cuídate —te contesté—. Siempre tendremos otro día para comer nachos.

—Eso me gusta —respondiste.

Y me marché, mientras me preguntaba si era posible que uno de los días más espantosos que había vivido en mi vida pudiera contener, no sé cómo, una pepita de felicidad.

Efectivamente, me llamaste por teléfono unas horas después. Pero no fue la conversación que yo me había esperado. Me dijiste que te perdonara, que lo sentías muchísimo pero que Stephanie y tú habíais vuelto. Su hermano mayor estaba desaparecido, trabajaba en el One World Trade, y ella te necesitaba. También dijiste que esperabas que lo entendiera y me diste otra vez las gracias por haber aportado luz a una tarde espantosa. Y que para ti había significado mucho que hubiese estado contigo. Y, una vez más, me pediste perdón.

No debería haberme quedado destrozada, pero es lo que sucedió.

No te dirigí la palabra en lo que quedaba del semestre de otoño. Ni en el de primavera. En la clase de Kramer me cambié de sitio para no tener que estar a tu lado. Sin embargo, prestaba atención cada vez que intervenías para explicar que veías belleza en la forma de escribir de Shakespeare y en sus imágenes, incluso en las escenas más desagradables.

—«¡Ay! —leíste una vez en voz alta—. Un río púrpura de sangre caliente, / semejante a una fontana que el viento hace temblar, / que mana y se acaba entre tus labios de rosa». —Yo solo podía pensar en tus labios y en la sensación de tenerlos pegados a los míos.

Traté de olvidar aquel día, pero me resultó imposible. No podía olvidarme de lo que le habían hecho a Nueva York, a Estados Unidos, a la gente que estaba en las torres. Ni podía olvidar lo que había pasado entre nosotros. Todavía hoy, cuando alguien me pregunta «¿Estabas en Nueva York el día que cayeron las torres?» o «¿Dónde estabas ese día?» o «¿Cómo lo vivisteis aquí?» lo primero que me viene a la mente eres tú.

Hay instantes que cambian la trayectoria de la vida de las personas. Para muchos de los que vivíamos en la ciudad de Nueva York entonces, el 11 de septiembre fue ese punto de inflexión. Cualquier cosa que hubiera hecho aquel día habría tenido importancia, habría quedado grabada a fuego en mi recuerdo y marcada en mi corazón. No sé por qué te conocí ese día, pero sí sé que, por haberlo hecho, formarías parte de mi biografía para siempre.

Era mayo y acabábamos de graduarnos. Habíamos devuelto nuestras togas y birretes, y a cambio nos habían entregado nuestros diplomas, redactados en latín, con nuestros nombres y apellidos vistosamente estampados. Entré en el restaurante Le Monde con mi familia (mi madre, mi padre, mi hermano Jason, dos abuelos y un tío). Nos sentaron al lado de otra familia, una familia mucho menos nutrida: la tuya.

Levantaste la vista hacia mí cuando estábamos pasando por vuestro lado y alargaste la mano para tocarme el brazo.

—¡Lucy! —exclamaste—. Enhorabuena.

Yo me estremecí. Después de tantos meses, esa fue la reacción que me produjo sentir tu piel en contacto con mi piel, pero me las ingení para responder:

—¡Igualmente!

—¿Qué planes tienes? —me preguntaste—. ¿Te quedas en la gran manzana?

Asentí.

—Empiezo a trabajar en desarrollo de programas en una nueva productora de televisión... de programas infantiles. —No pude evitar sonreír de oreja a oreja. Había pasado casi dos meses esperando con los dedos cruzados hasta que me confirmaron que el puesto era mío. Era el tipo de empleo en el que había empezado a pensar poco después de que derribaran las torres, tras admitir que deseaba dedicarme a algo con más fundamento que la publicidad. Un trabajo que pudiera transmitir algo a la siguiente generación y que tuviera el potencial de cambiar el futuro.

—¿Programas infantiles? —dijiste, con una sonrisa asomando a tus labios

—. ¿Tipo *Alvin y las ardillas*? ¿También con voces alteradas con helio?

—No exactamente —respondí, riéndome un poco, queriendo contarte que había sido aquella conversación nuestra lo que me había llevado hasta allí, que esos minutos en tu cocina habían tenido su importancia para mí—. ¿Y tú?

—McKinsey —contestaste—. Como consultor. De ardillas nada, en mi caso.

Menuda sorpresa. No me lo esperaba, después de nuestra charla, después de escuchar tus análisis en las clases de Kramer.

Pero lo que dije fue:

—Genial. Enhorabuena por el trabajo. A lo mejor te veo por la ciudad cualquier día.

—Estaría bien —respondiste.

Y fui a sentarme a la mesa con mi familia.

—¿Quién era? —oí que alguien preguntaba. Levanté la vista. A tu lado había una chica con una melena color trigo casi hasta la mitad de la espalda y una mano apoyada en tu pierna. Apenas retuve su imagen en la retina, de tan concentrada como estaba en ti.

—Solo una chica que conozco de clase, Stephanie —te oí que respondías. Y, por supuesto, eso es lo que yo era, ni más ni menos. Pero, por alguna razón, escoció.

Nueva York es una ciudad curiosa. Puedes pasarte tres años sin cruzarte con el vecino de la puerta de al lado, y de pronto te topas con tu mejor amigo al salir del vagón del metro de camino al trabajo. El destino contra el libre albedrío. O a lo mejor las dos cosas.

Corría el mes de marzo, había pasado casi un año desde la ceremonia de graduación y Nueva York nos había engullido. Yo vivía con Kate en el Upper East Side en aquel apartamento inmenso que había sido de sus abuelos. Llevábamos hablando de eso desde secundaria. Nuestros sueños de la niñez se habían cumplido.

Yo había tenido una aventura de seis meses con un compañero de trabajo, un par de polvos de una noche y un puñado de citas con hombres a los que había juzgado no demasiado inteligentes o no lo bastante atractivos o no lo suficientemente excitantes, pero que, echando la vista atrás, no creo que tuviesen absolutamente nada de malo. A decir verdad, si hubiese conocido entonces a Darren, es muy probable que hubiese pensado eso mismo de él.

Sin el recordatorio constante del edificio de Filosofía o de las residencias estudiantiles del East Campus, había dejado de pensar en ti. Prácticamente. Hacía casi un año que no nos habíamos vuelto a ver. Pero tú afluabas de repente en mi cabeza en el trabajo mientras echaba una ojeada a unos guiones con mi jefe o mientras revisábamos episodios en torno a la aceptación y el respeto a los demás. Pensaba en lo que había pasado en tu cocina y me sentía bien con la decisión que había tomado.

Sin darme cuenta llegó el jueves 20 de marzo y cumplí veintitrés años. Tenía previsto dar una fiesta el fin de semana, pero mis dos mejores amigas del trabajo, Alexis Sala de Guionistas y Julia Departamento de Diseño como

las llamaste tú después, insistieron en que saliésemos a tomar una copa el mismo día de mi cumpleaños.

El invierno anterior las tres nos habíamos aficionado locamente al Faces & Names por la chimenea y los sofás. Aunque hacía buena temperatura, pensamos que a lo mejor el bar encendía la chimenea si se lo pedíamos. Habíamos ido con bastante frecuencia a ese local en los meses previos y le caíamos bien al tío de la barra.

Julia se empeñó en que me encasquetara la corona de papel que me había hecho y Alexis pidió martinis de manzana para las tres. Nos sentamos en el sofá delante del fuego y nos pusimos a inventarnos cosas por las que brindar antes de cada trago.

—¡Por los cumpleaños! —empezó Alexis.

—¡Por Lucy! —exclamó Julia.

—¡Por las amigas! —agregué.

Lo cual derivó en: «¡Por la fotocopiadora que hoy no se ha atascado!» y «¡Por los jefes que faltan porque están enfermos!» y «¡Por las comidas gratis que gorroneamos después de las reuniones finolis!» y «¡Por los bares con chimenea!» y «¡Por los martinis de manzana!».

La camarera se acercó a nuestro sofá con una bandeja en la que había otros tres martinis.

—Huy, esos no los hemos pedido nosotras —dijo Julia.

La camarera sonrió.

—Chicas, tenéis un admirador secreto. —Indicó la barra con un movimiento de la barbilla.

Allí estabas.

Por un momento pensé que estaba teniendo visiones.

Nos saludaste con la mano, discretamente.

—Me ha pedido que dijese: Felicidades, Lucy.

A Alexis se le descolgó la mandíbula.

—¿Le conoces? —preguntó—. ¡Está tremendo! —Entonces cogió una de las copas de martini que la camarera había depositado en la mesa, delante de nosotras—. ¡Por los chicos monos de los bares que saben cómo te llamas y te mandan a la camarera con copas de regalo! —brindó. Todas dimos un sorbito, tras lo cual añadió—: Ve a darle las gracias, cumpleañosera.

Dejé la copa en la mesa, pero cambié de idea y la cogí de nuevo, para llevármela en la mano al acercarme a ti. Iba temblando un poquito con mis

taconazos.

—Gracias —dije, y me deslicé para subirme al taburete alto que tenías a la izquierda.

—Feliz cumpleaños —respondiste—. Bonita corona.

Yo me reí y me la quité.

—Igual te queda mejor a ti —dije—. ¿Quieres probártela?

Te la pusiste, aplastando los rizos bajo el papel.

—De fábula —sentencié.

Sonreíste y dejaste la corona en la barra, delante de los dos.

—Casi no te reconocí —dijiste—. Te has hecho algo en el pelo.

—Me he dejado flequillo —contesté, apartándomelo a un lado.

Me miraste fijamente como aquella vez en tu cocina, observándome desde todos los ángulos.

—Preciosa con o sin flequillo. —Se te trababa un poco la lengua al hablar y me di cuenta de que ibas más bebido incluso que yo. Lo cual me hizo preguntarme por qué estabas solo y achispado a las siete de la tarde de un jueves.

—¿Cómo estás? —pregunté—. ¿Va todo bien?

Apoyaste un codo en la barra y reposaste la mejilla en la mano.

—No lo sé —respondiste—. Stephanie y yo hemos vuelto a romper. Odio mi trabajo. Y Estados Unidos ha invadido Irak. Cada vez que te veo, se está derrumbando el mundo.

Me quedé sin saber cómo responder a eso, al dato sobre Stephanie y tú, a la afirmación de que el mundo se estaba derrumbando. Por eso, di otro sorbito a mi martini.

Tú proseguiste.

—A lo mejor el universo sabía que necesitaba cruzarme contigo esta noche. Eres como... Pegaso.

—¿Soy un caballo alado, como en *La Iliada*? —te pregunté—. ¿Un caballo alado macho?

—No —dijiste—. Eres hembra, eso seguro.

Sonreí. Continuaste:

—Pero Belerofonte jamás habría acabado con la Quimera si no hubiese tenido a Pegaso. Pegaso lo mejoraba —explicaste—. Conseguía alzar el vuelo sobre todas las cosas, sobre todo el dolor, el sufrimiento. Y se convirtió en un gran héroe.

Yo no había entendido así el mito. Había interpretado que giraba en torno al trabajo en equipo, la colaboración y el compañerismo; siempre me había gustado que Pegaso tuviese que dar permiso a Belerofonte para montarse en él. Pero vi que tu interpretación era importante para ti.

—Bueno, gracias por el piropo, supongo. Aunque quizá habría preferido que me comparases con Atenea. Con Hera. Incluso con una gorgona.

Las comisuras de tus labios se curvaron rápidamente hacia arriba.

—Una gorgona no. No te veo con serpientes en la cabeza.

Me toqué el pelo.

—No me has visto cuando me levanto por las mañanas —dije.

Me miraste como si eso fuera justamente lo que querías.

—¿Alguna vez te dije que lo sentía? —me preguntaste—. Lo que pasó. Con nosotros. No el haberte besado, quiero decir. Pero... —Te encogiste de hombros—. Siento lo que pasó después. Intenté hacer lo correcto. Con Stephanie. La vida es...

—Complicada —terminé la frase por ti—. No pasa nada. Hace siglos de aquello. Y sí que me pediste disculpas. Dos veces.

—Todavía pienso en ti, Lucy —añadiste mirando el interior de tu vaso vacío de whisky. Me pregunté cuántos te habrías tomado—. Pienso en aquella encrucijada en la carretera, en qué habría pasado si nos hubiésemos desviado del camino. Dos carreteras bifurcándose.

En estos momentos me reiría si dijese que somos una carretera, pero en aquel entonces me pareció tan romántico que citases a Robert Frost.

Miré hacia Alexis y Julia. Nos estaban observando mientras se tomaban sus martinis. «¿Todo bien?», me preguntó Julia moviendo solo los labios. Asentí. Se dio unos toquitos en el reloj de pulsera y se encogió de hombros. Yo me encogí de hombros a mi vez. Ella asintió.

Te miré. Guapísimo, frágil, deseándome. Mi regalo de cumpleaños de parte del universo, tal vez.

—Lo que pasa con las carreteras es que a veces vuelves a transitar por ellas —dije yo—. Que a veces se te presenta otra oportunidad de viajar por esa misma ruta.

Madre mía, pero qué penosos éramos. O a lo mejor solo jóvenes. Tan, tan jóvenes.

Me miraste, en ese instante, directamente a los ojos, tus ojos azules vidriosos pero magnéticos aún.

—Voy a besarte —anunciaste, y te inclinaste hacia mí. Entonces lo hiciste y fue como un deseo de cumpleaños hecho realidad.

—¿Vendrás a mi apartamento esta noche, Lucy? —preguntaste, mientras me prendías detrás de la oreja un bucle rebelde de mis cabellos—. No quiero irme solo a casa.

Vi la tristeza de tus ojos, la soledad. Y me dieron ganas de sanarla, de ser tu bálsamo, tu gasa, tu antídoto. Siempre he sentido la necesidad de curarte las heridas del alma. Todavía hoy la siento. Es mi talón de Aquiles. O tal vez mi grano de la granada. Como le pasó a Perséfone, eso es lo que me retiene una y otra vez.

Llevé tus dedos a mis labios y los besé.

—Sí —dije—. Iré.

U nas horas después estábamos tumbados en tu cama, nuestros cuerpos iluminados tan solo por las luces de la ciudad que se filtraban a través de tus persianas. Tú eras la cuchara exterior, rodeándome con un brazo y la mano apoyada en mi tripa desnuda. Estábamos cansados, saciados y un poco borrachos todavía.

—Quiero dejar mi trabajo —susurraste, como si la oscuridad facilitase decirlo de viva voz sin correr peligro.

—Vale —respondí, susurrando yo también—. Puedes dejarlo.

Recorriste con el dedo pulgar la zona inferior de mis senos.

—Quiero dedicarme a algo que tenga sentido —aclaraste, y sentí el calor de tu aliento en mi cuello—. Como me dijiste entonces.

—Mmm —respondí, medio dormida.

—Pero aquel día no lo pillé.

—¿El qué? —musité.

—No se trata solo de encontrar belleza —seguiste, y tus palabras consiguieron que no me durmiera—. Quiero fotografiarlo todo: la felicidad, la tristeza, la alegría, la destrucción. Quiero contar cosas con mi cámara de fotos. Tú lo entiendes, ¿verdad, Lucy? Stephanie no. Pero tú estabas allí. Tú sabes cómo eso cambia nuestra forma de ver el mundo.

Me di la vuelta para quedar frente a ti y te di un beso suave.

—Claro que lo entiendo —susurré antes de que el sueño me arrastrase.

Pero en realidad no capté lo que querías decir ni comprendí lo lejos que iba a llevarte. Que te traería aquí, a este instante. Estaba bebida y cansada y por fin entre tus brazos, tal como había imaginado tantas veces. Habría estado de acuerdo contigo en cualquier cosa que me hubieses preguntado en ese

momento.

Dejaste tu empleo, por supuesto, para apuntarte a clases de fotografía. Y continuamos viéndonos; nuestra conexión física fue haciéndose cada vez más fuerte a medida que pasábamos más tiempo juntos, y encontrábamos consuelo, esperanza, fuerza, en el abrazo del otro. Nos desvestíamos en los aseos de los restaurantes porque no podíamos esperar a llegar a casa. Nos aplastábamos el uno al otro contra el lateral de algún edificio, con los ladrillos hundiéndose en los hombros al tiempo que nuestros labios se unían. Hacíamos pícnicos en el parque, adonde nos llevábamos hasta el vino blanco en botellas de zumo de manzana, y luego nos quedábamos tendidos, uno al lado del otro, aspirando el olor a tierra y a hierba recién cortada, y el olor del otro.

—Quiero saber más sobre tu padre —te dije, unos meses después de que nos volviéramos a encontrar, metiéndome de lleno en terreno pantanoso, dispuesta a arriesgarme a desencadenar un terremoto.

—No hay mucho que contar —respondiste cambiando de posición, de modo que mi cabeza quedó apoyada en tu pecho en vez de en tu brazo. Aunque tu voz no denotó tensión alguna, percibí claramente que se te contraían los músculos—. Es un capullo.

—¿En qué sentido? —pregunté, y me volví para poder rodearte la cintura con un brazo y atraerte hacia mí. En ocasiones me daba la sensación de que nunca íbamos a estar lo bastante cerca uno del otro. Yo deseaba meterme en tu piel, en tu cabeza, para poder saber todo lo que había que saber de ti.

—Mi padre era... impredecible —dijiste, despacio, como escogiendo con sumo cuidado cada palabra—. En cuanto tuve edad suficiente, protegí a mi madre.

Levanté la cabeza de tu pecho y te miré. No estaba segura de qué decir, de hasta dónde preguntar. Quería saber a qué te referías con «edad suficiente». ¿Cuatro años? ¿Diez? ¿Trece?

—Oh, Gabe —fue lo único que se me ocurrió decir. Lamento que no fuese más.

—Mi madre y él se conocieron estudiando Bellas Artes. Según decía ella, era un escultor magnífico. Pero yo jamás vi nada suyo. —Tragaste saliva—. Cuando nació, lo destrozó todo, hasta la última pieza. Quería diseñar monumentos, instalaciones de gran formato. Pero no recibía encargos, nadie compraba su arte.

Te volviste para mirarme.

—Sé que debió de ser duro para él. No me lo puedo imaginar. —Entonces, meneaste la cabeza—. Tiró la toalla —continuaste—. Montó una galería. Pero los negocios no eran lo suyo. Ni las ventas. Estaba todo el día de mal humor, saltaba a la mínima. Yo... no comprendía lo que había supuesto para él rendirse. El alcance de aquella decisión. Un día rajó con un cuchillo un lienzo de mi madre en el que había estado meses trabajando porque decía que ella tenía que dedicar el tiempo a pintar puestas de sol. Mi madre lloró como si el cuchillo se hubiese clavado en ella, no en su cuadro. Ahí fue cuando se largó.

Entrelacé mi mano con la tuya y la así con fuerza.

—¿Cuántos años tenías?

—Nueve —dijiste en voz baja—. Llamé a la policía.

Mi infancia había sido tan diferente de la tuya, tan idílicamente típica de una zona residencial de Connecticut. No supe qué decir. Si estuviésemos manteniendo esa conversación ahora, recogería con palabras ese dolor, el tuyo y el de él. Diría que tu padre lo estaba pasando evidentemente mal, que estaba peleando con sus propios demonios, y que siento que sus demonios interiores se hayan vuelto tuyos. Porque así fue, ¿no? Has vivido tantos años de tu vida como una respuesta a la de él, intentando no convertirte en él, que al final has terminado peleándote con sus demonios y con los tuyos al mismo tiempo.

Sin embargo aquel día yo no supe procesar con suficiente rapidez lo que me estabas contando y solo quise consolarte. Solté aire y dije:

—Hiciste lo que debías.

—Ya —respondiste. Tu mirada era dura—. Yo nunca seré como él. Jamás

te haré daño de esa manera. Jamás me comportaré como si tus sueños fuesen desechables.

—Ni yo. Yo tampoco me comportaré como si tus sueños fuesen desechables, Gabe —te dije, apoyando de nuevo la cabeza en tu pecho, besándote por encima de la camiseta, tratando de transmitirte cuán profundamente te admiraba y compadecía.

—Lo sé. —Me acariciaste el pelo—. Esa es una de las muchas, muchas cosas que me encantan de ti.

Me incorporé para mirarte otra vez de frente.

—Te quiero, Luce —dijiste.

Era la primera vez que me lo decías. La primera vez que un hombre me lo decía.

—Yo también te quiero —respondí.

Espero que recuerdes aquel día. Es algo que yo nunca olvidaré.

Unas semanas después de que nos dijésemos por primera vez que nos queríamos tuvimos mi piso para nosotros dos solos. Habíamos decidido celebrar el acontecimiento paseándonos por la casa en ropa interior. Fuera hacía un tiempo sofocante, el típico bochorno de julio que me hace desear poder tirarme el día entero metida en una piscina, y, aunque teníamos el aire acondicionado a tope, seguía haciendo calor dentro del piso. Era tan enorme que seguramente nos hacía falta más de un aparato.

—Los abuelos de Kate eran unos auténticos genios inmobiliarios —dijiste mientras cocinábamos huevos revueltos, medio desnudos—. ¿Cuándo compraron esta casa?

—Ni idea —contesté, metiendo en la tostadora unos bollos de pan—. Antes de que naciese su padre. O sea... en los cuarenta, supongo.

Lanzaste un silbido.

Ya sé que no solíamos quedarnos a menudo en el piso, pero me apuesto lo que sea a que te acuerdas de él. Un lugar así no se olvida fácilmente. Los dos dormitorios enormes y los dos baños igual de grandes, el rincón del desayuno que nosotras usábamos de biblioteca. Y los techos de más de tres metros y medio de alto. Aunque en aquel entonces no valoraba esos detalles, sí apreciaba el apartamento. Kate estudiaba Derecho y su padre decía que a ella le salía más barato vivir allí que a él pagarle alguna residencia cerca de la Universidad de Nueva York. Para mí también era un buen plan.

—Vinimos a ver a la abuela de Kate un día cuando estábamos en secundaria —te conté, sentados los dos en el sofá, cada uno con su desayuno en un plato encima de las rodillas desnudas—. Trabajaba como guía en el Museo Metropolitan hasta que cayó enferma. Había estudiado historia del

arte en la Smith en los tiempos en que casi ninguna mujer se planteaba pisar la universidad.

—Me hubiese gustado conocerla —dijiste después de darle un sorbito al café.

—Te habría encantado.

Masticamos en silencio, mi muslo contra tu muslo, mi hombro rozando tu brazo. Nos resultaba imposible estar en la misma habitación y no tocarnos.

—¿Cuándo vuelve Kate? —me preguntaste cuando terminaste de tragar tu bocado.

Me encogí de hombros. Kate había conocido a Tom hacía un mes aproximadamente, y esa noche debía de ser la segunda que pasaba en su apartamento.

—Creo que deberíamos ir vistiéndonos.

Noté tus ojos en mi pecho.

Dejaste el plato a un lado, dando a entender que habías terminado.

—No tienes ni idea de lo que provocas en mí, Lucy —dijiste, mirándome mientras yo bajaba el tenedor y lo apoyaba en mi plato—. Toda la mañana contigo cerca, sin ropa. Es como si me hubiesen depositado en una de mis fantasías. —Bajaste la mano a tu entrepierna y te pusiste a tocarte, despacio, por encima de la tela de algodón.

Era la primera vez que te veía hacerlo, la primera vez que veía lo que hacías cuando estabas solo. No podía apartar la mirada.

—Y ahora tú —dijiste, y te quitaste los calzoncillos.

Dejé mi plato y tendí las manos para tocarte, excitada.

Tú dijiste que no con la cabeza y sonreíste.

—No me refería a eso.

Arqueé las cejas y entonces comprendí lo que querías. Deslicé los dedos por mi vientre. También era la primera vez que me veías tocarme. Pero me entusiasmó la idea. Cerré los ojos pensando en ti, en que estabas mirándome, en que estaba compartiendo contigo ese momento íntimo, y noté que me estremecía.

—Lucy —susurraste.

Parpadeé, abrí los ojos y te vi frotándote más rápido.

Hacer los dos a la vez, el uno para el otro, un acto que por lo general era privado fue más íntimo que el coito. La frontera entre el «tú» y el «yo» estaba difuminándose aún más hacia un «nosotros».

Mientras seguía acariciándome, te recostaste en el sofá y te quitaste los calzoncillos del todo, sin apartar la vista de mí en ningún momento. Nos tocamos cada vez más deprisa. También respiramos más rápido. Tú te mordiste el labio. Entonces, vi cómo te agarrabas con más fuerza. Vi cómo tus músculos se contraían al máximo. Te vi correrte.

—Oh, Dios —dijiste—. Oh, Lucy.

Yo me acaricié con mayor insistencia, para hacer como tú, pero entonces me agarraste la muñeca con fuerza.

—¿Me dejas? —preguntaste.

Me estremecí al oír tu voz.

Dije que sí con la cabeza y tú te moviste para que pudiese recostarme a lo largo en el sofá, para poder quitarme las braguitas. Al acercarte a mí, la noción de lo que iba a pasar hizo que me estremeciera.

Deslizaste los dedos dentro de mí y dijiste:

—Tengo un secreto.

—¿Oh, sí? —respondí, arqueando la espalda para que mi cuerpo se amoldase mejor a tu mano.

—Oh, sí —dijiste, y te tendiste a mi lado, acercando mucho tu boca a la mía—. Siempre que me masturbo, pienso en ti.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo.

—Yo también —susurré entre jadeo y jadeo.

Me corrí treinta segundos después.

Durante aquellos seis primeros meses, no paré de aprender cosas nuevas sobre ti; cosas que me parecían sexis, sorprendentes, atrayentes.

Como aquella vez en que, al salir de trabajar, me acerqué a verte a tu apartamento y te encontré sentado con las piernas cruzadas en el suelo, rodeado de cuadraditos de papel del tamaño de pequeños *post-its*.

Dejé el bolso en la mesa de la cocina y cerré la puerta.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

—Dentro de dos semanas, el 19 de septiembre, será el cumpleaños de mi madre —me explicaste tras levantar la cara de todo aquel batiburrillo de papelitos—. Como este año no podré coger un avión para ir a verla, quería ver si se me ocurría algo especial que poder mandarle.

—Y por eso estás haciendo un... ¿mosaico de papel? —pregunté, acercándome.

—En cierto modo —respondiste—. Todo esto son fotos de mi madre y yo. —Levantaste los cuadrados de papel para mostrármelos. Al mirarlos más de cerca, vi que en uno salíais tu madre y tú el día de tu graduación del instituto. En otro, los dos en pantalones cortos, tú con los pies metidos en una piscina. Y en un tercero, tú poniéndole a ella unas orejas de conejo en el porche de vuestra casa.

—Uau —dije.

—Me he pasado casi todo el día imprimiéndolas —me explicaste— y ahora las estoy organizando por colores. Quiero hacer como un caleidoscopio.

Me senté a tu lado en el suelo y me diste un besito rápido.

—¿Por qué un caleidoscopio? —te pregunté a la vez que cogía una

fotografía en la que salíais espalda contra espalda, tú un poquito más alto que ella. Teníais la misma mata ensortijada de pelo rubio y costaba diferenciar dónde terminaba la de ella y dónde empezaba la tuya.

—Ahí tenía catorce años —dijiste mirando la fotografía por encima de mi hombro.

—Qué mono eras —comenté—. Me habría enamorado de ti si te hubiese conocido con catorce años.

Sonreíste y me apretaste la pierna con la mano.

—Sin haber visto nunca una foto tuya con catorce años, me arriesgaría a decir que a la inversa también sería cierto.

Fue mi turno de sonreír. Dejé la foto con las demás.

—Pero ¿por qué un caleidoscopio? —pregunté de nuevo.

Te frotaste la frente con una mano y te apartaste los rizos de los ojos.

—Nunca se lo he contado a nadie —dijiste en voz baja.

Cogí un par de fotitos más. En una estabais tu madre y tú soplando las velas de su tarta de cumpleaños. En otra se os veía delante de un restaurante mexicano, tu madre cogiéndote a ti de la mano.

—No tienes que contármelo —te contesté, mientras me preguntaba si fue tu padre quien os había hecho esas fotos, las de antes de que cumplieras nueve años, y quién os las habría hecho después.

—Ya, lo sé, pero quiero contártelo —replicaste. Te desplazaste de modo que quedamos los dos frente a frente, rodilla contra rodilla—. El año después de que mis padres se separaran no teníamos un centavo. Al volver del colegio me encontraba a mi madre llorando más a menudo que pintando. Aquel año tuve bastante claro que si acaso hacíamos algo por mi cumpleaños iba a ser penoso. Le dije que no quería celebrar ninguna fiesta con mis amigos. No quería que se preocupase por tener que gastar.

De nuevo me llamó la atención lo diferente que había sido tu infancia de la mía. Nunca en mi vida me había preocupado por si mis padres no iban a poder hacerme una fiesta de cumpleaños por culpa del dinero.

—Pero mi madre... —continuaste—. Yo tenía un caleidoscopio que me encantaba. Me tiraba horas mirando por él, girando una y otra vez el disco del extremo, viendo cómo cambiaban las formas, cómo se movían, para no pensar en lo triste que estaba mi madre y en lo triste que me sentía yo por no poder hacerla más feliz y en el cabreo que sentía hacia mi padre.

Mientras me lo contabas, te fue imposible mirarme a la cara; estabas

completamente concentrado en encontrar las palabras para expresar todo aquello. Apoyé la mano en tu rodilla y apreté un poco. Tú me sonreíste fugazmente.

—¿Y? —pregunté.

Respiraste hondo.

—Mi madre transformó la casa entera en un caleidoscopio gigante — dijiste—. Fue..., fue increíble. Colgó del techo infinidad de cristalitos de colores y conectó el ventilador al mínimo para que se movieran. Fue una pasada.

Intenté imaginármelo: una casa transformada en un caleidoscopio.

—Nos tumbamos los dos en el suelo y nos quedamos mirando los cristalitos de colores. Y aunque yo me creía mayor porque acababa de cumplir diez años, y porque cuidaba de mi madre lo mejor que podía, me eché a llorar. Ella me preguntó qué me pasaba, y yo le contesté que no sabía por qué lloraba, que era feliz. Ella dijo: «Es el arte, ángel mío». Y creo que en cierto sentido tenía razón, era el arte, pero en otro sentido... No sé.

—¿Qué es lo que no sabes? —dije, mientras dibujaba círculos en tu rodilla con el dedo pulgar sin pensarlo.

—Pues me pregunto ahora si no sería una sensación de alivio. Si me eché a llorar porque mi madre volvía a actuar más como mi madre. Estaba cuidándome. Y aunque se encontraba en un sitio oscuro y roto, aún era capaz de crear belleza. Me pregunto si aquella obra de arte fue para mí la prueba de que las cosas se arreglarían para ella. De que todo se arreglaría para los dos.

Ahora fuiste tú quien apoyaste la mano en mi rodilla.

—Era fuerte —dije—. Te amaba.

Sonreíste, como si estuvieras notando su amor en ese preciso instante, en aquella habitación. Luego, proseguiste:

—Allí estábamos los dos, tumbados y llorando, y yo no pude evitar pensar en mi padre. En que si él hubiese estado allí, no habríamos hecho eso. Vivir con él..., como te dije, era un no saber a qué atenerse. Era como me imagino que debía de ser estar en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, sabiendo que en cualquier momento podían sonar las sirenas de ataque aéreo y empezarían a llover bombas del cielo, pero sin tener nunca la certeza de dónde ni cuándo. En aquel instante le dije a mi madre en voz baja: «Estamos mejor sin él», y ella contestó: «Lo sé». Solo tenía diez años pero me sentí como un adulto al decirle aquello.

Cuando terminaste de hablar, yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Te imaginaba a los diez años, tumbado en el suelo al lado de tu madre, pensando en tu padre, sintiéndote como una persona adulta, sintiéndote amado, rodeado del arte que ella había creado solo para ti.

—Por eso quiero hacerle algo especial por su cumpleaños, ya que no voy a poder ir a verla —añadiste—. Un regalo con significado. Una prueba de cuánto la quiero..., de cuánto voy a quererla siempre, por muy lejos que pueda estar. Y esta mañana se me ocurrió de repente la idea de este mosaico.

Mis ojos recorrieron todas aquellas fotitos tan pequeñas.

—Creo que es una idea perfecta —dije.

Parecía que el apartamento rebosaba emoción, por todo lo que me habías contado, por el hecho de haberlo compartido conmigo, por esa faceta tuya de fragilidad. Me incliné hacia ti para abrazarte y al final el abrazo se transformó en un beso. Nuestros labios se encontraron suavemente, luego con más anhelo.

—Gracias por contármelo —te dije en voz queda.

Volviste a besarme.

—Gracias por ser una persona a quien deseaba contárselo.

Esa misma noche comenzaste a armar el caleidoscopio con cola. Tenías tal cara de felicidad, de alegría, que dejé el ordenador y cogí sigilosamente tu cámara de fotos. Es la única fotografía que te hice. Me pregunto si la conservas aún.

A pesar de lo a gusto que estábamos juntos los dos solos, a pesar de lo íntima que era nuestra relación, tardé un tiempo en acostumbrarme a ir a fiestas contigo. Siempre me sentía como flotando en la estela que ibas dejando. Era como si ejercieses sobre la gente una suerte de hechizo, que hacía que todo el mundo se fijase en ti, en tu cara, en tus palabras, en tus historias. De nuestro universo para dos pasamos a un universo en el que reinabas tú, que a su vez luego se amplió a un universo de muchas personas en el que yo no era tan importante como había sido antes. En mitad de tu relato, yo me escabullía para ir a tomar algo o para encontrar a alguien con quien charlar.

De tanto en tanto miraba hacia donde estabas y te veía rodeado de admiradores. Al final tú venías a mi encuentro, cuando estabas ya borracho y agotado, como si ejercer todo ese encanto te dejase extenuado. Cuando nos quedábamos a solas, te recargabas de energía y entonces volvíamos a salir y a mezclarnos con la gente. En esos momentos, me hacía sentirme especial que eligieras recargar pilas conmigo.

El *summum* de ese «Gabe en modo fiesta» fue la noche que acudimos al cumpleaños de Gideon en el piso de sus padres en Park Avenue. Tenían una habitación dedicada a la biblioteca en la que se suponía que no podíamos entrar, o al menos no con las copas en la mano. A Gideon le inquietaba que, perjudicados como íbamos después de haber consumido más cócteles de la cuenta, echásemos a perder aquella primera edición de Hemingway o el Nabokov dedicado por el autor. Y en vista de cómo bebía la gente en su fiesta, seguramente no se equivocaba al preocuparse.

Yo había estado hablando con la novia de Gideon, que trabajaba en el

mundo de la publicidad. Me interesaba que me hablase de la vida que en su día me había planteado para mí. Estábamos comparando métodos narrativos cuando giré la cabeza para ver cómo estabas... y tú habías desaparecido. Supuse que habrías ido al cuarto de baño o a servirte otra copa, pero transcurrieron cinco minutos, luego diez, veinte, y no habías vuelto.

—Discúlpame —le dije a la chica cuando me di cuenta de que estaba demasiado distraída para seguir participando en la conversación—. Me parece que he perdido a mi novio.

Ella se echó a reír.

—Imagino que debe de pasarte a menudo con él.

Yo no me reí.

—¿Por qué lo dices?

Se encogió de hombros como para disculparse, al darse cuenta de que había metido la pata.

—Bueno, me refería a que es encantador. Imagino que a la gente le gusta mucho charlar con él.

—No puedo hablar por los demás, pero desde luego a mí me encanta —dije yo.

Pero ella tenía razón, esa era tu magia. A todo el mundo le gustaba muchísimo hablar contigo. Transmitías interés, atención por los demás, ganas de escucharlos. Siempre deduje que por ese motivo las personas que generalmente no se dejaban fotografiar accedían a que tú sí lo hicieses. Conseguías que se sintieran vistos. A mí me hacías sentir así.

Me di una vuelta por el piso pero no te encontré por ninguna parte, hasta que oí tu voz proveniente de la biblioteca prohibida. Me asomé a mirar y allí estabas, conversando con una mujer a la que no conocía. Tenía una cabellera pelirroja, ondulada como la melena de un león, que le enmarcaba una cara de delicados rasgos felinos. Al verte apoyado en una estantería, absorto escuchando lo que fuera que te estaba contando, me dio un vuelco el corazón.

—¡Aquí estabas! —exclamé.

Levantaste la vista. En tu semblante no había ni rastro de sentimiento de culpa. Tan solo una sonrisa, como si hubieses estado esperando que me uniera a la conversación y yo hubiese llegado tarde a la cita.

—¿Yo? —dijiste—. ¡Aquí estás tú! Justamente Rachel me estaba hablando del restaurante en el que trabaja de *maître*. Dice que nos puede conseguir un descuento en el menú del día.

Miré a Rachel, quien obviamente se alegraba bastante menos de verme que tú. Había caído bajo tu embrujo.

—Qué detalle, gracias —contesté.

Rachel me dedicó una sonrisita tensa.

—Encantada de conocerte, Gabe —te dijo. A continuación, levantó su copa vacía—. Vuelvo al bar a servirte otra. Pero ya tienes mi número... para reservar.

—Gracias otra vez —respondiste, dirigiéndole a ella esta vez tu radiante sonrisa, en vez de a mí. La chica salió de la sala.

Me quedé sin saber bien qué decir. No te había pillado haciendo otra cosa que conversar con alguien sobre descuentos en restaurantes. Pero ¿por qué estabas en la biblioteca con ella? ¿Por qué no habías venido a buscarme?

—¿Qué hacías aquí? —le pregunté manteniendo un tono de voz desenfadado.

Cruzaste la biblioteca hasta la puerta y cerraste del todo, con una sonrisa burlona en la cara.

—Explorando un rincón en que pudiéramos hacer esto —respondiste. Me cogiste por las muñecas y me levantaste los brazos por encima de la cabeza, a la vez que me arrimabas a la estantería para besarme apasionadamente—. Pienso hacerte el amor en esta biblioteca —me dijiste—, mientras fuera continúa la fiesta. Y no voy a echar el pestillo.

—Pero... —repuse.

Volviste a besarme y mis protestas cesaron. Había pasado a darme igual el haberte encontrado en la biblioteca en compañía de Rachel. Ya solo me importaron tus dedos tirando de la cinturilla de los pantis y el sonido de la cremallera de tus pantalones al bajar.

Hoy no lo habría consentido, y no debí consentirlo entonces. Lo de que me aplacases con un beso y borrases mi inquietud con un orgasmo. Debería haberte pedido explicaciones. Debería haberte cuestionado por coquetear con otra, por no haber venido a buscarme. Pero eras como una droga para mí. Y cuando me sentía colocada por tu presencia, todo lo demás carecía de importancia.

—Shh —dijiste mientras me subías la falda. Yo ni siquiera era consciente de estar haciendo el menor ruido.

Cuando alcancé el orgasmo, me mordí el labio con tal fuerza para no gritar que, cuando después te besé, dejé una mancha de sangre en tus labios y en los

míos.

Te amaba con locura. Y no dudaba de tu amor por mí. Pero nunca olvidé a Stephanie y creo que, en lo más profundo, me preocupaba que pudiese volver a pasar, que me dejases por otra como ella o como Rachel o como las miles de mujeres con las que te encontrabas de pronto en el metro o en el Starbucks o en el supermercado. La balanza de nuestra relación no siempre estaba equilibrada. Normalmente nos encontrábamos nivelados, en igualdad, pero de tanto en tanto yo me hundía abajo del todo, tratando de impulsarme para subir de nuevo, temerosa de que saltases a los brazos de otra y yo me quedara clavada sin opciones de volver al punto de equilibrio. De todos modos, aunque hubiese dicho algo en aquella biblioteca, no creo que hubiera cambiado nada.

Porque de quien debería haberme preocupado no era de otra mujer.

Esas dudas no aparecían con frecuencia. Había tantas otras cosas, teníamos tanto en lo que encajábamos a la perfección. A los dos nos interesaban las pasiones del otro, los objetivos profesionales que cada uno soñaba alcanzar algún día. Tú te tragabas cada entrega de *Hace falta una galaxia*, el programa de televisión en el que trabajaba en aquella época, y me dabas tu opinión sobre cómo representaban los diferentes extraterrestres las situaciones sociales a ojos de los niños. Te veía tan interesado por el asunto que empecé a pedirte tu parecer antes incluso de que los capítulos entrasen en producción.

En esos tiempos no tenía ningún poder de decisión. Aún no. Pero tenía que revisar guiones y *storyboards* y pasarle mi análisis al jefe. Seguramente me tomaba aquella responsabilidad más en serio de lo necesario. Cuando me llevaba guiones a casa, los representábamos juntos para poder analizarlos a la vez de viva voz. Siempre te pedías hacer de Galacto, el bichillo verde que parece una especie de rana. Electra, la monstruita morado oscuro que tenía una antena de purpurina, era mi favorita. Por alguna razón, parece lógico que aquellas lecturas dramatizadas de los guiones de *Hace falta una galaxia* fuesen lo que te animara a hablarme de tus sueños. En teoría, el programa está pensado para que los niños aprendan a expresar sus sentimientos, pero supongo que también sirve para adultos. Me acuerdo del capítulo que estábamos leyendo cuando tuvo lugar nuestra conversación. Era principios de noviembre y llevábamos un tercio de la nueva temporada, aproximadamente.

Galacto está sentado en el jardín delantero de su casa. Se coge la cabeza con las manos.

Entra Electra.

Electra: ¿Qué pasa, Galacto? Te veo triste.

Galacto: Mi padre quiere que juegue en el equipo de astrobol. ¡Y yo odio el astrobol!

Electra: ¿Y él lo sabe?

Galacto: Es que me da miedo decírselo. Me da miedo que no quiera seguir siendo mi padre si no me gusta el astrobol tanto como a él.

Electra: A mi padre también le gusta, pero a mí no, así que hacemos otras cosas juntos. A lo mejor podríais hacer una lista de las cosas que os gusta hacer a los dos.

Galacto: ¿Crees que eso daría resultado? ¿Y ya no tendría que jugar al astrobol?

Electra: Creo que merece la pena que lo intentes.

Galacto: ¡Y yo!

—¿Piensas que quizá es mejor que Electra sea aficionada al astrobol y su padre no? —pregunté cuando terminamos de leer—. Por lo de cambiar un poco el estereotipo, ¿sabes? Quizá podría proponerlo.

—Me parece una gran idea —dijiste, y te quedaste mirándome unos segundos más de lo normal. En ese instante sentí que no solamente te encantaba mi sugerencia, sino cualquier aspecto de quién era yo.

Hice unos apuntes en mi guion y releí la escena en silencio.

—¿Te parece bien que Electra enumere en voz alta algunas de las cosas que les gusta hacer a ella y a su padre? ¿Serviría para reforzar el diálogo?

Como no contestaste esta vez, me volví para mirarte. Te habías quedado contemplando una paloma que arrullaba posada en la escalera de incendios.

—Me da miedo acabar como él —comentaste.

Yo dejé a un lado el guion.

—¿Acabar como quién? —Absurdamente, lo primero en lo que pensé fue en el pájaro.

Te rascaste suavemente la barba incipiente del mentón.

—Como mi padre. Me da miedo tener todos estos sueños y no conseguir nunca hacerlos realidad. Que eso me cabree, me hiera y me rompa por dentro y que pueda hacer daño a las personas que tengo cerca.

—¿Cuáles son esos sueños que tienes? —te pregunté—. ¿Sueños nuevos?

—¿Sabes quién es Steve McCurry?

Negué con la cabeza, y tú cogiste mi portátil del suelo, tecleaste unas palabras en el buscador y después giraste el ordenador para que viese la pantalla. Era una portada del *National Geographic* con una chica. Llevaba un pañuelo que le cubría la cabeza y tenía unos ojos verdes de esos que te dejan clavado en el sitio. Su mirada era una mirada atribulada, angustiada.

—Es uno de sus retratos —explicaste—. Hoy en clase de fotografía hemos estado viendo su trabajo y lo sentí. En el corazón, en el alma, donde sea que sentimos las cosas más hondamente. Sentí que esto es lo que quiero hacer. Esto es lo que tengo que hacer.

En tus ojos había un ardor que no había visto nunca.

—Me di cuenta de que si quiero contribuir a que las cosas cambien, si quiero dejar verdaderamente huella, como tú estás tratando de hacer con este programa, voy a tener que marcharme de Nueva York. Mi cámara y yo podemos hacer más en otra parte.

—¿Marcharte? —repetí yo como un eco. De todo lo que habías dicho, fue la única palabra que se instaló en mi cerebro, y allí se quedó brillando como el letrero de neón de una sala de urgencias—. ¿Qué quieres decir? ¿Y qué pasa con nosotros?

Por un instante te quedaste con cara de desconcierto y me di cuenta de que esa no era la respuesta que esperabas. Pero, en serio, ¿qué otra cosa esperabas?

—Yo... no pensaba en nosotros... Es mi sueño, Lucy —dijiste con tono suplicante—. He descubierto cuál es mi sueño. ¿No puedes alegrarte por mí?

—¿Cómo puedo alegrarme de un sueño que no me incluye a mí? —pregunté.

—No es que no te incluya —quisiste corregirme.

Recordé lo que me dijiste unos meses antes, en el parque, cuando me hablaste de tus padres. Intenté apagar aquel letrero de neón e ignorar el efecto que el verbo «marchar» podría tener en mi mundo, ignorar las preguntas que acababas de dejar sin contestar.

—Has descubierto cuál es tu sueño —repetí—. Y tu sueño no es desechable.

Vi que las lágrimas empezaban a agolparse en tus pestañas.

—Quiero que la gente de aquí comprenda que las personas del mundo entero tienen el mismo tipo de sueños, que no somos tan diferentes. Si soy capaz de hacerlo, si soy capaz de crear una conexión... —Meneaste la

cabeza; no encontrabas las palabras para decirlo—. Pero tengo que hacer más fotos, matricularme en más clases. Necesito ser el mejor antes de irme.

De modo que había tiempo. Teníamos tiempo. Y a lo mejor podría ser como entre tu madre y tú: me amarías en la distancia mientras estabas fuera, y luego, cuando terminases cada encargo, regresarías. No parecía tan terrible. Eso podía funcionar.

Te cogí una mano con las dos mías.

—Lo serás —dije—. Si eso es lo que quieres, lo serás.

Nos quedamos abrazados en el sofá, respirando muy cerca el uno del otro, cada cual abstraído en sus pensamientos.

—¿Puedo decirte una cosa? —pregunté.

Noté que asentías.

—Me da miedo acabar algún día como mi madre.

Te volviste para mirarme.

—Pero tú quieres a tu madre.

Tenías razón. La quería. Y sigo queriéndola.

—¿Sabías que mi padre y ella se conocieron cuando estudiaban Derecho? —te pregunté—. ¿Nunca te lo había contado?

Negaste con la cabeza.

—¿Es abogada?

—Era —respondí, escondiendo la cabeza debajo de tu mentón—. Trabajó para la oficina del fiscal de distrito de Manhattan antes de tenernos a Jason y a mí. Cuando tuvo a Jay lo dejó. Y durante el resto de su vida mi madre ha estado definida por su relación con otras personas: es la mujer de Don, la madre de Jason y Lucy. Les pasa a un montón de mujeres. Y no quiero que me pase a mí.

Me miraste a los ojos.

—Eso no tiene que pasarte a ti, Lucy. Tú eres apasionada, sabes lo que quieres, trabajas más que nadie. —Entonces me besaste.

Yo te besé también, pero por dentro pensaba que seguramente mi madre era todas esas cosas también y dio igual. Perdió su identidad de todos modos. Me pregunto si es lo que ella quería.

A veces tomamos decisiones que en su momento nos parecen acertadas pero después, al echar la vista atrás, vemos que claramente fueron un error. También hay decisiones que, hasta con la sabiduría que da la experiencia, siguen siendo correctas. Pese a que todo el mundo me decía que no lo hiciera, e incluso sabiendo lo que ocurrió después, sigo alegrándome de haberme ido a vivir contigo aquel día de nieve de enero.

—Te ha dicho que se quiere marchar —señaló Kate.

Estábamos las dos en el rincón del desayuno, sentadas en aquellas sillas que tenían el asiento exageradamente relleno, con sendas tazas de café en la mesa, delante de cada una.

—Pero no hay fecha —le rebatí—. Todavía no tiene trabajo. Podría tardar mucho en conseguir uno. E incluso si lo consigue, ¿quién sabe cuánto puede durarle? Podría estar fuera una temporadita y luego volver.

Kate me dirigió la mirada que imagino que utiliza hoy en día con los socios de su despacho de abogados, una mirada que expresa sin palabras: «¿Pero tú te das cuenta de lo que dices? ¿Esperas que alguien se lo crea?».

—Incluso si el mes que viene encuentra trabajo, incluso si está años fuera, quiero pasar con él el mayor tiempo posible antes de que se vaya. Vamos a ver, el mundo puede acabarse mañana mismo. O a mí me puede atropellar un camión y puedo morirme el jueves de la semana que viene. Yo quiero vivir el presente.

—Lu —dijo Kate. Recorrió con las yemas de los dedos el collar de bolitas de plata de Tiffany que le había regalado Tom. Le había dado por ponérselo a diario—. El problema de vivir el presente es que quiere decir, por definición, que no se hacen planes de futuro. Y las probabilidades de que el mundo se

acabe mañana o de que a ti te atropelle un camión son mínimas, mientras que las probabilidades de que Gabe encuentre trabajo como reportero gráfico en otro lugar del planeta, y de paso te parta el corazón, son altísimas. Solo estoy intentando ayudarte a gestionar el riesgo. Y es menos arriesgado que te quedes aquí.

Resultaba agotador defender mi decisión ante todo el mundo. La noche anterior ya había tenido una conversación por el estilo con mi madre. Y con mi hermano Jason hacía unos días. Alexis estaba de mi parte, pero hasta yo sabía que, de todas mis amigas, era la que tenía la capacidad de discernimiento más cuestionable. Había perdido la cuenta de la cantidad de hombres con los que se había acostado siguiendo su lema personal de «Y por qué demonios no».

—Kate, la cuestión es que ya estoy totalmente implicada en esta relación, tanto si vivo con Gabe como si no —repuse—. Así que, mientras siga por aquí, será mejor que lo disfrute.

Kate se quedó callada unos instantes. Entonces, se inclinó hacia mí y me abrazó.

—Oh, Lu —dijo—. Yo te quiero pase lo que pase, pero... mira a ver si encuentras un modo de embalarlo bien el corazón con plástico de burbujas. Tengo un mal presentimiento.

Por descontado, Kate tenía razón. Pero en aquel entonces no habría podido hacer nada para cambiar nuestra trayectoria: la tuya, la mía, la nuestra. Me reafirmo en aquella decisión. Ni siquiera hoy me retractaría de lo que hice. Nunca me he sentido tan viva como aquellos cinco meses que vivimos juntos. Me cambiaste la vida, Gabe. Me alegro de que tomáramos aquella decisión. Libre albedrío, pese a nuestro destino.

Poco después de que me fuese a vivir contigo, te apuntaste a un curso de fotografía en el que os encargaban que plasmaseis diferentes sentimientos o conceptos. Una semana era «plasmear la belleza» (esa la bordaste, sin problema), otra era «plasmear la pena». Teníais que trabajar la dicha, la decadencia, el renacer, todo eso estaba en el curso. No recuerdo el orden, pero sí me acuerdo de que te recorriste Manhattan con tu cámara, abrigado con la bufanda y el gorro. A veces me iba contigo, con la cremallera del abrigo subida hasta la barbilla y con las orejeras más calientes que tenía. Muchos de tus encargos acababan siendo fotos de mí, como la que me hiciste mientras dormía, con la mancha oscura de mi pelo revuelto en contraste con la blancura de la almohada. Era para el sentimiento de serenidad, creo recordar. Conservo esa fotografía, enmarcada, envuelta en papel de embalar y guardada en una caja debajo de la cama. Cuando me mudé con Darren no tuve valor para deshacerme de ella. Ni siquiera cuando me casé con él. Tal vez debería desempaquetarla y colgarla finalmente en mi despacho. ¿Te gustaría?

El encargo que tenías para ese día era capturar en una imagen el dolor.

—Ya sé adónde tenemos que ir —dijiste aquel sábado por la mañana, mientras te cerciorabas de que la cámara tuviese batería—. A la Zona Cero.

Yo me negué meneando la cabeza, con la boca llena del último trozo de gofre que me quedaba en el plato. Tu madre te había mandado una gofrera, ¿te acuerdas? La había comprado de buenas a primeras, al verla en una estantería de saldos, y habíamos hecho aquel pacto de que la usaríamos todo lo posible. ¿Sigues teniéndola? ¿Conservaste recuerdos, como hice yo, objetos que evocasen el tiempo que vivimos juntos? ¿O dejaste atrás nuestra

etapa al ir viajando por el mundo y te fuiste deshaciendo de los recuerdos igual que se tiran las cajas de cerillas vacías y las tazas de café viejas? Yo aún me acuerdo de la gofrera. Era una buena gofrera.

—Ve tú —repuse—. Yo no voy.

—Es para el dolor —señalaste—. Para la asignatura.

Volví a decir que no con la cabeza, mientras rascaba el plato con el tenedor para rebañar los restos de sirope.

—Tú eres el que está haciendo ese curso, no yo —repliqué.

—No lo entiendo —contestaste—. ¿Por qué no quieres ir?

Me estremecí.

—Es que... no tengo ninguna necesidad de verlo.

—¡Claro que sí! Necesitamos recordar, a las personas, a los que murieron y a los que dejaron atrás, los motivos por los que ocurrió. Todo. No podemos olvidar.

—No necesito ver los restos para recordar —dije—. Ese día forma parte de mi vida. Y siempre formará parte de ella.

—Entonces, para presentar nuestros respetos —insististe—. Como cuando se va a visitar una tumba.

Dejé el tenedor en el plato.

—¿De verdad piensas que la única forma de presentar nuestros respetos a algo, o a alguien, es visitar el lugar en el que pasó el hecho concreto? ¿El sitio en el que están enterrados? No me lo puedo creer.

Te enojaste, pero trataste de que no se te notara.

—No —respondiste—. No pienso eso. Pero... tengo la sensación de que no estamos haciendo lo suficiente. Para recordar. Para comprender.

Yo me mordí el labio.

—¿Nosotros?

—Todos —replicaste. Apretabas los puños con los pulgares rodeando con fuerza los demás dedos—. ¿Cómo puede la gente ir por ahí como si tal cosa, mientras Estados Unidos está en guerra con Irak? ¿Mientras explotan bombas en hoteles de Indonesia? ¿Después de haber visto lo que pasó aquí en Nueva York? ¿Cómo puede ser que no se sientan como me siento yo? ¿Por qué la gente no quiere hacer más? —La voz se te quebró en esta última palabra y vi que estabas haciendo un esfuerzo enorme para contener las emociones.

Pero tenías razón. La mayoría de la gente no sentía lo que sentías tú. Yo no. O por lo menos no todo el tiempo, no cada minuto del día. No dominaba

mis pensamientos ni se adueñaba de mi corazón como te pasaba a ti.

—A lo mejor no sienten la necesidad de obligarse a experimentar dolor para saber que está ahí. Y solo porque no lo estén haciendo como lo haces tú, no significa que no estén haciéndolo en absoluto. Y no querer ir a la Zona Cero no significa que no me importe.

No aguardé a oír tu respuesta. Recogí los platos, pringosos de sirope de arce, y me los llevé a la cocina. Los platos eran tuyos, los tenedores míos; la cocina era un batiburrillo de los dos.

Abrí el grifo y me puse a fregar mientras, incapaz de contener el llanto, las lágrimas rebosaban de mis ojos y rodaban por mis mejillas. Supe entonces, con total certeza, que algún día, al cabo de no mucho tiempo, me dejarías. Que ese sueño que tenías no era un sueño para un futuro sin definir, sino un sueño que debías llevar a cabo inmediatamente. En Nueva York jamás serías feliz. Solo conmigo no serías feliz. Necesitabas enfrentarte a la decepción que sentías con el mundo, trabajar en ella, si deseabas acabar cuerdo. Ya entonces lo entendía. Tan solo esperaba que algún día regresases.

Te acercaste tan sigilosamente que no me di cuenta hasta que oí el obturador de la cámara. Levanté la vista y me retrataste con los ojos anegados de lágrimas, justo en el instante en que una empezaba a caerme por la mejilla.

—¡Gabe! —exclamé, secándome con el antebrazo. No podía creer que estuvieses haciéndome una foto en ese momento. Que estuvieses convirtiendo en arte nuestra bronca.

—Ya —dijiste, y dejaste la cámara en la encimera. Me diste un beso en la coronilla, luego me besaste en los párpados, en la nariz y finalmente en la boca—. Perdóname. Y claro que sé que te importa. Te quiero, Lucy.

Dejé los platos y rodeé tu camiseta con las manos llenas de espuma.

—Y yo a ti, Gabe —contesté—. Te quiero.

Aquel día fuiste a la Zona Cero sin mí e hiciste montones de fotos. Y, como sabía lo importante que era para ti, accedí a verlas después para ayudarte a escoger la mejor, pese a que todo el rato tuve la sensación de estar percibiendo el olor acre, a materia chamuscada, que flotaba en la parte alta de la ciudad el 12 de septiembre. Pero al final no elegiste ninguna. La fotografía que entregaste para la tarea relacionada con el dolor fue la que me hiciste a mí fregando los platos, con los ojos llenos de lágrimas. Esa foto nunca me gustó.

¿A ti te gustaría que yo te hiciese una foto ahora?

Cuando me contaste aquella historia sobre ti, tu madre y el caleidoscopio que te regaló por tu cumpleaños, entendí tu afán por los gestos grandilocuentes, por las celebraciones sentidas y meditadas. Y yo te di eso. Aquel año, por tu cumpleaños, a finales de febrero, nos fuimos a dar una vuelta en helicóptero... y luego a probar el menú de degustación de veinte platos del restaurante al lado del Parm. Tengo el nombre en la punta de la lengua, ya sabes cuál digo, ese en el que después de unos once platos yo ya estaba tan llena que te comiste dos de los míos, con lo que acabaste engullendo veintidós y yo dieciocho, demasiados para mí, de todos modos. Me pasé el resto del fin de semana como una serpiente que se hubiese zampado un caimán, pero tú estabas feliz. Dijiste que tu cumpleaños había tenido una celebración como es debido. Sobre todo después de que incluyera sexo oral en el taxi de vuelta a casa.

Y el día antes de mi cumpleaños, aquel mismo año, tú me mandaste flores a la oficina: una docena de lirios *stargazer*. Aún conservo la nota que venía con ellos, guardada junto a la foto dedicada a la serenidad envuelta en papel. «*Stargazers*[\[1\]](#) para mi chica llena de luz de las estrellas. Feliz cumpleaños. Feliz aniversario. Aguardo impaciente que llegue esta noche. Te quiero. Gabe».

Cuando llegué a casa, había una caja grande encima de la cama.

—Ábrela —dijiste con una sonrisa de oreja a oreja.

Contenía un conjunto de mi tienda favorita de aquel entonces, BCBG, en la que solo entraba a comprar cuando tenían descuentos del setenta por ciento. El top era de seda de color turquesa, sin mangas y con un pronunciado escote en uve tanto por delante como en la espalda. Y la falda era corta, ceñida y

negra.

—Pensé que te quedaría de lujo —dijiste—. Perfecto para cuando vayamos a ver *Apollo* en el ballet, y luego se me ha ocurrido que... podríamos ir otra vez al Faces & Names. Serás la chica más sexi del local.

Te rodeé con los brazos para darte las gracias. Era un regalo tan pensado, tan a mi medida. Te imaginé inmerso en la guía de *Time Out New York* para diseñar la noche perfecta, entrando en BCBG, donde supuse que te habrías sentido un poco fuera de lugar, tocando prendas de seda y satén e imaginándotelas en mi cuerpo. Escogiendo un color que me haría brillar.

—Qué suerte tengo —exclamé—. De verdad que soy la chica más afortunada del mundo por estar contigo.

—Creo que lo has pillado al revés —dijiste—. Yo soy el afortunado. Ojalá pudiera hacer más para demostrarte lo increíble que es estar aquí, en este preciso instante, contigo.

—Bueno —contesté, cogiéndote del cinturón y llevándote hacia mí—. Se me ocurren unas cuantas cosas que podrías hacer.

Ese día ni siquiera llegamos a la cama. Prueba de ello fueron los raspones de la alfombra con los que terminamos.

Luego, tumbados uno al lado del otro, con la ropa esparcida a nuestro alrededor por el suelo, preguntaste:

—¿Alguna vez imaginaste que amar a alguien era así?

Me arrebujé pegada a ti. Me estrechaste, rodeándome los hombros con un brazo.

—Ni en mis sueños más salvajes —respondí.

—Es como si fueses mi estrella, Lucy, mi sol. Tu luz, la fuerza de la gravedad que ejerces... Ni siquiera sé expresar lo que significas para mí.

—Creo que somos una estrella binaria —dije entonces, mientras recorría tu muslo lentamente con los dedos. No podía dejar de tocarte. Me era imposible controlarme—. Orbitamos el uno alrededor del otro.

—Dios, Lucy. Tu mente es tan hermosa como tu cuerpo. —Levantaste la cabeza y la apoyaste en una mano, con el codo en el suelo, para mirarme—. ¿Crees en el karma?

—¿En el karma de los hindúes? ¿O en plan: si le quito el taxi a otra persona, estaré condenada a sufrir el mismo destino? —te pregunté a mi vez. Sonreíste.

—Desde luego que hay karma del taxi en esta ciudad, pero no me refería a

eso exactamente. Ni al karma de los hindúes, tampoco. Supongo que no debe de ser karma, a fin de cuentas. Es más en plan... ¿crees que nosotros nos queremos así, tanto, con tanta fuerza, porque mi padre fue un cabrón? ¿Es mi recompensa por haber pasado por aquello? —Indicaste nuestros cuerpos desnudos con un gesto de la cabeza—. ¿O tener esto ahora quiere decir que sufriré después para compensar? ¿Cada uno recibe una cantidad limitada de felicidad en esta vida?

Me incorporé para sentarme y moví la cabeza en señal de negación.

—No creo que el mundo funcione de esa manera —contesté—. Creo que la vida es así, y nada más. Nos vemos en situaciones que nos obligan a tomar decisiones y por eso las cosas suceden como suceden. Aprovechamos la corriente a nuestro favor. Es la vieja pregunta. La de la clase de Kramer.

Te quedaste callado.

—Pero ¿sabes lo que me gustaría creer? —añadí para llenar el silencio—. Me gustaría creer que es el karma. El karma hindú. Que a lo mejor en otra vida hice algo maravilloso por alguien y que mi recompensa en esta vida eres tú. Me gusta más ese tipo de karma que tu idea de una cantidad limitada de felicidad.

Volviste a sonreír, pero esta vez con tristeza. Vi que no me creías.

—A mí también me gusta esa idea —dijiste—. Pero... me preocupa que sea imposible tenerlo todo, que sea imposible que todas las facetas de la vida sean maravillosas.

Reflexioné.

—Yo creo que sí es posible —repliqué—. Quizá no todo a la vez, pero pienso que es posible que las personas lleguen al final de la vida habiendo tenido todo lo que querían obtener de ella.

Y lo creo, Gabe, sigo creyéndolo.

—Ojalá tengas razón —dijiste.

Ya nunca más volvimos a hablar del tema, pero me quedé con la sensación de que estabas convencido de que era imposible que una persona pudiera tenerlo todo. Ojalá hubiese podido encontrar la manera de hacerte cambiar de punto de vista. Porque lo que creo que querías decir, lo que tú creías, era que tenías que sacrificar algo. Sacrificar este amor por otro amor. Este instante de felicidad por aquel otro. Era una teoría que influía en tus decisiones, consciente o inconscientemente. En parte, fue lo que te indicó qué carretera tomar, y lo que nos trajo hasta aquí.

Pero a mí realmente me gustaría pensar que no es así. Que se puede tener un padre que te ama y una novia que también te ama. Un trabajo que te satisface y una vida personal que también te llena. Tú a lo mejor dirías que si tienes esas cosas, quizá te toque renunciar a una buena salud. O a una economía saneada. O a Dios sabe qué otra cosa.

¿Nunca cambiaste de modo de pensar, Gabe?

Ojalá pudieras contestarme.

Poco después de mi cumpleaños, te matriculaste en el curso que impartía Pete. Siempre me ha intrigado saber cuánto tiempo mantuviste contacto con él después de que te marcharas de Nueva York. Sé que fue muy importante en tu vida. Claramente. Él es quien catapultó tu carrera profesional. Siempre me he preguntado si en Pete hallaste por fin el apoyo y la orientación que siempre habías anhelado de tu padre. Durante el tiempo que duró su curso, estabas exultante como no te había visto nunca; fue la época en que con su ayuda vendiste tus fotos al *Village Voice*. Aquello me hizo pensar por un breve lapso que tal vez yo estuviera equivocada, que tal vez tú estuvieras equivocado, que tal vez sí podías ser feliz si te quedabas en Nueva York.

Además, fue también la época en que habías empezado a ocuparte tú de las cenas, porque yo había decidido quedarme en la oficina hasta que Phil se marchara y por aquel entonces se iba cada vez más tarde, intentando pensar en ideas para toda una temporada nueva del *Hace falta una galaxia*. ¿Te acuerdas de la noche en que llegué a casa aún más tarde de lo habitual, casi a las nueve, y tú habías preparado pasta con salsa pesto casera? Había una botella de vino descorchada y ya te habías tomado una copa. Cuando entré, estabas poniendo la mesa. Ella Fitzgerald sonaba por los altavoces enchufados a tu portátil.

—Hola, hola —me saludaste. Tu beso me supo a uva malbec.

—Estás de buen humor esta noche —respondí, mientras me quitaba la chaqueta vaquera dejándola resbalar desde los hombros.

—Adivina a quién le van a publicar una foto en el *New York Times* —dijiste.

Me quedé boquiabierta.

—¿Tú?

—¡Yo! —exclamaste, loco de alegría—. Pete me ha puesto en contacto con las personas adecuadas y van a sacar la que hice en nuestra calle, cuando estalló la tubería en mitad de la calzada. Es para un especial sobre las cochambrosas infraestructuras de la ciudad.

Solté mis bolsas por tierra y te eché los brazos al cuello.

—¡Felicidades! ¡Viva mi novio talentoso y brillante!

Cuando me levantaste del suelo y me depositaste en el sofá, pensé que a lo mejor, solo a lo mejor, la cosa podría funcionar a largo plazo. Que a lo mejor no te marchabas, después de todo.

Esa noche cenamos a medio vestir, y después te conté mis novedades. Phil me había pedido que lo ayudase a elaborar ideas para los programas de la nueva temporada.

—Es lo que quería —te dije—. Es mi oportunidad para influir de verdad en lo que ven y oyen y entienden los niños de este país.

Te quedaste despierto conmigo hasta tarde esa noche, los dos sentados en la cama, mientras yo iba soltando ideas y tú actuabas como caja de resonancia, ofreciéndome tu increíble apoyo. Pero yo no me quedé conforme con mi lista de ideas. Entonces, por el rabillo del ojo, vi tu cámara fotográfica.

—Oye —dije—. ¿Tienes alguna idea en la cámara? ¿Qué guardas en la tarjeta de memoria?

Acercaste la cámara a la cama y estuvimos pasando una por una las imágenes almacenadas, hasta que te pedí que te pararas en una en la que se veía a una niñita asomada a la ventana de un primer piso, asiendo con las manos los barrotes.

—¿Qué crees que le pasa? —te pregunté.

—¿Soledad? —dijiste—. ¿Unos padres que la dejan sola para irse a trabajar? ¿Una soñadora que anhela algo más en la vida?

—¡Sueños! Deberíamos dedicar un episodio a los sueños.

Fue el primer episodio de nuestra segunda temporada.

Y a mí me ascendieron cuando empezó el siguiente trimestre. Pero tú te habías ido antes de que pasase ninguna de esas dos cosas.

No mucho tiempo después de que tu foto saliera en el *Times*, *Hace falta una galaxia* fue candidata a un premio Daytime Emmy y me invitaron a asistir a la ceremonia de entrega junto con un acompañante.

Te llevé a rastras conmigo a Bloomingdale's para probarme vestidos de fiesta. Aunque no creo que «a rastras» fuese realmente la expresión, porque lo cierto es que lo pasaste estupendamente. ¿Te acuerdas? Te sentaste en un sofá cerca de los probadores, como si fueses mi público, un público compuesto por una sola persona para un pase de modelos privado. Salí primero enfundada en un vestido de encaje, sin tirantes, con una abertura por delante de la pierna derecha.

—Sexi —dijiste—. Realmente excitante.

—Pero no es exactamente lo que busco, o en todo caso no para una noche de trabajo.

Luego salí con un vestido de fiesta de color rosa.

—Muy mona —comentaste—. Pareces Cenicienta.

Así que tampoco valía.

Luego me puse un vestido de color azul marino lleno de ángulos y esquinas.

—Muy sobrio —opinaste—. Bonito y limpio.

Vi que las otras mujeres de la tienda se fijaban en nosotros. Las más mayores sonreían con indulgencia. Algunas de las más jóvenes nos miraban con envidia. Cuando percibí esas miradas, intenté moderar un poco mi sonrisa, aplacar mi sentimiento de que el mundo era un lugar perfecto en esos instantes. Aquel día la felicidad parecía nuestro destino, el tuyo y el mío juntos.

Me probé unos cuantos vestidos más, hasta que llegué a uno de seda rojo, con escote halter y la espalda muy baja, ajustado por arriba y vaporoso en la mitad inferior, de manera que se mecía al moverme. ¿Recuerdas lo que dijiste? Yo sí. Te puedo ver diciéndolo en este instante, con los ojos como dos brasas ardientes al recorrer mi cuerpo de arriba abajo.

—Deslumbrante —dijiste—. Con este estás deslumbrante.

Te levantaste del sofá, me cogiste de la mano y me hiciste girar en tus brazos en mitad de la sección de ropa de vestir de Bloomingdale's. Luego, me hiciste bajar, inclinada, y me besaste.

—Este —me susurraste al incorporarme—. Y cómpralo lo antes posible. ¿Hay unos aseos por aquí cerca en los que podamos meternos a escondidas? ¿O mejor nos cogemos un taxi a casa?

Me eché a reír y te contesté, susurrando yo también: «Taxi», mientras me ayudabas a bajarme la cremallera.

Cuando llegamos a casa ese día, me cogiste en brazos con mis bolsas y todo y subiste corriendo los dos tramos de escalera hasta nuestro apartamento. Arriba, tanteaste a ciegas en busca de tu llave mientras yo me aferraba a tu cuello, muerta de risa.

—¿Qué haces? Estás como una cabra.

—No podía esperar más —respondiste. Y abriste la puerta y me echaste encima de la cama. Arrojaste mis bolsas en el sofá y regresaste a mi lado, quitándote la camisa por la cabeza—. Verte con esos vestidos, saber que estabas desnuda dentro de aquel probador... Qué martirio.

Yo me quité también la camiseta y me desabroché el sujetador. Cuando me deslicé los tirantes por los hombros, gemiste.

—Luce. Lucy.

Entonces, te subiste a gatas a la cama y tus labios y tus dedos me recorrieron todo el cuerpo y yo también gemí y arqueé la espalda y entonces me penetraste y me sentí completa, como cada vez que entrabas dentro de mí.

—Gabriel —dije entre jadeos—, me haces sentir infinita.

Inclinaste la cabeza hacia adelante y me besaste apasionadamente.

—Tú me haces sentir invencible —susurraste.

Es lo que tiene el amor. Que nos hace sentir infinitos e invencibles, como si el mundo entero estuviera a nuestra disposición, abierto ante nosotros, como si pudiéramos conseguir lo que nos propusiéramos y cada día estuviera lleno de maravillas. Tal vez sea el hecho de abrirnos como personas, de dejar que el otro entre en ti, o quizá sea el hecho de querer tanto a la otra persona lo que hace que el corazón se nos expanda. He oído decir a muchas personas alguna versión de la frase «Nunca supe hasta qué punto podría amar a otro

ser humano hasta que...». Y después de ese «hasta que» suele haber algo como «nació mi sobrina» o «tuve a mi hijo» o «adopté a mi bebé». Yo nunca había sabido cuánto podía amar a otra persona hasta que te conocí, Gabe.

Eso nunca lo olvidaré.

Creo que ese día yo resplandecía. Amaba a un hombre que me amaba con tanta fuerza como yo a él. Que me había ayudado a escoger un vestido para una gala de entrega de premios en la que mis logros iban a recibir un galardón. Me olvidé de que querías irte, de que, por debajo de esa pátina de dicha, sabía que no eras verdaderamente feliz. Porque aquel día todo parecía perfecto.

La mañana de la gala fui a que me arreglaran el pelo: me dejaron una melena sedosa y ondulada. También fui a que me maquillaran: kilos de delineador y rímel y pintalabios rojo casi a juego con mi vestido. Cuando me deslicé dentro del tejido de seda, me sentí deslumbrante. Y entusiasmada. Como si de verdad hubiese merecido la pena todo lo que había estado haciendo desde la universidad.

—Cerebro y belleza —dijiste al verme, con una media sonrisa.

—Tú tampoco estás nada mal —respondí. Te habías puesto un esmoquin de chaqueta sin cruzar, con chaleco y corbata, y habías domado tus rizos con algún tipo de gomina que reservabas para las ocasiones importantes. Olía como si acabases de salir por la puerta de una peluquería. A veces, al cruzarme con alguien, me llega ese mismo olor y me traslado mentalmente a aquel día, es algo que me pasa aún hoy. ¿Nunca te ha sucedido? ¿Nunca te has visto teletransportado de golpe a un instante del pasado por obra de un aroma que te hace pensar en mí?

Ese día, ya en el trayecto al Rockefeller Center y, después, cuando fuimos encontrándonos con mis compañeros y nos dirigimos a nuestros asientos, te noté distraído. Aplaudías un segundo después que el resto de la gente. Cada vez que me mirabas, estabas mordiéndote el labio como cuando te ponías a pensar concienzudamente, a darle vueltas sin cesar a alguna idea. ¿Qué era lo que te ocupaba tanto la mente?

Entonces, llegó el momento de nuestro premio y ¡lo ganamos! Casi no podía respirar. Todo a nuestro alrededor era alegría desbordante. Me imaginé a mis padres viéndolo por la tele, llorando los dos, mi padre fingiendo que no. Imaginé a Jason gritando como loco, a Kate celebrándolo. Phil me llevó de la

mano al escenario junto con el resto del equipo y, mientras decía unas palabras, tuve que quedarme a su lado. Sonreía tanto que me dolía la cara. No dejaba de mirarte, entre el público, deseando que compartieras conmigo mi felicidad, pero tú estabas abstraído, ni siquiera me devolvías la mirada. Me pregunté fugazmente qué pasaba, pero al siguiente instante ya estábamos todos dando media vuelta y bajando del escenario. Y cuando regresé al asiento, a tu lado, me besaste dulcemente.

—Te quiero —susurraste.

Luego nos fuimos todos a celebrarlo, con ese chute de adrenalina que produce el triunfo. Estuvimos bailando, bebiendo, riéndonos, y tú charlaste con las mujeres de mis compañeros, con los novios, con los prometidos. Pero durante todo ese tiempo vi que no estabas realmente allí.

Cuando volvimos a casa, me quité los zapatos y me desplomé en el sofá. Tú te sentaste a mi lado y cogiste mis pies con ambas manos para darme un masaje y deshacer el dolor que causa estar ocho horas subida a unos tacones de aguja.

—Ah, Dios —gemí—. Gabe, esto podría ser mejor que el sexo.

Pero tú no te reíste, como pensé que harías.

—Luce, tenemos que hablar —dijiste sin dejar de masajear el arco de mi pie izquierdo.

Me incorporé y retiré el pie de entre tus manos, para meterlo debajo de mi cuerpo.

—¿Qué sucede? —te pregunté—. ¿Estás bien? ¿Estamos bien? Pensé que todo iba genial, pero si hay algo que...

—Lucy —dijiste, mi nombre sin abreviar—. Para. —Entonces, respiraste hondo—. No sé cómo decirlo, así que lo diré directamente, sin rodeos. Me han ofrecido trabajo en Associated Press. Quieren que vaya a Irak, que me integre con los militares para un especial, eso para empezar. Con opciones de que me contraten con sueldo fijo después. Pete ha estado haciendo llamadas, moviendo hilos. Él sabía de mi deseo de salir al extranjero.

Me quedé sin respiración durante un instante.

—¿Cuándo? —susurré—. ¿Por cuánto tiempo?

—Quieren que vaya dentro de tres semanas. Es para dos meses como poco. Puede que para mucho más.

—¿Cuándo tienes que darles una contestación? —te pregunté. Estaba pensando: «Podríamos llevarlo bien si son dos meses. O incluso un poco más. Podríamos conseguir que funcionase».

—Ya la he dado —respondiste mirándote los dedos de las manos—. Les he dicho que sí.

—¿Que has qué? —pregunté. Me sentía como si alguien hubiese quitado el tapón de una bañera llena, como si nuestra historia se escapase por el desagüe dando vueltas como un remolino. Se me vino a la mente Kate y lo que me había dicho sobre las probabilidades de que te marchases y me dejases destrozada.

Seguías sin mirarme a la cara.

—Ha estado fraguándose desde hace algún tiempo —explicaste—, pero hoy se ha arreglado todo el papeleo. Yo no sabía si saldría. Era una posibilidad remota. No quería decir nada hasta que fuese seguro. No quería hacerte daño innecesariamente.

Notaba cada latido de mi corazón, cada bombeo de sangre por las venas. Abrí la boca pero fui completamente incapaz de pensar qué decir.

—Hace unos meses, cuando vi aquel primer artículo sobre Abu Ghraib que sacó Associated Press, supe que tenía que ir allí. Un puñado de imágenes pueden transformar tu perspectiva. Pueden hacer que la gente cambie de parecer y de opinión. No puedo quedarme de brazos cruzados y confiar en que otros hagan este trabajo, considerándolo tan importante como lo considero. Te dije que iba a marcharme, Luce. Sabías que ese era mi plan, antes o después.

Era cierto, lo sabía. Pero no creí haber entendido que fuera para siempre. Que fuese innegociable. Que no fuésemos a hablarlo antes para planearlo entre los dos. Pero, sobre todo, me pilló desprevenida. Especialmente esa noche. Se suponía que iba a ser una noche de celebración, de felicidad, de éxito. Estaba tocando el cielo como nunca en mi vida. Mi trabajo había ganado un Emmy. Y había bajado la guardia. Me había permitido ser absolutamente feliz.

¿Cómo pudiste no decirme lo que estaba intentando Pete? ¿Cómo pudiste no hablarme de las llamadas telefónicas que habías tenido que recibir? ¿O de los planes que seguramente habías estado haciendo? ¿Cómo pudiste tomar semejante decisión sin contarme nada? El que no me incluyeras es algo que sigue enfureciéndome, Gabe. Formábamos una estrella binaria. Orbitábamos el uno alrededor del otro. Al decidir no contármelo, alteraste eso, dejaste de orbitar a mi alrededor, te pusiste a dar vueltas alrededor de otra persona, de otra cosa. En cuanto empezaste a tener secretos, se acabaron nuestras

opciones.

Los ojos se me llenaron de lágrimas de repente, lágrimas de rabia y de pena, de confusión y dolor.

—Gabe, Gabe —te dije, repitiendo tu nombre una y otra vez—. ¿Cómo has podido? —logré preguntarte al fin—. ¿Cómo has podido callártelo? ¿Cómo has podido soltármelo justo esta noche?

Me tendiste los brazos y yo te rechacé con violencia, apartándote con más fuerza de la que pensé que tenía.

—Me habría dolido menos si lo hubiese sabido —añadí—, si lo hubiésemos hablado. ¿No lo comprendes? Formábamos un equipo. Y me dejaste fuera. ¿Cómo pudiste hacer planes sin mí? ¿Cómo pudiste hacer ese tipo de planes sin mí?

Tú también te habías puesto a llorar, te bajaba moco transparente desde la nariz hasta el labio.

—Perdóname —dijiste—. Quería hacer las cosas bien. No quería hacerte daño, lo siento.

—Pero me lo has hecho —repliqué, casi atragantándome—. Más de lo que habrías pensado. Más de lo que era necesario. Es como si no te importase nada.

—Eso no es verdad. —Te secaste la nariz y volviste a tenderme los brazos.

—No —te rechacé—. No me toques.

—Por favor —suplicaste—. Lucy, por favor. —Estabas llorando más que yo en esos momentos—. Necesito que lo entiendas. Ojalá no sintiera este anhelo, ojalá no tuviera la sensación de que esto es lo que debo hacer, que esta es la única forma que tengo de sentirme completo. Nunca he querido hacerte daño. No tiene nada que ver contigo.

—No —repuse—. No tiene nada que ver conmigo. Pero tampoco tiene que ver solamente contigo. Tiene que ver con los dos. Con que estás destrozando lo nuestro.

Me miraste como si te hubiese abofeteado. Y era lo que sentía ganas de hacer.

—No, no lo estoy destruyendo... —dijiste—. Lucy, no tiene que ver con nosotros. De verdad. Tiene que ver conmigo. Necesito hacerlo por mí. Dentro de mí hay algo que está roto y esto va a ser lo único que lo arregle. Pensé que lo entenderías. Tú siempre has entendi...

Pero esta vez yo no lo entendía.

—¿Por qué no puedes quedarte? —te interrumpí—. ¿Qué hay de tu plan de fotografiar Nueva York? Hay tantas historias que contar aquí. Te alegraste tanto cuando el *New York Times* te publicó aquella foto.

Negaste con la cabeza.

—Puedo hacer más en otros sitios. Puedo hacer mejores fotos. Puedo contribuir mejor a cambiar las cosas. Ojalá no fuese así, pero así es. Tú sabes lo importante que es para mí.

—Sí, pero tiene que haber otro modo.

—No lo hay —dijiste.

—¿Y por qué no haces viajes pero regresando a casa al terminar cada encargo? —Te estaba implorando. Lo sabía, y no me importaba.

—Así no funcionan las cosas —respondiste—. Pete me dijo que, si deseaba hacer esto, tenía que meterme de lleno.

—Oh, Pete lo dijo. —Estaba furiosa—. Entonces con Pete sí que hablaste de todo esto pero conmigo no.

—Lucy...

—¿Sabes qué? —volví a cortarte—. Vete a la mierda. —La ira me inundó todo el cuerpo hasta las puntas de los dedos de las manos y de los pies. Me fui a nuestra cama y arrojé sobre el sofá tu almohada y la manta auxiliar—. Esta noche duermes aquí.

—Lucy, no hemos terminado de hablar. —La manta se quedó colgando de tus dedos.

—Sí hemos terminado—zanjé. Me desabroché el vestido y apagué la luz.

Por supuesto, ni tú ni yo dormimos esa noche. Yo reproduje una y otra vez en mi mente la conversación que habíamos tenido. Por mucho que te odiase en esos momentos, seguía queriendo cruzar el estudio para ir a tumbarme contigo en el sofá, para sentir la solidez de tu cuerpo junto al mío. Eras mi consuelo y mi sufrimiento, todo a la vez.

En algún momento te levantaste y te quedaste de pie delante de la cama.

—Tengo una idea —dijiste.

Yo no respondí.

—Sé que estás despierta. Te veo los ojos.

No habíamos bajado las persianas. Veía tu silueta recortada sobre el fondo iluminado por las luces de la ciudad. Formaban un halo a tu alrededor. «Un

ángel caído», pensé.

—¿Qué? —pregunté finalmente.

—A lo mejor..., a lo mejor te puedes venir conmigo. —Estiraste el brazo tímidamente hacia delante, en medio de la penumbra—. Quizá podríamos plantearlo así.

Toqué tus dedos con los míos. Por un instante fugaz, tu idea parecía lógica. Pero entonces mi mente enfocó lo que me estabas pidiendo. Enfocó Bagdad. Visados. Apartamentos. Trabajos.

—Pero... ¿cómo? —te pregunté.

Te sentaste en la cama, sin soltarme la mano, y te encogiste de hombros.

—Podríamos ver la manera.

—Pero ¿dónde viviría yo? ¿A qué me dedicaría? ¿Qué pasa con mi profesión, Gabe? —Noté que otra vez me recorría por dentro la ira. Me estabas pidiendo que renunciase a mis sueños por ti, cuando tú jamás renunciarías a los tuyos por mí, ni siquiera te plantearías un término intermedio, ni siquiera me habías hablado de ello.

Moviste la cabeza a los lados.

—No sé —dijiste—. Pero seguro que la gente hace estas cosas. A lo mejor podrías dedicarte a otra cosa. Podrías encontrar trabajo escribiendo artículos y dejar de ese modo tu huella en el mundo. Podríamos crear el texto y las imágenes entre los dos. Se me tendría que haber ocurrido antes... Sería perfecto.

—Yo creía que mis sueños no eran desechables, Gabe —repliqué. Te quería. Es verdad. Y te quiero. Con toda el alma. Pero lo que me estabas pidiendo no era justo. Y en aquel momento me dolió (y aún me duele) que hubieses tomado esta decisión de marcharte sin contar con mi opinión y que no estuvieras dispuesto a considerar ninguna otra alternativa.

—No quería dar a entender eso —contestaste.

Suspiré. No podía más.

—Hablemos del tema por la mañana —propuse.

—Pero... —empezaste a decir. Entonces, cerraste la boca—. Está bien —añadiste. Pero no te moviste. Te quedaste inmóvil, sentado en la cama. Con tu mano sobre la mía.

—¿Gabe? —dije.

Te volviste para mirarme. Pasó un coche de la policía a toda velocidad y las luces de la sirena se reflejaron en tus ojos.

—No puedo dormir sin ti, Lucy.

Noté que los ojos se me volvían a llenar de lágrimas.

—Eso no es justo —le reproché—. No puedes decir eso. No tienes derecho.

—Pero es la verdad —te defendiste—. Por eso deberías venir a Irak conmigo.

—¿Porque te cuesta dormir si yo no estoy contigo en la cama? —Retiré la mano.

—No me refería a eso literalmente —respondiste—. Quería decir que te quiero. Que lo siento. Y que quiero que vengas conmigo.

No lo habías comprendido.

Me incorporé y encendí la lámpara de la mesilla. Los dos pestañeamos por la luz inclemente. Yo vi el dolor esculpido en tu cara. Me pareciste vulnerable, desamparado. Abatido. Confuso. Como aquella noche en el Faces & Names, la noche en que volvimos a encontrarnos. Y ahí estaba mi grano de la granada, esa parte de ti que todavía hoy hace que me cueste tanto darte la espalda. Cuando me dejas ver ese pedacito de vulnerabilidad que hay en ti, me siento responsable. Porque solo nos mostramos con total franqueza con las personas que más nos importan. Creo que por eso la llama de nuestra relación prendió tan rápidamente. Porque aquel 11 de septiembre no levantamos barreras y nos mostramos mutuamente con total franqueza. Y eso es algo que nunca podrás borrar. Pero esa noche no bastó. Necesitaba algo más de ti. Necesitaba que me entendieras, que fueses sincero, que cedieras un poco. Necesitaba que te comprometieras. Ya ni siquiera merecía la pena que discutiéramos.

Te cogí la mano.

—Yo también te quiero —contesté—, pero no puedo irme contigo. Lo sabes. Tus sueños están allí pero los míos están aquí.

—Tenías razón antes —dijiste, y la voz te sonó ahogada—. Hablemos mañana, mejor.

Te seguí con la mirada mientras te alejabas silenciosamente por el estudio hasta reclinar tu largo cuerpo en el sofá. Apagué la luz y pensé en todas las razones por las que era absurdo que me fuese contigo a Irak, y en la única por la que no: porque no podía imaginarme mi vida sin ti.

Cuando me desperté, con los párpados pegados y un fuerte dolor de cabeza, tú estabas sentado en el sofá, mirándome.

—Sé que no puedes venir —dijiste en voz baja en cuanto abrí los ojos—. Pero te prometo que estaremos en contacto. Quedaremos cada vez que venga a la ciudad. Siempre te querré. —Se te hizo un nudo en la garganta—. Pero necesito hacerlo. Y eso de haber estado dispuesto a tirar a la basura tu sueño... Lucy, soy como mi padre otra vez. Creo..., creo que estarás mejor sin mí.

Me estallaba la cabeza. Me ardían los ojos. Y me vine abajo verdaderamente en aquel instante; era incapaz de detener el llanto, los sollozos, el temblor, los sonidos que salían por mi boca y que parecían primitivos. Expresiones de dolor codificadas en nuestro ADN desde nuestros ancestros prelingües. Realmente te marchabas. Realmente ibas a dejarme. Había sabido que pasaría, tarde o temprano, pero nunca quise pararme a imaginar cómo sería cuando llegase el día. Y era como una pesadilla. Como si tuviese el corazón hecho de vidrio soplado y alguien lo hubiese arrojado al suelo, lo hubiese hecho añicos y después hubiese zapateado encima de los trocitos.

Que me invitaras a irme contigo fue importante para mí. Siempre lo ha sido. Pero en el fondo no me lo estabas proponiendo, no era una oferta meditada a fondo. Fue una disculpa de madrugada, un intento de enmendar tu equivocación por no habérmelo dicho antes, por haberlo mantenido en secreto, por haberme dejado al margen. Sin embargo, en parte, siempre me he preguntado qué habría pasado si hubiese aceptado. ¿Habría cambiado tu vida y la mía por entero o igualmente habríamos acabado aquí, yo en esta habitación excesivamente iluminada, deseando estar en cualquier otro lugar, y deseando al mismo tiempo no tener que irme? Supongo que nunca lo sabremos.

Esa semana embalaste todas tus cosas y te fuiste a pasar unos días con tu madre antes de marcharte definitivamente. Y yo me senté en lo que hasta ese momento había sido nuestro apartamento y lloré.

Nunca hablamos de cómo fue el periodo posterior a tu partida. Nunca te hablé de lo destrozada que estaba. Ni te conté que me quedaba mirando los espacios que habían dejado tus libros en las estanterías, y que me sentía incapaz de ocuparlos. Que no lograba comerme un gofre sin romper a llorar. Ni ponerme la pulsera de madera que me compraste en el mercadillo de Columbus Avenue, aquel con el que nos topamos por casualidad y en el que nos quedamos la tarde entera, donde comimos mozzarepas y crêpes y fingimos que necesitábamos una alfombra nueva para nuestra imaginaria casa para la temporada de esquí.

Una noche, dos semanas después de que te fueras, bajé del estante de encima del fregadero una botella de tu whisky favorito. La habías dejado a ella también. Me serví una copa tras otra, primero con hielo y luego, cuando se vació la bandeja de los cubitos, a palo seco. Aunque me abrasaba los labios a cada trago, su sabor me recordaba tus besos. Y mitigó el dolor. Por primera vez desde que te marchaste, dormí de un tirón. A la mañana siguiente me sentí morir y llamé a la oficina para decir que me encontraba mal. Pero me pasó lo mismo la semana siguiente. Y la siguiente. Me obligué a ir a trabajar, aprendí a convivir con el dolor.

Había tiendas por las que no podía pasar y restaurantes en los que no podía comer. Me tiré un mes durmiendo en el suelo porque lo único que notaba cuando intentaba dormir en nuestra cama era tu ausencia. Y si intentaba dormir en el sofá, era peor; me recordaba la noche de después del Emmy. Doné la mitad de mi ropa a Goodwill y tiré los pósteres que teníamos en las paredes.

Seis semanas después de que te fueras, me senté en el apartamento

semivació y telefoneé a Kate.

—No puedo quedarme aquí —dije.

—Ni tienes por qué —respondió ella—. Vente conmigo.

Así pues, empaqueté lo que quedaba y me instalé con ella dos semanas. Kate me ayudó a subarrendar el estudio y después me mudé a Brooklyn. No podía más. Necesitaba cambiar de barrio, empezar de cero. Pero incluso allí tuve que evitar el Bubby's, el local al que fuimos para la boda de Kevin y Sara, y el Red Hook Lobster Pound, donde celebramos el 4 de Julio. Estabas en todas partes. Estuvimos juntos solo catorce meses, pero fueron los catorce meses que me cambiaron la vida.

Te escribí un e-mail, ¿te acuerdas? No te conté cómo me sentía, lo destrozada que estaba. «¡He cogido una casa compartida con Alexis en los Hamptons! Decisión totalmente de última hora, pero va a estar genial», escribí con falso entusiasmo. «Acabo de ver un concierto de Ben Folds en el SummerStage, te habría encantado. ¿Cómo va todo?». Y luego esperé y esperé y esperé pero nunca recibí respuesta. Me acordaba todo el tiempo de lo que habías dicho de que estaríamos en contacto. De que siempre me querías. Cada vez que abría mi correo, sentía una mezcla de rabia, tristeza y decepción, tan honda como no había experimentado en mi vida. Empezaba cartas para ti. Diatribas, más bien. Pero las tiraba siempre a la basura antes de mandártelas. Me daba miedo que, si te gritaba desde la otra punta del planeta, me borrarías del todo de tu vida y nunca más volvería a saber de ti. Pensé que no podría con eso.

Ahora, al echar la vista atrás, sé que tú también lo estabas pasando mal, tratando de tirar hacia adelante, de encontrar tu propio camino. Esas líneas escritas desde Nueva York debieron de parecerse un mensaje de otro planeta. ¿El SummerStage? ¿Los Hamptons? No puedo ni imaginar lo que pensarías al leer mi mensaje. Pero en aquel entonces no entendía cómo podías ignorarme. Cómo podías hacerme girar en una pirueta de baile, besarme y decirme que te hacía sentir invencible, y luego desaparecer de repente.

Dos meses después de tu partida recibí un mensaje tuyo. El primero desde que habías aterrizado en Irak. «¡Me alegro de que estés bien! Esto es una locura. Perdona que no te haya escrito antes. El periodo de adaptación fue duro, pero el trabajo me encanta. Hemos terminado el reportaje y ahora quieren que me quede aquí una temporada. ¡Espero que estés disfrutando de Nueva York!».

Debí de leerme aquel mensaje como cien veces. O quizá fueron doscientas. Analizaba cada palabra. Cada signo de puntuación. Buscaba sentidos ocultos, pistas a través de las cuales poder deducir cómo te encontrabas o lo que estabas pensando. Trataba de averiguar si me echabas de menos o si habías conocido a otra persona.

Pero en realidad allí no había subtexto, ni mensajes ocultos, ni códigos secretos. Tan solo era una respuesta rápida enviada a toda prisa. Había estado dos meses esperando para nada. Creé una carpeta en Gmail a la que llamé Desastre y allí guardé todos tus correos, incluido ese. No te contesté. Sabía que no podría soportar que volvieses a ignorarme.

A veces me dicen cosas cuya trascendencia solo entiendo mucho tiempo después. Es lo que parece que me pasa siempre que hablo con mi hermano Jason. Cada vez que mantenemos una conversación más seria, que se salga del habitual «¿Qué tal?» o «¿Cómo va el trabajo?», tardo años en entender lo que estaba queriendo decirme. Unas semanas después de que te fueras, me llamó. En aquel entonces él tenía veintiocho años y llevaba uno saliendo con Vanessa. Se habían conocido en el laboratorio: ella trabajaba para el departamento de comunicaciones de la farmacéutica y él estaba tratando de desarrollar una especie de terapia dirigida molecularmente para el cáncer que a día de hoy sigo sin entender del todo.

—Hola, Lulu —dijo cuando atendí la llamada del móvil—. Quería..., bueno, saber qué tal estabas. Me ha contado mamá que últimamente has pasado un bache.

—Sí —contesté, y los ojos empezaron a llenármese de lágrimas al saberle preocupado por mí—. Le echo muchísimo de menos, Jay. Le quiero y le odio y es..., es horrible.

Me temblaba la voz. No ponía en cuestión mi decisión de no haberme ido contigo, a ese respecto no tenía dudas, pero había estado reproduciendo una y otra vez en mi cabeza las conversaciones que habíamos tenido para intentar averiguar si había algo que hubiese podido decir, que hubiese servido para que te quedaras. Y qué rasgos de mi carácter te habían movido a ocultarme cosas. Me pregunté si habrías actuado de otro modo si hubieses sido el novio de otra persona. Kate me dijo que lo más seguro era que te hubieras marchado antes. En aquel entonces no la creí, pero ahora me pregunto si no tendría razón.

—Oh, Lu —me dijo Jason—. No era mi intención hacerte llorar. Sé que, en fin, tú y yo nunca hemos hablado mucho de nuestras relaciones, pero ¿te acuerdas de cuando Jocelyn y yo rompimos la última vez?

No sé si alguna vez nosotros hablamos de Jocelyn: fue la novia de Jason durante la carrera y en la etapa siguiente. Se conocieron en segundo, en Princeton, y se pasaron cinco años reconciliándose y volviendo a cortar, hasta que ella decidió irse a hacer Medicina en Stanford y, tras un breve intento de relación a distancia, rompieron definitivamente. Supongo que sus cinco años de relación no se pueden comparar con nuestros... ¿cómo debería calcularlo ahora? ¿Trece años? ¿Once?

—Me acuerdo —le respondí a Jay, aunque solo lo recordaba a medias. En aquella época yo estaba en la universidad y vivía tan en mi mundo que a decir verdad no había estado tan enterada de la vida de mi hermano.

—La razón por la que fui capaz de poner punto final fue que me di cuenta de que éramos como el experimento del osito de gominola. ¿Lo recuerdas? Creo que te lo enseñé en el laboratorio aquella vez que viniste a verme a la universidad cuando estaba en primero. Pones clorato potásico en un tubo de ensayo y echas un osito de gominola, y esos dos elementos que, cada uno por su cuenta, están perfectamente, explotan. Invariablemente. Jocelyn y yo éramos como ese experimento. Cada vez que nos juntábamos, explotábamos, y eso era emocionante y maravilloso en cierto sentido, pero ¿quién quiere vivir en medio de explosiones constantes?

—Mmm..., ya —respondí, pensando en ti y en mí. Nosotros no cortábamos y volvíamos a empezar cada dos por tres, pero nuestra relación de entonces sí que me parecía emocionante y maravillosa. Éramos mejores cuando estábamos juntos de lo que éramos por separado.

—Bueno, total, que, cuando conocí a Vanessa, fue diferente. Fue como..., como el experimento de la reacción Old Nassau. ¿Te acuerdas de cuál te digo? Empiezas con tres disoluciones incoloras, pero primero mezclas dos, así que imagino que yo soy esas dos disoluciones mezcladas, y luego, cuando añades la tercera, en un primer momento no pasa nada pero entonces la solución se vuelve naranja por el yodato de potasio y después, al cabo de poco rato, cambia otra vez de color, ahora a negro, que como sabes es mi color favorito porque contiene todo el pigmento existente, y ya se queda así.

Se detuvo. Yo permanecí en silencio. No tenía ni idea de qué responder.

—Básicamente lo que quiero decir, Lu, es que la relación fue mejorando

conforme pasaba el tiempo. Que en lugar de aquella reacción del osito de goma, esta es una reacción reloj. ¿Entiendes lo que quiero decir?

No lo entendí entonces, pero ahora sí lo entiendo. Darren me lo enseñó. Aunque seguramente él diría que el amor es como un buen vino, en el que los sabores se hacen más profundos y cambian con el tiempo. A Jason en aquel momento solo le dije:

—Pero es que yo le quiero mucho, Jay.

—Ya —repuso—. Yo también quería a Jocelyn. Y aún la quiero. Seguramente siempre la querré un poquito. Pero a Vanessa la quiero... de otra manera. Lo que pretendo decir es que hay muchos modos de amar y que sé que volverás a amar a otra persona. Aunque no sea igual, es posible que en algunos aspectos sea mejor.

—No quiero —susurré. Yo quería quererte a ti. Y no podía imaginar que pudiese haber algo mejor que eso.

Jason se quedó callado unos segundos.

—A lo mejor es demasiado pronto para que te diga estas cosas —añadió entonces—. Perdóname. No se me dan muy bien estos temas. Pero a lo mejor... lo que te he dicho calará en tus neuronas y lo recuerdes cuando más lo necesites.

—Sí —repuse—. Vale. Gracias por llamarme.

—Te quiero, Lucy, como el hidrógeno quiere al oxígeno. Con un amor de una clase completamente diferente. Una clase elemental.

Y cuando dijo eso, me eché a reír a pesar de las lágrimas, porque solo mi hermano era capaz de explicar el amor recurriendo a la tabla periódica.

Ese verano, Alexis me arrastró de un lado para otro. A bares, a conciertos, a fiestas, a preestrenos de cine. Nos arreglábamos para salir todas las noches, por Brooklyn, Manhattan, Southampton, y con suficiente cantidad de martinis yo lograba olvidar durante un ratito.

Kate dejó a Tom en Manhattan y me llevó a la casa de sus padres en Cape Cod para pasar una semana. Me mimó con tratamientos de spa y me llevó a una peluquería para que me hicieran un corte nuevo que había encontrado en una revista francesa que le había enviado su hermana. Ese fue el día que me corté la trenza y la doné.

Julia me dijo que estaba en el Equipo Lucy y que acudiría a mi lado siempre que la necesitara. Pasamos un montón de noches juntas, comiendo macarrones con queso, simplemente porque tú los aborrecías, y viendo las pelis de acción más violentas que pudimos encontrar.

La verdad es que mis amigas se portaron de maravilla, teniendo en cuenta lo que te odiaban a esas alturas. No sé si Kate o Alexis te habrán perdonado por haberme dejado. Julia sí, pero tardó su tiempo en entender lo que había entre nosotros. Hasta que vio tu exposición en la galería de arte.

Mi madre me acribillaba con mensajes de móvil todo el santo día. Y con artículos inspiradores por correo electrónico.

Jason vino a verme, me invitó a un partido de los Cyclones de Brooklyn y a perritos calientes, y a presenciar una explosión con Coca-Cola Light y Mentos.

Prácticamente toda la gente que conocía intentó animarme de todas las maneras posibles. Y yo me esforcé con toda mi alma para superar lo nuestro, pero en el fondo lo único que necesitaba era tiempo.

A finales de aquel verano, aproximadamente dos semanas después de recibir tu e-mail y de que yo crease la carpeta Desastre, conocí a Darren.

¿Te molesta que hable de él? Perdona si es el caso, pero es que también forma parte de tu historia. Por mucho que no te haga gracia, o que te caiga de pena, nuestra carretera no sería la misma sin Darren.

El último fin de semana de mi casa compartida en los Hamptons, el fin de semana del Día del Trabajo, me levanté a preparar café y me lo encontré roncando en el sofá, en mitad de nuestro salón. Era la primera vez que le veía en mi vida. Y, desde luego, no estaba allí cuando me fui a dormir. Con todo, Sabrina, la amiga de Alexis, tenía propensión a traerse a grupos de gente cuando volvía a casa, y no era raro encontrarse con desconocidos durmiendo en sofás, en sillones, o incluso a veces directamente en el suelo del salón.

Pasé por su lado andando de puntillas y me fui a la cocina para hacer café para todos. Cuando te marchaste, mi patrón del sueño se vio alterado por completo. En cuanto abría los ojos, por muy temprano que fuese, por mucha resaca que tuviese, me levantaba de la cama porque continuar tumbada en ella sin ti a mi lado era un suplicio. Así pues, aquel verano preparar el café se había convertido en mi responsabilidad.

La casa estaba siempre llena de gente, por lo que procuraba que no se me notara mucho que acababa de levantarme. Esa mañana me había puesto rápidamente un biquini (ese verano mi preferido era uno rojo con la parte de arriba tipo bandeau) y unos pantalones cortos con el bajo deshilachado. Y me había atado un pañuelo en la cabeza, por el que me asomaba el flequillo de lado, tapándome el ojo izquierdo. Tantos fines de semana yendo a los Hamptons me habían dejado la piel bronceada y los paseos en bici hasta la

playa me habían tonificado el cuerpo más de lo que había imaginado. Ese verano me gustaba lo que veía al mirarme en el espejo. Muchas veces tenía que contenerme para no seguir preguntándome qué pensarías si me vieras, si también a ti te gustaría.

Para cuando la cafetera empezó a filtrar el café, Darren se había despertado. Entró en la cocina y me saludó diciendo la frase más cutre que he oído en mi vida para ligar con una chica. O tal vez su intención no era soltarme una frase para ligar. Nunca ha reconocido ni lo uno ni lo otro. Pero, en definitiva, fue la típica chorrada que tú no hubieses dicho ni en broma.

—¿Me he muerto y me he despertado en el paraíso de la cafeína? —dijo—. Porque eres como un ángel del café.

Pese a todo, me arrancó una sonrisa.

Tenía el pelo lacio, pero se le había quedado disparado hacia arriba en el lado que había tenido aplastado contra el brazo del sofá. Llevaba unos calzoncillos tipo bóxer y una camiseta de manga corta con las palabras «Nueva Jersey: solo los más fuertes sobreviven» estampadas. No pude evitar preguntarme dónde estaría el resto de su ropa.

Le ofrecí la primera taza de café y él dio un sorbo.

—No soy ningún ángel —le dije—. Te lo juro. Me llamo Lucy.

—Darren —se presentó él, tendiéndome una mano—. Este café es fantástico.

—Ayer molí los granos —le expliqué—. Los venden en esa tienda de cafés de comercio justo que hay en el centro.

Dio otro sorbito.

—Tu novio es un tipo con suerte —dijo—, por salir con una chica que sabe hacer semejante café.

No pude evitarlo, las lágrimas me escocieron los ojos al responder:

—No tengo novio.

—¿En serio? —se asombró, y bebió un poco más de café mientras me miraba a los ojos por encima del borde de la taza.

En ese instante le comparé contigo. Su pelo lacio frente al tuyo rizado. Su complexión musculosa, compacta, frente a tu cuerpo largo, estilizado. Sus ojos castaños frente a los tuyos azules. Me daba cuenta de que pretendía coquetear conmigo, pero yo me sentía incapaz.

—Voy a preparar mis cosas de la playa —le dije—. Si cuando salga de mi cuarto ya te has ido, ha sido un placer conocerte.

Asintió y levantó la taza.

—Gracias por el café, Lucy —repuso.

Se marchó antes de que volviera a salir por la puerta de mi habitación. O, mejor dicho, yo no salí de mi habitación hasta que oí que él y su amigo se marchaban. Pero debió de preguntarle a Sabrina por mí, porque al día siguiente recibí una solicitud suya para agregarle en Friendster. Junto con un mensaje en el que me preguntaba cómo se llamaba la tienda de comercio justo del café en grano.

Nos cruzamos varios mensajes más, de tonto, y él me invitó a un taller de maridaje entre café y chocolate que había visto anunciado en un sitio del barrio de Park Slope. Era un domingo por la tarde, por lo que de alguna manera me pareció que no entrañaba riesgos ni olía a cita, y, como no tenía nada mejor que hacer, fui.

Te mentiría si te dijera que no pensaba en ti. De hecho, pensé un montón en ti. Pero entre medias hubo momentos de diversión. Momentos de bromas. Como cuando a Darren casi se le salió el café por la nariz de la risa que le dio al escuchar la explicación de uno de los maridajes. Hacía meses que no me lo pasaba tan bien. Bueno, que no me lo pasaba tan bien estando sobria.

Por eso, cuando a la semana siguiente me invitó a cenar, le dije que sí. No eras tú, pero era listo, guapo, me hacía reír... Me deseaba. Y me ayudaba a olvidarte, por lo menos durante un rato.

Darren insistió en recogerme en mi apartamento para nuestra cita. Llevaba un traje de chaqueta y se había peinado hacia atrás, de modo que tenía la cara totalmente despejada. Ese día yo había ido a trabajar con un vestido veraniego, en tela de sirsaca amarilla y blanca, y aún lo llevaba puesto, junto a unas sandalias; aunque era nuevo, él iba mucho más arreglado.

Debió de darse cuenta de que me había quedado mirando su traje, porque dijo:

—Es mi uniforme de banca de inversiones. No me ha dado tiempo a cambiarme.

Sonreí.

—Te sientan bien los trajes. —Al decirlo, reparé en que era cierto. Tenía los hombros más anchos que la cintura y el corte del traje le acentuaba esa característica.

Estuve a punto de proponerle cambiarme de ropa para ir más elegante, pero antes de que me diera tiempo comentó:

—Tú vas más guapa con ese vestido. De hecho, apuesto a que si hiciésemos una encuesta entre personas absolutamente objetivas sobre el elemento guapura de nuestros respectivos looks, ganarías tú.

No pude evitar reírme.

—¿El elemento guapura de nuestros respectivos looks? —repetí.

—Es el término técnico —dijo él.

No era como tú. Sin lugar a dudas, no. Para empezar, era mayor, tenía veintinueve años. Y más sereno, más asentado. Sólido, como dijo Julia. Y era la única persona que había conseguido hacerme reír desde que te habías marchado. Eso contaba mucho.

Cuando dobló el codo y dijo: «¿Mademoiselle?», yo me cogí de su brazo y cerré la puerta del apartamento a mi espalda. La verdad es que me hacía mucha ilusión salir a cenar con él.

Esa noche, después de cenar, Darren dijo que me acompañaría a casa, que era lo que debía hacer un caballero. Incluso al caminar por la acera se puso en el lado de la calzada para poder hacerme pantalla si pasaba un coche a toda pastilla por un charco y nos salpicaba. Así, explicó, se calaría él y yo no.

—Entiendo —le dije—. ¿Y qué pasa con las damas? ¿Qué se supone que hacemos nosotras?

—Nada que no estés haciendo ya —replicó, lo cual volvió a arrancarme una sonrisa.

Entonces carraspeó.

—¿Sabes qué? Cuando estaba en la Universidad de Pensilvania hacía de guía turístico y resulta que eso me capacita también para ofrecer visitas guiadas del barrio de Prospect Heights.

—¿En serio? —pregunté yo, no muy segura de si pretendía tomarme el pelo.

Él comenzó a hablar con un acento muy elegante, como si se tratase de un magnate que hubiera donado un edificio a una universidad. Me eché a reír de inmediato. Hablaba exactamente como me imaginaba que hablarían los Schermerhorn, los Havemeyer o los Hartley, todas esas familias en cuyo honor se habían bautizado muchos edificios del campus de Columbia. En nuestra época de estudiantes siempre me habían intrigado. Me los imaginaba viviendo en mansiones enormes, en sitios como Armonk, y veraneando en Martha's Vineyard. El señor Schermerhorn llevaba esos pantalones rojos que se pone la gente en Nantucket, tenía prognatismo y lucía un bronceado permanente. Por su parte, la señora Havemeyer jamás salía de casa sin sus brillantes de tres quilates en las orejas. Tenía tres hijos que habían sido

educados por tres niñeras distintas, que contribuyeron a desarrollar sus personalidades de formas totalmente diferentes. Tenía una curiosa obsesión con el número tres. Por último, los Hartley poseían perros que participaban en exposiciones caninas. Corgis, como los de la reina de Inglaterra.

Supongo que ahora podría averiguar cosas sobre ellos en internet, si me diera por ahí. Pero eso echaría a perder las historias que me inventaba. Hacía años que no las rememoraba.

En fin, Darren se volvió hacia mí y, con una voz a lo Schermerhorn, dijo:

—Esa gran casa de ladrillo rojizo es la vivienda de Ashton Cranston Wellington Leeds IV, de los Leeds de Kensington. La rama noble de la familia. Todo el mundo sabe que los Leeds de Glasgow son tahúres y golfos. Y ladrones de caballos. Que toman la sopa con cucharilla de café y el postre con el tenedor de mesa. Una auténtica blasfemia. De hecho, hay todo un movimiento a favor de hacer compuesto el apellido para que quede como Kensington-Leeds. Con el fin de evitar confusiones, ya sabes.

Me reí tanto con aquella ocurrencia que casi bufé por la nariz, lo cual hizo que aún me desternillara más de la risa.

Él continuó, con su voz de Schermerhorn:

—Tengo entendido que por esa misma razón se explica el apellido compuesto de Julia Louis-Dreyfus. Los otros Dreyfus eran un horror. Y tres cuartos de lo mismo con los Wal-Mart. ¿No conoces a los otros Mart? Ni te preocupes. Evitar confusiones es importantísimo.

Cada vez que intentaba responder, la risa me lo impedía. Entonces, Darren y yo doblamos la esquina justo antes de mi apartamento. Se detuvo delante del edificio. Yo también. Cuando vi cómo me miraba, la risa fue cesando. Iba a besarme. El pánico me atenazó los pulmones.

No había besado a nadie desde que te fuiste.

No había deseado besar a nadie desde que te fuiste.

—Yo... —empecé a decir, pero no tenía muy claro cómo terminar la frase.

Darren debió de ver la cara que ponía y, en lugar de besarme en la boca, se inclinó y me dio un beso en la frente.

—Gracias por una noche tan divertida —dijo—. Espero que podamos repetir.

Yo respondí que sí con la cabeza y él sonrió.

—Te llamo —añadió.

Ya podía volver a respirar.

—Me gustaría —contesté. Porque yo también me lo había pasado genial con él. Y porque era mejor pasar el tiempo con él que quedarme sola en casa sin nada que hacer o emborracharme en compañía de Alexis.

Y mientras le veía marcharse por la acera, me di cuenta de que me sentía decepcionada por que se fuera. De que el mundo era un poco más alegre cuando lo compartía conmigo, y que eso me agradaba. Mucho.

Luego, me di la vuelta para entrar en mi piso y volví a pensar en ti.

Al día siguiente hablé con Alexis.

—¿Qué le has contado a Darren sobre mí? —le pregunté.

—¿Yo? —respondió ella—. Nada.

Suspiré. Llevaba toda la mañana dándole vueltas en mi cabeza al beso que me había dado en la frente y me di cuenta de que alguien debía de haberle dicho algo. Alguien debía de haberle avisado de que no fuese demasiado deprisa.

—Vale, tú no —repliqué—. ¿Sabrina? ¿Qué le ha dicho?

Alexis respiró hondo. Podía imaginármela al otro lado del teléfono, pasándose los dedos por el pelo. Hace un año que no nos vemos, desde la última vez que tuve que viajar a Los Ángeles por mi trabajo. En aquellos tiempos, ella formaba parte de mi vida de una manera especial y ahora... ya no, simplemente. Me da cierta pena pensar que en el fondo no la echo de menos. Supongo que las personas cambiamos, la vida cambia. Nosotros dos lo sabemos mejor que nadie.

—Le dijo que acababas de salir de una relación seria —me confesó Alexis al teléfono—. Y que tuviera paciencia. Que te tratara con exquisita delicadeza.

Me estremecí horrorizada, a pesar de que seguramente Sabrina tenía razón al haber dicho semejantes cosas.

—¿Y qué contestó él? —pregunté.

—Pues que no solo pensaba tratarte con delicadeza, sino que contribuiría a recomponerte otra vez.

Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá.

—Vaya —dije—. Muy osado de su parte. ¿De qué va? ¿Es que tiene

complejo de salvador o algo así? ¿Necesidad de hacerse el héroe?

—De verdad es un buen tío —me explicó Alexis—. Sus amigos son bastante gilipollas, pero él es un tipo decente. No digo que Gabe no lo fuese, pero... A ver, lo que quiero decir es... que le des una oportunidad, Lu.

Noté que otra vez se me llenaban los ojos de lágrimas al oír tu nombre. Tenía que impedir que siguiese produciéndose en mí esa reacción pero no sabía cómo.

—No sé si voy a poder —repuse, secándome la nariz con la palma de la mano.

—Un clavo saca otro clavo —dijo entonces Alexis—. Puedes creerme, sé de lo que hablo.

Solté un sonido breve imposible de definir, una cosa entre risa y sollozo.

—En serio —insistió Alexis—, dale una oportunidad. Aunque solo sea para que te haga ver que hay más gente buena e inteligente en el mundo que opina que eres la bomba.

Moví la cabeza afirmativamente, pese a que ella no pudiera verme.

—Le daré una oportunidad —dije.

—No puedo pedirte más —contestó—. Bueno, salvo quizá que quedemos el viernes que viene por la noche, ¿vale? ¿Te acuerdas del tío bueno que conocí en el metro, en la línea L? Sale en una performance que están haciendo en el Lower East Side. ¿Te vienes conmigo a verlo?

—¿El tipo ese del pelo verde? —quise saber yo.

—Puaj, no —respondió Alexis—. ¿No te lo he contado? Se metió el dedo en la nariz mientras estábamos cenando. Puerta. Este es el de las gafas a lo Buddy Holly y la barba.

—Ah, sí. Cuenta conmigo. —Y eso que en el fondo lo último que me apetecía era ir a ver una performance en la que actuaba un pirado al que Alexis había conocido en el metro. Pero era mejor que quedarme echándote de menos.

Darren no volvió a intentar besarme. Ni la siguiente vez que quedamos, ni la de después, ni tampoco la vez siguiente a esa. Y de pronto ya casi era Halloween.

—¿Te apetece venir a una fiesta de Halloween conmigo este fin de semana? —me preguntó cuando me telefoneó unos días después de nuestra última cita—. Te prometo que será divertido.

Precisamente, con Darren siempre era divertido. Estar con él era fácil. Era relajado... y relajante. Daba gusto. Y me di cuenta de que cada vez me apetecía más quedar con él. Y de que cada vez pensaba menos en ti. Lo cual estaba bien, porque no había vuelto a saber nada de ti, ni yo había intentado ponerme en contacto contigo. Me sentía más en mis cabales cuando no estaba esperando un mensaje tuyo. Pero no habías desaparecido de mi vida del todo. De tanto en tanto veía fotos tuyas publicadas en el *New York Times*; iba en el metro y de pronto tu nombre impreso saltaba ante mis ojos. Cada vez que me pasaba, se me aceleraba el corazón y se me quedaba una sensación difusa de mal cuerpo para el resto del día. Pero con Darren jamás me sentí así.

—¿Una fiesta de Halloween? —pregunté—. Vale, suena bien. ¿Hace falta ir disfrazados?

—¡Que si hace falta ir disfrazados, dice! —exclamó como si estuviera narrándole nuestra conversación a otras personas, aunque vivía solo. Los dos vivíamos solos—. Pues claro que hace falta. Había pensado..., ¿conoces *El prisionero de Azkaban*? Podríamos ir de Harry y Hermione. ¿O quizá yo podría ser Spiderman y tú Mary Jane?

No pude evitar pensar, por un instante fugaz, que eran dos disfraces que tú nunca en la vida habrías sugerido. El año anterior los dos nos habíamos

disfrazado de toma de corriente y enchufe, ¿lo recuerdas? Ese era más tu estilo. Era más nuestro estilo, a decir verdad.

—O sea, que tiras por la cultura popular, ¿no? —pregunté a Darren.

—Vale, ¿te puedo confesar una cosa? —dijo.

El corazón me dio un vuelco.

—Claro... —respondí, sin tener realmente ni idea de lo que me esperaba a continuación. Y lamentando ya no haberle besado, no haber puesto más de mi parte.

—Como no se me ocurría absolutamente ninguna idea para el disfraz, busqué en Google «disfraces populares de Halloween». Si tú tienes alguna idea más original, soy todo oídos. Bueno, mejor dicho: soy todo ojos, nariz, boca y, en fin, también otras partes del cuerpo.

Me eché a reír, con enorme alivio.

—¿Otras partes del cuerpo? —pregunté, y me di cuenta por primera vez de que realmente quería tontear con él. Que me lo estaba pasando bien—. ¿Lo dices en serio?

Al otro lado de la línea telefónica se hizo el silencio. Me podía imaginar su cara, los ojos como platos, las mejillas ruborizándose.

—No me refería a... —dijo.

—¿Qué te parece de lapsus freudiano? —pregunté—. ¿Como disfraz de Halloween? Yo puedo ponerme una túnica con una boca pintada encima. Y tú puedes ser el mismísimo doctor Freud. Te puedo conseguir un puro.

Se echó a reír.

—¡Qué bueno! Mejor que Spiderman y Mary Jane, desde luego.

—¿A qué hora es la fiesta? —pregunté.

—Empieza a las nueve —dijo—, en casa de Gavin y Arjit. ¿Te acuerdas de Arjit de cuando estuvimos en los Hamptons?

—Creo que no.

—Bueno, pues los conocerás a los dos en la fiesta. ¿Qué tal si me paso por tu casa a las ocho con una pizza? No tengo ni idea de lo que esos dos consideran que es comida apropiada para una fiesta, así que mejor si nos alimentamos antes.

—Me parece bien. Creo que en alguna parte tengo una túnica que puede servir. Y mañana compraré rotuladores para dibujar en la tela.

—¿Y mi puro? —dijo Darren—. O, ahora que lo pienso, creo que tengo uno que podría llevar.

—Ah, ¿sí? —pregunté.

Sabía que le había hecho subir los colores otra vez.

—Mm... —dijo.

—¡Era broma! Nos vemos el sábado por la noche.

Llegó el sábado por la noche y Darren se presentó en mi apartamento con una barba blanca, gafas de pega, traje gris de chaqueta y chaleco y una sobria corbata de rayas. En una mano llevaba una caja de pizza y en la otra un puro.

—¿Me doy un aire a Freud? —preguntó.

—Muchísimo —respondí—. ¿Y yo tengo pinta de lapsus?

Me había dejado el pelo suelto y me había puesto una túnica blanca hasta la rodilla, con una boca dibujada encima con rotulador rojo indeleble. No había tenido muy claro qué tipo de zapatos pegaban más, así que al final me había decidido por unas bailarinas plateadas. Me pinté los labios a juego con el color del dibujo: rojo intenso.

Darren sonrió bajo su barba de mentira.

—Sí —dijo—. Totalmente.

Aquella noche algo cambió entre nosotros de manera palpable. Cuando íbamos camino del apartamento de sus amigos, me cogió de la mano en vez de hacer la guasa de ofrecerme caballerosamente el brazo. Una vez allí, nos vimos metidos en una competición por equipos a ver cuál bebía más vasos de cerveza; él terminó achispado y yo algo más que eso.

Estuviera donde estuviera esa noche, no dejaba de buscarme con la mirada, como queriendo cerciorarse de que estaba bien, como si necesitara saber que no me había ido. Me acordé de cuando iba a fiestas contigo: oteaba el salón buscándote, como Darren a mí. Ese cambio de papeles era agradable.

Cuando la fiesta empezó a decaer, Darren volvió a mi lado discretamente. Yo estaba charlando con otras chicas, no sé de qué.

—Estoy empezando a notarme un poquito cansado —dijo.

Me volví hacia él.

—Yo también. ¿Nos vamos?

Él movió afirmativamente la cabeza.

—Voy a por nuestros abrigos, nos vemos en la puerta.

Me despedí de las chicas y me dirigí hacia Darren, que estaba hablando con Gavin. Me había señalado quién era un rato antes, pero todavía no nos había presentado.

—Esta es Lucy —dijo Darren cuando estuve con ellos.

—Vaya, con que tú eres la muñeca de papel —comentó Gavin.

—¿La qué? —pregunté.

Vi que Darren le lanzaba una mirada.

—Eres preciosa —dijo rápidamente—. Como una muñeca.

—Gracias —contesté sonriendo.

Sabía que me había perdido algo, pero no tenía mayor importancia. Esa noche, al salir de la fiesta de Halloween, me sentía objeto de adoración. Y feliz. Y emocionada por que Darren me cogiese de la mano al salir al frío seco de la noche.

—¿Me dejas que te acompañe? —preguntó.

—Claro que sí —respondí. Me quedé mirando sus labios, enmarcados por la barba de Freud. Si hubiese intentado besarme tres semanas antes de esa noche, me habría dado un ataque de pánico. A lo mejor no habría vuelto a verle. Pero en ese momento lo deseaba. Le deseaba. No eras tú, nunca sería como tú, pero era un cielo, un encanto, gracioso, listo y amoroso. Y todo eso me pareció maravilloso.

Llegamos a mi portal y Darren se paró. Yo me paré. Nos miramos. Él se había quitado la barba del disfraz y de nuevo mi mirada se posó en sus labios.

—Lucy —dijo—, no quiero ir demasiado deprisa, pero quiero...

—Bésame —le interrumpí.

Levantó las cejas de golpe.

—Quieres besarme —repetí yo—. Está bien. Bésame.

Darren se inclinó y nuestros labios se tocaron, suaves, cálidos en medio de la noche fría. Nuestros cuerpos se pegaron el uno al otro. Percibí ese perfume, Reaction de Kenneth Cole, que al parecer la mitad de los hombres de la empresa habían empezado a usar aquella temporada.

Su olor era tan diferente del tuyo. Su sabor, tan diferente. Su tacto. Pestañeeé para sacudirme las lágrimas de las comisuras de los ojos.

Entonces nuestras bocas se separaron y Darren me miró y sonrió.

Me pregunté si debía invitarle a subir, si sería apropiado o no. En realidad no quería, pero tampoco deseaba transmitirle que no me interesaba. Antes de que me diera tiempo a desenmarañar mis pensamientos, Darren dijo:

—Debería irme..., pero esta noche ha sido genial. ¿Tienes algo que hacer el jueves?

Sonreí.

—Nada.

Darren se inclinó hacia mí y volvió a besarme.

—Te llamo —dijo, alejándose ya, y yo me metí en mi portal.

Por primera vez desde que te fuiste, soñé con otra persona.

Es curioso pasar por las mismas experiencias con personas diferentes. Ves cómo reaccionan, si cumplen tus expectativas o si más bien te las desbaratan. Con Darren me pasó muchas veces. Yo había dado por hecho que tú eras el patrón masculino, que te comportabas como se comportan todos los hombres. Pero a decir verdad no existe ningún estándar.

La primera vez que Darren y yo salimos a correr juntos fue la segunda mañana que él se quedó en mi apartamento. Había venido de su oficina pertrechado con una bolsa para el gimnasio que en realidad nunca había llevado al gimnasio. Según me explicó, había decidido ir antes de entrar a trabajar, pero hubo no sé qué problemas en el metro. Me lo creí. Pero a la mañana siguiente, cuando salimos a correr, admitió la verdad: que la había preparado con la esperanza de que le invitase a quedarse a dormir, para tener otras cosas que ponerse aparte del traje de la oficina.

—¿Y qué habría pasado si no te hubiese invitado a quedarte esta noche? — le pregunté.

—Pues que me habría vuelto a casa con mi bolsa del gimnasio y habría ahogado las penas mojando pretzels en mantequilla de cacahuete.

—¿Pretzels con mantequilla de cacahuete? —pregunté—. ¿Lo dices en serio?

—Es una exquisitez —dijo Darren—. Te lo juro. Luego cuando paremos de correr puedo comprar.

Darren corre más que yo, pero aquel día no alardeó ante mí. Esperó a que yo empezase a correr y se acopló a mi ritmo. De esa manera, pudimos conversar sin ahogarnos. Fue una grata sorpresa. ¿Nunca te diste cuenta de que rara vez me apuntaba a salir a correr contigo? Nunca lo comentamos.

Seguramente deberíamos haberlo hablado. Cuando corríamos juntos, yo siempre tenía la sensación de estar reteniéndote y de que tú deseabas volar.

Empecé a quedarme un poco rezagada.

—¿Estás bien? —me preguntó Darren.

Asentí, mientras recobraba fuerzas.

—Puedo aguantar un ratito más —dije.

—No te fuerces —respondió él, ralentizando hasta seguir al paso.

—Tú sigue corriendo —le animé, y ralenticé también—. Haz tu rutina de ejercicio. —Era lo que hacías tú cuando yo me cansaba.

Él negó con la cabeza.

—Prefiero caminar contigo a correr yo solo. Y, ¿sabes qué?, caminar también es un buen ejercicio físico. Quemas exactamente las mismas calorías caminando una milla que corriendo una milla. Solo que, cuando corres, las quemas en menos tiempo.

Le miré por el rabillo del ojo, preguntándome si me lo estaba diciendo en serio. Parecía que sí.

—Pero te pierdes la parte de cardio —dije yo.

Se encogió de hombros.

—Bueno, pero estoy más rato contigo.

Esa tarde nos acostamos por primera vez. Aquello también me resultó diferente de cuando lo hacía contigo. No peor, solo diferente. Él era más lento, más considerado, y comprobaba si me estaba gustando lo que hacía, si quería que hiciese algo distinto. Al principio pensé que era un poco raro, pero, hacia el final, comenzó a conquistarme. Empecé a darle indicaciones, cosa que nunca había hecho contigo.

—Súbeme las piernas a tus hombros —le dije. Él lo hizo y de ese modo penetró más en mí.

—¡Oh, Dios! —susurró, mientras empujaba más aprisa.

—¿A que sí? —murmuré. Yo tenía los ojos cerrados y notaba que me daba justo en ese punto profundo que me llevaría al orgasmo—. Si sigues así, voy a correrme.

—Y yo —contestó—. Nos vamos a correr juntos.

Abrí los ojos y vi que me estaba mirando. Normalmente tenía los ojos castaños, pero en ese momento sus iris parecían casi negros.

Mis jadeos se tornaron un poco más agudos y los de él también. Estábamos los dos tan cerca, y los dos nos estábamos esperando mutuamente.

—¿Ahora? —preguntó.

—Ahora —dije yo.

Y ambos nos dejamos llevar. Al llegar al orgasmo, noté que los ojos se me llenaban de lágrimas y que estas me resbalaban por los lados de la cara hasta colarse en mis orejas.

—¿Estás bien? —preguntó él después de quitarse el preservativo y de tumbarse a mi lado.

—Más que bien —contesté—. Genial.

—Yo también —dijo él—. Más que genial.

Me rodeó con un brazo y nos quedamos tumbados en la cama un rato, sin hablar, solo respirando.

Entonces pensé en ti, unos segundos nada más. Pensé en lo diferente que era con Darren. Pero no me derrumbé. No me rompí.

Puede que un clavo saque otro clavo. O puede que realmente estuviera ayudándome a recomponerme.

Observar a una pareja que no está casada durante una boda es siempre revelador. Las hay que se tratan con un extra de cariño y se abrazan el uno al otro mientras presencian la escena en que sus amigos pronuncian los votos matrimoniales. Y las hay que se quedan mirando fijamente al frente durante la ceremonia, sin el menor gesto hacia su media naranja, y a continuación proceden a emborracharse bastante más allá de lo razonable durante el baile del banquete. En apariencia, se lo están pasando en grande. Pero pienso que por dentro seguramente están hechos un guiñapo. Hay bodas que pueden ser un bocado demasiado difícil de tragar si no tienes clara tu relación de pareja.

Darren y yo no llevábamos saliendo mucho tiempo, unos tres meses, cuando recibí la invitación a la boda de Jason y Vanessa. Jay me había dicho que podía ir con acompañante si quería, o sola, si quería. Con un chico, si quería, o con Kate o Alexis o Julia, si quería. Lo que me hiciera más feliz.

Hablé con Kate del tema durante horas. Ella se ofreció a acompañarme, por supuesto. Pero la idea de asistir a la boda de mi hermano con mi mejor amiga de la infancia en lugar de con mi novio me revolvió las tripas. Ya veía las miradas conmiserativas de los amigos de mis padres, y no me apetecía nada ser la destinataria de las mismas.

Barajé la posibilidad de acudir sola, pero no estaba segura de si iba a ser capaz de mantener la compostura durante toda la velada sin alguien a mi lado. En ese momento, habían pasado siete meses desde nuestra ruptura, pero todavía me resultaba imposible hablar de ti sin que se me hiciera un nudo en la garganta. Y seguía evitando comer gofres.

—Llévate a Darren —me decía Kate una y otra vez.

No lo tenía nada claro.

—Pero si solo llevamos tres meses —rebatía yo—. No sé cuánto más vamos a durar.

—¿Solo llevamos tres meses? —repitió ella como un lorito—. ¿Y cuánto tiempo llevabais saliendo Gabe y tú cuando empezasteis a vivir juntos?

—No compares —dije—. Ya nos conocíamos de antes. —«Y nos amábamos con locura», agregué mentalmente. Darren era genial, pero no era lo mismo.

Ella resopló al otro lado del teléfono como la típica tía mayor conservadora.

—¿Tú te lo pasas bien con Darren? —preguntó.

—Sí.

—¿Y crees que te lo pasarías bien con él en la boda de tu hermano?

Pensé en ello.

—Sí —dije—, claro.

—Vale. Caso resuelto. Invítale.

Esperé otro mes, hasta la víspera del día en que mi hermano y Vanessa necesitaban saber cuántos invitados asistirían. Entonces se lo pregunté.

—¿En serio? —dijo—. ¿La boda de tu hermano?

Noté que me ponía como un tomate. En todas mis conversaciones con Kate, siempre había dado por hecho que Darren querría acompañarme.

—¿No quieres venir? —le pregunté.

—¡Sí, sí! —respondió él—. Claro que quiero. Sí, me encantaría ir a la boda de tu hermano. Gracias por invitarme. —Entonces, sonrió con una expresión de absoluta felicidad, con ese tipo de sonrisa que casi parece que alguien hubiese trazado formando un semicírculo perfecto y llenándolo con dos hileras de dientes.

—No tienes por qué dármelas —respondí—. Creo que lo pasaremos bien.

Él se dio unos toquecitos en los labios con un dedo.

—Has dicho dentro de un mes, ¿verdad?

Respondí que sí moviendo la cabeza.

—Sé que te va a sonar ridículo, pero creo que es una señal.

—¿De qué? —pregunté.

Metió la mano en su maletín y sacó un folleto de vivos colores.

—De esto —dijo, tendiéndomelo—. Me lo han dado hoy en la boca de metro que hay al lado del trabajo y por alguna razón decidí no tirarlo. Debe de haber sido la Providencia.

Era un cupón para un descuento del cincuenta por ciento en un curso de cuatro semanas de bailes de salón. *¡Aprenda foxtrot, chachachá, tango y jive!* Me eché a reír.

—¿En serio quieres hacer esto? —le pregunté. Tú no habrías sugerido algo así ni en un millón de años.

—Para serte sincero, no soy lo que se dice el mejor bailarín, pero creo que esto podría ser desternillante. ¡Y con un descuento del cincuenta por ciento! ¿Quién dejaría escapar semejante ganga?

Se encogió de hombros y, no sé por qué, esa forma suya de subir los hombros hasta las orejas me tocó la fibra sensible. Le besé. Luego, pasé el brazo alrededor de sus hombros y apoyé la cabeza en su cabeza. Me sentí fenomenal.

Al cabo de cuatro semanas de clases, no bailábamos mucho mejor que cuando empezamos. De hecho, podría decirse que éramos los peores alumnos del curso, pero tal vez también los que mejor nos lo pasábamos. Nos tronchábamos de risa tan a menudo que la profesora se pasaba la clase mandándonos callar, y en la lección de tango nos dijo que tendríamos que abandonar la sala si no podíamos tomarnos en serio el baile.

En la boda, a mí me pusieron en una fila junto con el resto de damas de honor. A medida que avanzaba la ceremonia, no quitaba ojo a Darren. Él se pasó el rato mirando el programa y mirándome a mí, y de vez en cuando a Jason y Vanessa.

En cuanto dio comienzo el banquete, me llevó a la pista de baile y probamos nuestros pasos de foxtrot, tango y chachachá sin dejar de pisarnos el uno al otro, riéndonos. En pleno chachachá se me enganchó el tacón en el bajo del vestido y perdí el equilibrio de tal modo que acabé cayéndome hacia delante en brazos de Darren.

—Bonita forma de hacer la postura de bajada. —Y tras ayudarme a incorporarme, se arrodilló para desengancharme el zapato de la tela del vestido.

—Gracias —le dije mientras recogía la tela con una mano para no volver a pisarla.

—Un honor, milady —respondió. No pude contener la risilla que se me escapó por la nariz.

—Bueno, ¿vosotros seréis los siguientes? —preguntó en ese momento mi tío George, a nuestro lado. Estaba haciendo fotos con una de las cámaras desechables que Vanessa había repartido por todo el salón.

Noté que me ponía colorada y miré a Darren, cruzando los dedos para que no le entrase pánico como a mí por oír semejante pregunta llevando como llevábamos solo cinco meses de novios. Pero no, él se limitó a sonreír y dijo:

—Sería muy afortunado.

Apliqué la sensación de pánico que me atenazaba el corazón. No estaba preparada para pensar en el futuro aún. Pero no pude evitar pensar que la mujer que acabase casada con Darren sería también muy afortunada. De lo que no estaba segura era de si quería ser yo.

Siempre se me ha hecho raro el día de San Valentín. Ya desde que iba al colegio, cuando nos hacían escribir felicitaciones a todos los compañeros de clase y las depositábamos en los buzones con forma de corazón que hacíamos entre todos con cartulina gruesa de manualidades, grapas y pegamento. Me costaba horrores decidir a quién de la clase le regalaba cada una de las tarjetas: la de Snoopy, la de Charlie Brown o la de Lucy, mi favorita porque nos llamábamos igual y además en aquella época llevábamos el mismo estilo de pelo. Solo mis mejores amigas recibían las tarjetas de Lucy.

Después, de mayor, se convirtió para mí en una de esas festividades como Nochevieja o el 4 de Julio, que se suponía que tenían que ser tan maravillosas que las expectativas echaban por sí solas a perder lo que hicieses esa noche, fuese lo que fuese. Y allí me veía, apretujada en algún local abarrotado o bien tumbada encima de una manta mirando un cielo nocturno plagado de nubes, y pensando: «Debería estar pasándomelo mucho mejor de lo que me lo estoy pasando».

El primer San Valentín de después de la carrera, un mes antes de que volviésemos a encontrarnos tú y yo, salí con Alexis, Julia y Sabrina y nos emborrachamos de la manera más tonta a base de cosmopolitans y martinis de manzana. Julia no se levantó de la cama hasta las dos de la tarde y Alexis nos mandaba mensajes desde su BlackBerry cada vez que vomitaba, cosa que creo que pasó seis veces aquel día. En mi caso, solo acabé con una jaqueca de unas once horas seguidas. Sabrina, por supuesto, estaba como nueva.

Luego llegasteis tú y tus celebraciones épicas. El día de San Valentín que pasamos juntos fue alucinante; solo tú podías hacer esas cosas. Cuando volví a casa de trabajar, descubrí que habías recortado fotos nuestras en forma de

estrellitas y las habías colgado del techo.

—«Y hará tan hermosa la faz del cielo / Que el mundo entero se enamorará esa noche / y dejará de venerar al sol esplendente» —recité al ver lo que habías hecho.

Tu respuesta fue estrecharme entre tus brazos.

—Dios, cuánto te quiero —dijiste.

—Y yo a ti —contesté. Y me diste un beso en la frente mientras yo contemplaba todo aquello.

Habías movido los muebles para dejar sitio en el centro del estudio para extender una manta enorme de pícnic. En una esquina de la manta había una fuente de sándwiches de trufa y queso gratinado, en otra una botella de champán metida en una papelerita llena de hielos. Cuando me quité el abrigo, pusiste un disco de sonetos de Shakespeare musicados.

—Madre mía, Gabe —dije en cuanto hube colgado el abrigo en el armario ropero. Estaba impresionada viendo todo tu despliegue, pero a la vez me sentí un poco indigna de tantas atenciones. Yo no había hecho ni la cuarta parte de lo que tú habías planificado para celebrar San Valentín.

—Pensé que, como hace demasiado frío para salir a comer bajo el cielo estrellado, podía traer las estrellas a nosotros. Las estrellas de Shakespeare.

Te besé con toda mi alma, me quité los tacones y me senté contigo en la manta.

—No se me ocurría mejor forma de celebrarlo contigo —dijiste, cogiendo un triángulo de queso gratinado—. ¿Tienes hambre?

Respondí que sí y tú sostuviste el sándwich para que le diese un mordisco. Luego, mordiste tú.

Mastiqué y tragué el bocado y te miré a los ojos.

—Mi regalo para ti no es tan... extraordinario —dije. Me fui al otro extremo del estudio y saqué un paquete envuelto de debajo de mi lado de la cama. Era una bufanda de cachemir que había estado tejiendo para ti durante un mes, en los ratos del almuerzo. Tenía exactamente el mismo tono azul de tus ojos—. Feliz San Valentín —dije ofreciéndote el paquete.

Lo abriste y tu sonrisa te iluminó la cara.

—¿La has hecho tú? —preguntaste.

Asentí, sintiéndome menos insegura respecto al regalo.

—Qué suave. —Te pusiste la bufanda alrededor del cuello y te la dejaste puesta toda la noche—. Me encanta, casi tanto como tú.

Vi que guardabas la bufanda entre tus cosas antes de irte a Irak. ¿La usaste allí? ¿Te recordaba a mí? Si volviese ahora a tu apartamento, ¿me la encontraría al fondo de una de tus cajas?

El día de San Valentín de 2005 cayó casi dos semanas después de la boda de Jason y Vanessa. Darren no es de los que montarían un elaborado pícnic romántico para celebrarlo, como hiciste tú, pero es encantador y generoso y sabía que haría algo para la ocasión. Yo no estaba segura de querer que lo hiciera. No estaba segura de si debía cortar con él, porque no sabía si mis sentimientos eran tan intensos como los suyos hacia mí.

Llamé a Kate para contarle mis tribulaciones.

—Es que no me siento como me sentía con Gabe —aduje.

Oí que respiraba hondo.

—Tienes que ser justa con él —contestó—. Porque me parece que iba en serio cuando le dijo aquello a tu tío en la boda de Jason.

—Ya —repuse—. Eso es precisamente lo que me tiene dándole vueltas a la cabeza a todo esto. Eso y que dentro de nada será San Valentín.

—¿A ti te gusta estar con él? —preguntó Kate.

—Sí —respondí.

—¿Estar con él te hace feliz?

—Sí.

—Vale. Eso está bien. ¿Te puedes imaginar enamorándote de él?

Reflexioné. Pensé en Darren, en lo cariñoso que era, en su generosidad, en su sentido del humor. Pensé en cuando íbamos juntos a correr o a fiestas o cuando cocinábamos juntos en casa. Pensé en su cuerpo, desnudo junto al mío.

—Creo que podría quererle —repuse.

—¿Y crees que podrías casarte con él? —me preguntó—. Porque, a ver, casi tiene treinta años. Dentro de muy poquito empezará a plantearse, si no lo ha hecho ya.

Traté de imaginarlo: Darren y yo, la boda, el bebé, volver a casa por las tardes y encontrármelo a él.

—Pues a lo mejor sí —dije—. No sé. A lo mejor.

Kate se quedó callada unos segundos.

—Entonces no creo que debas cortar con él —concluyó—. Si hubieses

dicho que no podías quererle o que no podías imaginarte casándote con él, te diría que sí. Te diría que lo contrario no sería justo. Pero, dado que sí puedes, creo que, por ti y por él, merece la pena que veas si vais por ese camino. Simplemente ve dando pasitos de uno en uno.

—Vale —dije entonces—. Me parece razonable. Veré por qué camino va todo esto.

—Además —añadió Kate—, Tom y yo estamos organizando una cena de San Valentín. ¿Os gustaría venir a Darren y a ti?

Por una milésima de segundo, me pregunté si esa era la razón por la que Kate no quería que cortase con Darren, para poder asistir a su fiesta de San Valentín como pareja.

—Le preguntaré y te contesto —respondí.

Se lo pregunté y dijo que sí. Y añadió:

—Pero ¿podemos pasar juntos el día anterior? ¿El domingo?

—Claro —contesté—. ¿Pensamos algo divertido para ese día?

—Tengo unas cuantas ideas.

El día de San Valentín con Darren se tradujo en un paseo a una tienda de bicis en el barrio de Chelsea.

—Bueno —dijo—, estuve pensando cuál sería el regalo perfecto que podía hacerte por San Valentín; quería que fuese algo que tuviese un toque... de pareja. Y justo estaba pasando por delante de esta tienda cuando vi el letrero.

—Señaló un cartel que decía: «¡Especial tortolitos! ¡Sal de paseo con tu chic@!»—. Entré para ver en qué consistía exactamente la oferta y, en definitiva, podemos conseguir dos bicis idénticas por San Valentín ¡por el precio de una!

Parpadeé con sorpresa.

—¿Quieres comprarme una bici?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, lo que quiero es comprar una bici para ti y otra para mí. Así, a lo mejor este verano podemos montarlas juntos. Aquí o si pillamos casa compartida en los Hamptons. Bajar en bici a la playa podría ser muy divertido.

Parpadeé de nuevo. Una vez que asimilé que Darren pretendía comprarme una bicicleta, que admito que es un regalo bastante raro, me di cuenta de que en realidad se trataba de una idea de lo más meditada. Él quería comprarme algo con lo que darne a entender que pensaba que seguiríamos juntos durante

la primavera y el verano. Si yo aceptaba, ¿estaba accediendo a eso? Y ¿quería acceder a ello? Pensé en cómo lo pasaríamos yendo juntos a montar en bici; seguramente sería divertido. Y la idea de compartir casa en verano con Darren en vez de pasarlo yo sola era realmente apetecible. Me gustaba mi vida con Darren en ella y tenía bastante claro que seguiría gustándome. Cada vez más.

—Es un regalazo —dije.

—Bueno, tu bici será un poquitín más pequeña que la mía —respondió.

Yo me eché a reír.

—¿Tenemos que ir a juego con los colores?

Él se rascó la cabeza.

—Creo que no —contestó—. Pero ¿entramos a preguntarlo? —Lo dijo en tono de interrogación, como si no estuviese del todo seguro de que fuese a aceptar su regalo, o su sugerencia de entrar en la tienda de bicis.

Le cogí de la mano enguantada y repuse:

—Sí, anda. Y, por si luego se me olvida, gracias.

Yo había planeado regalarle una botella de su bourbon favorito por el día de San Valentín, pero cambié rápidamente de idea.

—A propósito —dije al ver un cartel cuando entrábamos en la tienda—. Yo voy a devolver el regalo que te iba a dar.

Me miró con cara de no entenderme.

—He decidido que mejor te voy a regalar un casco, y otro para mí. — Señalé el cartel que decía: «Oferta de invierno: ¡Dos por el precio de uno!».

Él sonrió, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

—Sabía que eras mi tipo —dijo.

Y yo empezaba a pensar que estaba en lo cierto.

Una semana después de San Valentín recibí en el móvil una llamada desde un número de larga distancia. No sabía a qué país correspondía el código internacional y, sorprendentemente, no fuiste tú la primera persona que me vino a la mente. Imaginé que tal vez fuese alguien de una de las emisoras europeas que emitían nuestro programa, que había tratado de contactar con Phil y, al no dar con él en la oficina, lo intentaba con mi número. (Lo sé, no era nada probable). Por eso, respondí como cuando recibía llamadas de trabajo:

—Hola, le atiende Lucy Carter.

Al otro lado, nadie contestó.

—¿Hola? —dije.

—¿Luce? —Eras tú. Era tu voz. La sentí en las entrañas. Mi nombre en tu boca fue una vibración que me recorrió el cuerpo entero, y me alegré de estar sentada en la silla del despacho, porque pensé que las piernas no me habrían sostenido.

—¿Gabe?

Oí que sorbías el aire por la nariz.

—Gabe, ¿te encuentras bien? ¿Qué pasa?

—Tengo un ojo morado —respondiste—. Y un tajo en la cara. El labio partido. Y las costillas doloridas.

El corazón me palpitaba a toda velocidad en esos momentos.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?

—Intentaron quitarme la cámara, pero como no se la di me molieron a palos hasta que unos militares americanos los pararon.

—¿Estás en Bagdad?

—Sí —dijiste—. Ahora estoy en la Zona Verde. Estoy a salvo, estoy bien. Es solo que... necesitaba oír tu voz. Espero que no te importe que te haya llamado.

—Claro que no —contesté. Se me estaban llenando los ojos de lágrimas solo de imaginarte así, golpeado, sangrando y queriendo hablar conmigo. Me pregunté, si yo hubiese estado herida y asustada, quién me habría consolado mejor, si tú o Darren. O tal vez Kate. O mis padres—. ¿Hay algo que esté en mi mano hacer? —pregunté.

—Lo que estás haciendo —respondiste—. Estar ahí, hablar conmigo. Cuando tenía encima a esos individuos, solo podía pensar: ¿Y si nunca más vuelvo a oír la voz de Lucy? Ahora estoy bien y oigo tu voz. Así que todo está bien. El universo está bien.

Me quedé sin saber qué contestar. Qué decir. Después de tantos meses de silencio, volvías a aparecer, esta vez sufriendo y echándome de menos también.

—¿Vendrás pronto a Nueva York? —te pregunté.

—Creo que este verano —respondiste—. La agencia me obliga a cogerme libre la semana que viene y creo que iré a ver a mi madre. Pero en verano tendré vacaciones. Había pensado ir por allí. Echo de menos a la gente. A ti, sobre todo.

Quise preguntarte si volverías para quedarte. Si echabas de menos a la gente tanto como para renunciar a la idea de vivir en Irak. Si me echabas tanto de menos a mí. Sin embargo, en vez de eso, dije:

—Yo también te echo de menos, Gabe.

Entonces, Phil apareció en la entrada de mi cubículo y dijo:

—¿Lucy? ¿Tienes las notas de la reunión de ayer sobre presupuestos?

Y entonces asentí, y te dije que tenía que colgar, y tú me respondiste que volverías a contactar pronto y yo te dije que muy bien, que ya hablaríamos más entonces.

Pero ya no volví a saber de ti hasta el último día de tu escapada a ver a tu madre, cuando me mandaste un e-mail rápido para contarme que te encontrabas mejor y que estabas deseando regresar a Bagdad. Entonces, toda mi preocupación por ti, todo el desasosiego que había sentido al oír tu voz, se endureció y se transformó en enfado. ¿Cómo habías podido telefonarme de aquella manera, cómo habías podido hacer aflorar todos esos sentimientos otra vez si no pensabas darles continuidad? No había derecho, Gabe. En

tantas de las cosas que has hecho, que me has pedido... Si yo fuese un árbitro y la vida un deporte, me habría puesto en pie y gritado: «¡Falta!» o «¡No ha valido, hay que repetir!», como gritábamos de pequeños en los campamentos de verano. Pero en la vida real no hay árbitros, ni verdaderas segundas oportunidades.

Esa noche besé a Darren con más ahínco.

Pero no pude apartarte de mi mente. No dejaba de pensar que tú querías demostrarle al mundo cuánto nos parecemos todos con la esperanza de que sirviera para erradicar la violencia, y lo que habías conseguido era que te dieran una paliza.

Tenía que haber un mensaje implícito en aquello. Una lección que pudiera compartir con la siguiente generación. Quería transformar un hecho espantoso en algo útil, llevar a cabo una misión, en cierto modo.

Unas semanas después, propuse una nueva línea argumental para un capítulo de *Hace falta una galaxia*. La historia iba sobre Roxie, la alienígena gris, que viajaba a otro planeta para hacer fotos para su Libro del Cariño, un librito que había estado preparando y mostrando a sus amigos y vecinos en capítulos anteriores. Cuando llegaba allí y se ponía a hacer fotos, algunas de las personas del planeta no entendían lo que estaba haciendo, por qué les estaba haciendo fotos. Y le pegaban por eso. En la redacción se montó un verdadero debate al respecto, pero, como en esos tiempos el tema de la violencia entre los niños estaba en auge, Phil decidió aceptar la propuesta y hacer el capítulo.

No sé si leerías alguno de los artículos que se publicaron con motivo de aquel episodio, pero acabó siendo el más comentado de toda la historia del programa. Fue la primera vez que en una serie de dibujos animados para niños de una cadena de televisión se mostraba el tema de la violencia física. Hubo debates en internet, expertos hablando del tema en las noticias... Elevó el perfil de la serie y nos proporcionó un canal a través del cual pudimos tratar otros asuntos espinosos. Aquel capítulo colocó *Hace falta una galaxia* en una senda totalmente nueva. Y me valió otro ascenso.

Debí haberte dado las gracias. Por servirme de inspiración. Perdona por no habértelo agradecido antes. Ahora lo hago.

Qué curioso, cuando tú y yo estábamos juntos, a veces me gustaba imaginar cómo sería el futuro, pero nunca de una manera concreta. Eran ideas que me venían en fragmentos, en fogonazos. Me imaginaba que conocía a tu madre, lo que lamento no haber podido hacer nunca en persona. O me imaginaba que nos mudábamos a un piso más grande, de manera que podías disponer de un despacho que no fuese la mesa de centro del salón. O me imaginaba que nos íbamos juntos a disfrutar de unas largas vacaciones, otra cosa que lamento que no hiciésemos nunca.

Con Darren el futuro no venía en fogonazos de ese estilo, sino que lo hablábamos a conciencia. Darren tiene un plan, siempre. Es aficionado al ajedrez y he llegado a la conclusión de que su forma de entender la vida se parece un poco al planteamiento de una partida: siempre piensa seis u ocho o diez pasos por adelantado, para asegurarse de alcanzar las metas que se ha marcado. De cerrar el trato. De capturar a la reina. Jaque. Mate.

Aquel primer año de nuestra relación, unas semanas antes de mi cumpleaños, me preguntó si yo tenía hecha una «lista de últimos deseos».

—¿Una qué? —pregunté.

—Ya sabes, una lista con las cosas que quieres hacer sí o sí antes de morir. —Entonces sacó la cartera del bolsillo y desplegó una lista que llevaba guardada en ella—. Yo empecé a hacer la mía hace..., vaya, casi cinco años ya. Cuando cumplí veinticinco. Desde entonces he ido tachando unas cosas y añadiendo otras.

Tenía su punto estar con un chico que me sacaba casi cinco años, ver que la carrera profesional de los demás avanzaba, que la gente se emparejaba, que las cosas terminaban bien, pero de vez en cuando la diferencia de edad entre

nosotros me parecía mayor, como si él hubiese vivido mucho más que yo. Y aquel fue uno de esos instantes.

Extendió el papel delante de los dos, encima de la mesa del Teresa's, en Montague, su restaurante favorito para cenar los domingos. Miré la lista y lo que vi fue:

Lista de últimos deseos:

- 1. Montar en Segway*
- 2. ~~Correr una maratón~~*
- 3. ~~Recorrer las islas griegas~~*
- 4. ~~Aprender submarinismo~~*
- 5. ~~Hacer un crucero~~*
- 6. Adoptar un perro abandonado*
- 7. ~~Aprender chino~~*
- 8. Conducir un coche de carreras*
- 9. Casarme*
- 10. Ser padre*
- 11. Conocer Australia*
- 12. Correr un triatlón*
- 13. Comprarme una casa en la playa*
- 14. Ir en bici de Brooklyn a la punta de Montauk*

—Es una lista impresionante. Y las cosas que has tachado son una pasada. ¿Qué tal Grecia?

—Precioso —dijo—. Fui con mi primo Frank. Vive en Silicon Valley. Un tío muy majo. Bebimos un montón de ouzo e hicimos buceo y vela. También probamos un montón de platos riquísimos.

—Bueno, ¿y qué será lo siguiente? —pregunté yo, cruzando los dedos para que no dijese «casarme», para que todo eso no significara que pensaba declararse en ese preciso instante y lugar.

Se quedó leyendo la lista.

—Pues o lo de montar en Segway o la excursión en bici —dijo—. O quizá el triatlón, pero si decido hacerlo tendría que comprometerme a entrenar mucho.

—¿A qué distancia está la punta de Montauk desde Brooklyn? —pregunté.

—A unos doscientos kilómetros —respondió—. Lo he preparado con el mapa, pero no tengo claro que esté listo para hacerlo.

—Pero ahora que tenemos nuestras nuevas bicis... —dije, sonriendo.

Él levantó una ceja, mirándome.

—¿Harías esa tirada en bici conmigo?

Me encogí de hombros.

—¿Qué te parece por tu cumpleaños? —propuse—. Tendríamos hasta junio para ir cogiendo fondo. Podemos entrenar durante tres meses.

Él se inclinó por encima de la mesa y me dio un beso.

—No se me ocurre mejor manera de pasar mi trigésimo cumpleaños. Pero en realidad te estaba preguntando si tenías una lista de deseos precisamente porque se acerca el tuyo. ¿Hay algo que quieras hacer?

No se me ocurría nada, así de improvisado.

—Tal vez debería hacer yo también una lista, a ver qué se me ocurre —le dije, y saqué del bolso un boli y un viejo tique de supermercado.

Conservo aún mi lista escrita en el dorso de aquel recibo. Creo que no te la he enseñado nunca. Debería añadirlo a mi lista ahora mismo: «Enseñarle a Gabe la lista». O quizá: «Pedirle a Gabe que haga su propia lista». Pero si añado esos dos puntos, creo que nunca llegaré a tacharlos. Demuéstrame que me equivoco, Gabe. Por favor.

Escribí «Lista de últimos deseos» en la parte superior de aquel tique y a continuación le copié a Darren unas cuantas ideas (aunque la número 2 y la número 3 me parecían más eventualidades que deseos).

1. Conocer Australia

2. Casarme

3. Ser madre

4. Subir al Empire State Building

5. Pilotar un barco

6. Ir de puente a París porque sí

7. Llegar a productora ejecutiva de un programa infantil

8. Comprarme unos tacones de Manolo Blahnik

9. Tener perro

10.

—No se me ocurre nada más —le dije a Darren.

—Ya pensarás otras —contestó él—. A mí se me ocurren cada dos por tres. Pero este es un gran comienzo. —Tiró del papelito para acercárselo—. ¡Oh, algunas son fáciles de conseguir! ¿Sabes lo que vamos a hacer por tu cumpleaños? Subir al último piso del Empire State Building. Así podrás tachar un deseo enseguida.

—¿Sí?

—Claro que sí —respondió él.

Fue como si pudiese ver las ruedecillas y los engranajes de su cabeza dando vueltas, tratando de pensar en qué más podíamos hacer. Me pregunto si fue entonces cuando tomó la decisión de sacar los billetes a París con la idea de pedirme que me casara con él. O si en aquel momento ya estaba planeando el viaje a Australia para celebrar mi trigésimo cumpleaños. O tramando la compra de los Manolos. Verdaderamente, le va lo de planificar. Y no le asusta tener que esperar, si cree que su plan saldrá adelante. De hecho, es un rasgo que admiro en él.

Pero entonces reparó en mi número 7.

—¿Quieres llegar a productora ejecutiva de un programa infantil? —preguntó.

—Sí —respondí.

Él sonrió.

—Qué monada —dijo.

Me quedé a cuadros.

—¿Qué? —pregunté.

—Tu trabajo es adorable —explicó—. Exactamente igual que tú.

Parpadeé con desconcierto. Me pareció tan... degradante. Pero a la vez sabía que no pretendía decirlo en ese sentido. Al menos, eso esperaba. No pude evitar pensar que tú te tomabas mis sueños muy en serio. Que para ti eran importantes.

—Mi trabajo no es una monada —dije—. Ni es adorable.

Darren se quedó sin saber qué contestar. Le había sorprendido. No era consciente de haber metido la pata. Lo cual empeoró aún más las cosas.

—¿A un hombre que fuese productor ejecutivo de... *Ley y orden* le dirías que su trabajo es una monada? —le pregunté—. ¿Exactamente qué es lo que hace que mis aspiraciones profesionales te resulten una monada?

Darren recobró el habla.

—Vale, vale —dijo—. No era mi intención insinuar eso. Perdóname. Elegí

mal la palabra. Sabes que me pareces adorable... Todo lo que tiene que ver contigo me parece adorable. Tus zapatos, tu cepillo del pelo, el paquete de chicles que llevas en el bolso. Todas esas cosas..., porque forman parte de ti.

Dejé el boli en la mesa, cogí el tenedor y me metí en la boca un poco más de la pasta que creí que ya no iba a seguir comiendo. Solo con tal de no tener que responderle de inmediato. Lo que me dieron ganas de decir era: «Soy algo más que una chica adorable». Quise decirle también: «Necesito que entiendas lo importante que es mi trabajo para mí». Y también: «Necesito que me quieras por eso, no a pesar de eso». Pero Darren tenía tantas cosas maravillosas, y además estaba disculpándose... No había sido su intención herirme. Además, era un hombre inteligente. Supuse que lo entendería con el tiempo.

Tragué el bocado de pasta.

—Espero que me consideres algo más que adorable —dije.

—¡Por supuesto que sí! —replicó él—. También eres preciosa y encantadora y divertida e inteligente. ¿Quieres que siga? No escasean los adjetivos para describirte.

Me reí.

—Bueno, no me importaría oír alguno más...

Darren sonrió, aliviado.

—Hum..., ¿qué te parece sexi? ¿Y reflexiva?

—Esos están bien —dije.

A veces me pregunto si debería haberme tomado aquella conversación más en serio. Si debería haberla llevado un poco más lejos y haber dicho todo lo que estaba pensando, pero que me guardé para mis adentros. Porque él sigue sin entenderlo. No de verdad.

Para preparar el cumpleaños de Darren compramos bolsas traseras para las bicis y tres pares de mallas de ciclista para cada uno, y reservamos habitación en sendos *bed and breakfast* de Sayville y Southampton. Decidimos adelantar la celebración y aprovechar el fin de semana del Día de los Caídos para hacer la excursión. Como habíamos conseguido una casa compartida en Montauk ese verano, se nos ocurrió que podríamos pasar allí la última noche de nuestra escapada y volver después a la ciudad en tren. Todo estaba saliendo a la perfección, que era como a Darren le gustaba que salieran las cosas.

Habíamos empezado a entrenar a finales de marzo; pedaleábamos hasta Westchester o hasta pasado el puente de George Washington o bien hasta Coney Island. Darren insistía en llevar las bolsas traseras repletas de tentempiés, mantas y agua para poder sentarnos a hacer pícnicos improvisados allá donde estuviéramos, y también para poder ejercitarnos con la cantidad adecuada de peso encima de las bicis. Para nuestro último entrenamiento, cruzamos pedaleando el puente de Brooklyn hasta Manhattan y de ahí tiramos hasta los Cloisters. Hacía un día magnífico (soleado y fresco) y acabamos riéndonos de mil tonterías que, si te las contara ahora, ni siquiera tendrían gracia. Pero estábamos de un humor en que todo lo encontrábamos hilarante.

—Qué suerte tengo de haberte encontrado —dijo Darren cuando ese día volvimos a casa.

—Los dos tenemos suerte —respondí yo—. De habernos encontrado el uno al otro. —Y así lo sentía, en aquel momento. La verdad es que sí.

La mañana que habíamos elegido para hacer la excursión yo me desperté

tempranísimo. Tenía la cabeza llena de las imágenes de nuestra última salida larga en bici y estaba entusiasmada con hacer este viaje pero también un poquito preocupada. Iba a ser la vez que más tiempo íbamos a pasar a solas Darren y yo. Parecía una especie de prueba para el futuro. ¿Qué significaría si acabábamos hartándonos el uno del otro? Y, sobre todo, ¿qué significaría si no?

Pero entonces Darren se despertó y se giró en la cama, de modo que nuestras cabezas quedaron en la misma almohada.

—Muchas gracias por hacer esto conmigo. Va a ser genial. Y quería decirte que si tenemos que parar a descansar o coger el tren para hacer parte del recorrido, no pasa absolutamente nada. Sin presión, ¿vale?, ni sobre ti ni sobre mí.

Mi lado nervioso se relajó. Le besé.

—Pero lo vamos a conseguir —dije.

El primer día fue divertido, pero cuando llevábamos unos cincuenta kilómetros empezamos a aburrirnos un poco. No podíamos hablar mucho y lo único que hacíamos era pedalear. Darren iba delante, ya que conocía la ruta, y yo iba detrás aprendiéndome de memoria su espalda, su camiseta y la velocidad a la que movía las piernas. Me puse a canturrear en mi cabeza hasta que de pronto dijo:

—¡Parada para bocadillo!

Antes de salir de casa él había preparado diez sándwiches de mantequilla de cacahuete con gelatina; para mí había comprado la versión suave y para él la que llevaba trocitos de cacahuete. Y a los dos la gelatina que nos gustaba era la de fresa.

—Milady —dijo cuando hubimos salido de la carretera y dejamos las bicis en la hierba—, ¿puedo ofrecerle un sándwich o dos?

Yo estiré los músculos y me reí.

—Uno, de momento.

Nos quitamos los cascos y los guantes de ciclismo, nos limpiamos las manos y nos sentamos a comer.

—¿Descanso para la digestión? —preguntó, al tiempo que se recostaba en la hierba. Apoyó la cabeza en su bolsa de bici.

—Descanso para la digestión —aprobé, dejando caer la cabeza en su pecho.

—Esto es increíble —comentó—. ¿Nunca te he contado que el año pasado

por mi cumpleaños pedí el deseo de encontrar en los siguientes doce meses a una chica increíble que fuese guapa, atrevida, divertida e inteligente..., y que de pronto te conocí cuando ni siquiera habían pasado tres meses, en aquella casa de la playa?

Me senté para quedarme mirándolo.

—Entonces, deberías tener cuidado con lo que deseas para este año, ya que tus deseos son tan poderosos —le dije.

—Bah, ya tengo planeado ese deseo.

Sonreí.

—No me digas.

Él se rio.

—Pero como bien sabes no puedo decirlo, porque, si se dice un deseo en voz alta, no se cumple.

—Correcto. Hay que mantenerlo en secreto.

Me apartó el flequillo a un lado.

—Esta noche nos va a doler todo —dijo—. Pero he traído ibuprofeno y gel con efecto analgésico. Y vaselina para nuestros traseros. Ya sabes, por si acabamos con rozaduras.

—¿Cómo dices?

—No tendría gracia montar en bici con el culo escocido —respondió, mirándome con tal carita de vergüenza que me lo imaginé perfectamente con seis años, con ocho y con trece. En aquella mirada vi su vida entera. Me pareció encantador en ese instante, y noté que se me henchía el corazón.

—Te quiero —le dije. Era la primera vez que uno de los dos lo decía.

Me miró, inmóvil en un primer momento, y a continuación sonrió.

—Yo también —respondió—. Yo también te quiero.

Entonces se sentó y me besó.

—¿Te puedo contar un secreto? —me preguntó.

Asentí, pero no estaba nada segura de lo que iba a oír.

—Hace meses que te quiero. Desde que fuimos a aquellas clases tronchantes de bailes de salón. Te quise entonces.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —le pregunté.

—Porque no quería asustarte —contestó.

Su sinceridad fue como un soplo de aire fresco. Y me desarmó. Le besé otra vez, porque tenía razón. Me habría asustado.

Darren me entiende tan bien. Me ha entendido desde el primer momento.

Pero sin duda nunca ha entendido mi conexión contigo —aunque no le culpo por eso—.

A lo largo de la vida conocemos a personas que, una vez que salen de nuestro mundo, ya nunca más vuelven a formar parte de él. Aun si volvemos a verlas, todo se reduce a un «hola, ¿qué tal?» rápido y carente de significado. Pero hay personas con las que, al volver a encontrarnos, retomamos la relación en el mismo punto en que la habíamos dejado. Con la misma sensación de comodidad, como si no hubiera pasado el tiempo.

Eso fue lo que ocurrió cuando volví a verte. Hacía poco más de un año que te habías ido. Y hacía unos meses de tu llamada telefónica. Me escribiste un e-mail diciendo:

Hola, Lucy:

Acabo de aterrizar en JFK. ¿Estás por aquí esta semana? Me encantaría verte. ¿Tomamos algo el miércoles o el jueves?

Gabe

P.S.: He visto *Hace falta una galaxia* en el avión. Me encanta lo bien que quedó el capítulo de los sueños.

Yo estaba en el apartamento de Darren cuando recibí el mensaje. Era domingo y acabábamos de regresar de Montauk. Quería volver esa noche a mi piso, pero como Darren tenía comida en la nevera y yo no, íbamos a cenar algo rápido antes de que me fuera a casa a poner una lavadora y prepararme para la jornada de trabajo del día siguiente. Darren estaba deshaciendo su bolsa, sacando las cosas húmedas de la playa y echándolas en la bañera para que no cogieran moho, y yo estaba registrando los armarios de su cocina en busca de más ingredientes que añadir a nuestra cena a base de bocadillos.

Había sacado la BlackBerry de mi bolsa con intención de comprobar si tenía mensajes de la oficina (podía pasar cualquier locura) mientras estábamos en el tren. Del trabajo no tenía nada, pero sí ese e-mail tuyo. Me alegré de que Darren estuviese en otra habitación.

Mi cuerpo reacciona ante ti de un modo tan físico que es casi inverosímil. Me ha pasado siempre, desde que te conocí, y siempre di por hecho (o quizá fuera mi esperanza) que en algún momento se me pasaría. Pero no ha sido así.

Fue ver tu nombre y sentir un nudo en el estómago. Pinché en el correo. A pesar de que una parte de mí decía «No es una buena idea», sabía que quedaría contigo. Quería verte, que me contases cómo te estaba yendo. Además, sabía que tendría que decírselo a Darren. No para pedirle permiso, sino porque me parecía mal ocultárselo.

Cuando le dije que acababa de recibir un mensaje de mi ex, su rostro mantuvo una expresión serena. Y cuando le dije que pensaba quedar a tomar algo contigo, se crispó ligeramente pero a continuación recobró su aspecto normal.

—¿Me dirás cuándo? —preguntó.

—Por supuesto —respondí.

—¿Y vendrás aquí después?

No tenía pensado acostarme contigo. Ni quedarme hasta tarde. Pero tuve la sensación de que iba a preferir estar sola esa noche. Aun así, sabía que debía ceder un poco. Por Darren. Porque le quería.

—Sí, rotundamente —le dije.

Pareció quedarse tranquilo con eso y seguimos hablando de otras cosas. Del nuevo tío con el que salía Alexis, el surfero que había conocido en la playa de Ditch Plains el fin de semana anterior. De las tres bodas a las que íbamos a ir ese verano (las de sus tres amigos) y de si sería mejor que alquilásemos un coche para bajar a Filadelfia a la boda de Brad y Tracey o llegar en tren y luego movernos en taxi por la ciudad. Por fuera, yo estaba completamente normal mientras mantenía estas conversaciones con Darren, pero por dentro lo único que deseaba era mirar mi BlackBerry para ver si me habías contestado. Para saber exactamente cuándo iba a volver a verte. Por eso era mejor cuando no estábamos en contacto. Porque la espera es siempre insoportable.

El jueves por la mañana me cambié de ropa cuatro veces. Primero me puse un vestido suelto y vaporoso que no destacaba nada de mi silueta. Pensé que sería una buena manera de mantener las cosas en un nivel platónico. Pero entonces volví a mirarme en el espejo. Hacía más de un año que no nos veíamos y no quería que pensases que había descuidado mi aspecto. Por eso me cambié a un conjunto más ceñido. Pero luego pensé que a lo mejor daba la impresión de que me había esforzado demasiado. Entonces me puse unos pantalones finos de verano y un top de tirantes. Hasta que recordé que te gustaba cómo me quedaban las faldas. Así que me puse una falda de tubo y una blusa de seda sin mangas, con unos *peep-toes* de tacón. Con ese conjunto me sentí segura, triunfal y dominando la situación. Cuando tenía que hacer alguna presentación en la oficina solía ponerme algo parecido a eso. Por último, me alisé el pelo con la plancha, dedicando un buen rato a rematar el flequillo.

A lo largo del día casi no pude concentrarme en mis tareas. Se suponía que debía revisar los guiones de los nuevos episodios de *Hace falta una galaxia* y tuve que leerme cuatro veces uno de ellos antes de entender de verdad de qué iba.

Cuando salí de la oficina, me fui dando un lento paseo hasta el Pazza Notte. Llegué unos minutos antes de la hora y me planteé la posibilidad de dar una vuelta a la manzana, pero al final opté por entrar directamente para coger un par de taburetes para ti y para mí en la barra. Me enviaste un mensaje a la BlackBerry diciendo que llegabas con retraso, cosa rara en ti, y aproveché para pedir una copa de vino. Había bebido más o menos la mitad cuando apareciste, hecho un manojo de hoyuelos y disculpas.

—Qué alegría verte, Lucy —dijiste, envolviéndome en un abrazo.

Yo te abracé con la misma fuerza que tú a mí y me di cuenta de que olías igual que siempre. Dicen los científicos que el olor es uno de los estimuladores del recuerdo más potentes que tenemos. Lo creo a pies juntillas. Con la cara pegada a tu camisa, me teletransporté de golpe al pasado.

Cuando deshicimos el abrazo y nos separamos, te quedaste mirándome un buen rato.

—Es que quiero asimilar hasta el último detalle —explicaste—. Estás... genial. Me gusta tu pelo.

Noté que se me subían los colores.

—Gracias —dije—. Tú también. —Y era verdad. En el tiempo que habías estado fuera, habías perdido algo de peso y se te había marcado más la estructura ósea de la cara. Seguías teniendo tus rizos, pero ahora eran más cortos y prietos. Estabas bronceado y se te había puesto más rubio el vello de los antebrazos.

Estaba tan atontada por tu presencia que ni siquiera recuerdo de qué hablamos esa noche. ¿Y tú? Seguro que de mi programa, de tu trabajo, de nuestras familias. Solo recuerdo sentirme completa y absolutamente viva. Como si todas y cada una de las moléculas de mi organismo estuviesen despiertas, alertas, entusiasmadas. Cualquier otro sentimiento quedaba relegado, aplastado, porque tú estabas allí, delante de mí, sonriendo como si yo fuese la única persona sobre la faz de la tierra.

No pretendía ponerle los cuernos a Darren, ni creo que lo hubiese hecho, pero sí es cierto que me llevé una ligera decepción al ver que no intentabas nada. Un beso que bajase disimuladamente desde mi mejilla hasta mis labios, una mano apoyada en mi muslo. A veces me pregunto qué hubiera pasado si lo hubieses intentado. ¿Habría cambiado algo? ¿Lo habría cambiado todo?

Darren me mandó un mensaje de texto para decir hola, y me di cuenta de que no estaba siendo fácil para él. Pensé que seguramente estaría en casa, preocupado. Lo irónico del caso es que no tenía motivos para preocuparse en ese momento. Fue después cuando debió preocuparse, pero para entonces supongo que la idea de que me acostase contigo debía de ser la que más lejos estaba de pasársele por la cabeza. Él creía que yo era total y completamente suya. Pero nunca me ha tenido del todo.

U nos días después de verte me fui de tiendas con Kate. Me había mandado un mensaje para decirme que Tom y ella se iban de viaje (de viaje de verdad) juntos por primera vez (diez días a España) y quería adecentar su fondo de armario.

—¿Qué necesitas? —le pregunté cuando me planté en su apartamento, el mismo que habíamos compartido. Tom y ella no vivían juntos. Ella le había dicho que no se iría a vivir con nadie hasta que no tuviese un anillo de compromiso en el dedo. Cuando me lo contó, no puede evitar sentirme a la defensiva respecto a ti a y mí. Yo sabía que ella siempre había pensado así, pero creí que cambiaría de opinión en cuanto conociese a alguien maravilloso. Y Tom era realmente maravilloso, un hombre tranquilo, preocupado y generoso. Pero ella no había cedido.

Kate abrió un listado que tenía en la BlackBerry.

—Dos bañadores, una túnica-pareo, un vestido suelto y largo para cuando estemos en San Sebastián y Barcelona. Y a lo mejor unas cuñas con las que pueda moverme con comodidad por Madrid. Y no me opondría a una pamea de paja. ¿No te parecen glamurosas?

Sonreí mirándola.

—Me parece que vas a estar como una estrella de cine si te pones una de esas pamelas —le dije—. Muy..., humm..., Greta Garbo, ¿no?

Ella me miró por el rabillo del ojo y nos echamos a reír a la vez.

—Pero qué sabrás tú cuál era el estilo de Greta Garbo —dijo, rodeándome los hombros con un brazo.

—Ni idea —repliqué—. Pero ¿no se supone que era puro glamur?

Kate suspiró.

—Mucho. Pero creo que te refieres a Hedy Lamarr. Estaba increíble con sus pamelas enormes de ala muy ancha.

—Ah, eso, Hedy Lamarr total —dije yo, rodeándole la cintura con el brazo—. Bueno, ¿adónde vamos entonces? ¿La idea es ir enfrentándonos a los retos uno a uno o tiramos por la opción de unos grandes almacenes?

—Grandes almacenes —respondió sin vacilar ni medio segundo—. Estaba pensando que Bloomingdale's es lo que nos pilla más cerca, y así después podemos tomarnos para comer ese yogur que tienen.

Bloomingdale's, cómo no, me hizo pensar en ti. De hecho, había estado evitándolo adrede durante el año y pico anterior, lo que me había resultado bastante fácil porque me había mudado a Brooklyn. Pero había decidido que era hora de reintegrar en mi vida todas las cosas que me recordaban a ti. Por eso, me limité a responder:

—Me encanta ese yogur.

Llegamos allí y nos pusimos a mirar las perchas de los bañadores. Kate quería modelos que pegasen con la pamelita a lo Hedy Lamarr que aún no se había comprado, de modo que buscamos estilos vintage y colores serios. Cuando tuvimos en las manos seis o siete opciones, nos dirigimos a los probadores.

Yo me senté en una silla con los bañadores en el regazo y le conté a Kate, por primera vez, de hecho, que había quedado contigo a tomar algo.

—¿Y qué tal fue? —me preguntó cuidadosamente.

—Raro —le dije—. Yo quiero a Darren, de verdad que sí, eso ni lo dudas. Pero mis sensaciones son tan diferentes cuando estoy con Gabe. No te sé decir si es simplemente que a Darren le quiero menos. O que le quiero de otra manera... ¿Tom te hace sentir que estás más viva cuando estás con él que cuando no?

Kate me miró con cara seria, como si estuviese meditando la pregunta y sopesando la mejor respuesta. Es algo que me encanta de ella. Sus palabras siempre han sido totalmente meditadas, ya desde niña.

—No —contestó finalmente—. Me siento igual de viva ahora mismo, aquí en este probador contigo, que cuando estoy con Tom.

Le pasé otro de los bañadores.

—Pues yo me siento más viva cuando estoy con Gabe que cuando estoy con cualquier otra persona de este mundo —le dije—. Sin menoscabo de todo el amor que te tengo —añadí.

—O que le tienes a Darren, ¿no? —preguntó.

—Es... diferente —insistí—. Y me preocupa que con eso no baste. Que lo que siento hacia Gabe sea tan inconmensurable que ya nada más me colme.

Kate se subió el bañador y metió los brazos por los tirantes.

—¿Cómo lo ves? —preguntó mientras se miraba en el espejo.

—¿Con franqueza? —le pregunté yo.

—Siempre.

—Con franqueza, creo que te hace una molla rara en el trasero.

Se dio la vuelta y giró la cabeza para mirarse el dorso en el espejo.

—Vaya, es verdad. Qué curioso.

Kate empezó a quitarse el bañador.

—Hace unos meses estuve hablando con mi hermana sobre relaciones de pareja y me contó una cosa interesante.

¿Conoces a la hermana de Kate? Aunque no la conozcas en persona, seguro que te he hablado de Liz. Estudió en la Universidad de Brown y vendría a ser lo opuesto a Kate en todos los aspectos en que dos personas podrían considerarse opuestas: es extraordinariamente creativa y artística y se fue a vivir a París al terminar los estudios para trabajar en *Vogue* cuando Kate y yo teníamos dieciséis años. Ha tenido una colección de historias con hombres y con mujeres y a día de hoy sigue siendo una de las personas más interesantes que conozco.

—¿Y qué te contó Liz? —pregunté.

—Pues me dijo que ella se plantea cada relación amorosa que ha tenido como si se tratase de una especie de fuego. Que unas son como un incendio: arrolladoras, magnéticas, grandiosas y peligrosas y con la capacidad de abrasarte antes incluso de que te des cuenta de que te están consumiendo. Y que otras relaciones son como el fuego de un hogar: sólidas, estables, agradables y nutritivas. Me dio más ejemplos, como la relación hoguera, o la relación bengala, que vendría a ser como un rollo de una noche, algo así. Pero el incendio y el fuego de hogar son los que mejor recuerdo.

—¿Tom y tú sois como el fuego de hogar? —pregunté.

Kate movió afirmativamente la cabeza.

—Eso creo yo. Y también creo que es lo que quiero. Seguridad, estabilidad y cariño.

—Pienso que Darren y yo somos fuego de hogar —le dije, cavilando acerca de lo que acababa de explicarme—. Pero Gabe y yo fuimos un

incendio.

—Sí, me parece que eso es verdad —convino Kate.

Se había probado un biquini. Era blanco con topos rojos, con una braguita de cintura alta.

—Oh, ese te queda genial —le dije.

Ella se miró en el espejo para comprobarlo.

—¡Me gusta! —exclamó, asintiendo hacia su imagen reflejada—. Este me lo llevo, ahora solo me falta otro más.

—¿Y Liz te dijo qué es mejor? —pregunté.

Kate meneó la cabeza mientras se desabrochaba la parte de arriba.

—Lo que me dijo fue que depende de cómo seas. O de lo que quieras. Que las relaciones tipo fuego de hogar acaban aburriéndola pasado un tiempo. Que ella prefiere los incendios arrasadores, pero que está empezando a plantearse que tal vez necesite una cosa intermedia. Ah, sí, creo que eso era el fuego tipo hoguera, en el que la relación está siempre en un tris de acabar consumiéndolo todo pero sin llegar nunca a tanto. Me contó que nunca había vivido una de esas y que le gustaría probar.

—¿Y se puede domar un incendio o azuzar un hogar? —pregunté.

—Ni idea —respondió Kate al tiempo que sacaba un pie y luego otro de la parte inferior del biquini—. Liz me contó que no había tenido suerte cuando intentó transformar un tipo de relación en otro. Pero, vamos a ver, si estiramos la analogía un poco, los bomberos sí pueden controlar un incendio, así que a lo mejor cualquier mortal también. Supongo que la cuestión es si somos capaces de controlarlos sin llegar a extinguirlos del todo.

Le pasé otro biquini a Kate, mientras me preguntaba si también yo debería buscar una relación tipo hoguera. Si debería probar los diferentes tipos de relación para saber con certeza cuál prefería.

—Lo que a mí me preocupa —dijo Kate — es qué pasa si renuncias a un maravilloso fuego de hogar por querer probar una hoguera, y luego vas y descubres que no era eso lo que querías. Y entonces te has quedado sin el fuego de hogar.

—¿Estás hablando de Tom y tú ahora? —quise saber.

Respondió encogiéndose de hombros.

—Quizá. No lo sé.

—Supongo que no es fácil —señalé—. Y con ese biquini se te sale chicha por los lados del pecho.

Kate se miró.

—Oh, qué horror —dijo, desanudándose las tiras del cuello—. En mi opinión, hay que hacer una especie de análisis de riesgos de la relación. Sopesar lo feliz que eres, añadiéndole el factor de si decir adiós a esa felicidad merece el riesgo de encontrar o no encontrar más felicidad junto a otra persona. Yo no sé si estoy dispuesta a correr ese riesgo. Es decir, ¿cuál es el umbral aceptable? Si soy feliz en un ochenta y cinco por ciento con Tom, ¿me lo juego por la posibilidad de ser feliz en un noventa y cinco por ciento con otra persona? ¿Y cuál es el umbral máximo de felicidad que se puede alcanzar con una persona? No creo que sea el cien por cien.

—No, desde luego un cien por cien no —coincidí—. Nada es perfecto siempre. —Me pregunté cuál había sido mi porcentaje de felicidad contigo. Y cuál era con Darren.

Y entonces me pregunté cómo responderíais Darren y tú a esa misma pregunta, sobre vuestro porcentaje de felicidad estando conmigo. ¿Qué piensas tú? ¿Eran iguales tu porcentaje y el mío en aquella época? ¿Éramos un ochenta por ciento felices? ¿Ochenta y cinco por ciento? Tengo la sensación de que yo era más feliz que tú, porque fuiste tú el que se marchó, el que quiso irse. Por mucho que no te lo plantearas en esos términos, era evidente que estabas dispuesto a correr el riesgo: el de ver si serías más feliz sin mí en tu vida, luchando por la profesión que querías ejercer.

¿Te dio resultado? ¿Aunque solo fuese durante un tiempo?

Yo sé que al final no.

Hay veces que un año parece una eternidad, fragmentada en capsulitas de tiempo. Cada trozo es tan impresionante que da la sensación de ser toda una vida dentro de una vida. Así fue para mí 2004. Ese año contuvo un fragmento de tiempo en que estuvimos viviendo juntos, luego el fragmento de tiempo posterior a nuestra ruptura y finalmente el fragmento de tiempo desde que conocí a Darren. Ese año tuvo en sí tres secciones bien diferenciadas. Pero los doce meses que transcurrieron desde que conocí a Darren fueron como una unidad compacta. Por eso, casi me sorprendió cuando, un sábado, al volver a su casa después de haber tomado el brunch con Julia, me dijo:

—Bueno, dentro de dos semanas será nuestro aniversario. ¿Tenías pensado hacer algo en concreto?

Me dieron ganas de comprobarlo en el calendario de mi BlackBerry, pero en el fondo sabía que no se equivocaba. Jamás olvida una fecha. Además, el verano tocaba a su fin y nosotros nos habíamos conocido en esa época el año anterior, es decir, a finales del verano más triste de mi vida.

—¿Nos toca el fin de semana en Montauk? —pregunté mientras me servía un vaso de agua. Él había hecho las ofertas para usar la casa compartida y se encargaba de hacer el seguimiento para saber cuándo nos tocaba a nosotros.

—Por supuesto —respondió.

Tendría que haberlo imaginado. Seguramente había tenido señalada la fecha en el calendario el día que mandó nuestras propuestas de ocupación.

—¿Qué tal una cenita playera con almejas? —sugerí mientras me ponía unos hielos en el vaso—. ¿En ese sitio tan elegante del muelle? ¿Sabes cuál te digo? ¿Ese en el que casi solamente hay adultos y todo el mundo va muy arreglado?

Darren se acercó a mí desde el otro lado de la cocina para besarme.

—Nosotros somos personas adultas —dijo.

Me eché a reír.

—Ya me entiendes.

Esta vez me besó en la nariz.

—Creo que es un plan estupendo. Yo también había pensado algo —añadió—. Y tiene que ver con regalos.

Me pregunté si se disponía a hablarme de un anillo de compromiso. Sabrina se había prometido hacía un mes, más que nada porque se había quedado embarazada, pero igualmente la idea me parecía bonita. Una idea que daba satisfacción, como cuando encuentras la pieza acertada de un puzle, esa que llevas mucho tiempo buscando y que ya no tendrás que volver a buscar. No en ese preciso momento, pero sí algún día.

—¿Qué regalos? —pregunté.

—Bueno —dijo—, estaba pensando en nuestras listas de deseos, y en la mía pone «adoptar un perro abandonado» y en la tuya «tener perro». Y llevo años pensando en hacerlo, así que... Tengo una sorpresa para ti. Sé que es un poco pronto, pero, en cuanto se me ocurrió, ¡no pude esperar más!

Se fue hacia la puerta de su cuarto, que —cosa rara— estaba cerrada, entró y salió con una bolita de pelo blanco en los brazos que no paraba de moverse. La bolita ladró. Un cachorro. Tenía un cachorro en las manos. Me quedé petrificada.

—¡Mira lo que tengo para ti! —exclamó—. He pensado que podría quedarse en mi piso, y quizá más adelante puede que te vengas a vivir conmigo y la perrita.

—¿Una perra? —dije—. ¿Me has comprado una perra? —Estaba atónita.

—Espero que la compartas conmigo —repuso Darren—. Que pueda ser de los dos.

Me tendió la cachorrita y yo la cogí sin pensar. Ella me lameteó el cuello, la barbilla y la nariz.

—Era la más bonita de toda la North Shore Animal League —explicó—. Y los vi a todos.

Miré a la perrita y ella me dijo hola con un ladrido. Yo le contesté con otro hola y ella me sonrió con una enorme sonrisa de cachorra.

La idea de regalarme un perro tenía todo el sentido del mundo, y llevaba el sello atento y considerado de Darren. Pero lo que no entendió de mí en aquel

momento, y sigue sin entender, es que yo quería ver a todos los perros de la North Shore Animal League. Que yo quería participar en la decisión de qué perro escoger. O incluso de si íbamos realmente a tener perro. Creo que para él presentar este tipo de gestos grandilocuentes como hechos consumados tiene un punto de galantería. Sin embargo, es..., me resulta... infantilizante. O... paternalista. Como si no necesitara tomar en consideración mis opiniones. Tú nunca harías algo así.

—Me hubiese gustado conocer a todos esos perros —le dije—. Es un regalo maravilloso, pero... tengo la sensación de haberme perdido la parte divertida.

Se quedó confundido, mirándome con la ceja levantada.

—¡Pero si lo divertido empieza ahora! ¡Cuando ya tenemos el perro!

Suspiré.

—Ya, sí... Pero habría estado bien escogerlo juntos. Para que fuera realmente nuestro perro, el perro que elegimos los dos. Darren, quiero que seamos socios, compañeros.

—Lucy —repuso él, acortando el espacio que nos separaba—. Claro que lo somos. Solo quería darte una sorpresa con algo especial. ¿Es que no puedo sorprender a mi preciosa novia con un regalo alucinante de vez en cuando?

Cuando dijo eso, ya no supe qué responder. Porque en ese contexto parecía que estuviera comportándome como una idiota. No podía decirle que no me diese sorpresas nunca, que no le dejaba. Y ¿cómo podía enfadarme con alguien que acababa de hacer algo tan increíble como regalarme un perro?

La perrita intentó lamerme dentro de la nariz, como si quisiera hacerme cosquillas para arrancarme una risa. Tal vez entendía la situación.

—Pues claro que puedes —dije finalmente—. Bueno, ¿y tiene nombre?

—Cuando la encontraron no llevaba identificación —explicó Darren—. Uno de los que trabaja en el refugio empezó a llamarla Annie, por los ricitos, pero estaba pensando que podríamos alargarlo un poco.

—¿Ángel? —propuse.

—¡Aniversario! —dijo él.

Y entonces sí que me reí. Porque era un nombre totalmente absurdo para un perro, pero también, de alguna manera, perfecto. Y la verdad es que era una perrita perfecta: cariñosa, lista y no era de esos perrillos de ladrado agudo e incesante. Gracias a Dios no era un anillo de pedida. Aun así, compartir la responsabilidad de cuidar a otro ser vivo parecía un compromiso bastante

serio. En cuanto accedí a que nos quedásemos con Annie, comprendí lo fácil que sería aceptar otras cosas más adelante.

Siempre había pensado que existían dos tipos de personas en el mundo: aquellas a las que les encantaba hacer regalos y aquellas a las que les encantaba recibirlos. A mí siempre me ha gustado mucho —y sigue gustándome— que me hagan regalos. Pero las segundas Navidades que pasé con Darren me di cuenta de que también me encantaba hacerlos.

Íbamos a pasar las fiestas con la familia de Darren en Colorado. Yo ya los había conocido a todos, primero a la menor de sus tres hermanas mayores y a su marido y, tiempo después, a las otras dos hermanas con sus parejas y sus hijos. Luego conocí a sus padres. Y tras eso había coincidido con diferentes permutaciones y combinaciones de todos ellos en varias celebraciones. Pero estas iban a ser las primeras vacaciones que pasaba con su familia y la primera vez que iba a vérmelas con todos de golpe. Por separado eran encantadores, sobre todo el padre, un hombre calmado (el ojo del huracán que era el clan de los Maxwell). Pero estaba un poco preocupada pensando que íbamos a pasar juntos bastante tiempo y que iba a echar de menos a los míos.

Los padres de Darren habían alquilado un chalé enorme en Vail y la madre prometió que la casa tendría su gran árbol de Navidad. La familia había enviado con antelación dos cajas enormes llenas de regalos. Como nosotros nos habíamos retrasado un poco con nuestras compras, decidimos llevar regalos pequeños que nos cupieran en las maletas. Nos planteamos viajar con Annie, pero mi hermano se había ofrecido a cuidarla y a llevársela cuando fuese a casa de mis padres, y para mí, de alguna manera, tenerla allí me hacía sentir como si yo también estuviera un poco con ellos. Por eso le dije que sí.

—Eso va en serio —me había comentado Jay cuando le conté mis planes

de pasar la Navidad con la familia de Darren y no con la nuestra—. ¿Es tu reacción reloj? ¿La de verdad?

Recordé la conversación que habíamos tenido hacía más de año y medio, cuando le conté que no deseaba querer a nadie más que a ti. Evidentemente, mis sentimientos habían cambiado.

—Creo que podría ser —le contesté.

Pude percibir la sonrisa de mi hermano en la voz cuando me dijo:

—Me alegro por ti, aunque vaya a echarte de menos estas Navidades.

—Yo también a vosotros —repuse—. Un montón. Pero nos vemos a la vuelta. ¿Quedamos para el brunch de Año Nuevo? ¿Vanessa, tú, Darren y yo?

—Estupendo —dijo él—. Ya estoy deseándolo.

Habíamos ido a casa de mis padres la semana anterior para recoger los pantalones, el casco y las gafas de esquiar que tenía guardados en su sótano.

—Darren es un buen hombre —me había dicho mi padre mientras me ayudaba a buscar el casco—. Me da pena que no os veamos durante las fiestas, pero a lo mejor el año que viene os venís a pasarlas aquí. Y la Semana Santa.

Sonreí.

—Por mí, fenomenal.

A mi familia le gustaba Darren y pasábamos mucho más tiempo con ellos que cuando salía contigo. No estoy segura de la razón. Quizá porque cuando nosotros dos estábamos juntos no necesitábamos a nadie ni realmente pensábamos en nadie más. Nuestro mundo, el de Darren y mío, abarcaba a todas las personas que conocíamos los dos; él hacía más de secretario social que yo, siempre atento a no dejar nunca a nadie fuera de nuestra agenda.

Y estaba entusiasmado por esas vacaciones. Hizo tropecientos listas para no olvidarse de nada y, una vez que hubo revisado y vuelto a revisar nuestras maletas, declaró que estábamos oficialmente preparados para partir la víspera de la Navidad. Pero entonces pilló la gripe.

El día 23 había estado moqueando y tosiendo un poco, así que esa noche se acostó temprano con la esperanza de reponerse. El plan era quedarnos los dos en su apartamento y salir juntos hacia el aeropuerto. Así que acabé viendo a solas *Qué bello es vivir* en su salón y, pasada la media noche, me metí sigilosamente en su cama, unas tres horas después que él.

Me acurruqué a su lado y dejé que el calor de su cuerpo calentase el mío, hasta que me di cuenta de que estaba realmente caliente. Más incluso de lo

habitual. Me volví hacia él y apoyé los labios en su frente, como hacía siempre mi madre cuando mi hermano o yo nos poníamos enfermos. Noté su cabeza caliente al contacto con mi boca.

Abrió débilmente los ojos y, aun en la semioscuridad, vi que los tenía brillantes.

—¿Darren? —susurré—. Estás ardiendo. ¿Te encuentras bien?

Entonces, le entró un ataque de tos bronca y prolongada.

—La verdad es que no —dijo, al cabo—. Me duele la cabeza. ¿Crees que tengo fiebre?

Salí a por el termómetro que sabía que él tenía en el botiquín y le tomé la temperatura. Treinta y nueve grados.

—Igual está roto —dijo.

Lo limpié con alcohol y me lo puse yo. Treinta y siete.

—Me parece que no —dije—. Y me parece que podrías tener gripe.

Le di un paracetamol y nos dormimos.

A la mañana siguiente se despertó con la misma temperatura alta, la misma tos convulsa, y tanto el dolor de cabeza como el moqueo habían ido a más.

—Estoy realmente enfermo —dijo cuando su tos me despertó.

—Sí. Sí que lo estás.

Entonces, se le llenaron los ojos de lágrimas. Era la primera vez que lo veía llorar.

—El avión sale dentro de cuatro horas. No creo que pueda viajar a Colorado hoy. Ni siquiera sé si voy a poder levantarme de la cama.

Aunque normalmente era —y sigue siendo— Darren el que se encargaba de las cuestiones logísticas, telefoneé rápidamente a la compañía aérea y, después de varios ruegos y explicaciones, conseguí que nos cambiasen los billetes a otro vuelo dos días después. Luego, llamé a su madre para explicarle la situación. Y finalmente me calcé unas botas, me puse un abrigo y bajé a la farmacia a comprarle lo que pude encontrar: antitusivos, antipiréticos y medicamentos contra el resfriado y la gripe.

—Siento haberte fastidiado las Navidades —dijo cuando volví.

Le di un beso en su frente febril.

—Mientras pueda pasarlas contigo, no me las has fastidiado.

Se tomó algunos medicamentos y volvió a dormirse, y yo bajé a la calle de nuevo, sin hacer ruido. Compré un árbol de casi un metro de alto, el más grande que pude cargar yo sola, y también luces, espumillón y copos de nieve

con purpurina que estaban marcados ya con una rebaja del veinte por ciento. También compré una caja de adornos rojos y dorados, y una bailarina para poner en lo alto del árbol porque habían vendido todo lo demás. Entonces, mientras Darren dormía, transformé el salón de su piso en pura Navidad. Incluso saqué de las maletas los regalos que íbamos a llevar a toda su familia y los coloqué al pie del árbol, que previamente había puesto, sujetándolo bien, encima de la mesita baja para que pareciese más alto. Me sentí como si estuviera devolviéndole un poco de la felicidad que él me había dado a mí a lo largo del año anterior.

—¿Lucy? —me llamó desde el dormitorio, justo cuando estaba terminando de pegar el último copo rutilante de nieve a la pared de detrás del sofá—. ¿Estás cambiando los muebles de sitio?

Oí que se acercaba a la puerta, con pisadas mullidas, tosiendo a la vez, y entonces la abrió y se apoyó en el marco, pálido y con el pijama arrugado, y con unos cercos oscuros debajo de los ojos. Se quedó mirando el salón sin decir una palabra.

—¿Darren? ¿Te gusta? Quería asegurarme de que no te perdieses la Navidad, aunque estés pachucho.

Di un paso hacia él y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lucy —dijo, y se puso a toser—. A veces te quiero tanto que no sé ni cómo mi corazón puede soportarlo.

Me acerqué a él y le abracé, más fuerte que nunca en mi vida, como si, de alguna manera, a través de la fuerza de aquel abrazo, necesitara demostrarle cuánto le quería.

Darren era mi experimento Old Nassau. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más le amaba y mejor iba nuestra relación.

En la vida de las personas a veces ocurren hechos concretos que se viven como momentos cruciales, incluso mientras están sucediendo. El 11-S fue uno de esos momentos decisivos en mi vida. Otro, el que tú te marcharas. Y un tercero fue aquella Navidad con Darren. En aquel entonces no llevábamos juntos ni año y medio, pero supe que nos casaríamos. No necesariamente enseguida, pero supe que ocurriría. Salvo que sucediese alguna cosa inesperada. Salvo que aparecieses tú, de hecho. Siempre imaginaba que tú serías la única persona, la única razón, por la que no me casaría con Darren. Me preguntaba si eso significaba que no debía casarme con él, pero a la vez también sabía que no podía tenerte, ni podía imaginar mi vida sin él. Además, le quería (le quiero) de verdad. Aunque no como te quise (como te quiero) a ti.

Todavía sueño contigo, no es la primera vez que te lo digo. He soñado contigo desde que te fuiste. Sueño que estamos de pícnic en Central Park, o en una habitación de hotel, o cogiendo manzanas. A veces son sueños de cosas que realmente hicimos juntos, y otras veces no. Pero siempre terminan con que me estrechas entre tus brazos, nuestros cuerpos se juntan, nuestros labios se unen..., y entonces me despierto con el corazón a mil, y con sentimiento de culpa por pensar en otra persona cuando estoy en la cama con Darren, incluso después de tantos años. He tratado de evitar esos sueños, con toda mi alma, pero siguen apareciendo.

¿Tú sueñas conmigo? ¿Estás soñando conmigo en este instante?

Una mañana, cerca de mi vigésimo sexto cumpleaños, vi en el *New York Times* una foto hecha por ti. Eran unos paquistaníes manifestándose por las

muertes de civiles causadas por un ataque con drones. Paquistaníes, no iraquíes. Estabas en otro país. Habías cambiado de país y no me lo habías dicho.

Esa noche soñé contigo, pero no fue un sueño como los otros. Íbamos andando por Times Square y de pronto llegaba una horda de turistas. El tumulto hacía que me soltara de tu mano; nos separábamos y me ponía a buscarte por todas partes. Estaba aterrada y debí de llamarte en voz alta, porque lo que recuerdo a continuación es que Darren me estaba zarandeando por los hombros, diciendo:

—Solo es una pesadilla. Despierta, Lucy.

Me desperté cubierta de sudor y con esa sensación de pánico aún en el cuerpo.

—¿Qué pasaba? —preguntó Darren—. Decías algo de «gay».

Meneé la cabeza.

—No sé..., no sé... —balbucí. Pero, por supuesto, yo sabía que no estaba diciendo nada de «gay».

Darren fue a traerme un vaso de agua, después se metió de nuevo en la cama y me estrechó.

—Tranquila. Estoy aquí. Yo haré que no vuelvas a tener más pesadillas.

Le rodeé con los brazos, aun a sabiendas de que nadie podría evitar que tuviera ese tipo de sueños otra vez. Me quedé despierta mucho rato y acabé por dormirme cuando empezaba a clarear.

Ese día te escribí desde la oficina. «Hace tiempo que no sé de ti, pero he visto que estás en Pakistán. Me encantó la foto. ¿Te vas a quedar allí mucho tiempo?».

La respuesta llegó enseguida. «¡Hola, Luce! Qué alegría tener noticias tuyas. Espero que vaya todo bien. Llevo ya unos meses en Pakistán y me han propuesto trasladarme oficialmente aquí. Estoy pensando aceptar. Seguramente volveré a Estados Unidos este verano otra vez. Espero que podamos vernos entonces. Siempre que viajo trato de ver *Hace falta una galaxia*. Tu equipo ha estado haciendo un trabajo excelente. Aún me encanta Galacto».

¿Te acuerdas de cuando me escribiste eso? Yo me alegré tanto. Saber que no te habías mudado a otro país sin decírmelo me dejó más tranquila, como si de nuevo el mundo volviese a girar a la velocidad correcta. Pero sinceramente no estoy segura de por qué me importaba tanto. Supongo que quería que

siguieras teniéndome en cuenta, ser la persona a la que necesitabas contarle tus novedades, por mucho que tú no fueses esa persona para mí. Esto último habría hecho las delicias de más de un psicólogo.

Lo que no me contaste en ese momento fue que habías conocido a una periodista, Raina, una reportera que informaba desde Islamabad y que era la razón por la que estabas pensando en trasladarte. No estoy segura de cómo habría reaccionado si me hubiese enterado entonces. Con el corazón en la mano, creo que me alegro de que no me lo dijese.

Ese año Darren me regaló unos Manolo Blahnik por mi cumpleaños. Y decidimos irnos a vivir juntos. Llevábamos algo más de año y medio de relación y tanto su contrato de alquiler como el mío vencían ese verano.

—Busquemos otro sitio —propuso—. Un piso que no sea ni tuyo ni mío, sino simplemente nuestro.

Me gustó la idea. En su día se me había hecho un poco raro que tú sacases tu ropa de los cajones para que pudiera meter la mía y que te ofrecieras a quitar uno o dos pósteres para que pudiera poner algunos de los míos. Habías compartido tu espacio conmigo, y yo no quise ocupar más del que me ofrecías ni cambiar demasiadas cosas, y eso que yo hubiese montado el apartamento de un modo totalmente diferente.

—¿Cómo tendría que ser la casa que debemos buscar? —preguntó Darren, cogiendo un papel y un boli de su mesa baja. Estábamos en su piso. Daba la sensación de que casi siempre estábamos allí. Tal vez porque era más grande que el mío y estaba más a mano en metro, y porque tenía una cama de perro específica que a Annie le chiflaba y que era demasiado grande para andar trayéndola y llevándola, y demasiado cara para comprar otra igual.

—Que tenga lavaplatos —dije, y apoyé en la mesita mis pies enfundados en calcetines—. Luz. Y que sea lo más amplia que podamos permitirnos.

Él asintió, mientras tomaba nota a toda pastilla.

—Y yo añado: que quede cerca de una boca de metro, de restaurantes buenos y tiendas y que tenga dos dormitorios.

—¿Dos dormitorios? —dije yo, bajando los pies al suelo.

—Uno para invitados —respondió él sin mirarme.

Pero no pude evitar pensar en niños. Mudarme con Darren me pareció

diferente de cuando me mudé a tu estudio. Era como un paso más serio. Como si estuviésemos comprometiéndonos el uno con el otro más de verdad. Como el paso previo a prometernos en matrimonio.

Dedicamos los fines de semana a buscar piso. Darren no quería conformarse con nada que no fuera perfecto. Nuestro agente inmobiliario estuvo a punto de matarnos.

—Creo que este es el sitio —le dije a Darren un domingo de finales de abril. Era un piso de antes de la guerra, con una distribución aparentemente caótica llena de pasillos, nichos y un arco para acceder a la cocina. Estaba en un segundo piso y tenía una pared de obra vista en el dormitorio principal—. Me encanta.

Él me sonrió.

—Y tú me encantas a mí.

Amagué un cachete y me eché a reír.

—Pero ¿te gusta el piso? —le pregunté.

—Sí —dijo él—. Pero no solo porque te guste a ti.

—Bien.

Firmamos el contrato ese mismo día y nos mudamos tres semanas más tarde. Nos hicimos tropecientas fotos y yo subí nuestras sonrisas a Facebook. Fuimos a Bed Bath & Beyond y compramos todo lo que nos hizo reír: una caja de galletas con forma de muffin, una tetera con una cara esculpida, una cortina de baño con una foto de una cortina de baño que tenía una foto de una cortina de baño y así hasta el infinito.

—*Mise en abyme* —dije.

Darren me miró como si estuviera hablando en otro idioma, que era, supongo, lo que estaba haciendo.

—El fenómeno de la caja de cereales de Quaker Oats —aclaré—. Una imagen que dentro tiene otra imagen de sí misma, repetida infinidad de veces.

—No sabía que tenía nombre —dijo.

Tú lo habrías sabido, pero en aquel momento no lo pensé. Como tampoco pensé en ti cuando Darren pagó todo lo que llevábamos en el carro, ni cuando llegamos a casa y se puso a jugar con Annie, a lanzarle cosas para que las recogiera. Pero no pude evitar comparar a Darren y nuestra primera noche juntos en la casa nueva, con la noche que pasamos tú y yo en tu estudio que luego fue nuestro estudio y finalmente mi estudio a secas.

Darren y yo habíamos preparado juntos la cena: un menú exquisito en el

que no faltaron salsas a fuego lento, gallina de Cornualles y una botella de champán. Luego sacamos a Annie a pasear, vimos una peli e hicimos el amor.

Tú y yo habíamos pedido pizza por teléfono, habíamos compartido una botella de vino y habíamos practicado sexo en todas las superficies imaginables. El sofá, el suelo, la mesa baja y, por supuesto, la cama. A la mañana siguiente nos despertamos y lo hicimos todo otra vez.

Pero tú y yo no nos lavamos el uno al otro el pelo en la ducha, como hicimos Darren y yo esa primera mañana. No sé por qué nunca se nos ocurrió, pero es una gozada lavarle el pelo a la persona a la que amas, y que el otro te lave el pelo a ti. Es un gesto íntimo. Tal vez haya una conexión con alguna parte del material genético que tenemos en común con los simios, que siempre asean a sus compañeros.

Y tú y yo tampoco nos dejamos notitas en la nevera. Pequeños *post-its* pegados a diferentes recipientes, de tal modo que en la leche dijera «Te quiero» y en el zumo de naranja «Eres preciosa» y en la bolsa de los palitos de queso «Soy superfeliz» y «Yo también» al lado de la imagen del lorito de la marca de queso.

No recuerdo cómo empezó, pero sí me acuerdo de que pensé: «Esto es algo que Gabe no haría en la vida. Seguramente pensaría que es una cursilada». Espero que no lo pienses. Espero estar equivocada. Porque a mí me encantó.

Cuando en la primavera de aquel año quedamos a tomar café aprovechando que ibas a estar de paso en la ciudad, te noté diferente. También la ciudad estaba diferente. Habían empezado a levantar la Torre de la Libertad en la Zona Cero. Para mí fue como ponerle una tirita a una herida o cubrir una cicatriz con un tatuaje historiado. Podía entender el anhelo de reconstruir, de crear algo alto y majestuoso, un enorme «jódete» en el perfil de rascacielos de Nueva York. Pero, a la vez, toda esa zona para mí era sagrada, como si aún estuviese en carne viva. Como si no se hubiese curado lo suficiente para poder construir otra vez en ella.

No tenía nada que ver con nosotros. Tenía que ver con aquellas personas que parecían pájaros cuando saltaron al vacío desde las ventanas de las torres mientras estas se incendiaban y se desmoronaban. El nuevo edificio que estaban erigiendo me dificultaba verlas. Evité esa zona de Manhattan. ¿Es horroroso reconocer que nunca he puesto el pie allí, ni siquiera ahora que lo han terminado? ¿Ni siquiera ahora que hay también un monumento conmemorativo? No pensaba que pudiera soportarlo sola y no quería ir con Darren.

Pero ese día no hablamos de la Torre de la Libertad ni del monumento ni de la mañana en que nos conocimos.

Tú empezaste por contarme lo impresionado que estabas con el capítulo de *Hace falta una galaxia* que habías visto durante tu escala en Londres.

—Ese en el que Electra le demuestra a su abuelo que sabe reparar su nave espacial, a pesar de que él cree que deberían pedírselo a su hermano. ¿Fue idea tuya? —me preguntaste.

Sonreí.

—Mea culpa —respondí yo.

—Eso me pareció —dijiste, y diste un sorbo de tu café americano—. Cuando lo estaba viendo tuve la sensación de estar haciendo una excursión por tu cerebro.

Darren jamás me comentaba nada sobre *Hace falta una galaxia*. Y desde luego nunca habría dicho eso. Sentí una punzada de añoranza. Había sido genial tener una relación de pareja con una persona que se interesaba tanto por mi trabajo, que entendía esa faceta mía.

—¿Qué tal Islamabad? —te pregunté.

—Bien. Está... bien.

Siendo tú (siendo nosotros), una respuesta evasiva como aquella sonó rara. Me quedé mirándote con atención, tratando de captar lo que se me escapaba. Se te veía relajado. Te habías recostado en el respaldo de la silla y tenías la taza de café cogida cerca del regazo.

Eché el anzuelo:

—¿Te gusta tu apartamento?

—Es agradable —dijiste—. En realidad es una casa. La compartimos varios periodistas.

—Ah, qué bien. ¿Un grupito majo de chicos?

Bajaste la vista a la taza de café.

—En realidad, con quien la comparto es con Raina. La conocí la primera vez que la agencia me mandó a Islamabad. Acabamos colaborando en el reportaje. —Te encogiste de hombros.

—Y luego habéis seguido colaborando mucho —concluí yo por ti. Me pregunté si ese tipo de colaboración laboral y vital era lo que te habías imaginado para nosotros cuando me pediste que me fuese contigo.

Volviste a encogerte de hombros, como si te diera vergüenza decírmelo.

—Es un Pegaso, como tú —dijiste finalmente.

Al oírte decir eso, sentí un puñetazo en las entrañas, cosa que era absurda porque en cualquier caso nunca había estado de acuerdo con tu interpretación del mito. Pero era consciente de lo que significaba ese nombre para ti. Y aunque yo llevaba casi dos años con Darren y tú no hubieses estado saliendo con nadie, y aunque lo más natural era que encontrases también a alguien, aquello me dolió igualmente. En todo el tiempo que yo había estado con Darren, él nunca había ocupado tu sitio en mi corazón y no podía soportar la

idea de que otra persona hubiese ocupado el mío en el tuyo.

—Qué bien —logré contestar—. Me alegro por ti, Gabe.

Te pasaste los dedos entre los cabellos, como te había visto hacer cientos de veces.

—Gracias —respondiste—. ¿Y qué tal tu novio? ¿Daniel? ¿Derrick?

—Darren —dije yo—. Está bien.

¿Te hiciste un lío con su nombre aposta? Siempre supuse que sí pero no te comenté nada.

Me alegro de que solo nos viésemos para tomar un café ese día. Creo que no habría podido soportar mucho más. Los celos que sentí me asustaron, me hicieron cuestionarme mi relación con Darren, y no tenía la menor intención de hacerlo. Le quería. Y tú querías a otra persona.

Hay ciertas preguntas que cambian el mundo. No el mundo a lo grande, sino el pequeño mundo de cada uno. «¿Quieres casarte conmigo?» creo que es la número uno de la lista.

La última semana de mayo, no mucho después de que nos viéramos, Darren me dijo que preparase una bolsa de viaje, que había planeado un viaje de aniversario anticipado para el fin de semana del Día de los Caídos. Una escapada sorpresa de cuatro días para celebrar el hecho de habernos ido a vivir juntos y de que dentro de poco cumpliríamos dos años de relación. Él aún no había pillado que ese tipo de grandes sorpresas no me volvían loca, pero yo estaba intentando tomármelo con actitud positiva. Era evidente que le gustaba planear cosas y sorprenderme. Decidí tratar de no aferrarme a mis sentimientos al respecto y limitarme a apreciar lo importante que era para él. Aun así, me moría por averiguar adónde me llevaba. Yo había dado por hecho que sería a Cape Cod o a algún rincón de la costa de Maine, ya que era para solo cuatro días y a los dos nos gustaba la playa y nunca habíamos estado en ninguno de esos sitios juntos. Pero cuando Darren me dio la lista de cosas que tenía que meter en la bolsa, me di cuenta de que no figuraba ningún bañador.

—¿No has olvidado nada? —le pregunté mientras hacía el equipaje.

Darren había estado preparándose para irse a dormir y se acercó a mí con su camiseta y sus bóxers, oliendo a jabón de tocador y pasta de dientes. Echó un vistazo a su lista para repasar cada anotación.

—No —respondió—. No me he dejado nada. Está todo ahí.

—¿Y un bañador? —pregunté.

—No —repitió—. Ahí está todo lo que vas a necesitar.

Me replanteé mis suposiciones respecto de la escapada. A lo mejor íbamos a la región montañosa de las Berkshires. O a aquel balneario de Connecticut del que su hermana mayor nos hablaba siempre. Cualquiera de esas dos opciones habría sido divertida.

—¿Puedes salir mañana de trabajar a las cinco en punto? —preguntó.

Asentí.

—Se lo comenté a Phil y me dijo que bien.

Darren se había puesto a trajinar con su maleta y a meter sus cosas también.

—Te recogeré en la puerta de la calle —indicó— y de allí nos vamos directamente.

—O podemos quedar en el sitio de alquiler de coches —propuse.

—No te preocupes. —Dobló unos pantalones de tal forma que mantuviesen la raya y los metió en la maleta—. Creo que tiene más sentido que me pase yo a buscarte.

Me detuve un instante para observarle mientras él hacía una bola con sus calcetines y los metía a continuación dentro del calzado; encajó tres pares dentro de cada zapatilla deportiva y curvó el cuello para comprobar que estuvieran perfectamente metidos hasta el fondo.

A veces me lo quedaba mirando y solo se me ocurría pensar: «Es mío. Ese es mi novio, el cuerpo que puedo achuchar, la mano que puedo coger». Nunca sentí que tú fueses mío en el sentido en que Darren lo era (lo es). Siempre me dio la sensación de que tú te pertenecías a ti mismo, y que te entregabas a mí cuando así lo querías; que nunca fuiste totalmente mío. Con Darren, sí. Y el hecho de que fuese tan enteramente mío me hacía pasar por alto cosas que quizá no debí obviar.

Esa noche me acurruqué detrás de él, le rodeé el torso con mis brazos y le besé en la nuca.

—Vale, ya lo pillo, es tu viaje sorpresa. Dejo de intentar trastocar tus planes.

Él se volvió y me besó y sentí su erección contra mi cuerpo.

—Hola —dije, levantando las cejas.

—Hola —repitió él en voz baja.

Le levanté la camiseta y fui besándole desde el pecho hasta el elástico de los calzoncillos, se los quité, me arrodillé y le besé más abajo.

—Oh, Lucy. —Me hizo levantarme y me tumbó de nuevo en la cama con

él.

Aquella noche no nos dormimos hasta muy tarde.

Estuve grogui todo el día en la oficina, y salí del edificio diez minutos después de lo acordado con Darren para encontrarme con él y partir de viaje.

—¿Dónde has estado? —me preguntó cuando finalmente salí a la calle.

Él estaba andando de un lado para otro, delante de una limusina.

—Eso no es un coche de alquiler —observé yo.

A él le dio la risa y, gracias a eso, se esfumó la angustia que parecía haberle tenido atenazado.

—Y no lo es. Nos vamos al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto?

—¡Te llevo a París! —anunció—. Como decía tu lista de deseos: «Ir de puente a París porque sí».

Noté que se me abrían los ojos como platos.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunté yo, totalmente estupefacta. ¡Unas vacaciones sorpresa en París! Estas cosas solo pasaban en las películas, no en la vida real. Pero sí, estaba pasando en la vida real. ¡Y me estaba sucediendo a mí!

Era un gesto increíblemente fabuloso y romántico. El tipo de regalo con el que sueñan miles de mujeres. Pero, una vez pasado el impacto inicial, noté un regusto extraño, como cuando Darren compró a Annie. Me hubiese gustado tener voz y voto. ¿Qué pasaba si yo prefería alojarme en un barrio concreto de París? ¿O visitar Biarritz ya que íbamos a estar en Francia? ¿O Giverny?

—Tan en serio como el calentamiento del planeta —respondió él—. ¡Vamos, que tenemos que llegar al aeropuerto! —Y me abrió la puerta de la limusina.

—¡Pero mi pasaporte! —exclamé al meterme en el vehículo.

—Aquí lo tengo —respondió mientras se acomodaba a mi lado, dando unas palmaditas encima del maletín de su portátil.

Cuando llegamos a JFK, me enteré de que había reservado billetes en clase business.

—¿Estás loco? —le pregunté mientras esperábamos en la sala de American Airlines.

—Millas aéreas —dijo él—. Puntos de la tarjeta de crédito. No me ha

costado nada.

Le miré entornando los ojos, sin creérmelo mucho, y él se rio.

—Y aunque me hubiese costado algo, tu primer viaje a París lo merece completamente.

En el vuelo comimos la comida más rica que he tomado en mi vida a bordo de un avión, cada uno con su botellita de vino para él solo. Darren me sirvió el mío, mientras se deshacía en explicaciones con un acento francés espantoso que me hizo reír tanto que tuve que enjugarme las lágrimas. Y junto con ellas, eliminé también los últimos vestigios de mi irritación por que hubiese planeado el viaje sin mí. Nos dormimos cogidos de la mano y nos despertamos cuando el auxiliar de vuelo nos traía el desayuno.

Tan pronto como salimos del aeropuerto, Darren me llevó al tren, en el que fuimos a la ciudad, y allí cambiamos a uno subterráneo.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Todavía es sorpresa —dijo él.

Al salir del metro, aparecimos al lado de la catedral de Notre Dame.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Precioso, ¿eh? —preguntó él—. Pero esta no era la sorpresa. Nuestro apartamento está muy cerca. Espero que sea tan bonito en la realidad como en las fotos.

Darren había encontrado un sitio por internet y lo había alquilado para tres noches, cosa increíble en los tiempos anteriores a la existencia de Airbnb. Cuando entramos, no era exactamente como en las fotografías pero el lugar resultaba encantador igualmente. Tenía un balcón con vistas al Sena y estaba decorado tal como te imaginarías un apartamento parisino, con sus molduras ornamentadas, sus colores intensos y sus toques extravagantes. También disponía de una cama redonda.

—Nunca había visto nada igual —comentó Darren cuando entró en el dormitorio—. Esto no salía en las fotos, desde luego.

Me detuve a su lado y nos quedamos los dos mirándola.

—No tenía ni idea de que existieran sábanas circulares. Ni mantas circulares. ¿Será cosa de los franceses?

Darren se rascó la cabeza.

—A mí me da que es cosa del dueño del piso.

Me reí.

—Espero que te parezca bien —dijo echándome un brazo alrededor de los hombros.

—Claro que me parece bien. Será toda una aventura dormir aquí.

Esa noche tuvimos que dormir más arrimados el uno al otro de lo habitual, para que no se nos saliesen los pies del colchón circular. Tuvo su puntito dormir así, entrelazados, como hacíamos tú y yo en tiempos. ¿Es así como dormías tú con Raina? ¿O con Alina? ¿O con las mujeres con las que estoy segura de que estuviste entre una y otra, aunque nunca me hablastes de ellas?

Al día siguiente vimos de todo: Notre Dame, el Louvre, la torre Eiffel, la Sainte-Chapelle. Cenamos en una terraza de la calle, en un restaurante desde el que se veía la torre Eiffel, que cada vez que pasaba una hora se iluminaba y resplandecía como si quisiera esparcir polvos mágicos sobre la ciudad entera.

—¿Eres feliz? —me preguntó Darren mientras tomábamos un postre de *crème brûlée* acompañado de *vin santo*.

—No te haces una idea —le contesté—. Gracias por este viaje. —Contemplé el cielo estrellado, las fachadas parisinas, la calzada adoquinada. Miré a Darren, que me sonreía. Y sentí lleno el corazón. Pero entonces esa partecita minúscula de mi ser, esa que hubiese querido planear el viaje entre los dos, se preguntó hasta qué punto Darren estaba haciendo todo eso por mí y hasta qué punto lo hacía porque quería ser el tipo de hombre que planea viajes sorpresa a París para su chica. Darren hace estas cosas, estos grandes gestos, continuamente, y después de tantos años sigo sin estar segura de hasta qué punto los hace por mí y en qué medida los hace por él.

Justo antes de viajar a París, cuando ya me había desvelado que había planeado un misterioso viaje como regalo de aniversario, yo le compré una pulsera. Era una de esas pulseras metálicas con una chapa grabada. Por un lado llevaba su nombre y por el otro, por la cara que quedaba hacia abajo, en contacto con la muñeca, decía: «Te amo. Con cariño, Lucy».

Cuando nos comimos la última cucharada de *crème brûlée*, saqué el estuche de mi bolso.

—Tengo una cosa para ti —le dije—. Un regalo de aniversario.

—Yo también tengo una cosa para ti.

—Creí que este viaje era mi regalo —contesté, mientras tocaba el estuche envuelto, apoyado en mi regazo.

—Era parte del regalo —aclaró—. Pero conozco un sitio mejor que este para darnos los regalos. —Miró la hora en su reloj de pulsera—. ¿No te importa si corremos un poco?

Me miré los pies.

—Voy con tacones —dije.

—Está cerca. Yo te ayudo para que no te caigas.

Darren pagó la cuenta y echamos a correr cogidos de la mano por las calles empedradas de París, hasta que llegamos a la mitad del Pont Neuf.

—¡El momento perfecto! —exclamó mirando la torre Eiffel que de nuevo volvía a resplandecer.

Entonces apoyó una rodilla en el suelo y sacó una cajita de uno de los bolsillos de los pantalones, y antes de que me diese tiempo siquiera a procesar lo que estaba pasando...

—Lucy, ¿quieres casarte conmigo?

Sentí que me acaloraba de pies a cabeza, que se me hacía un nudo en el estómago. Tal vez debería habérmelo esperado, pero lo cierto era que no. Y en ese instante no pensé en ti para nada. Ni en que Darren había planificado el viaje sin contar conmigo. Tampoco pensé que mi trabajo no parecía interesarle gran cosa. Ni que mis sueños, más que importantes, le parecían una monada. Solo pensé que era encantador, que me amaba con locura y que se había dedicado en cuerpo y alma a preparar su pedida. Y pensé cuánto me gustaba todo aquello.

—Por supuesto —le respondí—. Sí, rotundamente sí.

Él se levantó y, cogiéndome por la muñeca derecha, intentó ponerme la sortija en un dedo, al tuntún, hasta que yo le tendí la mano izquierda en su lugar.

Entonces nos besamos, mientras la torre Eiffel seguía brillando, y fue el típico instante romántico de novela, o de una película o del diario de una quinceañera.

Desde entonces me he preguntado si tú te tomarías tantas molestias para pedirle la mano a alguien. ¿Cómo se lo dijiste a Alina? Creo que nunca me contaste cómo os prometisteis, solo cómo se rompió el compromiso.

Varias semanas después de nuestro regreso, Darren se fue a pasar un fin de semana a Montreal para asistir a la fiesta de despedida de soltero de su amigo Arjit. Ese mismo viernes por la noche me telefoneó Jay.

—¿Lu? —dijo cuando contesté la llamada—. ¿Vas a estar libre el domingo, por casualidad?

Yo había pensado aprovechar la ausencia de Darren para quedar con Alexis el sábado por la mañana a tomar un brunch bien regado con alcohol, ir por la tarde al Met con Kate y cenar por la noche en el barrio coreano con Julia, donde pensábamos asar brochetas de carne mientras ella me ponía al corriente de la colección de citas que había tenido a través de la web de OkCupid. Para el domingo no tenía planes. Quería pasarlo en casa, acurrucada en el sofá en compañía de Annie, nada más. Me apetecía comer Cheerios directamente de la caja, una costumbre que a Darren le parecía de lo más vulgar, verme capítulos antiguos de *Sensación de vivir* y quedarme en pijama hasta las dos de la tarde por lo menos.

Suspiré.

—Sí, ¿por qué, qué pasa? —pregunté.

Podía ver a Jay rascándose la barba desaliñada al otro lado del teléfono.

—Pues..., ¿podrías hacerme un favor enorme?

Jay no es de pedir favores. Casi nunca te pide nada. Y oírle decir eso me puso un tanto nerviosa, a decir verdad.

—¿Para ti, Jay? —dije—. Por supuesto. ¿Qué necesitas?

—¿Querías venir al día de puertas abiertas del laboratorio para las familias? Vanessa viene, claro, pero... va a haber un montón de críos y, bueno, no te lo había dicho antes pero Vanessa y yo estamos intentando tener

un bebé. Llevamos ya más de un año intentándolo. Entonces se me ha ocurrido que a lo mejor le resulta más fácil todo si vienes tú también. ¿Querías?

Estas son las cosas que me hacen adorar a mi hermano: cuando finalmente me pide un favor, resulta que no es para él sino para Vanessa.

—Claro que sí —respondí.

De modo que el domingo me fui a Nueva Jersey a pasar la tarde recorriendo el laboratorio de Jay y viéndole realizar experimentos para los niños junto con sus compañeros científicos. Era evidente que el día de puertas abiertas para las familias era en realidad el «día de los niños», pensado tal vez con el propósito de despertarles interés por la ciencia y de ofrecerles la oportunidad de conocer el lugar de trabajo de sus padres, un lugar generalmente con acceso restringido. En realidad no estoy muy segura de por qué se hacía aquello, pero en cuanto llegué comprendí perfectamente por qué para alguien que llevaba tiempo queriendo tener niños podía ser duro.

Como no tenía muy claro cuánto se suponía que sabía al respecto, no le comenté nada a Vanessa. Pero en un momento dado, aprovechando que estábamos en la retaguardia de un grupo, mientras Jay dejaba asombrados a los chavales con una reacción reloj (su favorita, la de la sustancia que pasaba de incolora a naranja y después a negra), ella me dijo:

—He dejado de ir a pasear al parque.

Me volví hacia ella.

—¿En serio?

Asintió.

—Me pongo mala al ver los cochecitos y los columpios.

—Me lo puedo imaginar —comenté, mientras el grupo que teníamos delante exclamaba a coro cuando la disolución se volvió naranja—. ¿Has ido al médico ya?

—Hace unas semanas —respondió sin apartar la mirada de la disolución en lugar de mirarme a mí—. Estoy tomando lo que me ha recetado. Así que, con suerte...

La miré.

—Estoy segura de que lo conseguirás —le dije—. No tiene nada de malo contar con una ayudita. Muchas mujeres pasan por esto y acaban quedándose embarazadas.

La reacción reloj se volvió negra y Vanessa me miró.

—Sí, es verdad —contestó—. Pero nunca imaginé que yo sería una de ellas.

Dicho esto, se excusó para ir al aseo y yo me acerqué a una mesa en la que habían colocado varias cosas para hacer un experimento que bien podría hacer cualquiera en su casa: unas botellas de agua oxigenada, jabón lavavajillas y levadura. Nunca había visto a Jay hacer este, de modo que no estaba segura de lo que ocurriría cuando mezclase las tres sustancias. Me quedé mirando los ingredientes, tratando de adivinarlo.

—Espuma —dijo una voz.

Miré a mi lado. Quien había hablado era uno de los compañeros de Jay. No nos habían presentado, pero en su bata de laboratorio llevaba una placa con el nombre: Dr. Christopher Morgan. Era alto, como tú, tenía el pelo rizado, como tú, pero hasta ahí llegaba el parecido. Tenía los ojos negros, el pelo negro y una nariz ancha en perfecta armonía con una mandíbula cuadrada.

—Hola —le saludé—. Soy Lucy Carter, la hermana de Jason.

Él entornó los ojos.

—Ya lo veo —dijo—. Las cejas. —Entonces sonrió—. No se lo digas a tu hermano, pero quedan mejor en una chica. Por cierto, yo soy Chris.

Me eché a reír.

—No se lo diré —contesté—. Encantada de conocerte.

Chris se fue al otro lado de la mesa y enroscó bien el tapón de una de las botellas de agua oxigenada.

—A nadie parece interesarle mucho mi experimento. Pensé que estaría guay enseñar a los chavales algo que pudieran hacer en casa, pero se ve que les llaman más la atención los experimentos que se hacen sin cacharros de cocina. Debe de ser que no entiendo bien a los críos.

Parecía de mi edad. A lo mejor uno o dos años más. Deduje que no tenía hijos, quizá tampoco sobrinos.

—A mí me interesa —le dije—. Me encantaría ver tu espuma.

Me miró desde el otro lado de la mesa.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Te gustaría?

—Claro —respondí yo. Pero, mientras se lo decía, me pregunté si estaba coqueteando con él. ¿O solo estábamos charlando? De pronto noté cuánto me pesaba el diamante de mi anillo.

—Estupendo —dijo él, desenroscando la tapa—. Marchando un poco de espuma.

Chris fue haciéndome preguntas a medida que iba vertiendo los ingredientes en los vasos de precipitados: dónde vivía, a qué me dedicaba, cómo había ido a Nueva Jersey ese día. Y me di cuenta de que le respondí a todo sin mencionar ni una sola vez a Darren. Sabía que eso no pintaba bien.

—¿Sabes? —comentó—. Yo voy mucho por Nueva York. Igual la próxima vez podríamos quedar a tomar algo.

—Yo... —dije. Y entonces levanté la mano izquierda—. Lo siento mucho, pero estoy prometida.

—Oh —repuso él—. Vaya, perdona. No quería...

—No, no —le interrumpí—. En realidad, ha sido culpa mía por haberte dado una impresión equivocada.

Chris observó mi mano de nuevo y volvió a dirigir la mirada a los ingredientes que tenía delante.

—¿Quieres poner tú la levadura? —me preguntó finalmente.

Sonreí, añadí la levadura e hicimos la espuma. Pero cuando un rato después regresaba en coche con Vanessa y Jay a su casa, no pude evitar preguntarme qué habría pasado si no hubiese estado prometida. ¿Le habría dado mi número a Chris? ¿Habríamos quedado a tomar unas copas? ¿Habría saboreado algo nuevo y maravilloso en su beso?

Salir con Darren tanto tiempo, justo después de haber estado saliendo contigo, me hizo olvidar que había más hombres. Toneladas de hombres. Y me vino a la mente la conversación que había tenido con Kate sobre las metáforas del fuego de su hermana Liz. ¿No estaría anulando demasiado pronto todas las demás opciones? ¿Debería haber buscado una hoguera y una bengala y todas esas cosas de las que Liz le había hablado a Kate?

Pero entonces volví a casa y me encontré a Darren esperándome con los regalos que me había traído de Montreal e hicimos espaguetis a la carbonara juntos y sacamos a pasear a Annie y nos reímos de todas las cosas ridículas que los chicos habían hecho durante la fiesta de despedida de soltero, y yo pensé: «Es esto. Esto es lo que quiero». Sin embargo, a veces me acuerdo de ese día y me pregunto si no estaría el instinto diciéndome algo que ni mi cabeza ni mi corazón querían admitir. ¿Estaríamos hoy donde estamos, como estamos, si hubiese hecho caso?

Dicen que da buena suerte que llueva el día de tu boda. Para mí que fue una invención de alguien para que las novias no se vinieran abajo al abrir los ojos el día de la ceremonia y ver el cielo encapotado y plomizo.

Así fue nuestra boda, la de Darren y mía. El sol hacía denodados esfuerzos por asomar entre las nubes, sin llegar a lograrlo del todo. Nos casamos seis meses después de que Darren me pidiese matrimonio, el fin de semana de Acción de Gracias de 2006. Me dijo que no podía esperar un minuto más para convertirse en mi marido y a mí me pareció tan romántico que accedí de todo corazón. Tenía veintiséis años y Darren treinta y uno. Además de las tres hermanas de Darren y de mi cuñada Vanessa, tuve otras tres damas de honor: Kate, Alexis y Julia.

Lo organicé para que las chicas fuesen de amarillo porque es un color que me parecía alegre y Darren y yo queríamos que todo transmitiese felicidad en nuestra boda. Tanta como felices nos sentíamos nosotros. Nadie me hacía reír tanto como Darren. Nadie como él era capaz de convertir los nubarrones de tormenta y los vientos huracanados en un cielo azul y despejado. Por eso, en el fondo tenía sentido que nuestra boda se celebrara un día cubierto, porque el casarme con él hizo que pareciese soleado. Con Darren a mi lado el futuro se adivinaba luminoso.

Hasta llevé un ramo de girasoles (un detalle no muy sutil, lo sé). Subí fotos a Facebook —bueno, ahora que lo pienso, tanta gente colgó fotos que supongo que ya sabías lo de los girasoles—. Pero no te invité. No me parecía apropiado. Y no te había visto ni una sola vez ese año. Te había escrito para contarte que me casaba pero no contestaste. Tampoco me dijiste nada cuando pasaste por Nueva York, aunque te vi en el muro de Facebook de Adam, en

una foto en la que salíais él, Justin, Scott y tú, y en el encabezado había puesto: «¡Los muchachos han vuelto a la ciudad!». Sentí una punzada cuando la vi, pero recuerdo haber pensado entonces que era mejor que no hubiésemos quedado, mejor que hubiésemos salido cada uno de la vida del otro.

Mi boda con Darren se celebró en el Boathouse de Central Park. Nuestro barrio, sí, lo sé, tu barrio y el mío, pero no pensaba en eso cuando hicimos la reserva. Mi madre estaba empeñada en que la celebrásemos en Connecticut, los padres de Darren habían sugerido Nueva Jersey y a él le pareció que sería bonito si la hacíamos en Montauk. Pero yo quería que fuese en Nueva York, y una cosa que aprendí es que normalmente la novia consigue lo que quiere. Además, en cuanto vimos el restaurante flotante, en medio del parque, cerca de las sendas para corredores, Darren quedó encantado. Él mismo diseñó la tarjeta que anunciaba la celebración: una fotografía en la que se nos veía solo de rodillas para abajo, los dos en zapatillas de deporte y la siguiente frase: «Así vengas en avión, en tren, en coche o a pie, ¡estamos deseando verte en nuestra boda!». Ya, ya, tú habrías puesto los ojos en blanco si hubieses recibido algo así en el buzón. Creo que Alina y tú no avanzasteis tanto en la planificación de vuestra boda como para llegar a la tarjeta de avance de fecha. Pero aunque hubieseis llegado tan lejos, te imagino perfectamente obviando por completo esta tradición.

La víspera de la boda dormí en casa de mis padres en Connecticut y, nada más despertar, en mi cama de cuando era pequeña, sonó el móvil. Era un número de teléfono largo, evidentemente de fuera del país. Habría podido ser cualquiera: la hermana de Kate, Liz; algún compañero del Reino Unido o Alemania, donde *Hace falta una galaxia* estaba funcionando casi tan bien como en Estados Unidos. Pero algo me dijo que eras tú. Dejé que sonara y al cabo de varios tonos me decidí a contestar. Pensé que a lo mejor querías desearme buena suerte o algo así.

Pero no tenías ni idea de qué día era. O al menos no conscientemente. Siempre me he preguntado si no tendrías el dato almacenado en algún lugar recóndito del cerebro. Alguien tuvo que decírtelo. O debiste de verlo en Facebook. Pero también puede ser que no. Que fuera pura casualidad.

—¿Luce?

—¿Gabe?

—Sí, soy yo. Perdona si te pillo en mal momento. Ya sé que hace tiempo que no hablamos. Pero es que... te necesitaba.

Me senté en mi camita de sábanas floreadas. Mi cuerpo reaccionó al sonido de tu voz exactamente como ha reaccionado siempre. Apoyé la espalda en las almohadas.

—¿Qué ocurre? —pregunté, imaginando ya explosiones, heridas, miembros amputados.

—Raina no es Pegaso —respondiste.

Solté el aire de los pulmones. No estabas herido. No te habían destrozado. Al menos, no físicamente. Esperaba que tampoco anímicamente.

—¿Qué ha pasado?

—Conoció a un tío de una agencia de cooperación internacional. Y le prefiere a él. Me dijo que él estaba más disponible emocionalmente que yo. ¿Yo no estoy disponible, Luce?

En un primer momento me quedé sin saber cómo responder, pero entonces comprendí que no tenía por qué no ser sincera.

—No lo sé. Hace más de un año que no hablamos. Ya no sé cómo eres.

—Sí que lo sabes. Soy el mismo de siempre. Tú me conoces mejor que nadie. Pero... necesito saberlo: ¿tiene razón Raina?

No me podía creer que estuviera psicoanalizando a mi exnovio la mañana de mi boda.

—Yo creo —repuse, eligiendo con mucho tiento cada palabra— que estar disponible para el otro quiere decir anteponer la relación a lo demás. No necesariamente en todo momento, pero sí a menudo. Quiere decir tomar decisiones que sean lo mejor para los dos, como unidad, aunque eso pase por ceder los dos un poco individualmente. Quiere decir compartirlo todo. Al Gabe que yo conocí no le interesaba mucho eso.

Siguió un silencio prolongado.

—Supongo que tienes razón —respondiste, tan bajo que casi no detecté la nota de decepción de tu voz—. Esperaba que dijeras otra cosa.

—Lo siento. Creo que hoy no es el mejor día para hablar de esto.

—¿Va todo bien? —preguntaste—. Debería haberte preguntado primero. Si quieres hablar de algo...

—No, es que hoy... me caso. —Me costó decir esas palabras. Me costó decírtelas a ti.

—Luce —contestaste, como si te hubiese abofeteado—. ¿Hoy te casas?

—Hoy me caso —repetí como un loro.

—Oh. Mierda.

Eso lo recuerdo perfectamente. Cómo lo dijiste, el tono: «Oh. Mierda». Como si cada palabra fuese una frase por sí sola.

Me quedé callada unos segundos.

En tu lado de la línea telefónica se hizo también el silencio. Y me sentí mal.

—Ya pasará. Encontrarás otro Pegaso.

—¿Y si...? —Nunca terminaste la frase, como si te hubiera dado miedo decirla o como si, tal vez, te hubiera dado miedo que yo la oyese.

—Todo se arreglará —insistí. Y luego, más bajo, añadí—: Debería colgar, supongo.

—Sí —dijiste—. Per..., perdona que haya llamado.

—No —repuse—, no te preocupes. Está bien.

—Perdona —repetiste.

Colgamos. Pero por supuesto me quedé pensando en ti toda la mañana.

Sin máscara de pestañas resistente al agua no creo que hubiese sido capaz de superar airoosamente el día de mi boda. Mientras me vestían, mientras me recogían el pelo en un moño, mientras una mujer muy amable que se llamaba Jackie me aplicaba en el cutis el corrector de mi tono de piel, yo no podía dejar de pensar en tu «Oh. Mierda». Una y otra vez oía en mi cabeza tu frase inconclusa: «¿Y si...?». Estaba segura de que Darren era lo que quería. Había creído estarlo. Hasta ese momento lo estaba. Y entonces tú me hiciste recapacitar.

Cuando Jackie decidió dejar de insistir con el delineador porque mis ojos rebosaban lágrimas sin cesar, mi madre pidió a todo el mundo que nos dejaran a solas.

—Será solo un momentito —dijo, con la mano en las perlas de su collar como si aquella reliquia de familia guardase un depósito extra de fuerza y valor.

En cuanto todos salieron, se apoyó en el aparador de la suite nupcial.

—Lucy, ¿qué pasa?

Yo no quería admitir la verdad: que no paraba de pensar en ti el día de mi boda, que estaba cuestionando mi decisión.

—Supongo que tengo las emociones a flor de piel —le contesté.

Ella me miró con intensidad y sus ojos de color hielo traspasaron mis palabras hasta dar con la mentira que ocultaban, igual que hacía cuando yo era pequeña.

—Lucy, soy tu madre. Sea lo que sea, me lo puedes contar.

Y le conté una parte. Le hablé de algo que llevaba meses preocupándome, de algo que no había reconocido ante nadie.

—Creo que Darren está más enamorado de mí que yo de él.

Ella me abrazó, con cuidado, para que mi maquillaje húmedo no le dejara mancha en el vestido de seda de color champán.

—Oh, cariño. Las relaciones no están nunca a la par. El punto de equilibrio cambia constantemente. Quién quiere más a quién, quién necesita más del otro. La relación que tienes hoy con Darren no va a ser la misma de aquí a un año.

Apoyó las manos en mis hombros y me separó un poco de ella para poder mirarme a los ojos.

—Y no creo que sea tan terrible que él esté un poquito más enamorado de ti que tú de él en estos momentos. Así puedes estar segura de que te va a tratar como a una reina.

Me reí y me sequé las lágrimas. Ella seguía mirándome con esos ojos escrutadores como dos polígrafos.

—Pero eso no es todo... —tanteó.

Yo bajé la vista a mis dedos, a la manicura francesa tan elegantemente pintada en mis uñas.

—Gabe me ha llamado esta mañana.

—¿Gabe Samson?

Moví afirmativamente la cabeza mientras los ojos volvían a llenárseme de lágrimas.

—¿Y si él es el hombre con quien debería estar, y no Darren?

Mi madre volvió a apoyarse en el mueble y se acarició las perlas. Se quedó callada unos instantes. A continuación, dijo:

—Quiero que reflexiones, que de verdad reflexiones sobre la relación que tienes con Darren y la que tuviste con Gabe. Y quiero que pienses en cuál de los dos sería mejor compañero, mejor padre de tus hijos. Si consideras que la respuesta no es Darren, entonces hoy no debes casarte. Aunque la respuesta no fuese Gabe. Si tú piensas que puede haber en el mundo una persona que te haría más feliz que Darren, no tienes por qué seguir adelante. No será fácil, pero lo puedes hacer. Basta con que me lo digas y yo hablaré con tu padre, y él se lo dirá a los invitados. Pero lo que ya no podrás hacer es volver a cambiar de idea. Si hoy le dices adiós a Darren, será para siempre. Yo he visto el cariño con que os tratáis y lo bien que lo pasáis juntos. Pero si no lo tienes claro, nadie te va a obligar a casarte con él.

Asentí con la cabeza. Mi madre se acercó a la ventana. Y yo pensé en ti,

Gabe. En que me hacías sentir increíblemente bien, pero también muy mal. En que le dabas mucha más importancia a tu vida que a la vida de los dos juntos. En que al final tu vida podría titularse *El show de Gabe*, y que para retenerte a mi lado yo habría tenido que hacer el papel de actriz que da la réplica a la estrella protagonista. Sé que igual te resulta duro escuchar esto, pero te estoy siendo totalmente sincera. Fue lo que pensé aquel día.

También pensé en Darren. En que no era perfecto. En que seguía sin tomarse en serio mi trabajo. Pero creí que podría ocuparme de eso, esforzándome un poco más para demostrarle lo que significaba para mí. Podría ayudarlo a entender que lo que deseaba era ser su compañera, de igual a igual. Además, le quería. Me encantaba su risa, su sentido del humor, su rostro sonriente. No era ni retorcido ni complicado; estar con él era divertido y fácil. Me transmitía seguridad y estabilidad. Me hacía feliz —la mayor parte del tiempo—. Y habíamos sentado las bases de un hermoso futuro juntos. Ni en sueños hubiera podido dejarle plantado en el Boathouse el día de nuestra boda.

Me enjugué las lágrimas.

—Gracias —le dije a mi madre—. Ya me encuentro mejor. Estoy preparada.

Mi madre soltó un suspiro enorme y me abrazó.

—Sabes que tienes mi apoyo para lo que haga falta.

—Sí —contesté, percibiendo el aroma de su perfume Shalimar en su cuello.

—Solo ten presente que una cosa es perder la cabeza por alguien y otra muy distinta amar —añadió.

Asentí.

¿Yo había perdido la cabeza por ti? ¿Habíamos perdido la cabeza el uno por el otro? ¿Puede durar tanto semejante estado emocional? ¿O lo que ha habido siempre entre nosotros es amor? Me gustaría pensar esto último.

A pesar de que llevaba ya tiempo trabajando en *Hace falta una galaxia*, documentándome acerca de situaciones de la vida real, tratando de encontrar conflictos de todos los países y culturas posibles para que los guionistas pudieran utilizarlos como base para los diferentes episodios, nunca había viajado más allá de Europa. Por eso, Darren y yo decidimos ir a Turquía de luna de miel. Yo quería oír la llamada a la oración, ver un pedacito de uno de los países sobre los que me había documentado. Y cuando llegamos, estuve tomando notas sin parar. Veía a mujeres andando por la calle con la cabeza cubierta, charlando con otras que llevaban la melena suelta cayéndoles por los hombros. Saqué del bolsillo el papelito de una entrada para escribir deprisa y corriendo un recordatorio para proponer una escena como esa en nuestro siguiente capítulo, pero con extraterrestres, claro.

—¡Deja ya de escribir! —exclamó Darren—. Es nuestro viaje de novios. El trabajo se quedó en Nueva York. Yo no he contactado ni una sola vez con mi oficina desde que llegamos, y tú no dejas de anotar cosas y de musitar.

Levanté el boli en mitad de la frase.

—Mi trabajo es importante para mí —dije. Entonces, me acordé de lo que te había dicho cuando hablamos por teléfono—. Pero tú y yo somos más importantes. Ya paro. —Y cumplí mi palabra.

Aun así, no podía dejar de pensar en cómo habría sido todo si ese viaje lo hubiéramos hecho tú y yo. No me habrías dicho que parase, incluso me habrías sugerido ideas. Y habríamos estado atentos los dos por si veíamos oportunidades de fotos magníficas, como cuando se nos agujereaban las suelas de las deportivas de tanto patear Manhattan.

El viaje de novios con Darren incluyó una ruta por la Capadocia en la que recorrimos un paisaje que parecía la Luna y volamos en globo aerostático justo antes del amanecer para ver salir el sol. Fue una imagen bellísima, una mezcla de pinceladas rosas, naranjas y moradas. Darren me tenía cogida entre sus brazos para darme calor, y me sentí amada en medio de la majestuosidad del cielo. Pero no me quitaba de la cabeza a aquellas mujeres. Me hubiese encantado hablar con ellas, preguntarles cómo vivían, qué les gustaría que los niños norteamericanos supiesen de Turquía.

Después Darren y yo estuvimos en un paraje conocido como el valle de Devrent. Darren leyó en voz alta la guía turística:

—«El valle de Devrent, o “Valle de la imaginación”, está sembrado de formaciones rocosas con forma de personas o animales. Dedique un rato a descubrir lo que ve en las piedras».

Me puse a su lado y vi un camello, un delfín y una serpiente con sombrero.

—Creo que esa se parece a la Virgen María —dijo señalando un bloque alargado—. ¿Qué opina usted, señora Maxwell?

Se había tirado el viaje entero llamándome así. Al principio me había parecido tierno y gracioso, pero luego empezó a sacarme de mis casillas. Yo le había dicho que adoptaría su apellido, pero que en mi trabajo quería seguir llamándome Lucy Carter. ¿Así me tienes guardada en tus contactos del teléfono? ¿O lo cambiaste cuando Darren y yo nos casamos? Tu jefe se dirigió a mí como Lucy Carter Maxwell. Y tú me mencionaste así también, por cierto. Supongo que es como me ves ahora.

Miré hacia la roca que señalaba Darren, buscando una madre y un hijo, un velo.

—Yo solo veo un hombre con una cámara de fotos —dije.

Conozco a un montón de mujeres que estuvieron años intentando quedarse embarazadas. Vanessa y Jay acabaron teniendo trillizos después del tratamiento con Clomid. Y Kate finalmente tuvo que someterse a la fecundación in vitro, dos veces. En cuanto a mí, Darren dice en broma que basta con que él me estornude cerca para que me quede embarazada. Yo sonrío cuando lo dice, pero no le veo la gracia. Me recuerda a las madres gestantes de *El dador*, ese libro que leí en el instituto en el que unas mujeres tenían asignada la tarea de quedarse embarazadas una y otra vez como único servicio a la sociedad.

No mucho después de que nos casáramos, Darren empezó a hablar de tener hijos. En su opinión, teníamos la edad ideal para fundar una familia. Exactamente la misma edad que sus padres cuando tuvieron a su hermana mayor. Kate acababa de contarme que esperaba un bebé, pero, aun así, yo no tenía tan claro que Darren estuviese en lo cierto. Los trillizos habían nacido una semana antes, prematuros pero en perfecto estado. Vanessa y Jay tenían niñera y enfermera nocturna, además de a la madre de Vanessa, que se quedó en su casa durante los primeros seis meses, y aun así cada vez que hablaba con Jay por teléfono parecía un zombi. Esa primera semana me llamó desde el laboratorio cuando aún me encontraba en el trabajo.

—¿Puedes hablar? —preguntó.

—Estoy en la oficina —contesté, tapando un poco el móvil con la mano—.

¿Va todo bien?

—Los seres humanos no están diseñados para tener tres críos de golpe —dijo—. ¿Soy una persona deleznable por no querer volver a casa?

—No eres una persona deleznable, Jay, solo estás cansado —respondí—.

Es comprensible. Date media horita más, pero luego sí que tendrás que volver. Esos bebés te necesitan. Y Vanessa también.

—Ni siquiera los distingo entre sí —dijo—. A no ser que lleven ropa.

Esto último me dio qué pensar (aunque tampoco más de la cuenta; a veces me pregunto si mi hermano me reconocería si me viese por la calle, fuera de contexto).

—Imagínate que son tres virus distintos —le sugerí—. Fíjate con mucha atención, registra sus diferencias, no sus similitudes.

Esperaba que eso le sirviera. Lo sentía por él. Tres bebés al tiempo superaban, sin duda, sus expectativas y las de Vanessa.

Tomó aire, profundamente, y volvió a soltarlo.

—Como el hidrógeno quiere al oxígeno —dijo él—. Bueno, te dejo trabajar.

—Yo también te quiero, Jay —repuse, y colgué.

En definitiva, después de aquello, después de los trillizos, no estaba totalmente convencida de querer añadir un bebé a mi vida justo en ese momento. Pero Darren sí. Y me recordó que tanto en su lista como en la mía aparecía la paternidad.

—Además, seguramente tardaremos más de un año, a juzgar por el caso de Vanessa y de Kate.

Tardamos un mes.

Estuve baldada varias semanas, durante las cuales me iba a la cama antes de las nueve de la noche. Luego pasé un montón de semanas más con náuseas, que me obligaban a salir corriendo en mitad de las reuniones, sabiendo que si no me iba a toda prisa pondría perdidas tanto la sala de los guionistas como las escenas que estábamos repasando. Luego, cuando aquello gracias al cielo cesó, me tiré meses yendo a orinar cada hora más o menos.

Me llevó unos cuatro meses de embarazo empezar a sentirme a gusto con la idea, asimilar y aceptar cómo cambiaría mi vida en cuanto llegase el bebé. Pero tan pronto como lo hube aceptado, me sentí exultante. No pensé que fuese a reaccionar así, pero me pasaba la hora de la comida viendo ropa de bebé y muebles para habitaciones infantiles. Leía artículos sobre la leche materna, partos en el agua o cuándo era el momento ideal para introducir la crema de cacahuete en la alimentación infantil. Me volví una obsesa de los bebés.

Incluso empecé a plantearme si de verdad era tan importante para mí desarrollarme profesionalmente o si ser madre lo desbancaba por completo. Me preguntaba si algún día volvería a incorporarme tras la baja por maternidad. Ya, lo sé, después de todo lo que te dije de no querer verme definida por mi rol de esposa o de madre y de querer dejar impronta en este mundo a través de mi trabajo (y de que mi principal queja respecto a Darren era que no entendía esa faceta mía), el estar planteándome renunciar a mi trabajo debía de parecer un disparate. O a mí me lo parecía, al menos. Como si estuviese convirtiéndome en otra persona, en una Lucy cuyas prioridades hubiesen cambiado, dando paso a otras nuevas. Pero de verdad me sentía así. Fue el efecto que me produjo el embarazo. Y Darren también deseaba que me quedase en casa. Me decía que nadie cuidaría mejor de nuestro bebé que yo, y empecé a pensar que estaba en lo cierto.

A Darren le iba de fábula en el trabajo. Los acuerdos que había cerrado habían impresionado a sus superiores, tanto que le ascendieron a director. Su nuevo sueldo me dejó apabullada. Ganaba cinco veces más que yo, y eso que a mí me estaba yendo muy bien también. Con nuestra nueva situación económica, quiso que comprásemos un piso grande en un barrio bueno.

—Mudémonos a Manhattan —dijo una mañana, con el *New York Times* abierto en el regazo y Annie a sus pies—. Al Upper East Side, por ejemplo.

Pero Manhattan era nuestro territorio. El tuyo y el mío. Y desde tu llamada telefónica de cinco meses antes, era algo que cada vez tenía más presente. Aunque Darren y yo nos habíamos casado en Manhattan, en realidad nunca lo habíamos considerado nuestro. Brooklyn sí.

—A mí me gusta esta zona —le contesté—. ¿Y si nos mudamos a Park Slope? ¿O a Brooklyn Heights?

Incluso casada y con un bebé en camino, seguía pensando en ti. Estaba tomando decisiones que podrían afectarnos a largo plazo, basándome en ti y en mí. Pero de verdad creía que dejaría de pasarme, que acabarías desapareciendo de mi mente como había ocurrido antes. Y desapareciste, más o menos. Pero en aquella época seguías en mi cabeza, bien presente, guiando mis pensamientos.

—¿Estás segura? —me preguntó—. El P.S. 6 es un colegio de primaria muy bueno. —Entonces se encogió de hombros—. Bueno, supongo que

siempre podríamos mandar al niño a un centro privado.

—¿Entonces buscamos en Brooklyn?

Él ya se había puesto a mirar en los anuncios de Brooklyn Heights.

—¡He encontrado uno! —dijo al cabo de un ratito—. Escucha: cuatro habitaciones, tres cuartos de baño y un aseo, dos plantas, en un edificio de principios de siglo en Love Lane. ¿Te das cuenta? Callejón del amor. ¿Cómo no íbamos a vivir en un sitio que se llame así?

Entonces me atrajo hacia sí y me dio un beso en la tripa y luego otro en la boca. Yo le besé también.

—¿Necesitamos cuatro habitaciones? —le pregunté.

—Algún día a lo mejor sí —dijo con una sonrisa.

Yo sabía que él quería familia numerosa, como la suya. Pero, aunque yo no lo descartase del todo, no tenía muy clara mi postura al respecto.

—¿Vamos a verlo? —propuse.

Fuimos a visitar el apartamento el día que lo abrieron a visitas de posibles compradores. Nunca había visto un piso así de grande en la ciudad. Tenía un salón comedor formal, una cocina en la que se podía comer también perfectamente... ¿Qué estoy diciendo? Ya sabes todo esto. Evidentemente. Has estado allí.

En cuanto compramos el apartamento, en cuanto nos mudamos y empezamos a decorar la habitación del niño, en cuanto todo eso pasó, empecé a sentirme de verdad como una madre. Estaba deseando ver a mi bebé.

No entiendo muy bien qué tienen de especial los cincos y los dieces: el trigésimo cumpleaños, las bodas de plata, las reuniones de compañeros de la universidad a los cinco años de la graduación. La nuestra fue en el verano de mi primer embarazo, una semana después de que Darren y yo nos mudásemos a nuestro nuevo piso en Brooklyn Heights. Él no paraba de hablar de llenar todas las habitaciones de niños, pero yo andaba demasiado concentrada en el que estaba creciendo en mi interior.

Habías venido a la ciudad pero no me lo habías dicho. No habías contactado conmigo desde que me había casado. Seguramente fuese mejor así. Ya pensaba bastante en ti como para que tu yo auténtico apareciera en mi mundo.

Pero supongo que no querías que me llevase la sorpresa en la reunión, o quizá preferiste prepararte tú por si acaso, ver cuál sería mi reacción antes de que nos viésemos en persona. Esa tarde recibí un mensaje tuyo en el móvil.

«Esta noche nos vemos, ¿no?», escribiste.

Me quedé mirando aquella frase en mi teléfono durante unos buenos dos minutos. No sabías que estaba embarazada. Pensé que debía decírtelo antes de que me vieses.

«Yo seré la embarazada del vestido azul», te respondí a la media hora.

Seguramente no fue la manera más elegante de darte la noticia. No respondiste.

Y, por supuesto, me pasé el resto del día preguntándome qué estarías pensando. Si te habías llevado un disgusto o si te alegrabas por mí. Si ibas a rehuirme durante la fiesta o si me buscarías ex profeso.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa hoy a ti? —preguntó Darren, tocándome el

hombro—. Te he llamado cuatro veces, es como si estuvieses en otro planeta. ¿Quieres que te suba la cremallera del vestido?

—Perdona, estaba pensando en la gente de la universidad. Y sí, gracias.

Darren tiene afición a subirme la cremallera de los vestidos. Para él, el acto de vestir a alguien tiene algo que lo hace especialmente íntimo. Más incluso que desvestir al otro. Dice que es una muestra de amor, no solo de deseo sexual.

—¿Quieres que te haga el nudo de la corbata? —le pregunté.

Él sonrió y dijo que sí.

¿Cómo te preparaste tú para la reunión? ¿Estabas en casa de algún amigo? ¿En un hotel? Nunca pude preguntártelo.

La reunión tuvo un punto de locura (¿no estás de acuerdo?). La gente se aferraba llamativamente a sus maridos o a sus mujeres. Algunas lucíamos vestidos de embarazadísimas. Al igual que unos años atrás yo había sentido las miradas celosas que se posaban en nosotros en Bloomingdale's, ahora podía ver ojos femeninos que me miraban con envidia. Había pescado un marido exitoso, iba a tener un bebé. Lo de menos era que hubiésemos estudiado en una de las mejores universidades del país, que las mujeres que asistimos a la reunión fuésemos abogadas, médicas, dramaturgas, banqueras, consultoras, profesoras universitarias... Todas se acercaron a preguntarme por el bebé, por la boda. Nadie me preguntó en qué trabajaba o qué había estado haciendo desde la graduación. A nadie le importó que me hubiesen ascendido a productora asociada, que estuviese desarrollando un programa nuevo de creación propia, *El cohete del tiempo*, que ofrecía a los niños un análisis de la historia y les enseñaba su efecto en el presente. Todo era: «¿Y para cuándo el parto?», «¿Sabéis ya si es niño o niña?», «¿Cuánto hace que os casasteis?», «¿Dónde le conociste?». No me sorprendería que la mitad de las mujeres con las que hablé alquilasen casa compartida en los Hamptons ese verano. Empecé a pensar que mis antiguas compañeras de piso habían tomado la decisión acertada al no presentarse.

Entonces te vi. Estabas en la otra punta de la carpa, y una mujer que no me sonaba de nada tenía apoyada la mano en tu antebrazo mientras conversabais. Ella sonrió por un comentario tuyo y respondió algo. Tú te reíste. De repente, sentí náuseas.

—Necesito un poco de aire —le susurré a Darren, que había encontrado a otro especialista en inversiones y estaba hablando de su trabajo.

—¡Oh! ¿Te encuentras bien?

Asentí.

—Un poco mareada, nada más. Enseguida se me pasará.

Hacia solo unas semanas que había superado la fase de los vómitos matutinos. Darren se había acostumbrado a verme vomitar, pero no era una experiencia agradable para ninguno de los dos.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien —respondí yo, y salí de la carpa.

Respiré hondo unas cuantas veces y entonces di media vuelta. Como no había paredes, se podía contemplar todo de una punta a otra de la carpa. Ya no te veía por ninguna parte, pero sí vi a aquella mujer hablando con otro chico, también con la mano en el brazo de él. Eso me ayudó más que las respiraciones hondas. Las náuseas remitieron.

Me disponía a volver con Darren cuando noté que alguien me tocaba en el hombro. Por supuesto, eras tú.

—Luce —dijiste.

Me di la vuelta.

—Gabe —respondí—. Hola.

Se me puso la carne de gallina donde me habías tocado.

—Bonito vestido —comentaste.

Darren me contó una vez que, cuando los hombres decís eso, en realidad queréis decir: «Estás cañón con ese vestido». Nunca he estado del todo segura de que tuviese razón. Debería haberte preguntado entonces qué habías querido decir.

—Gracias —contesté—. Bonita camisa.

Tu hoyuelo apareció.

—No me lo puedo creer —me dijiste—. Estás exactamente igual.

Entonces me puse de perfil y me ceñí al cuerpo el vestido lleno de pliegues.

—¿Ahora también?

Se te abrieron mucho los ojos unos segundos, antes de sonreír.

—Vaya, eso sí que es...

—Sí —le interrumpí—. Es un bebé. —No tenía una panza muy voluminosa, tan solo la tripa de una embarazada de cuatro meses. Pero ya no me podía poner mi ropa normal. Había tenido que comprarme un vestido nuevo.

—Enhorabuena, Luce —dijiste—. Me alegro por ti.

—Gracias. —Volví a soltarme la tela—. ¿Cómo te va la vida?

La sonrisa se te borró y te encogiste de hombros.

—Volver a Nueva York se me hace raro siempre. Es como si estuviera en *Regreso al futuro* y hubiese vuelto a un mundo que ha pegado un salto hacia delante mientras yo no miraba. —Los ojos se te iban a mi barriga.

—Pero tu mundo también ha cambiado —señalé.

Negaste con la cabeza.

—No sabría explicarlo. Mi mundo ha cambiado, pero es como si mi Nueva York tuviese que seguir igual que siempre. Como si todo tuviese que seguir exactamente como lo dejé, como cuando regresas al cuarto en el que dormías de pequeño. —Te paraste de repente—. Estoy diciendo cosas sin sentido.

—No, sí que tienen sentido —repliqué—. Tu zona segura ha cambiado.

—Eso es —dijiste. Tu mirada permaneció unos segundos en mi barriga—. Eso es —repetiste. Y a continuación—: Creo que debería irme... Me ha encantado verte, Lucy. Buena suerte. Me alegro mucho por ti, de verdad.

Te fuiste rápidamente hacia la barra que habían montado al lado del reloj de sol del campus.

Me dieron ganas de llamarte, de decirte que esperaras. Quería hacerte más preguntas para poder entender lo que sentías, para que me contaras cómo era tu mundo. Quería que me tocaras otra vez y sentir la piel de gallina.

Pero hiciste bien en alejarte. Nada bueno habría salido de prolongar aquella conversación. Así pues, en vez de llamarte, volví con Darren.

—¿Estás bien, mi amor? —me preguntó.

—Mucho mejor —le dije, y apoyé la cabeza en su hombro.

Sin desatender ni por un segundo la conversación que estaba manteniendo, me rodeó con el brazo y me dio un besito en la coronilla.

No se me puso la carne de gallina, pero fue agradable.

Una cosa que he aprendido, de mi trabajo, de ti, de mi vida con Darren, es que, por lo que a mí respecta, conviene evitar a toda costa el noventa y nueve por ciento de las sorpresas. Si puedo prepararme antes, se me da mucho mejor manejar la situación. Si hubiese podido prepararme cuando te ibas a ir de Nueva York, si hubiese sabido que estabas en tratos con Associated Press para un trabajo, no deje de pensar que lo habría digerido mejor. Pero el que fuese por sorpresa, eso..., eso lo hizo todo más difícil. Por esa misma razón, decidimos averiguar el sexo del bebé. Yo quería saber, para poder prepararme. Supimos que esperábamos una niña unas semanas después del reencuentro de antiguos alumnos. No me tomé la molestia de contactar con todas las que fueron y que me habían preguntado al respecto. Supuse que ya se enterarían por Facebook, si es que tanto les interesaba.

Debido a mi escasa afición a las sorpresas, me puse a leer libros (no te puedes imaginar cuántos) sobre experiencias personales de partos, sobre qué me podía esperar, sobre las diferentes opciones de otras personas. Pensé que podría ayudarme a estar preparada, que igual así dejaba de tener las pesadillas que estaba teniendo en las que me veía dando a luz en el metro o en mi despacho o en un taxi. En otras soñaba que el bebé me abría la tripa como en aquella escena de *Alien*. Hice un plan para el parto, tal como me sugirió el médico, pero ya mientras lo trazaba comprendí que la niña podría tener sus propios planes y yo no me iba a enterar de ellos con antelación.

Me puse de parto una noche después de cenar en el Heights Cafe. Me había tomado una hamburguesa, bueno, en realidad media hamburguesa porque en esos momentos prácticamente no tenía sitio en la barriga para comida. Salía de cuentas dos días después, el 21 de noviembre, y Darren dijo que debíamos

salir todas las noches que pudiésemos antes de que naciera, aunque solo fuese a comer media hamburguesa en un restaurante a tiro de piedra del piso. A esas alturas ya sabíamos todo lo que podíamos saber. Sabíamos que íbamos a llamarla Violet, por la abuela de Darren que había fallecido cuando él tenía dieciséis años. A mí me encantaba el nombre, su musicalidad, el que fuese a la vez una flor y un color, y la abreviatura: «Vi». Habíamos decidido también cuál sería su segundo nombre, Anne, por mi tía abuela. Violet Anne Maxwell. Todavía hoy me encanta su nombre.

Así pues, tras la cena, mientras volvíamos andando a casa, yo con un abrigo que a duras penas se cerraba sobre mi tripa, empecé a notar mojada la ropa interior. ¿Te estoy dando demasiada información? ¿Te interesa realmente saber cómo viví la noche en que nació Violet? Si me dices que lo deje, lo dejo. Hazme una seña y listo. ¿No? Vale.

Recuerdo que pensé: «¿En serio? ¿Ahora?». Uno de mis modestos objetivos para el embarazo había sido vivir la experiencia hasta el final sin «tener un accidente», como decíamos cuando enseñábamos a Violet a usar el orinal. Cuando Kate estaba embarazada, cada vez que estornudaba tenía que cambiarse de ropa interior. Yo cruzaba los dedos para que no me pasase a mí. Pero estábamos a una calle de nuestro piso cuando la sensación de humedad fue a más y me di cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Me volví hacia Darren.

—Creo que he roto aguas.

Él se detuvo en el sitio.

—¿Lo dices en serio? —Me miraba emocionado—. Bueno, a ver: ¿crees que has roto aguas o estás segura?

—Creo que estoy segura —contesté.

Él se echó a reír y me abrazó y me besó y dijo:

—¿Puedes andar? ¿Estás bien? ¿Llamamos al médico? ¿Ahora mismo?

Aunque yo estaba ya preocupada con lo que iba a pasar a partir de ese instante, y aunque tenía las mallas mojadas y se me estaban enfriando, le dije que estaba bastante segura de que podía caminar hasta nuestro piso con él y que al llegar a casa podíamos llamar al médico. Me llevó de la mano todo el camino sin soltarme, hablando mucho más rápido de lo normal sobre a quién teníamos que telefonar y qué cosas no debía olvidarse cuando saliéramos hacia el hospital. (¡Los cargadores de los móviles! ¡Su portátil! ¡Su iPod y los altavoces!). Había hecho varias listas de canciones para que las oyéramos en

las diferentes fases de la experiencia del parto. Yo no tenía nada claro que me fuese a apetecer escuchar ninguna de ellas, pero le daba algo con qué entretenerse, una manera de prepararse.

Esperamos en casa, tratando de ver un telefilm del que no recuerdo nada de nada, hasta que las contracciones pasaron a ser cada cinco minutos, tal como había dicho el médico. Entonces cogimos un taxi al hospital. Doce horas después nacía Violet. Era preciosa, perfecta, con el pelo y los ojos negros y las pestañas más largas que he visto en mi vida en un bebé.

Darren siempre dice que los bebés de todos sus amigos (incluidos los trillizos de Jay y Vanessa) resultaban un calco o de Winston Churchill o de Mr. Magoo nada más nacer. Todavía hoy, de tanto en tanto, sostiene en alto el portátil para enseñarme la foto de algún crío en Facebook y decir: «¿Churchill o Magoo?». Y la verdad es que siempre se parecen a uno de los dos.

Cuando la enfermera me dio a Violet, lavada, vestida y envuelta como un burrito, con un gorrito de rayas en la cabeza, levanté la vista para mirar a Darren.

—¿Churchill o Magoo?

Y él dijo:

—Creo que es la primera bebé de la historia del mundo que no se parece ni a uno ni a otro. Se parece a ti. Qué suerte tiene mi chiquitina.

Entonces, se quitó los zapatos y se subió a la cama conmigo, y nos acurrucamos los tres. En ese momento me sentí verdaderamente maravillada: de cómo Darren y yo habíamos creado una personita juntos, de cómo la genética hizo que se pareciera a mí, de cómo funciona la biología para hacer posible un instante de felicidad como aquel.

—Te quiero —le dije a Darren.

—Y yo a vosotras dos —respondió él.

Necesito que entiendas que le amo de verdad. Que lo que hay entre nosotros no será perfecto pero es amor, de eso no me cabe la menor duda.

Cuando me prometí, mi sensación fue que de la noche a la mañana había entrado a formar parte de un club en el que ya habían ingresado infinidad de mujeres desde hacía decenios, centurias, milenios: El Club de las Mujeres Prometidas. Después tuve esa misma sensación cuando contraí matrimonio: mi inscripción en El Club de las Mujeres Casadas quedó rubricada al ponerme mi vestido blanco, recorrer el pasillo de la iglesia y pronunciar las palabras «Sí, quiero». Sin embargo, ninguna otra vivencia se pareció tanto a la de entrar a formar parte de un club como la de tener un hijo. Había una especie de línea divisoria entre las mujeres que tenían niños y las que no. Las madres y las no madres.

Pero incluso dentro de este club había dos subdivisiones: por un lado estaban las madres de la categoría «Que Dios me Asista» y, por otro, las «Madres Expertas», es decir, esas que subían fotos a Facebook de sus niños vestiditos con conjuntos inmaculados, dormiditos encima de cojines de satén y con pies de foto que decían cosas como: «Estoy soñando con papi».

Yo no era de este tipo de madre, sigo sin serlo y nunca lo seré.

Había ingresado en el Club de las Madres —tuve que hacerlo, eso era inevitable—, pero raro era el día en que Violet y yo acabábamos limpias, alimentadas y habiendo dormido cinco horas en total por la noche. Tuve tres meses de baja por maternidad, pero al cabo de ocho semanas no podía con mi alma. Ser madre a tiempo completo no se pareció en nada a lo que me había imaginado.

Kate me llamaba como mínimo una vez al día para saber qué tal estaba, aunque solo pudiera hablar uno o dos minutos conmigo. Ella había tenido a su niña, Victoria, hacía ya medio año, y aunque en su empresa contemplaban

un permiso de maternidad de lo más generoso, acababa de incorporarse a su puesto y trabajaba como loca en su afán por que no la relegaran por el hecho de haber sido madre. «Cada vez será más fácil», me decía. «Hazme caso». Pero mi sensación no era esa.

Había decidido darle el pecho a Violet, y esta comía prácticamente el día entero. O por lo menos así me lo parecía. Había días en que ni siquiera me molestaba en ponerme una blusa. Y me inventé lo que di en llamar Niveles de Incidente Fecal. El nivel uno era poca cosa. El nivel dos significaba que el pañal estaba lleno. El tres quería decir que se había salido por el fruncido de las piernas. El nivel cuatro era cuando rebosaba por la espalda. El cinco era el peor: significaba, básicamente, que tenía caca esparcida desde los hombros hasta las rodillas. Este nivel exigía baño. Y, muchas veces, que yo misma también me cambiase de ropa. Entre los niveles tres, cuatro y cinco acabé tirando tal cantidad de pijamitas que me asombra que tuviese suficiente ropa para vestirla.

Sin embargo, hubo un día en que Violet se las ingenió para alcanzar el nivel seis de Incidente Fecal. Habíamos pasado una mañana estupenda. La niña estaba limpia, yo estaba limpia, las dos habíamos comido (aunque en realidad hacía días que no dormía más de tres horas seguidas) y, como la calefacción de nuestro piso era tan potente, la llevaba solo con el pañal y una camiseta de manga corta. Había empezado a sonreír y, cada vez que lo hacía, se me derretía un poquito el corazón.

Llevábamos un día tan bueno que había decidido preparar comida de verdad, cosa que solo había ocurrido unas dos veces desde hacía ocho semanas. Había acomodado a Violet en una sillita de bebé que vibraba, y la conecté. Entonces, puse a descongelar algo de pollo y a continuación me dediqué a empanarlo. Había encendido la radio (en una emisora de música de los sesenta que me recordaba a mi padre) y hacía los coros de *My girl*. Tenía las manos embadurnadas de huevo y pan rallado, pero me sentía de maravilla. Entonces Violet empezó a gimotear.

Miré hacia donde estaba y me quedé de piedra. El primer incidente fecal de nivel seis de la historia acababa de tener lugar. Puede que fuese por la silla vibradora, puede que por la posición en la que tenía el cuerpo, o porque no llevaba nada más que el pañal y la camiseta, pero el caso es que tenía caca en los muslos y se había manchado las manos y el pelo con ella. Respiré hondo, me enjuagué rápidamente las manos y la cogí de la sillita. La niña se puso a

agitar los brazos, y me cayó caquita en la cara, en la blusa y en la muñeca. Y entonces me vomitó en el pelo. Ella seguía berreando y yo me eché a llorar también.

Así nos encontró Darren.

—¿Lucy? —le oí que me llamaba a voces desde la entrada—. ¿Qué pasa? ¿Por qué está Violet...? —Entonces llegó a la cocina—. Oh —dijo—. Dios mío. —Dejó el maletín en el suelo y se quitó la chaqueta del traje—. Yo cojo a la máquina de hacer caca y tú vete a la ducha.

Le miré y respiré hondo, temblorosa.

—Antes desnúdate —le dije—. No querrás que te ponga perdido el traje. Y no solo es una máquina de hacer caca, también es una máquina de vomitar.

—Puaj —dijo él, desabrochándose ya la camisa, que lanzó encima de la chaqueta—. ¿Cuál crees que debería ser el titular de la noticia? ¿«Hombre desnudo salva a su esposa de bebé asquerosito»?

Me reí un poco.

—¿Qué tal «Hombre desnudo hace lo que su mujer se tira el día entero haciendo con su bebé asquerosito»?

—¿En serio? ¿Esto pasa con frecuencia? —Se había quedado casi en cueros, excepto por los bóxers, y cogió a Violet—. Uf, qué asco —dijo cuando la tuvo agarrada por las axilas.

—Bueno, el nivel seis no es frecuente pero el cinco no es tan raro.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó mientras subíamos los tres al cuarto de baño grande, que tenía bañera y ducha. Habíamos metido la bañerita de plástico en el aseo grande para Violet. Annie se unió a la fiesta cuando llegamos arriba y se puso a ladrar, presa de la confusión.

Darren abrió el grifo para llenar la bañerita de Violet mientras yo me desvestía para meterme en la ducha, y Annie se hizo un ovillo en la alfombrita del lavabo. Entre el vaho, le expliqué a Darren que quería volver a trabajar cuando se me acabase la baja. Que lo necesitaba. Habíamos tenido esta misma conversación desde la etapa final de mi embarazo, pero yo había postergado la decisión oficial porque tenía la impresión de que había demasiadas variables en danza, que había demasiadas incógnitas. Pero sí sabía cuáles eran los deseos de Darren.

—Pensé que ya habíamos hablado de esto —dijo.

—Sí —respondí mientras me frotaba el champú rápidamente por toda la cabeza manchada de vómito—. Y ahora estamos hablándolo otra vez.

—Pero yo creía que coincidías conmigo en que Violet estaría mejor contigo que con una desconocida. Nadie cuidará de ella como tú.

Eché atrás la cabeza para que me cayera de lleno el chorro de agua.

—Si te soy sincera, creo que te equivocas. Pero eso no es todo. He estado pensando en una cosa que me decía mucho mi abuelo: «Los que pueden, actúan». Él lo decía para que nos hiciéramos responsables. Si puedes ayudar, si puedes hacer una buena obra, si puedes aportar tu granito de arena para cambiar las cosas, hay que hacerlo. Y yo puedo. Tengo capacidad para aportar más cosas al mundo que si me quedase en casa con Violet a diario. El 11-S adquirí conmigo misma el compromiso de vivir de tal manera que pudiera devolverle a la vida todo lo que me ha dado. Y es lo que deseo hacer. Lo que necesito hacer.

—Pero ¿no te encanta quedarte en casa con Violet? —preguntó Darren como si no hubiese oído ni una palabra de lo que acababa de decir.

Respiré hondo.

—Hay momentos maravillosos —le dije—. Pero también me encanta ser productora asociada. Me encanta hacer programas de televisión. Me he dejado la piel estos últimos cinco años y soy buena en lo mío. Esto no se me da bien.

—Solo necesitas un poco más de tiempo —replicó él, echando a la papelera la camiseta de Violet y el pañal sucio—. No me dirás que tu trabajo te parece más importante que tu hija.

Me dieron ganas de pegarle un puntapié a algo. O de echarme a llorar. O las dos cosas. Me aclaré el pelo por última vez y cerré el grifo de la ducha.

—Pues claro que no —repuse, envolviéndome en un albornoz de rizo—. Pero también valoro mi felicidad personal. Y si me quedase en casa, si esto fuese mi vida, no lo soportaría. No la soportaría a ella. Ni a ti.

—Creo que se está haciendo pis, ¿puede ser? —dijo justo cuando metía a la niña en la bañerita.

—Suele pasar —respondí yo, arrodillándome para ocuparme de ella.

—Miles de mujeres darían la vida por tener esta oportunidad —siguió Darren—. No te hace falta trabajar. Yo gano suficiente. Tengo este trabajo para que tú no tengas que trabajar.

—No —dije yo, mientras aplicaba champú en el cabello de Violet—. Tienes el trabajo que tienes porque te encanta. Te chifla ganar pasta y que la gente te mire con respeto. Te encanta la adrenalina cuando cierras acuerdos

importantísimos.

—Pero no es lo único que...

Lo interrumpí.

—Y te gusta hacer el papel del proveedor, también, lo entiendo. Te gusta poder cuidar de los tres. Y lo valoro, de verdad que sí. Pero no me cuentes que trabajas solamente para que yo no tenga que trabajar. Trabajas porque te gustan las sensaciones que te produce tu trabajo. Del mismo modo que a mí me gustan las sensaciones que me produce el mío.

Darren se quedó callado. Cuando levanté la cara hacia él, vi que estaba estudiándome, sopesándome.

—¿Querías renunciar a tu puesto? —le pregunté—. ¿Y quedarte en casa con ella, el día entero, tú solo? Ya sé que es una maravilla de niña y los dos la queremos. Pero ¿querías eso tú?

—No es sostenible económicamente —respondió, mientras yo le frotaba la espalda a Violet con una toallita con forma de pato.

—Esa no era la pregunta.

—Es una pregunta absurda —repuso él—. No podríamos vivir solo de tu sueldo.

—Imagínatelo —dije yo, apretando los dientes—. Imagina que fuese sostenible económicamente. Supón que pudiésemos vivir de mi sueldo de manera que estuvieses satisfecho. ¿Querías hacerlo?

—Las mujeres de un montón de compañeros míos... —empezó.

—Yo no soy la mujer de un compañero tuyo —le corté—. Soy yo. Y aún no me has contestado a la pregunta: ¿Querías quedarte en casa con ella día tras día y dejar tu trabajo? Imagínatelo. —Violet ya estaba limpia y la saqué de la bañera. Lloró hasta que la arropé con una toalla de color fucsia que tenía una capucha con unas orejitas de conejo. Y una bola de algodón para la cola.

—No me imaginaba así nuestra vida —dijo Darren—. No es lo que quería.

Me quedé mirando su cara, con nuestra hija abrazada contra mi pecho. Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas, sin poder contenerlas.

—Tampoco es lo que yo quería.

Abrió la boca para decir algo pero fue como si se hubiese quedado sin palabras.

No volví a mirarle. No dije nada más. Me dediqué a secar bien a Violet y me la llevé a su cuarto, donde le puse un pañal nuevo y la embutí en un pijamita de rayas.

—¿Todo mejor así? —le pregunté. Ella me sonrió y me hizo gorgoritos mientras yo me secaba las lágrimas de la cara con el trapo con el que limpiaba los eructos del bebé.

Oí entrar a Darren en la habitación, a mi espalda.

—No —dijo—. No lo haría. No dejaría mi trabajo para quedarme en casa con ella día tras día.

Asentí en silencio y apoyé los labios en el pelo de Violet, y sentí su calor contra mi pecho y saqué fuerzas de ella, para ella. Mi hija necesitaba a una madre que supiera valerse por sí misma, que no tuviese miedo de perseguir sus sueños. Yo tenía que ser un modelo para Violet.

—Ahora lo entiendes —le dije a Darren.

Se acercó y me rodeó los hombros con un brazo.

—Lo siento si no soy una de esas mujeres —añadí—, como las mujeres de tus compañeros. Lo siento si quedarme en casa no me hace feliz. Pero soy así. Y necesito trabajar.

—No digas eso. No tienes que disculparte por ser quien eres. Yo soy el que debería disculparse.

Quise preguntarle por qué, asegurarme de que no se estaba retractando solo por sellar la paz entre nosotros. En cambio, lo que dije fue: «Disculpa aceptada». Sin embargo, al echar la vista atrás me di cuenta de que en realidad no se había disculpado. Solo había admitido que era él quien debía hacerlo.

Al día siguiente nos pusimos a buscar niñera. Y aproximadamente un mes después de eso me incorporé al trabajo. Claro que echaba de menos a Violet cuando estaba en la oficina; de hecho, más de lo que había imaginado. Pero me sentí agradecida con Darren entonces. Agradecida porque teníamos la posibilidad de elegir, porque pudimos contratar a alguien para que nos ayudase cuando lo necesitamos, y porque al final quisiera verme feliz.

Hay momentos de mi vida que puedo recordar con tanta nitidez como si estuviera retrocediendo en el tiempo, remontándome por los recuerdos, y los reviviera palabra por palabra. Y también hay largos tramos de tiempo (días, semanas) que me parecen imposibles de diferenciar entre sí. Los meses posteriores a mi vuelta al mundo laboral, cuando Violet aún era un bebé, son como un manchón borroso. Casi no pegaba ojo, estaba creando dos nuevos programas, me sacaba leche en el despacho e intentaba pasar todo el tiempo posible con Violet. Casi nunca entraba en Facebook, y si entraba era solo para poner las típicas fotos obligadas de «5 meses, 6 meses, 7 meses». Por eso, me perdí tus fotos con Alina. Me perdí también toda la evolución de esa relación. Si no hubiese estado tan liada, a lo mejor habría caído en que no habíamos vuelto a hablar desde la reunión de antiguos alumnos, pero ni siquiera me di cuenta. Había regresado a un lugar en el que en realidad tú no contabas: el lugar en el que había estado antes de que me telefonaras la mañana de mi boda.

Y entonces, un día, mientras subía la foto de «8 meses» de Violet y daba «me gusta» en las fotos del viaje de Julia a Ámsterdam, apareció en mi muro de noticias ese corazoncito, y allí estaba: «Gabriel Samson está prometido con Alina Alexandrov». Debajo había una foto de los dos, tú rodeando con los brazos a una mujer guapa de cabellos castaños, ojos muy grandes de color avellana y una sonrisa enorme. Se me hizo un nudo en el estómago. «Esto no tendría por qué afectarte», me dije. «Estás casada, tienes una niña, hace más de un año que no le ves, hace más de cuatro que él ya no forma parte de tu vida». Pero sí. Me afectó. En aquella fotografía vi mi «habría podido ser». Vi la carretera que no tomé.

Pasé la hora siguiente pinchando en tus fotos, viéndoos a los dos de vacaciones por Croacia. Nunca había pisado Croacia. Luego se os veía en China, en la Gran Muralla. Y en Egipto, tú y Alina bailando, ella con una falda de danza del vientre, de chifón de seda de color rojo brillante y con monedas de plata. Me sorprendió sentir celos de esa vida. Yo también quería recorrer la Gran Muralla y bailar la danza del vientre en Egipto.

Volvías a vivir en Bagdad y daba la impresión de que ella también trabajaba para *The Guardian*. Entré en la página web del periódico y estuve leyéndome todos los artículos que ella había escrito. Luego la busqué en Google y leí su entrada de Wikipedia. Entonces me enteré de que tú también tenías una. Y de que vuestras páginas estaban enlazadas y contenían una actualización que alguien había añadido recientemente mencionando que estabais prometidos.

Pensé en mí misma. Yo no tenía entrada en Wikipedia. Ni Darren. Entonces Violet se puso a llorar y cerré rápidamente el ordenador. Pero unas horas después te escribí un correo rápido que decía: «¡Enhorabuena!».

No respondiste.

Ese septiembre, aunque aún vivía en mi nebulosa post-Violet, las cosas empezaron a encarrilarse y a cobrar estabilidad. La niña por fin dormía toda la noche seguida y habíamos ido a pasar la última semana de agosto a una casa alquilada en Westhampton Beach. A Violet le volvía loca la piscina, así que la embadurnábamos bien con crema protectora, la metíamos en una especie de pequeño flotador con capota incorporada para que no le diera el sol y la dejábamos que cabecease como una boyita mientras nosotros dos nos echábamos a flotar en el agua. Fue como estar en un pedacito del paraíso.

—Mira que te gusta este sitio —dijo Darren mientras Violet jugueteaba en el agua. Estábamos sentados en los escalones de la parte en sombra de la piscina, con sendas copas de chardonnay bien frío.

—Mira que a ti también —le contesté, apoyando la cabeza en su hombro.

—Es verdad. Deberíamos comprar una casa aquí.

—Quizás algún día. Pero de momento me parece ideal alquilar durante una o dos semanas los veranos.

Él movió la cabeza en señal de afirmación.

—Algún día. Figura en mi lista de deseos, ¿te acuerdas?

No lo recordaba.

—Claro que sí —dije, en cambio—. Últimamente hemos descuidado nuestras listas, me temo.

Él negó con la cabeza.

—No, para nada. Este año hemos sido padres. Eso estaba en las listas.

Me reí.

—Tienes razón. Lo retiro. Somos alucinantes con nuestras listas.

—Sí —respondió él. Me besó y Violet nos salpicó a ambos.

En eso iba yo pensando aquella mañana en el metro: en la semana de Westhampton, en la piscina, en lo relajante que fue. Entonces levanté la vista. El hombre que tenía delante sujetaba entre las manos un ejemplar del *New York Times* y el artículo que tenía justo delante de mis narices rezaba: «Más cadáveres rescatados de los escombros del hotel de Pakistán». Pensé inmediatamente en ti. ¿Estabas en Pakistán? La última vez que te había buscado estabas en Bagdad, pero ¿te habrías trasladado? ¿O habrías estado cubriendo alguna noticia en Islamabad? ¿Era posible que te hubieses alojado en ese mismo hotel?

No conseguí respirar con normalidad hasta que llegué a mi oficina, entré en Facebook y vi el artículo de Associated Press que habías publicado sobre el hotel. Conocías a gente que había muerto en la explosión, pero tú estabas bien. Aún estabas en Irak.

«Gracias a Dios», murmuré. Entonces, bajé por tu página para ver en qué habías estado metido últimamente. Un corazoncito resquebrajado apareció en un momento dado en la pantalla. Alina y tú habíais roto. Me pregunté qué habría pasado y, con sinceridad, lo sentí por ti. Deseaba que fueses feliz. Por un instante, me planteé contactar contigo, pero luego lo descarté.

La jornada prosiguió, y la semana, y el mes, pero desde el nacimiento de Violet no te había tenido tan presente en mis pensamientos como entonces. Me mantenía alerta, por si volvía a ver una fotografía tuya. Me preguntaba si tendrías pensado volver por Nueva York en algún momento, y si me avisarías.

A veces, cuando menos te lo esperas, un día normal y corriente se transforma en un día extraordinario. Era un viernes del mes de enero. Estaba trabajando desde casa, oyendo a Violet parlotear con la niñera mientras yo respondía correos de la oficina. Violet tenía catorce meses por aquel entonces y solo sabía decir un puñadito de palabras, pero eso no le impedía intentar explicarnos los secretos del universo. Al menos eso era lo que Darren y yo imaginábamos que nos contaba cuando peroraba en soliloquios larguísimos.

María, nuestra niñera, le contestaba en español (cortesía de la ocurrencia de Darren de intentar que Violet creciera en un entorno bilingüe). Para mí, ya solo que hablase un idioma era bastante, pero él insistió y di mi brazo a torcer. Sin embargo, a María le pedí que le leyera libros en inglés, que la llevase a clases de música y a grupos de juego con otros niños y al cuentacuentos de la librería del barrio. Me parecía un acuerdo equitativo. Además, Violet nunca aprendió a decir mucho más que «hola», «adiós», «por favor» y «gracias» en español, hasta que empezó a ver *Dora, la exploradora*. ¡El poder de la televisión! A otros niños les controlaban lo que podían ver, pero Violet se tragaba todos mis programas y algunos de la competencia. Con ella, tenía mi propio grupo de estudio (de un solo miembro) y era interesante ver qué cosas le llamaban la atención, a qué programas se enganchaba. Cuando comprobé que se quedaba extasiada viendo *El cohete del tiempo*, me entusiasmé para mis adentros. Y también cuando se marchaba del salón en cuanto empezaba *Guillaume*. Detesto esa serie. Kate asegura que Victoria aprendió a protestar viéndola. Me lo creo.

Estaba escribiendo en el ordenador mi respuesta a un correo sobre el presupuesto de la siguiente temporada de *Hace falta una galaxia*, cuando

sonó el aviso de correo entrante en mi Gmail y me encontré con un mensaje tuyo:

Hola, Luce:

Sé que ha pasado algo de tiempo. Más que algo. Una eternidad, diría yo. Pero mañana estaré en Nueva York, tengo que hacer escala unas horas, de camino a Washington para la toma de posesión del nuevo presidente. No podía perdérmelo. ¿Te lo puedes creer, nuestro primer presidente afroamericano? Aquí todo el mundo está entusiasmado. Yo creo que la elección de Obama va a suponer grandes cosas para el país; una nueva dirección, mejor y más humana. En fin, que me encantaría verte. ¿No tendrás un rato libre mañana por la tarde para un café?

Gabe

No me lo podía creer. No te contesté de inmediato. De hecho, no respondí hasta la noche, después de haberle mencionado a Darren tu visita, como quien no quiere la cosa.

—¿Sigues en contacto con ese tío? —preguntó, sorprendido de veras.

Negué con la cabeza.

—No he vuelto a verle ni a hablar con él desde el encuentro de antiguos alumnos de Columbia. Me ha escrito de repente.

Darren se desabrochó el cuello de la camisa.

—¿Me harías un favor?

Me armé de valor. ¿Iba a pedirme que no te viese?

—Dime —contesté.

—¿Te llevarías a Violet cuando vayas?

Me quedé callada unos segundos, un tanto pasmada.

—¿No te fías de mí?

Darren respiró hondo.

—Me fío de ti. Pero no me fío de él. No sé por qué quiere verte. Y creo que deberías llevarte a Violet.

Asentí en silencio. Sabía que, si le decía que no, sería como transmitirle una idea equivocada.

—Claro que sí —respondí—. Me llevaré a Violet. Pero creo que solo es un viejo amigo que quiere que nos veamos para ponernos al día.

Esa noche te contesté:

«Me alegro de saber de ti. ¿Qué tal mañana a las tres en Brooklyn Heights? Hay un Starbucks en Montague».

No mencioné a Violet.

Enseguida respondiste: «Genial».

Habíamos quedado.

Al día siguiente le puse a Violet unos vaqueritos para bebés, unas Uggs y un jersey gris decorado con un corazón rosa. Y un lazo rosa en el pelo. Yo, por cierto, iba vestida de un modo bastante parecido, solo que mi jersey era marrón y no llevaba ningún motivo decorativo, y tampoco me había puesto un lazo.

Darren se encontraba en el gimnasio cuando la embuté a ella y luego a mí en nuestros abrigos de invierno y salimos por la puerta.

Escudriñé a través de la puerta de vidrio del Starbucks y te vi sentado en una mesa con la cabeza gacha, leyendo algo en tu BlackBerry. Darren y yo acabábamos de pasarnos al iPhone, pero por alguna razón me pareció que tenía sentido que siguieras usando BlackBerry. Dejé la sillita de la niña fuera, me acoplé a Violet en la cadera y abrí la puerta. Levantaste la vista.

—Hola, Lucy —dijiste—. Y hola...

—Violet —apunté—. Violet, este es Gabe, un amigo de mamá. Gabe, esta es mi hija.

—Hola-hola —balbuceó Violet. Era una de sus palabras, siempre duplicada, algo que ni Darren ni yo habíamos logrado descifrar a qué se debía.

—Es tu vivo retrato —comentaste, levantándote de la silla—. ¡Vaya!

¿Qué estabas pensando en ese preciso instante? Siempre me lo he preguntado. El que se pareciese a mí y no a Darren hacía que Violet fuese más... ¿alucinante? ¿Tolerable? ¿Adorable?

Violet debió de percibir algo que le agradó, porque extendió los brazos hacia delante y tú la cogiste.

—Hola-hola —dijo, y te acarició las mejillas.

—Hola-hola —le respondiste.

Entonces, me abrazaste con el brazo que te quedó libre.

—Cuánto tiempo. Me alegro de que hayas venido.

Cogí a Violet y nos sentamos uno enfrente del otro. Dejé encima de la

mesa varios libros infantiles y unos bloques de construcciones y Violet se puso a jugar con ellos.

—Vi que ibas a casarte, en Facebook —comenté.

No sabía de cuánto tiempo disponíamos y quería saber lo que estaba pasando. Porque Darren tenía razón: no había ningún motivo evidente para ese encuentro, después de tanto tiempo.

Te echaste a reír.

—Directa al grano.

Me encogí de hombros y recogí el libro que Violet había tirado al suelo.

—Quieres saber lo que pasó —dijiste.

—Solo si tú quieres contármelo —respondí.

Y entonces me hablaste de Alina, del trabajo que le habían ofrecido en Washington y de que los dos os disteis cuenta de que vuestra profesión era más importante que vuestra relación. Ella quería irse a Washington y tú querías quedarte en el extranjero, y ni tú ni ella estuvisteis dispuestos a ceder para seguir juntos. No pude evitar pensar en nosotros, en que tú me habías dejado por esa misma razón.

—Es la historia de dos personas estupendas que no estaban hechas el uno para el otro —zanjaste.

Me pregunté si opinabas eso mismo de mí.

—Pues qué pena —dije yo.

—Penaaa —repitió Violet como un eco, alzando la vista. Era otra de sus palabras.

Tú te reíste.

—¿Te has clonado a ti misma? ¿Te has fotocopiado? Es genial tu niña.

—¿Eres genial? —le pregunté a Violet.

Ella sonrió y aplaudió.

Entonces yo también me reí.

—Eres feliz —me dijiste—. Con Darren, con Violet, eres feliz.

—Sí —contesté. Y era la verdad.

—Me alegro de que uno de los dos sea feliz. —Tal como la dijiste, no fue una frase sarcástica ni maliciosa. Solo con un punto melancólico.

—Tú fuiste el que se marchó —te recordé.

—Lo sé. He pensado mucho acerca de las decisiones que he tomado. En por qué las he tomado. En cómo habría sido mi vida si no lo hubiese hecho.

Estabas muy meditabundo, como si estuvieses haciendo inventario de tu

vida, juzgándola.

—¿Crees que habrías sido más feliz? —aventuré—. ¿Si te hubieses quedado?

Suspiraste.

—No lo sé. Unos días pienso que habría sido más feliz si nunca hubiese tirado por la fotografía. Creo que me enorgullecía mi empeño, que me sentía orgulloso por estar haciendo algo importante. Pero ha sido realmente duro. He pagado un precio alto. Bueno..., no sé. A lo mejor soy de esas personas que nunca llegan a ser felices. A lo mejor no soy el hombre que esperaba ser.

—¡Mamá! —exclamó Violet.

—¡Violet! —respondí yo. Y volvió a centrarse en los juguetes que tenía delante.

—Simplemente, quiero tantas cosas que están en conflicto entre sí —dijiste, con la mirada puesta en mi hija, viéndola pasar las páginas de su libro—. No sé si son compatibles.

—Estás atravesando una mala racha, nada más —repliqué—. Lo verás todo más claro dentro de un tiempo.

—Hasta ahora nunca lo he conseguido —respondiste, hablando hacia el interior de tu taza de café—. Y echo de menos lo nuestro, a ti, lo que teníamos. —Levantaste la mirada hacia mí—. Veo tus programas siempre que los encuentro en los aviones. Y siempre que tengo miedo, sueño contigo. Siempre que estoy triste, pienso que ojalá no me hubiera marchado.

Se me aceleró un poco el corazón.

—No hagas esto, por favor —te pedí, abrazándome con fuerza a Violet.

Me acariciaste el pelo, metiendo los dedos entre mis cabellos.

—Perdóname —dijiste—. Olvida que lo he dicho.

Di la vuelta a Violet para poder cogerla en brazos.

—Escucha, Gabe, ha sido genial verte pero creo que Violet y yo deberíamos irnos ya.

Asentiste sin decir nada.

—Espero que encuentres lo que buscas.

—Gracias. —Se te quebró la voz—. Yo también.

—Di adiós, Violet —le dije a mi hija.

—Adiós —obedeció ella, y volvió a tenderte los brazos.

Le diste un abrazo. Me miraste. Era evidente que querías abrazarme a mí también. Pero entonces bajaste la vista y te marchaste. Me cerré la cremallera

del abrigo, hice lo mismo con la de Violet y le encasqueté la capucha. Y a pesar de que el cielo estaba nublado, rebusqué mis gafas de sol en la bolsa de la sillita. No quería que nadie viera las lágrimas que me anegaban los ojos, del mismo modo que tú tampoco quisiste que yo viese las lágrimas que se agolpaban en los tuyos.

Ese verano Darren y yo nos pusimos de punta en blanco por primera vez en mucho tiempo para asistir a la boda de Gavin. Hacía una eternidad que no le veíamos, desde que nació Violet, y yo casi no conocía a la novia.

Darren soltó un silbido cuando entré en el salón con mi vestido azul marino con un escote de vértigo.

—Qué buena está mami —dijo.

Sonreí.

—Anda, vamos, guapetón.

Teníamos que estar pronto en la boda porque Darren formaba parte del cortejo del novio. Gavin se acercó a saludarnos cuando llegamos al lugar de la ceremonia.

—Ahora yo también tengo mi muñeca de papel —dijo, y se echó a reír.

Hacía años que no me acordaba de eso, de cuando Gavin había dicho, la primera vez que me vio, que yo era la muñeca de papel de Darren.

—Bueno, ¿y eso qué significa, a todo esto? —pregunté.

—Es una tontería sin importancia —respondió Darren. Entonces se volvió hacia Gavin—. ¿Qué necesitas que haga, tío?

Los hombres se fueron y yo me acerqué a las mujeres y novias de los otros integrantes del cortejo masculino, que estaban cerca de una bandeja con copas de champán. Muy considerado. Muy Gavin.

Después, en el banquete, Gavin y yo coincidimos en la barra. Los dos habíamos bebido un montón. Como todo el mundo en aquella boda.

—Ahora sí que sí —dije—. ¿Qué es una muñeca de papel?

Él se echó a reír.

—Darren me va a matar por contártelo, pero aquel verano se había hecho una lista de los requisitos que debía cumplir su posible novia. Tú los cumplías todos. Morena. Estudiante de universidad de prestigio. Viviendo en Brooklyn. Entre uno sesenta y uno setenta. De la costa este. Buen cuerpo. Del resto no me acuerdo. Pero, en definitiva, sobre el papel lo tenías todo, así que te llamábamos...

—La muñeca de papel —terminé por él.

—¡Eso es! —corroboró Gavin, al tiempo que hacía entrechocar su Johnnie Walker contra mi martini con vodka y a continuación tomaba un sorbo.

Hacer listas de ese tipo era muy propio de Darren y no debería haberme sorprendido. Pero, no sé por qué, aquello hizo que su amor por mí pareciese menos real, más calculado. La sensación que me produjo el verme reducida a una colección de atributos no me agradó nada.

Darren vino hacia nosotros.

—Tengo entendido que sobre el papel yo estaba a la altura de tus expectativas —le dije—. Pues menos mal que no mido medio centímetro más, si no me habrías descalificado.

Él se rio.

—Nunca encontrarás lo que quieres si no sabes lo que estás buscando. — Los tragos de Jägermeister a palo seco que se había tomado en compañía de los otros amigos del novio le habían vuelto un tanto lenguaraz. Y gritón—. Ese verano te buscaba a ti.

—O a alguien como yo —repliqué. Yo también tenía la lengua más suelta de lo habitual.

—Qué dices, te quería a ti —insistió, pasándome el brazo por la cintura y atrayéndome hacia él—. La lista solo me ayudó a centrar la atención en las mujeres que merecían la pena.

—¿Que merecían la pena? —repetí.

—Venga ya —dijo, y apuró otro chupito que Gavin le había ofrecido—. Vamos a bailar.

Dejé que me llevase a la pista, nos pusimos a bailar el twist (cosa que los dos hacíamos de pena) y, nada más empezar, nos dio la risa floja y dejé de pensar en su lista de requisitos para aspirantes a novia. Pero últimamente he reflexionado mucho acerca de aquella lista. Si yo en aquella época hubiese hecho una lista así, creo que ni tú ni Darren hubieseis cumplido todos los requisitos. Y si Darren volviese a hacer una ahora, creo que ya no sería su

muñeca de papel.

Una vez leí que en ninguna otra parte del mundo se celebran los cumpleaños de un modo tan elaborado como en Nueva York. No tengo datos al respecto ni puedo citar ningún estudio de investigación, que es lo que le pediría a cualquiera que me viniese con semejante afirmación en mi entorno laboral. Pero tirando de los casos de los que tengo conocimiento, no puedo ponerla en duda.

Para mi trigésimo cumpleaños Darren nos invitó a Kate, a Julia y a mí a pasar un día en un spa Bliss y sacó billetes para que él y yo viajáramos una semana entera a Australia.

—¡Está en tu lista de deseos! —exclamó.

Por lo menos esta vez me preguntó antes. Darren y yo íbamos bastante bien con nuestras respectivas listas. Él incluso había montado en un Segway en una fiesta de despedida de soltero a la que había acudido en Miami unos meses antes, con lo que había tachado la primera entrada de su lista.

—¿Y qué hacemos con Violet? —pregunté. La niña tenía casi dos años y medio y, aunque alguna vez la habíamos dejado con mis padres o con los de Darren con ocasión de algún fin de semana largo, nunca nos habíamos separado de ella más de tres o cuatro días y lo más lejos que habíamos estado de nuestra hija había sido California.

—A mí me parece que a Violet le vendría de perlas tomarse unas vacaciones de nosotros —dijo él.

Violet estaba en el suelo, al lado de Annie, jugando con unas ceras de colores con forma triangular y hechas de materiales inocuos. Le encantaban esas cosas, podía pasarse horas garabateando. Y no exagero.

—Hola, Vi —la llamó.

—Hola, papi —respondió ella.

—Tengo una supernoticia para ti. ¡Vas a ir a pasar una semana entera a casa de los abuelitos mientras mamá y yo estamos fuera de viaje!

—¡Abus! —Violet abrió los ojos como platos—. Sí, porfi —dijo, y siguió pintando.

—No creo que lo vaya a pasar mal —comentó Darren.

De modo que nos fuimos. Un avión de Nueva York a San Francisco. Otro de San Francisco a Hawái. De Hawái a Fiyi. De Fiyi a Sídney. No me gusta ir en avión. ¿Lo habíamos hablado alguna vez? La falta de espacio, el aire reciclado, la imposibilidad de salir... Me pongo mala si pienso que es para muchas horas. Por eso Darren consideró que si hacíamos muchas escalas no dispondría de tiempo suficiente para entrar en pánico. Y creo que fue buena idea, la verdad, porque en cuanto empezaba a sentir que el vuelo duraba demasiado o me resultaba agobiante, ya estábamos otra vez descendiendo a tierra. Desde aquella vez he procurado aplicar esa misma estrategia cuando tengo que volar. Aunque para viajar de Nueva York a Tel Aviv vine en un vuelo directo. Era la vía más rápida para llegar aquí.

Bueno, como te iba diciendo, aterrizamos dos días antes de mi cumpleaños y una limusina nos recogió en el aeropuerto y nos llevó al Four Seasons.

—He reservado una suite —me informó Darren mientras nos poníamos cómodos en el asiento trasero del coche.

—No digas disparates.

Él se encogió de hombros.

—En realidad no hemos hecho ningún viaje alucinante desde nuestra luna de miel. Y quién sabe cuándo volveremos a tener otra oportunidad.

Al llegar a la habitación, me conecté a la wifi y llamé a mis padres.

—Violet está bien —me dijo mi madre—. Jason y Vanessa han venido con los trillizos. Se lo está pasando bomba en vuestro viejo columpio.

No estaba segura de si sería buena idea hablar con la niña por teléfono, y, ya que estaba divirtiéndose tanto, pensé que podría llamarles otra vez más tarde.

—¡Ven a ver esto! —exclamó Darren desde el dormitorio.

—Os llamo luego, mamá —me despedí—. Dale a Violet un beso enorme de mi parte.

—Descuida —respondió mi madre.

Entré en el dormitorio. Encima de la cómoda había fresas bañadas en

chocolate y champán. Y en la cama, una caja con doce rosas de tallo largo.

—¿Qué les dijiste? —pregunté a Darren.

—Que estábamos de celebración —respondió él—. Y que nos mandasen lo mejor que tuvieran. —Entonces me besó y yo me relajé entre sus brazos. Estar con él era como quitarme los tacones al terminar un largo día de trabajo: natural, liberador, fácil.

—Te quiero —le dije, mientras él deslizaba la mano por debajo de mi blusa y me desabrochaba el sujetador.

Y aquellas bonitas rosas acabaron esparcidas por todo el suelo.

Me desperté de madrugada con una sensación de pánico, como si se me hubiese olvidado algo. Repasé mentalmente una lista imaginaria. Había metido en la maleta el cargador del teléfono y los adaptadores de enchufes. Me había acordado de meter sujetadores, bragas y calcetines. Maquillaje. Desodorante. Zapatillas. Había llamado a mi madre, había hablado con Violet. Entonces caí en la cuenta. Desperté a Darren dándole suavemente con el dedo.

—Me he dejado las píldoras anticonceptivas —le susurré cuando estuvo suficientemente espabilado para oírme.

—Estupendo —murmuró—. Es buen momento para ir a por otro.

Dicho esto, volvió a dormirse. Pero yo no pegué ojo, me pasé el resto de la noche mirando el techo, preguntándome si Darren se molestaría mucho si le pedía que usase preservativo.

La respuesta me quedó clara: sí.

Concebimos a Liam en Australia.

Una de las cosas que he descubierto que me resultan más interesantes de estar embarazada es que ninguna mujer lo vive exactamente igual que las demás. Y que los síntomas cambian de un día para otro. Además, siempre había oído decir que una misma mujer podía experimentar síntomas diferentes con cada hijo, cosa que me parecía especialmente curiosa. ¿Un mismo cuerpo no debería reaccionar igual cada vez? Pues no. Cada uno de mis embarazos ha sido ligeramente diferente de los otros. Eso sí, en todos he sentido el mismo cansancio y las mismas náuseas. Pero con Liam, pese a estar agotada, además tenía insomnio. Así fue como terminé poniendo *The Daily Show* yo sola en la tele del salón mientras Darren se preparaba para irse a dormir. Y así fue como acabé viéndote.

Después de la pausa publicitaria, Jon Stewart volvió a aparecer y dijo: «Bienvenidos de nuevo. Esta noche mi invitado es un fotógrafo de Associated Press que acaba de publicar su primer libro, *Desafiante*, una crónica gráfica de la Primavera Árabe. Con todos ustedes: Gabriel Samson».

Y allí estabas, en el salón de mi casa, año y medio después de que te dejase en el Starbucks de Montague. Mientras Jon Stewart iba mostrando páginas de tu libro y tú hablabas de tus experiencias, no pude evitar sentir una pizca de orgullo. El reconocimiento que habías obtenido por tu trabajo era inmenso (premios, por lo visto; un montón de ellos) y, por las preguntas que te hacía el presentador, al parecer tu libro había sido muy bien recibido también. El siguiente fin de semana iba a salir una reseña en el *New York Times* y habías recibido propuestas de museos y galerías para exponer tus fotografías.

«Da la impresión de que te quieren en todas partes, de Londres a Nueva York, pasando por Omaha, Nebraska —dijo Jon Stewart—. Yo me decantaría

por Omaha. Menudos filetes».

Te reíste y a continuación dijiste: «Aunque me gusta mucho la carne, las propuestas que estoy barajando más en serio están en Nueva York. Esa ciudad es muy importante para mí».

«Los neoyorquinos tienen mala fama —replicó Jon, retomando el estilo desenfadado de la conversación—. Pero somos una gente estupenda. Y desde luego yo me quedo con la pizza de Nueva York antes que con un filete de Omaha, si nos ponemos así».

«Totalmente. Y con las mujeres de Nueva York».

Y, aunque entonces terminó la entrevista, no pude apartar la vista de la pantalla. Tenías un aspecto magnífico. Se te veía feliz. Y me alegré por ti. Pero, sin poder evitarlo, me pregunté a quién te referías al mencionar a las mujeres de Nueva York. ¿Era a mí? ¿A otra persona? ¿O solo era una gracia para la televisión? Traté de quitarme todo eso de la cabeza. Pero no es nada fácil cuando estás tumbada en la cama y a las tres de la madrugada sigues mirando el techo.

Por malo que fuese el insomnio durante el embarazo, aún peor fue el que Liam, a los cuatro meses, no hubiese dormido más de cuatro horas seguidas una sola noche desde que nació. Iba por la vida como una zombi. Y el truco más certero para conseguir que volviese a dormirse era amamantarlo. Por esta razón disponía de más tiempo de lo habitual para leer las noticias en mi móvil.

A las nueve cuarenta y cinco del 2 de mayo, mientras daba de mamar a Liam, recibí una alerta de que el presidente iba a dirigirse al país esa misma noche.

—¿Para qué crees que será? —le pregunté al bebé. Y él, por toda respuesta, siguió succionando de mi pezón.

A las once, con Liam otra vez metido en su cuna, me encontraba ya leyendo artículos de una infinidad de medios distintos. A las once y media estaba en el salón escuchando al presidente Obama decir: «Buenas noches. Esta noche puedo informar al pueblo estadounidense y al mundo de que Estados Unidos ha llevado a cabo una operación que ha terminado con la muerte de Osama Bin Laden, el líder de Al Qaeda y el terrorista responsable del asesinato de miles de hombres, mujeres y niños inocentes».

Luego me metí en Twitter y vi las fotos que estabas subiendo (retuits de fotos de un colega tuyo) sobre el júbilo con que se estaba festejando la noticia delante de la verja de la Casa Blanca. Aunque no me alegraba de la muerte de Bin Laden, para mí fue como un alivio. Me sentí completa, como si su muerte representase la última pieza de un puzle que había quedado inacabado en 2001. Creo que tú también te sentiste así. El único tuit escrito de tu puño y letra fue uno que decía: «El mundo hoy es un lugar mejor que ayer.

#OperaciónLanzaDeNeptuno».

Estuve un rato viendo cómo tu cuenta iba llenándose de fotos, de enlaces a artículos, de mensajes lanzados por políticos y periodistas.

Abrí una ventana de mensaje directo y te mandé una nota: «No me lo puedo creer», escribí.

«Yo igual», me respondiste. «Me siento como si el mundo se hubiese desplazado de su eje».

Yo también lo sentía.

Dos meses después de aquello, Julia me llamó por teléfono a la oficina. Desde que había dejado el mundo de la televisión y se había pasado al sector editorial nos veíamos menos que antes, pero siempre intentábamos quedar aunque solo fuera una vez cada dos meses para ponernos al día. Y seguíamos hablando un montón por teléfono. Pero ella llevaba una vida muy diferente de la mía, ya que seguía soltera, seguía quedando con hombres y seguía aprovechando todo lo que podía ofrecer la ciudad de Nueva York, como hacía años que yo ya no hacía.

—¿Has leído hoy el *Time Out New York*? —me preguntó.

—Ay, Jules, ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que hojeé esa revista.

Giré la silla de mi despacho para poder mirar por la ventana de la oficina. Hacía casi un año que me habían asignado un despacho con vistas y no me cansaba de contemplar los edificios de enfrente o el tráfico de las calles, a mis pies.

—Pues hoy te va a interesar comprarla —dijo—. Sale un artículo sobre Gabe, tu ex. Está exponiendo sus fotografías en la galería Joseph Landis, en Chelsea. Aún no he tenido un momento para leer la reseña ni la entrevista que le han hecho pero el titular y el destacado están genial.

Vi un taxi que se detenía a recoger a dos clientes: un matrimonio mayor con maletas.

—¿Lucy? —preguntó Julia.

Me había quedado ensimismada, tratando de dilucidar qué hacer.

—¿Quieres ir? —dije finalmente—. ¿Hoy a la hora de la comida? ¿Nos vemos allí?

—Pues da la casualidad de que mis planes para la comida se han cancelado esta mañana. ¿A las doce y media?

Eché un vistazo a mi agenda de reuniones.

—¿Puede ser a la una? —pregunté.

—A la una, pues.

Nos encontramos en la galería y, aunque era entre semana, no estábamos solas. Entre el éxito que había cosechado tu libro y la reseña de la exposición en *Time Out*, habías atraído a una pequeña multitud. El título de la muestra, rotulado sobre una de las paredes, era: «Luz. Una retrospectiva fotográfica, por Gabriel Samson».

Julia y yo fuimos pasando de foto en foto entre un grupito de señoras bien, que iban un poco por delante de nosotras, y varios estudiantes universitarios, detrás. La exposición empezaba con unas imágenes de la Primavera Árabe, algunas de las cuales habían salido en el programa de Jon Stewart, tomadas de las páginas de tu libro. Eran fascinantes, como toda tu obra fotográfica: imágenes de esas que atraen inmediatamente a quien las ve, como las de Steve McCurry, como lo que habías soñado.

—Qué esperanzadoras —decían las señoras casi ante cada foto—. Fíjate la ilusión que transmiten sus ojos.

La cosa llegó al punto de que Julia movía los labios para imitarlas mientras ellas hablaban y luego miraba al techo entornando los ojos.

Pero aunque pusiera gesto de hastío, también decía que eran espectaculares. Y estaba en lo cierto: era espectacular la manera en que habías captado las emociones de la gente, espectaculares los encuadres, la sensación de que todo estaba saturado de color, de sentimiento, de determinación.

—Dicen que el autor es un auténtico bestia —comentaba uno de los universitarios—. Vamos, que se sube a montículos de cascotes y se tumba en charcos y en mierda para sacar estas fotos. Cuentan que una vez le dieron una paliza en Irak por hacerle una foto a la mujer del tipo que no debía.

Al oír aquello, me di cuenta de que no tenía ni idea de por qué te habían pegado en Irak. Solo sabía que habías recibido una buena tunda. Solo que me habías telefoneado después. ¿Tendría que haberte preguntado más? ¿Por eso no me llamaste cuando estuviste en Arizona?

A medida que avanzábamos me di cuenta de que las fotografías estaban dispuestas en orden cronológico inverso. Se podía ver claramente que la

ilusión y la determinación iban a más, que las fotos iniciales eran más impactantes incluso que las finales. Entonces las explicaciones que había sobre las paredes nos informaron de que estábamos remontándonos en el tiempo, al periodo anterior a la Primavera Árabe, anterior a las fotografías recogidas en tu libro, y que nos disponíamos a ver imágenes tomadas en Afganistán, Pakistán e Irak. Yo no había leído la reseña de la exposición, pero había dado por hecho que estaba integrada únicamente por fotos tomadas de *Desafiante*. Ver esos otros países, en comparación, fue muy interesante. A continuación di otro paso más hacia la derecha y me topé con imágenes que reconocí de Nueva York; allí estaba la pequeña asomada a la ventana de los barrotes, la niñita que inspiró el capítulo sobre los sueños de *Hace falta una galaxia*. Y entonces doblé una esquina y me encontré frente a una pared ocupada por mí.

—¡Uau! —exclamó Julia al girar también la esquina unos segundos después de mí.

Allí estaba yo con veinticuatro años, riéndome con la cabeza hacia atrás y una copa en la mano. En otra imagen se me veía sentada en el sofá, sonriendo, tendiéndote los brazos. Y en la cocina, sosteniendo una bandeja de gofres con cara de satisfacción. Luego con veintitrés años, calzándome unos tacones, con el pelo suelto ondeando junto a mi cara. La última imagen de la exposición era una que no había visto en mi vida: yo dormida en el sofá, con una mano apoyada en el portátil y la otra sujetando las páginas de un guion.

En la pared se podía leer: «Una mujer llena de luz hace que brille más todo lo que toca. Lucy, Luce, Light, Luz».

Al final de la exposición había una pila de libros en un mostrador junto a una tarjetita que decía: «Firmados por el autor». Me detuve.

—¿Estás bien? —me preguntó Julia—. Es...

—No lo sé. Creo que no —contesté, interrumpiéndola.

Era incapaz de poner en palabras los sentimientos que estaba experimentando en esos momentos. ¿Cómo se te había ocurrido llenar una pared entera de fotos mías sin avisarme?

—Voy a comprar uno —dije, señalando el montón de libros.

La mujer que me cobró no me quitaba el ojo de encima. Entonces leyó mi nombre en la tarjeta de crédito.

—Es usted —dijo—. Es Lucy.

Asentí.

—Sí, soy yo.

Me miró como si fuese a decir algo más, pero en lugar de eso me entregó el recibo para que lo firmase y deslizó uno de los libros por el mostrador hacia mí.

Cuando le devolví el recibo aprovechó para decir:

—Tiene mucho talento.

—Sí —contesté—. Siempre lo tuvo.

Mi cerebro seguía totalmente del revés cuando, de regreso en la oficina, guardé tu libro en el cajón de mi mesa. Me resultaba imposible concentrarme en nada. Así que abrí el correo y te mandé un mensaje:

Hola, Gabe:

He visto tu exposición en la galería Landis. No sé qué decir. Es un tributo precioso, pero me hubiera gustado que me consultaras. O que me avisaras, al menos. Me quedé impactada al doblar una esquina y verme en la pared.

Lucy

Tu respuesta llegó al instante:

¡Lucy!

Sí, debería haberte preguntado. Pero me daba miedo que me dijeras que no. Y tenía la sensación de que la exposición no estaría rematada si no salías tú. Aprendí a captar la luz del alma fotografiándote a ti. Tú fuiste mi musa, mi inspiración para todas esas fotos.

Me alegro de que hayas ido a verla.

Gabe

No contesté enseguida. Me parecía demasiado peligroso estar en contacto contigo. Y, además, todavía no había deshecho el nudo emocional que tenía dentro, aún no había extraído la respuesta a la pregunta de cuáles eran mis verdaderos sentimientos, de cómo me sentía realmente al haberme visto en aquella pared.

Leí la entrevista en el *Time Out New York* de camino a casa. El entrevistador te había preguntado acerca de mí. Tú no dabas detalles, pero decías que era tu

musa, tu luz. En negro sobre blanco. Era muy descarado de tu parte, Gabe. En fin..., no sé. ¿Egoísta sería el calificativo adecuado? ¿Te paraste a pensar en la reacción de Darren? ¿En lo que supondría para mí? Supongo que no. Casi seguro que no. Sé que querías ser fiel a tu arte, plasmar tu universo de la manera más veraz posible, quizá transmitirme a mí un mensaje, no sé. Pero, por Dios, menudo aprieto en el que me pusiste. Porque tenía claro que tenía que decírselo a Darren antes de que se enterase por otra vía. Y sabía que no le iba a hacer ninguna gracia.

Esperé a que hubiésemos terminado de cenar. A que los niños estuviesen acostados. A que sacáramos a Annie y le pusiéramos la comida.

—¿Te apetece que tomemos algo? —le pregunté.

—Beber un miércoles. ¡Pero bueno!

Le sonreí con languidez.

—¿Tan duro ha sido el día en la oficina? —preguntó—. Claro que sí, ponme algo.

Habíamos descubierto el raki durante nuestro viaje de novios y a los dos nos gustaba mucho, así que serví las dos copas como si fuera un sutil recordatorio de que formábamos una pareja, que estábamos juntos, que éramos un matrimonio. Pensé que le vendría bien.

—Bueno, cuenta: ¿qué programa te está dando problemas? —me preguntó cuando le tendí su raki y nos sentamos en el sofá.

Darren se había reconciliado con mi faceta profesional y finalmente había empezado a interesarse por mi trabajo después de que naciera Liam, cuando le dejé claro que aun teniendo dos hijos no pensaba quedarme en casa. Y, de vez en cuando, al pasar por delante de un escaparate en el que había una fiambra decorada con las palabras *El cohete del tiempo*, o por una marquesina con un cartel que anunciaba *¡A brillar!* (mi programa de empoderamiento de las niñas —un guiño a mi condición de madre de una—), detectaba un ápice de orgullo en su sonrisa que me hacía sonreír a mí también.

Pero en lugar de responderle, dije:

—Hoy en la hora de la comida he ido con Julia a ver una exposición de fotografía.

—Ah, ¿sí? —Se giró para mirarme a la cara, y estoy segura de que estaba ya tratando de entender adónde quería llegar con aquello—. ¿Y cómo está?

—Bien —contesté cuidadosamente—. Era una exposición de Gabe. Mi ex,

Gabe. Esta mañana Julia la vio anunciada en el *Time Out* y por eso fuimos juntas.

Darren se quedó inmóvil.

—Entiendo.

Cogí la revista de la mesa de centro, la abrí y se la ofrecí.

—Había fotos mías, Darren. Te prometo que yo no sabía nada.

—No es broma —comentó, y leyó rápidamente las palabras que tenía delante.

—No —dije yo—. Me quedé impactada. Yo... —Me sentía culpable, como si le debiera una disculpa, como si fuese culpa mía cuando en realidad no lo era. Había sido culpa tuya, Gabe.

Darren, conmocionado, levantó la vista de tu entrevista. Se había puesto blanco.

—¿Esta es tu forma de decirme que tú y él...?

—¡No! —exclamé—. ¡No! No hay nada entre nosotros. No he vuelto a verle desde aquella tarde en que fui con Violet a tomar un café con él... Antes incluso de quedarme embarazada de Liam. Y la noche que mataron a Bin Laden le mandé un mensaje por Twitter y él me respondió con uno también, nada más. ¡Eso es todo! De verdad. Te lo juro.

El rostro de Darren fue recobrando el color.

—No os habéis visto, entonces. Él no te consultó.

—Te lo juro por la vida de nuestros hijos.

Darren comenzó a enojarse. Estrujó la revista.

—Menudo gilipollas. Un gilipollas que se cree lo más. Vamos a llamar a la galería. Podemos pedirles que la quiten.

—Tranquilo —le dije—. No es necesario. No tenemos por qué armarla. —Mi nudo emocional empezaba a deshacerse y, por muy enfadada que estuviera contigo, no quería que clausurasen la exposición. En parte me gustaba estar allí. En parte me sentía especial. Elegida. Importante.

Él respiró hondo.

—Tienes razón. No sé lo que estaba pensando. No tenemos por qué hacer una montaña de esto.

Di un sorbo de mi raki. Darren también. Entonces, apuró todo el licor. Yo hice lo mismo, sintiendo alivio por que las cosas no hubieran ido peor. No sé lo que me había imaginado, no sé qué había pensado que iba a hacer él, pero así estaba bien. Darren y yo estábamos bien.

Agitó el hielo de su copa.

—Mañana por la noche saldremos a cenar después de trabajar —dijo—. Voy a reservar mesa en un sitio buenísimo. Y luego nos iremos a ver la exposición. Si hay fotos de mi mujer en una galería de arte, quiero verlas.

Asentí con la cabeza.

—Claro que sí. Lo que tú quieras.

A la mañana siguiente me puse un vestido negro ceñido y tacones para ir a trabajar. Sabía que era un look que a Darren le gustaba en mí. Yendo así vestida una noche, después de un par de copas de vino en una fiesta, me susurró: «Tengo a la mujer más sexi de todo este lugar».

Después de la prometida cena buenísima en Del Posto, cogimos un taxi para ir a la galería. Cuando entramos, yo me situé al final de la cola de gente para poder ir de país en país, siguiendo tu viaje retrospectivo de esperanza y luz. Pero Darren me cogió de la mano y dijo:

—¿Dónde sales tú?

—Al final —le respondí, y le indiqué la esquina del otro extremo de la galería.

Darren me llevó de la mano, entre la multitud (esa noche sí que había público, mucho más que cuando habíamos ido Julia y yo) hasta que doblamos la esquina. Entonces se detuvo. Aflojó la mano y me soltó, maquinalmente. Miraba las fotos casi sin pestañear. Se quedó así un buen rato. Sin decir una palabra.

Miré mi imagen, expuesta en aquella pared. Traté de ponerme en la piel de Darren. Yo era una persona que él creía conocer mejor que a nadie en el mundo, y ahora tenía delante una versión diferente de mí. Estaba contemplando a la Lucy de antes de Darren, a una Lucy que amaba a otro hombre, que compartía los secretos y los sueños de otro. Que era su inspiración. No creo que yo hubiese sido nunca una inspiración para Darren. Y no debió de ser fácil para él verme a través de tu mirada. Di un paso en su dirección, pero no me tendió la mano.

Cuando finalmente miró hacia mí, vi claramente la ira hirviendo en su mirada. Los celos. El dolor.

Esa noche discutimos por primera y última vez por ti. Darren quiso que le prometiera que nunca más volvería a ponerme en contacto contigo, pero,

aunque yo entendía cómo se sentía, no podía concederle lo que me pedía. Al final, volvió mi Darren razonable, el Darren aficionado al ajedrez, y retiró la petición. Pero aquella fue la vez que más inseguro y necesitado le he visto.

—¿Tú me quieres? —me preguntó.

—Te quiero —le respondí—. Sí.

Entonces, se le quebró la voz.

—¿Le quieres a él?

—No —dije yo—. Solo te quiero a ti. —Y en ese momento era verdad, o eso pensaba yo. Le prometí que le quería más de lo que te había querido a ti, que de ninguna manera podías competir con él, que él y yo habíamos fundado juntos una familia. Esa noche hicimos el amor. Y nos dormimos abrazados.

Después de aquello, te mantuve apartado de mi mente a la fuerza durante un tiempo. Me concentré en la rabia que me daba que me hubieses puesto en semejante situación y que no me lo hubieses consultado antes. Lo hacía por Darren, por Violet y Liam, por nuestra familia. Pero me resultó imposible continuar enfadada contigo. Porque en el fondo me halagaba que hubieras querido tenerme en tu exposición retrospectiva. Era un halago ser tan importante para ti, para tu obra. En medio de aquel batiburrillo de sentimientos, en parte me sentía emocionada por saberme tu musa.

A veces da la sensación de que la vida transcurre casi con la lentitud con la que se desplaza un glaciar, que los días van sucediéndose sin que nos demos cuenta, hasta que, de pronto, algo te obliga a parar y a fijarte y a darte cuenta de que ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que te detuviste a mirar. Puede ser un aniversario, un cumpleaños, unas vacaciones. El 11 de septiembre de 2011 Violet tenía casi cuatro años y Liam acababa de cumplir ocho meses. Yo era la productora de tres programas infantiles diferentes y estaba preparando propuestas para otros dos más. Y Darren y yo llevábamos casi cinco años casados. Hacía más de siete que te habías ido de Nueva York. Y habían pasado exactamente diez años desde el día en que nos conocimos. Diez años desde los atentados que habían puesto en marcha nuestras vidas de adultos y que habían hecho que nuestros caminos se cruzasen y se separasen.

En la escuela infantil de Violet el 11 de septiembre era el Día de los Héroes. Nos convocaron a todos en Prospect Park para mostrar a los niños el trabajo de los bomberos, los policías y los equipos de emergencias médicas. A partir de entonces, cada vez que Violet veía un camión de bomberos o un coche de la policía o una ambulancia, se paraba y coreaba: «¡Vamos, héroes, vamos! ¡Vamos, héroes, vamos!». Aún lo hace a día de hoy. Liam también. No puedo evitar sonreír.

Por toda la ciudad se celebraron actos en recuerdo de las víctimas. Sendas misas en San Patricio y en la Trinidad, una exposición fotográfica en la Historical Society. Encendieron dos columnas de luz azul en la Zona Cero, más altas incluso que las torres, visibles desde millas de distancia. Y me llamaste. Lo cierto es que yo también me había planteado llamarte, aun a sabiendas de que no debía.

Estoy segura de que lo recuerdas.

Estabas en Kabul.

—Llevo todo el día pensando en ti —dijiste cuando contesté la llamada.

—Y yo en ti —confesé, y me escabullí al cuarto de Violet y cerré la puerta.

—No sabía si contestarías —añadiste.

Pensé en todas las veces que me habías llamado o escrito.

—¿Es que no te he cogido el teléfono alguna vez? —pregunté.

—Nunca —respondiste en voz baja.

Me senté en la camita de Violet y te hablé del Día de los Héroes, de lo que estaba pasando en Nueva York. Tú dijiste que te gustaría estar aquí.

—Yo también siento que deberías estar —coincidí contigo—. Que tendríamos que subir a la azotea del Wien Hall a comprobar cómo está la ciudad.

—Ojalá —contestaste.

Ni tú ni yo supimos qué más decir después de eso, pero ni tú ni yo queríamos cortar la llamada. Nos quedamos callados un rato, cada uno con el teléfono apoyado en la oreja.

—Imagina que estamos allí en este preciso instante —dije.

—Y que no hay humo, que solo hay un perfil precioso de la ciudad — señalaste.

Cerré los ojos.

—Y pájaros y un cielo azul sin una sola nube, y gente yendo y viniendo por las aceras —añadí—. Y se oyen risas de niños, que suben desde un parque con columpios que hay abajo. Y nadie tiene miedo de que el siguiente aliento que exhale pueda ser el último de su vida.

—¿Qué más? —preguntaste.

—El Empire State Building —te dije—. También lo vemos desde aquí.

—Enhiesto, fuerte y orgulloso —apuntaste.

—Sí, fuerte y orgulloso. —Abrí los ojos.

—Me gusta —dijiste—. Gracias, Lucy.

—De nada —respondí, aunque no estaba muy segura de por qué me dabas las gracias.

—Debería irme a dormir, aquí es tardísimo. —Bostezaste mientras me lo decías.

—Vale. Buenas noches. Que duermas bien.

Volviste a bostezar.

—Me alegro de que hayas contestado —dijiste.

—Me alegro de que hayas llamado —respondí.

Entonces cortamos la llamada y me di cuenta de lo importante que había sido para mí hablar contigo ese día. Y de que me habría sentido incompleta si no hubiésemos hablado.

¿Te sentiste así tú también?

Hay veces en que es como si se me quedasen grabados en la mente palabras, frases, nombres de personas, y luego los oigo por todas partes. No sé si realmente están por todas partes o si simplemente yo estoy más pendiente de ellos y por eso los detecto más.

Después de tu llamada, una de esas palabras fue Kabul. Y otra Afganistán.

Y tres días después las oí en la NPR, la radio pública. La embajada de Estados Unidos en Kabul había sido bombardeada. Enseguida pensé en ti. Cogí el teléfono antes de pararme siquiera a pensar con calma.

«¿Estás bien?», te escribí.

Me quedé mirando la pantalla hasta que vi esos tres puntitos que indicaban que estabas escribiendo.

«Estoy vivo. Ileso. No estaba allí. Pero mis amigos sí», escribiste.

Luego otra vez los puntitos.

«No estoy bien».

No supe qué contestar. Así que no contesté.

Lo siento.

A menudo pienso en cómo vamos incorporando personas a lo largo de la vida. O, más bien, Personas, con pe mayúscula. Esas a las que acudimos en caso de emergencia, esas con las que sabemos que podemos contar. Si tenemos suerte, las primeras Personas de ese tipo son nuestros padres. Luego nuestros hermanos. El mejor amigo de la infancia. Nuestro marido o nuestra mujer.

Tal vez porque te movías tanto por el mundo o tal vez simplemente porque eras así, tenía la sensación de que, a diferencia del resto de la gente, tú no ibas incorporando a tu vida a ese tipo de Personas. Tenías a tu madre. Por las fotos de Facebook, sabía que ibas a verla con frecuencia. Y supongo que me tenías a mí. Por lo demás, tenías una red de conocidos y amigos, como tus antiguos compañeros de residencia en la universidad, a los que ibas a ver de tanto en tanto, pero parecía que no te sentías cómodo si tenías que pedirles ayuda. O por lo menos así fue durante el tiempo que estuvimos juntos y supongo que después también, porque a quien llamaste aquel día fue a mí.

Era un sábado por la tarde. Tu número apareció en la pantalla de mi móvil. Yo estaba columpiando a Violet en Coxsackie Park. Que en realidad no se llama así, pero era como esa tal Viviana había empezado a llamarlo el verano anterior, cuando su hijo Mateo y otros cuatro críos se contagiaron con el virus de coxsackie después de haber estado en los columpios. Entre los padres del barrio corrió la voz con la misma eficacia con que el virus se había propagado entre los niños, y durante meses ninguno asomamos por allí. Pero, por sentido común, el virus había tenido que desaparecer a lo largo del invierno, y aquella tarde no era yo la única madre que se había acercado al parque infantil.

Darren estaba con Liam en su clase de natación para niños y padres.

Empujé el columpio de Violet con fuerza y le di al botón verde de aceptar llamada. Lo único que oí fue tus sollozos. Vi que Violet volvía en el columpio y la impulsé de nuevo.

—¿Gabe? ¿Qué pasa? ¿Estás herido? ¿Dónde estás?

Respiraste hondo.

—En el JFK. Mi madre ha muerto, Lucy. Ha muerto.

Y a continuación oí tu respiración entrecortada y tu llanto ahogado, convulso. Se me encogió el corazón, como cuando oía llorar a Violet, Liam o Darren. Como cuando oía llorar a Jason.

—¿En qué terminal del aeropuerto estás? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo vas a estar ahí?

—En la de United —dijiste cuando recobraste la capacidad de hablar—. Tengo una escala de cuatro horas.

—Voy para allá. Tardo cuarenta minutos.

Corté la llamada y detuve el columpio de Violet, actuando ya en el modo anticrisis que solía emplear en el trabajo: acción inmediata, plan sobre la marcha, que las cosas no vayan a peor sino todo lo contrario. Y hacer acto de presencia, cuanto menos.

—¿Ya no hay más columpio? —preguntó Violet, balanceando las piernas en su intento por moverlo otra vez.

—Vi —le dije—, tengo que hacer una cosa importante: tenemos que ir al aeropuerto a ver a un amigo de mamá. Ahora mismo está un poco triste porque su mamá ha tenido que marcharse muy lejos hasta dentro de mucho tiempo, y a lo mejor cuando lleguemos está llorando. Pero vamos a intentar que se sienta mejor.

Me tendió los bracitos para que pudiera sacarla del columpio.

—Yo a veces estoy triste y lloro.

—Sí —le dije, levantándola—. Yo también.

Cuando Violet estuvo acomodada en su sillita, miré la hora. La clase de natación de Darren había terminado, pero normalmente después se quedaba un rato con los otros papás y sus bebés en una cafetería cercana a la piscina. Me armé de valor y le llamé por teléfono. No iba a ser fácil.

—Tengo que acercarme al aeropuerto —le dije a Darren cuando contestó la llamada. Se oía a Liam balbuceando, al fondo.

—¿Cómo? ¿Y eso? —preguntó Darren, claramente distraído.

No habíamos vuelto a hablar sobre ti desde la noche de tu exposición. Yo sabía que no se lo iba a tomar nada bien. Pero no podía dejarte sollozando, solo, en la Terminal 7. De nuevo, otro grano de la granada. Estaba atrapada, como Perséfone.

—Acaba de llamarme Gabe... Gabe Samson —le expliqué—. Su madre ha fallecido y él se encuentra ahora en el JFK. Está destrozado.

Darren se quedó callado. Yo oía a Liam que decía «bagel» una y otra vez, al fondo.

—¿Y tú tienes que ir a recomponerlo? —preguntó Darren—. No.

—No tiene a nadie más.

—Tampoco te tiene a ti —repuso Darren—. Ahora te daré un bagel —le dijo a Liam.

—Pues claro que no —repliqué—. Me tienes tú. Liam me tiene. Violet me tiene. Pero ha muerto su madre y me ha llamado por teléfono. No está bien que esté solo en estos momentos. Tú mismo no querías estar solo, si te hubiese pasado a ti.

—Pero yo no llamaría a la mujer de otro —objetó Darren. Percibí la tensión de su voz.

—Para él yo no soy la mujer de otro, soy una vieja amiga, nada más; alguien a quien llamar cuando le ocurre una desgracia.

—Dijo que eras su puta luz —protestó Darren.

—Y yo digo que tú eres mi marido. Qué más da lo que dijera él. Por favor, no tengamos esta conversación por teléfono. Delante de tus amigos. Delante de los niños.

Visualicé su mandíbula apretada. Me lo imaginé cerrando los ojos y volviendo a abrirlos despacio.

—¿Te llevas a Violet? Ya sabes que no me fío de él.

—Me llevo a Violet, sí —respondí. Sobre todo porque no sabía con quién podía dejarla con tan poca antelación, y Darren se encontraba en la otra punta de Brooklyn.

—Bien —dijo—. Pero que conste que no me hace gracia.

Supe que iba a tener que templar gaitas después, que me iba a tocar suavizar mucho las cosas, pero de momento me marchaba al aeropuerto. Me iba a verte.

Tras un alto para dejar la sillita al otro lado de la verja de nuestro edificio, cogimos un taxi que nos dejó en la Terminal 7 y entramos en el vestíbulo. Tú habías salido de la zona de seguridad porque no nos iban a permitir pasar sin tener billetes; estabas esperándome cerca de las puertas, hundido en un banco, derrumbado. Tenías los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos. Nada más verme, te pusiste a llorar otra vez. Eché a correr hacia ti con Violet en brazos y me senté a tu lado, con la niña en el regazo. Ahora me pregunto qué estaría pensando ella. Y qué estarías pensando tú. Si echo la vista atrás, creo que como madre metí la pata. Violet no debería haberse visto obligada a procesar semejante situación, a ver a un adulto tan hecho polvo. Si hubiese sido más sensata, habría llamado a alguna de las mamás que vivían en nuestro edificio y le habría dicho a Darren que no me llevaba a la niña, por muy furibundo que se hubiera puesto. Y eso quizá habría cambiado mucho las cosas.

Extendiste los brazos por encima de la cabeza de Violet para darme un abrazo. Yo te abracé a mi vez, y Violet nos imitó con sus bracitos estirados todo lo posible alrededor de tu tronco.

—Tranquilo —te dijo Violet—. No te has hecho sangre ni nada.

Una vez que te serenaste un poco y que yo encontré en el bolso un lápiz y una libretita para que Violet se entretuviera en el suelo, me contaste que tu madre había sufrido un aneurisma cerebral. Y que estabas destrozado porque hacía casi un año que no habías ido a Arizona a verla. Que en esos momentos te sentías como si te hubiesen cortado las amarras y ya nada te conectase con tierra firme, y que si te alejabas flotando por el mar nadie se enteraría.

—Yo sí me enteraría —te dije.

Mientras hablabas, Violet se había agarrado a ti con un brazo alrededor de tu gemelo y había seguido pintando, medio abrazada a tu pierna.

—Y me parece que ella también se enteraría —añadí.

Sonreíste levemente, con tristeza.

Nos acercamos a un puesto de comida y compraste agua. Yo te sugerí que comieras un sándwich, o al menos un plátano, pero me respondiste que creías que no ibas a poder tragar nada.

Cuando Violet y yo nos fuimos, me pareció que te quedabas algo más sereno que cuando te habíamos visto al llegar. Pero no me quitaba de la

cabeza lo que habías dicho de sentirte desligado de tierra firme. Yo estaba ligada a tantas personas que no podía ni siquiera imaginar lo que debía de ser eso. Y creo que tampoco quería saberlo.

Los niños son increíbles. En serio, son alucinantes. Son seres abiertos, empáticos, cariñosos, en especial los de cuatro años y medio.

Me marché del aeropuerto con el corazón encogido de verte tan destrozado. Pero al parecer también Violet se fue de allí tocada, más intensamente que yo, incluso.

—Gabe, el amigo de mamá, estaba llorando —les contó a sus muñecos al día siguiente—. Está muy triste. —Y vino a decirme—: ¿Le puedo regalar este dibujo a Gabe? Es un corazón y un sol y un chupachups. Y pegatinas de caritas sonrientes. Porque están contentas.

—¿Qué te parece si le hago una foto con el móvil y se la mandamos? —le pregunté.

Ella dijo que sí con la cabeza y sostuvo solemnemente su obra de arte para que le sacase la foto.

—No te olvides de cargar el teléfono para que funcione —me avisó. Y eso te dirá más de mí que de ella, me parece. O quizá un poquito de las dos.

Saqué la foto y te la mandé por e-mail junto con una explicación. ¿Te acuerdas? Tu respuesta llegó al cabo de unos minutos: «Dile a Violet que gracias».

—Bien —contestó ella—. Dile que de nada.

Luego, en la cena, Violet le contó a Darren la historia. Y, para mi sorpresa, añadió:

—Tengo que animarlo más. Así que creo que debería venir un día a jugar a casa. Le enseñaré a hacer galletas.

Habíamos empezado a cocinar dulces juntas y a Violet le parecía que era una de las experiencias más mágicas del mundo. Se quedaba observando a

través del cristal del horno hasta que la masa subía y se transformaba en un bizcocho, y muchas veces retransmitía el acontecimiento en directo.

Darren me miró levantando las cejas.

—Para mí también es la primera noticia —le dije.

—Estaba tan triste, papi —le explicó Violet—. Era un señor mayor y lloraba como un niño pequeño. Y cuando la gente llora, se supone que tenemos que darles ánimos. Es lo que nos dice la señorita Melissa en el cole.

Me mordí el labio. Era consciente de los sentimientos de Darren, pero también de que yo estaba tan preocupada por ti como Violet y no me hubiera importado verte otra vez antes de que te fueras.

—Tiene razón. Es lo que dice la señorita Melissa... —Me encogí de hombros, mirando a Darren sin saber qué decir.

No quería forzar nada. Iba a dejarle a él que decidiese. Porque, Gabe, incluiste a la mujer de otro en tu exposición de fotografía. Y aunque no lo hubieses hecho, yo habría entendido si se hubiese negado. Darren tenía todo el derecho del mundo a no querer que mi exnovio pisase nuestra casa. Y, para serte sincera, yo probablemente también debería haberme negado. Debería haber recapacitado, tendría que haber pensado en lo que significaría tenerte allí. Pero no lo hice. Para mí, mi matrimonio era tan sólido que ni siquiera me planteé que dejarte entrar en mi mundo pudiera hacerle ni tan siquiera un rasguño, una mella, ni cambiar mi forma de ver a Darren. Pero eso precisamente fue lo que pasó. En su momento no me di cuenta, ni tampoco a lo largo de los meses siguientes, pero, si me remonto en el tiempo para buscar el origen, creo que aquel fue uno de esos instantes en que se presenta una bifurcación en la carretera, una decisión que nos señaló el camino que acabamos tomando.

Darren lo meditó, y apareció entre sus cejas la arruga que le salía siempre cuando jugaba al ajedrez.

—Muy bien —dijo al cabo de unos minutos durante los cuales Violet le había estado mirando con ojos suplicantes y yo había clavado la vista en mi plato y me había puesto a trocear el salmón—. Tienes razón, Vi. Debemos animar a las personas cuando están tristes.

Me pregunté entonces si tal vez había dejado de considerarte una amenaza, por algo que yo o quizá Violet habíamos dicho. O si pensaba que al estar en nuestro piso, rodeado de fotos de nuestra familia, de alguna manera te sentirías menos atraído hacia mí. O si sencillamente pensó, como pensé yo,

que nuestro matrimonio era tan estable que no se vería afectado. Nunca le he preguntado por qué acabó diciendo que sí. Simplemente lo acepté. Pero estoy segura de que había un motivo. Conociendo a Darren, siempre hay un motivo.

Y así fue como acabaste recibiendo una invitación para venir a mi piso a hacer galletas con mi hija. He de admitir que me sorprendió que aceptases.

Decidimos la fecha por e-mail, un viernes en que se suponía que yo iba a trabajar desde casa pero que acabé tomándome libre. Tú tenías previsto pasar cuarenta y ocho horas en Nueva York e ibas a venir directamente desde el aeropuerto. Violet insistió en que decorásemos la casa con globos en tu honor y que en cada globo dibujásemos una cara sonriente. Eso hicimos: unas sacando la lengua, otras con pestañas, otras con cejas.

—¿Quieres uno? —le preguntó a Liam. El pequeño tenía casi dieciocho meses y María se disponía a llevarle al Transit Museum (le encantaba corretear por los vagones de tren).

—Verde —dijo él. Su hermana movió afirmativamente la cabeza y le entregó un globo verde, y él se marchó entonces con María.

Puse una lavadora con ropa de los niños y Violet y yo preparamos todos los cachivaches para hacer las galletas. Estábamos sacando el cuenco grande de las mezclas cuando sonó el timbre del telefonillo y mi hija fue corriendo. Annie corrió detrás de ella, ladrando.

—¿Hola? —dije por el interfono.

—Soy yo —respondiste.

—¡Es él! —exclamó Violet.

Pulsé el botón y abrí la puerta del piso. Unos minutos después, entrabas en mi salón. Lo primero que me llamó la atención fue que te habías rapado la cabeza. Violet también se fijó.

—¿Y..., y tu pelo? —preguntó, arrugando las cejitas. Era en lo único en lo que se parecía a Darren.

Rápidamente, me miraste y luego la miraste a ella.

—Pues está... en la lavadora —le dijiste.

—¿En la lavadora? —repitió ella.

Te encogiste de hombros y tu hoyuelo apareció por un breve instante.

—¿Tú no te lavas el pelo cuando está sucio?

Violet asintió.

—¡Pero en el baño!

Dejaste en el suelo las bolsas de equipaje que llevabas.

—Pues yo pensé que en la lavadora sería más fácil.

Violet me miró.

—¿Me puedo lavar el pelo en la lavadora? —me preguntó.

—Hablaemos de eso más tarde —le dije.

Mi hija salió en dirección a la cocina, dando por hecho que irías detrás de ella y recitando por el camino el plan para hacer las galletas. Pero tú te paraste a mi lado. Te tendí los brazos y tú te abandonaste a ellos. Noté tus lágrimas en mi cuello.

—¿Por qué te has rapado? —te pregunté en voz baja.

Te erguiste y te frotaste los ojos con una mano.

—Es una señal de duelo. Me pareció apropiado. ¿Tan diferente estoy?

—Estás diferente, pero sigues siendo tú —te respondí—. ¿Y estás seguro de que estás como para ponerte a hacer galletas?

—Claro que sí —dijiste—. Y gracias. Por tener una hija tan dulce. Por ceder a su deseo de animar a un viejo tristón. Por estar ahí. Puede que suene ridículo pero, en parte, he podido hacer todo lo que tenía que hacer en Arizona gracias a la ilusión que me hacía venir hoy aquí.

Tras mezclar la masa y verterla en las diferentes formas de los moldes para galletas, metí la bandeja en el horno y Violet sacó una cacerola para pasta.

—Esto lo ponemos para no quemarnos —te explicó. A continuación, encendió la luz del horno, colocó la cacerola delante de la puertecilla y se sentó detrás—. Así ya no podemos tocar la puerta —aclaró, y dio unas palmaditas en el sitio contiguo al suyo en el suelo.

Tú fuiste a sentarte allí con ella y os quedasteis los dos mirando el horno los doce minutos enteros que tardaron en hornearse las galletas, sin decir ni mu ninguno de los dos. Me pregunté en qué estarías pensando. En qué estaría pensando ella. Pero no dije nada. Os observé y esperé que ese día te ayudase, que la preocupación de Violet por ti significase algo, que sintieras que aún había personas que se interesaban por ti aunque tu madre ya no estuviese en este mundo. No quería que te sintieras desligado.

Cuando sonó el temporizador, Violet me trajo la manopla del horno que estaba colgada del cajón de al lado del fregadero.

—¡Ya están! —exclamó—. Y mientras se enfrían podemos jugar al

escondite del castillo.

—¿Al escondite del castillo? —preguntaste al ponerte de pie, cogiendo del suelo la cacerola.

Violet se volvió hacia ti mientras yo abría la puerta del horno.

—Nos vestimos como gente que vive en un castillo y jugamos al escondite. Tú puedes ser el rey.

Casi se me cayó la bandeja de galletas cuando la oí decir eso. Darren era la única persona a la que dejaba ser el rey. Cuando Jay venía a vernos, le ponía a hacer de mago. Y mi padre y el padre de Darren eran siempre los bufones de la corte.

—¿Y tú eres mi reina? —le preguntaste a Violet, que ya te había cogido de la mano para llevarte al baúl de los disfraces.

—¡No! —exclamó como si hubiese sido la idea más disparatada que pudiera ocurrírsele a alguien—. ¡Yo soy el hada! Mamá es la reina.

Me miraste desde donde estabas; yo apagué el horno y fui con vosotros.

Violet nos puso sendas coronas y se colgó de los hombritos las alas de hada. Entonces dijo:

—Muy bien, rey y reina, ahora yo me escondo en vuestro castillo. ¡Contad hasta veintitrés y venid a buscarme!

«¿Veintitrés?», me preguntaste moviendo solo los labios.

Yo me encogí de hombros. Violet salió corriendo y nosotros nos pusimos a contar.

—¡Más alto! —gritó desde el pasillo.

Íbamos por trece cuando la oí decir:

—¡Anda! ¡Hay un foso en este castillo!

Yo dejé de contar.

—¿Un foso de mentira? —le pregunté desde el salón.

—¡Un foso de verdad! —respondió ella a voces. Entonces oí el inconfundible sonido de unos piecitos chapoteando en un charco.

Salí corriendo del salón al pasillo.

—¿Dónde estás?

—¡Es el escondite del castillo! ¡No te lo puedo decir! —respondió ella.

Pero se había dejado abierta la puerta del cuarto de la lavadora y el charco estaba expandiéndose hacia el pasillo.

—¡Santo cielo! —exclamé, y salí disparada hacia el charco.

Tú fuiste corriendo en dirección a Violet.

—¡Te encontré! —le dijiste—. ¡Me parece que ahora es cuando el rey coge al hada del suelo y la hace volar! —Y aupaste a Violet para sacarla del charco.

—¡Más arriba! —gritó ella, riéndose—. Las hadas vuelan más alto.

Me quedé quieta delante del cuarto de la colada, mirando. «Mierda», pensé, «mierda, mierda, mierda». Seguía saliendo agua de la parte posterior de la lavadora. Saqué el móvil de mi bolsillo y llamé a Darren.

—¿Estás bien? —me preguntó nada más descolgar después del primer tono de llamada.

—Yo sí —dije—. Pero el cuarto de la colada no. Hay un charco enorme. Me parece que se nos ha estropeado la lavadora. ¿Quién es nuestro fontanero?

—Joder —contestó—. Te mando su teléfono por correo electrónico. Salvo que quieras que le llame yo.

—No, no, yo me encargo. Pero ¿la apago? ¿La desenchufo?

—Ni idea —dijo Darren—. Pregúntale al fontanero. Acabo de mandarte el número. Ve contándome.

Corté la llamada y abrí rápidamente mi e-mail. Tú volviste sujetando a Violet.

—¿Dónde tenéis el cuadro de luces? —me preguntaste—. Tienes que cortar la corriente de la lavadora.

—¿Estás seguro? —pregunté yo, mientras buscaba el mensaje de Darren en mi bandeja de entrada—. Pensaba consultárselo al fontanero.

—Estoy seguro —respondiste mientras dabas una vuelta entera con Violet en alto, volando—. Tienes que apagar la lavadora para que deje de echar agua pero no tienes que tocar nada que tenga corriente eléctrica estando en un charco.

—Ah. Lógico. Está en la cocina.

Llevaste a Violet por los aires hasta allí y dijiste:

—¡Hada disponiéndose para el aterrizaje! —y la dejaste en la encimera.

—¡Más, más, quiero volar más!

—El rey necesita arreglar unas cositas —le explicaste. Seguías con la corona en la cabeza, solo que ligeramente ladeada ahora.

La niña y yo te seguimos con la mirada mientras tú te ajustabas la corona y bajabas el automático rotulado con las palabras «Cuarto de la colada».

—¿Llamo al fontanero ya? —te pregunté.

Habías empezado a quitarte los zapatos y los calcetines.

—Déjame que eche un vistazo —respondiste, remangándote los pantalones.

Cogí a Violet de la encimera y me la llevé conmigo al cuarto de la colada, donde nos quedamos para verte maniobrar: primero retiraste la lavadora de la pared y a continuación apretaste un manguito suelto del tubo del desagüe. Como ya no salía más agua, el charco se había reducido gracias al sumidero que había en el centro del suelo.

—Con esto debería bastar —dijiste—. Puede que te interese avisar igualmente al fontanero para estar segura, pero también puedes probar a encender otra vez la lavadora a ver si rezuma agua o no.

Seguías con aquella ridícula corona puesta en la cabeza. «Así habría sido la vida si las cosas hubiesen ido por otro derrotero», pensé.

—¿Estás bien? —preguntaste, mirándome con cara de extrañeza.

Sonreí.

—Gracias a ti, sí —dije—. Eres más caballero andante que rey, me parece a mí. Gracias por salvar mi cuarto de la colada.

Te reíste.

—Me daría rabia renunciar a la corona, pero en el fondo siempre me ha gustado Lanzarote. —¿Querías llevarme por ahí? ¿A Lanzarote y Ginebra? Debo suponer que sí.

Tragué saliva, deseando que no pudieras adivinar lo que estaba pensando, cosa que eras capaz de hacer, y me volví a Violet, que seguía en mis brazos.

—Bueno, mi bella princesa, creo que nuestras galletas ya se habrán enfriado bastante para comerlas. ¿Quieres una?

Se bajó al suelo como una lagartijilla y salió disparada hacia la cocina, gritando:

—¡Sí!

—¿Una galleta, reina mía? —me preguntaste, colocándome recta la corona.

Te miré a los ojos y detecté tu tristeza, aunque estabas intentando camuflarla. Con el caos del escape de agua en el cuarto de la lavadora, se me había ido de la mente el motivo por el que habías venido.

—¿Cómo te encuentras? —te pregunté.

—Mejor —dijiste—. Gracias por este día.

—Me alegro, y no tienes por qué dárme las. —Sentí ganas de tenderte los

brazos y estrecharte, como cuando habías llegado, pero me contuve. A fin de cuentas, Ginebra está casada con Arturo. En vez de abrazarte, dije—: Deberíamos ir a la cocina antes de que Violet intente trepar por los armarios.

Luego nos sentamos con ella a comer las galletas que habíamos horneado entre los tres.

Nunca le conté a Darren que nos mantuvimos en contacto por correo electrónico durante un tiempo después de aquella visita. Y entonces encadenaste un viaje con otro, tantos que a duras penas lograba seguirte la pista: Filipinas, Rusia, Corea del Norte, Sudáfrica. Nuestros mensajes fueron espaciándose cada vez más y un día caí en la cuenta de que hacía meses que no nos comunicábamos. En cuanto a Violet, prácticamente pareció olvidarse de ti. Pero de vez en cuando me preguntaba si podía meter el pelo en la lavadora, y yo hacía una pausa de unos segundos para lanzar un deseo al universo: que estuvieras bien y fueras feliz.

El otoño siguiente a que me arreglases la lavadora (porque realmente la arreglaste, te lo había dicho, ¿verdad?) recibí una llamada de Kate que me inquietó. Darren estaba viendo el golf en la tele y los niños jugando en el salón. Annie husmeaba en busca de algo debajo del sofá, probablemente los cereales del desayuno que Liam tenía la habilidad de ir dejando por todas partes. Y yo estaba tratando de ponerme al día con un montón de números atrasados del *New Yorker*, pensando que debía simplemente cancelar la suscripción porque ver crecer aquella montaña cada semana me estaba haciendo sentir una inepta. Y me recordaba el poquísimo tiempo que tenía para mí, el poco que no consumían el trabajo o la familia.

—¿Qué piensas de las braguitas sin entrepierna? —me preguntó Kate cuando respondí su llamada.

—Mmm —dije yo. Comprobé que Liam y Violet seguían atareados levantando una torre y me fui a hablar a la cocina—. Pues nunca les he dedicado muchos pensamientos pero supongo que me parecen un tanto inútiles, ¿no? Como las gafas sin lentes o los sujetadores sin copa.

—¿Eso existe? ¿Los sujetadores sin copa? —preguntó Kate.

—Ni idea. Era un ejemplo para ilustrar mi opinión, nada más. ¿Por qué quieres saber lo que pienso de las braguitas sin entrepierna?

Kate suspiró al otro lado de la línea telefónica.

—¿Nunca te entran ganas de...? No sé. ¿Nunca te ha apetecido echarle un poco de picante a la vida?

—¿Al sexo, quieres decir? —pregunté. Aquello era muy poco propio de Kate. Hasta ese momento nunca en mi vida la había oído decir las palabras «braguitas sin entrepierna» ni hablar de echarle picante a la vida. Su fiesta de

despedida de soltera había sido en un spa. En el que no se permitieron las pajitas con forma de falo.

—Es que le he contado a Liz que con Tom me parece que las cosas se han... estancado. Y me ha dicho que me comprase unas braguitas sin entrepierna.

Eso empezaba a encajarme un poquito más. Seguramente Liz lleva ese tipo de prenda con bastante frecuencia. Y sujetadores sin copa, si es que existen de verdad.

—¿Es vuestra vida sexual lo que se ha estancado? —volví a preguntarle.

Kate suspiró.

—Es todo —dijo ella—. Cada mañana cojo el mismo tren a la ciudad y cada noche el mismo para volver a casa. Tom me pregunta siempre lo mismo cada día cuando llega, dos trenes después que yo. Yo siempre me lavo la cara mientras él se cepilla los dientes y luego, mientras yo me los cepillo, él hace pis. Así cada noche. El otro día me cepillé los dientes antes de lavarme la cara y fue como si le hubiese descolocado por completo. ¿Esto va a durar eternamente?

Yo nunca me había parado realmente a pensar en que las cosas pudieran estancarse, pero, si era sincera conmigo misma, debía admitir que a veces me daba la sensación de que todo se había vuelto un tanto... repetitivo, rutinario.

—Sé a lo que te refieres —le dije—. A mí Darren me llama por teléfono todos los días a las 17:02 para preguntarme a qué hora calculo que volveré a casa. Mi asistente se troncha. Llevamos comprando la misma marca de papel higiénico, Charmin Ultra Resistente, desde que estamos juntos. El mes pasado me pregunté qué ocurriría si me daba por comprar el Charmin Ultra Suave. Pero al final no lo cogí.

—Pues deberías —señaló Kate.

—Tú deberías coger otro tren —repliqué yo—. Hacerte un corte de pelo. O salir de viaje, solos Tom y tú. Podéis dejarnos a las niñas un fin de semana.

—¿En serio nos las cuidaríais un fin de semana? —preguntó.

—Pues claro. Hazlo. Reserva los billetes.

—¿Y tú? —me preguntó.

—Yo cambiaré de papel higiénico —dije.

Nos echamos a reír. Tom y Kate nos dejaron a las niñas y se fueron de escapada un fin de semana. Y yo compré el Charmin Ultra Suave. Pero son tantas las cosas del día a día, tantos los asuntos de los que ocuparse, que es

más fácil seguir una rutina, así no tienes que pensar. Ya solo dedicar esa pizca más de neuronas a escoger entre varias marcas de papel higiénico puede hacer que las cosas pasen de «manejables» a «agobiantes».

Pero Kate me hizo pensar: a veces mi vida con Darren parecía haberse estancado. Y cuando algo se estanca puede estropearse y mucho, si uno no se da cuenta.

Ese invierno, unos meses después de que Liam cumpliera dos años, todos en casa nos pusimos enfermos. Fue uno de esos catarros espantosos que obligaban a Violet a faltar a la guardería una semana entera. Estaba alicaída y quería estar en brazos todo el tiempo, y cada vez que tosía se me partía el corazón, pues era como un estertor profundo en su pechito. También a ti se te habría partido el corazón, Gabe. Estaba tan triste y daba tanta pena verla. Annie no se separaba de ella. Darren tampoco se encontraba muy bien y, para colmo, en el trabajo se encargaba de gestionar un acuerdo que no estaba rodando tan bien como había esperado, de modo que estaba muy irritable tanto con los niños como conmigo.

Llevábamos cuatro días así. Violet y yo, acurrucadas en el sofá con Annie, estábamos viendo *¡A brillar!* mientras Liam jugaba en el suelo con sus trenes de madera favoritos. Darren iba de acá para allá por el piso, con un informe financiero de no sé qué empresa en las manos, leyéndolo mientras andaba de un lado a otro. En la tercera o cuarta vuelta, al entrar en el salón me dijo:

—Liam tiene mocos.

—Hay un paquete de toallitas en la mesa de la cocina —le dije.

Él se detuvo y me miró.

—Estoy trabajando —replicó—. Tú eres su madre.

—¿Cómo dices? —repuse. Violet se frotó la naricilla húmeda en mi jersey.

—Que estoy trabajando.

Me quedé mirándole. En ocasiones me salía con esas cosas y yo me quedaba pensando: «¿De verdad esta es la persona con la que me casé?». No me sucedía a menudo, pero sí de tanto en tanto. Solía ser en relación con el cuidado de los niños, con mi papel en la familia como esposa y madre.

Sin mediar palabra, me levanté del sofá con Violet en brazos, me fui a por las toallitas a la cocina y le limpié los mocos a Liam.

Esa noche me desperté al oír llorar al niño. Acabábamos de pasarle de la cuna a una cama pero él aún no había descubierto que podía bajarse solito de ella en mitad de la noche. Miré a Darren. Él también estaba medio despierto.

—Liam está llorando —dijo, con los ojos apenas entreabiertos.

—Lo oigo. —Me sentía como si tuviera la cabeza rellena de algodón.

—¿Vas tú?

En realidad no me lo estaba preguntando.

—Mmm —respondí, saliendo ya de la cama.

Cuando llegué al cuarto de Liam, Violet estaba en la puerta abierta.

—Me ha despertado, mamá —dijo, y entró conmigo.

—A mí también —contesté, cogiendo a su hermanito en brazos—. ¿Por qué no te metes en la cama y te duermes?

—¿Me puedo quedar? —preguntó.

Yo estaba demasiado cansada para discutir.

—Vale —dije, y me volví hacia Liam—. ¿Qué te pasa a ti, chiquitín?

De pie, en mis brazos, el llanto de Liam se redujo a un gimoteo. Le sequé la carita, que estaba toda sucia de moco y babas.

—Tengo calor —respondió con la voz aún temblorosa.

Acerqué los labios a su frente, como había hecho con Darren aquellas Navidades lejanas. Pero al estar enferma yo también, mis labios no eran de fiar. Le tomé la temperatura. Treinta y ocho y medio. Suspiré.

—Muy bien, coleguilla —le dije—. Ya sé que esto no te gusta nada, pero te sentirás mejor.

Mientras Violet nos observaba, enchufé un chorrillo de paracetamol con una jeringa en la garganta de Liam y después le puse entre los labios su vaso con boquilla. Estaba tan pachucho o tan cansado que no opuso mucha resistencia. Tragó y a continuación tosió.

—Ya lo sé, mi niño. Estar malito es un rollo.

—Estar malito es un rollo —repitió él como un eco. El labio le tembló un poco.

Violet tosió tapándose la boca con el brazo como le habían enseñado en la guardería.

Los niños parecían tan alicaídos como yo misma me sentía.

—¿Qué tal si esta noche dormimos todos juntos?

Ella movió afirmativamente la cabeza y se subió a la cama de Liam. Yo me tumbé a su lado, entre las sábanas, y apoyé la cabecita de Liam en mi hombro con la esperanza de que, al estar elevada, pudiese respirar mejor.

—Mamá, te quiero —dijo él cuando cerró los ojos.

—Yo también te quiero —dijo Violet, acurrucándose contra mi cuerpo, al otro lado.

—Y yo a los dos —les contesté—, hasta el infinito.

Y pensé en ti entonces, Gabe. Hacía mucho que no lo hacía, pero estando allí, tumbada, me acordé del día en que, ni siquiera hacía un año, horneamos galletas y tú me arreglaste la lavadora. Recordé la sensación que tuve, lo que habría podido ser y no fue. Y me pregunté cómo habrías reaccionado si tuvieses dos niños enfermos. ¿Te habrías levantado de la cama, me habrías dicho que me durmiera mientras ibas a consolar a un hijo que lloraba? ¿Habrías querido que se acostasen en la cama con nosotros dos, como una familia con fiebre y narices mucosas? No habrías dado por hecho que todo debía recaer en mí, que yo era la encargada de limpiar naricillas y administrar el paracetamol. Eso seguro.

Esa noche, con mis niños en los brazos, soñé contigo en el lugar de Darren. Soñé que les hacíamos gofres a Violet y Liam. Tú llevabas aquella corona ridícula. Todos teníamos puestos pijamas navideños a juego.

Cuando me desperté, lo achaqué a un sueño febril. Pero, en el fondo, era mucho más que eso.

Ese año, 2013, en ocasiones me pareció el año del desencanto. Tenía la sensación de decepcionar a Darren una y otra vez con mis elecciones. Y a mí él me decepcionaba con sus reacciones. Y sus expectativas. Eran cosas de poca monta: Violet empezó primaria en un colegio nuevo y él pensó que yo debía entrar a trabajar más tarde para poder llevarla cada mañana, en lugar de María. Me invitaron a participar en un congreso en Los Ángeles y él quiso que rechazase la propuesta porque implicaba pasarme fuera de casa seis días, y le parecía que era demasiado tiempo para que los niños estuviesen sin su madre. Seguía tratando de convertirme en la mujer que había imaginado cuando elaboró aquella lista estúpida. Pero él no era mi Pígalión. Y yo no era su Galatea.

Aunque no estoy siendo justa. También tuvimos nuestros momentos divertidos. Pasamos quince días en una casa preciosa en East Hampton en el mes de agosto e invitamos a Vanessa, a Jay y a los trillizos a que estuvieran con nosotros una semana. Los chicos se lo pasaron en grande, nadando, haciendo castillos de arena y cavando hoyos tan profundos que cabían de pie, y Darren y yo estuvimos mejor juntos, sin el trabajo interponiéndose entre los dos. En septiembre llevamos a Violet y a Liam a ver su primer partido de los Yankees. Teníamos asientos justo detrás del *home*. Austin Romine firmó sendas pelotas para los niños y después estuvieron hablando de eso durante semanas. Organizamos en casa por primera vez la celebración por el día de Acción de Gracias, a la que invitamos a la familia de Darren al completo y a la mía y hubo muy buena sintonía entre todos. Poniéndolo todo en la balanza, estábamos bien, aunque no para tirar cohetes.

Y creo que fue por eso por lo que, cuando vi el nombre de una mujer, una

tal Linda, en la pantalla del teléfono de Darren la semana en que tanto él como yo cogimos vacaciones entre el día de Navidad y el de Año Nuevo, enseguida pensé que tenía una aventura. La manera en que las personas interpretamos las situaciones suele revelar más sobre nosotros mismos que sobre la situación en sí. Como cuando, durante nuestra reunión de antiguos alumnos, vi a aquella mujer con la mano apoyada en tu brazo y di por hecho que se trataba de tu novia o, al menos, de una mujer a quien te interesaba llevarte a casa esa noche. Todo lo vemos a través del filtro de nuestros propios deseos y arrepentimientos, de nuestras esperanzas y temores.

Cuando vi «Linda», sin apellido, mi cuerpo sintió una oleada de calor, y después de frío. Nunca me había imaginado que Darren pudiera engañarme con otra. Me parecía tan estable, tan íntegro y leal. Por eso decidí demostrarme a mí misma que me equivocaba. Repasé mentalmente todas las Lindas que podía conocer, ¿alguien de su empresa, de la universidad, del gimnasio?, pero no había ninguna. Entonces me metí en su página de Facebook a buscar alguna Linda. Las dos únicas que encontré fueron una prima que vivía en Nuevo México y la mujer de un conocido de la universidad que vivía en Filadelfia. Respiré hondo y concluí que podía ser cualquiera de ellas. Debía concederle el beneficio de la duda, aun cuando introducir el nombre de una persona sin el apellido en la agenda de contactos del teléfono parecía algo deliberado, como si tuviera algo que ocultar.

—¿Has hablado últimamente con tus primos? —le pregunté mientras cenábamos con los niños un plato de macarrones con queso al que añadíamos pollo en taquitos. Por alguna razón, Liam prefería comer la carne en dados y al final acabamos tomándola siempre así. En lo tocante a su personalidad, mi hijo me recuerda mucho a mi hermano.

Darren negó con la cabeza.

—Pero debería llamarles para desearles feliz año.

—Sí —comenté—. Yo también debería felicitarles.

Así pues, no era su prima Linda.

—¿Qué te parece si vamos a pasar un día a Filadelfia todos juntos esta semana? —le pregunté—. ¿No sabes nada de tus compañeros de la facultad? Hace tiempo que no los vemos.

Darren se encogió de hombros.

—Es un viaje largo, y la verdad es que no he vuelto a hablar con ninguno de ellos desde que Josh se casó la primavera pasada. ¿Crees que estamos

llegando a esa fase en que se cambian las antiguas amistades por modelos nuevos?

Di un sorbo al merlot que había servido para él y para mí, pese a que realmente no pegaba nada con los macarrones con queso y pollo. Nunca me ha gustado el vino blanco en invierno.

—¿Qué quieres decir?

Liam estaba haciendo una torre con sus tacos de pollo. Violet, por su parte, iba comiendo macarrón a macarrón.

—Nada, que prácticamente solo vemos a gente del barrio que tiene niños de la edad de los nuestros. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que estuvimos con Kate, Tom y las niñas, y eso que viven en Westchester, a solo una hora de aquí. Igual deberíamos hacer planes con ellos para esta semana.

—Buena idea. Llamaré a Kate.

—¿A la tía Kate? —preguntó Violet—. ¿Crees que tendrá disfraces nuevos para que pueda ponérmelos con Samantha y Victoria?

Samantha era un año y medio menor que Violet y Victoria tenía medio año más, pero en esos momentos las diferencias de edad no parecía importarles tanto como cuando eran más pequeñas.

—Creo que es muy posible —le contesté.

Ella asintió y reanudó la pesca de macarrones.

No había dado una con las Lindas.

Pero dos semanas después Darren se olvidó el móvil en casa al irse al gimnasio. Después de mirarlo fijamente durante quince minutos, lo cogí y decidí averiguar de una vez por todas quién era esa Linda. Tecleé su código de desbloqueo (la fecha de nuestro aniversario) pero el iPhone protestó vibrando y sacudiéndome a la cara los puntitos de la pantalla. Volví a experimentar aquella oleada de calor y frío repentinos que había sentido la primera vez que vi el nombre de Linda. Probé con la fecha de nacimiento de Violet y luego con la de Liam. Después lo intenté con la de Darren. Después con la mía. Ninguna desbloqueaba el dispositivo y sabía que, si introducía un código erróneo por sexta vez, el teléfono quedaría inhabilitado. Pero a decir verdad no tenía una sexta opción ya. ¿Sería la fecha del cumpleaños de la tal Linda? Dejé el teléfono en la mesa de centro, donde lo había encontrado.

Pensé en contarle a Kate mis sospechas, pero tuve la sensación de que quedaría como una idiota. No tenía ninguna prueba real. Además, ella y Tom tenían sus propios problemas. Solo le faltaba tener que ocuparse también de

los míos. Pero, aunque sentía que no tenía pruebas suficientes para justificar una llamada a Kate, seguía dándome miedo preguntarle a Darren por qué había cambiado su código de bloqueo del teléfono. Quién era Linda. Por qué solo aparecía su nombre de pila. Porque, en cuanto tuviese la certeza de que me estaba engañando, ya no habría vuelta atrás; vendría el dolor, el sentimiento de traición, las broncas, las lágrimas. Me estremecí pensando en que tendría que pasar por todo eso y en el efecto que causaría en los niños, en mí, en nuestra vida en conjunto. Era más fácil fingir que todo iba bien.

Mantuve las orejas bien abiertas los meses siguientes. En tres o cuatro ocasiones me di cuenta de que, al regresar de su oficina, había venido por el vestíbulo del edificio hablando por teléfono antes de entrar en casa, pero siempre se despedía antes de abrir la puerta. ¿Habría podido tratarse de la tal Linda?

En marzo se quedó un par de sábados en la empresa. ¿Linda?

Se fue con unos amigos del trabajo a pasar un fin de semana de golf. ¿O no?

En aquellos seis meses casi no pegué ojo. Me quedaba tumbada a su lado en la cama, preguntándome cómo podía dormir tranquilamente guardando un secreto tan espantoso, traicionándome de esa manera. No podía apartar de mí la imagen de él en brazos de otra mujer. Unas veces me la imaginaba rubia, otras pelirroja, otras como yo pero más joven. Daba igual cómo me lo imaginara, el caso es que era horroroso. Se me quitó el apetito. Empecé a beber más. No entendía por qué nos había dado la espalda. Qué era lo que lo había llevado a eso.

En ocasiones me entraban ganas de hacerle tanto daño como él me estaba haciendo a mí, física y emocionalmente, lo que fuera con tal de demostrarle lo que estaba haciéndole a una persona a la que había prometido amar hasta la muerte. Otras solo deseaba que me pidiera perdón, que me dijera que iba a dejarla, que seguía amándome y que me querría siempre. A veces pensaba que, con que solo me dijese eso, se lo perdonaría todo. Tenía el corazón como si fuera un yoyó, o una pelota de ping-pong: botando de un lado a otro de la mesa. Pero por debajo de todo eso detectaba el sentimiento abrumador de que, no sabía cómo, yo era la que le había fallado a él. No había sido lo bastante cariñosa o lo bastante lista o lo bastante buena esposa. Era culpa mía que Darren estuviese haciendo lo que estaba haciendo. Y esa idea de haber fallado me tenía paralizada.

Creo que por eso no se lo conté a nadie, a decir verdad. En cuanto lo expresase de viva voz, se tornaría real. Nuestro matrimonio había fracasado. Nosotros habíamos fallado. Yo había fallado.

Darren y yo ya no hacíamos el amor con la frecuencia de antaño (quizá una o dos veces al mes, algo que se había convertido en normal después del nacimiento de Liam). Yo ni siquiera me molestaba en tomar medidas para no quedarme embarazada. Pero desde que había visto el nombre de Linda en su móvil, vivía en la paradoja de estar tan enfadada con Darren que no quería ni tocarle, y a la vez no quería darle motivos para refugiarse en los brazos de otra. Cuando llevaba ya varios meses atrapada en mi espiral de sospechas y celos, una noche, con los ojos clavados en el techo y torturándome con escenas imaginarias de Darren subiéndole la cremallera del vestido a otra mujer, abrochándole el cuello, calzándole los zapatos, extendí el brazo hacia su lado de la cama y deslicé la mano por debajo de la cinturilla de sus bóxers. Él estaba ya quedándose dormido.

—Ahora no —murmuró, y se apartó un poco, rodando de costado.

Me sentí como si me hubiesen dado una patada en el pecho. Su rechazo me dolió físicamente. ¿Cómo era posible que desease a una desconocida y no a mí?

Para mis adentros, empecé a cuestionar todo lo que hacía y decía y mi mezcla de dolor y celos fue en aumento. Pero en ningún momento dije nada. Lo único positivo de creer que Darren me estaba engañando con otra era que, cuando soñaba algún sueño turbulento y aparecías tú, ya no me sentía culpable.

Esa primavera me dio por leer tu muro de Facebook con más frecuencia. Por darle más al «me gusta» en tus fotos. Y hasta escribí un comentario sobre un artículo que habías publicado. ¿Te diste cuenta? ¿No te preguntaste por qué?

Elegir el momento oportuno es fundamental. Es algo que he aprendido. Y se aplica tanto al ámbito profesional, como a las amistades y las relaciones amorosas. A nosotros en especial.

A mediados de junio de ese año estuviste en Nueva York un fin de semana largo. La agencia te mandaba a Jerusalén a raíz del secuestro de tres adolescentes israelíes por parte de Hamás. Tú les habías dicho que querías disfrutar de un breve paréntesis en Estados Unidos antes de meterte de lleno en un país y en un conflicto nuevos, y accedieron. A esas alturas ya eras un fotoperiodista bastante reconocido, por lo que deduzco que Associated Press te concedía lo que les pidieras. Habías pasado por Ucrania y después por Moscú. No sé cómo te las ingeniabas para aclimatarte a un país diferente cada pocos meses, en ocasiones cada pocas semanas. ¿O acaso te ayudaba el ir de un lado a otro de esa manera? ¿Te hacía pensar menos en tu madre, en lo que no tenías?

Cuando me escribiste aquel e-mail para decirme que llegabas en avión el día 13 y preguntarme si podríamos vernos, te respondí que sí sin ni siquiera hablarlo antes con Darren. Decidí que no se merecía que se lo consultase. Ya que él tenía secretos para mí, yo también podía tener secretos para él.

Darren había estado diciendo que quería ir con los niños a Nueva Jersey para ver a sus padres y le sugerí que fuese ese sábado sin mí, que me vendría bien tener un día a solas para relajarme, arreglarme las uñas y salir a comer con algunas amigas, y que su madre podía echarle una mano con los niños.

—Me parece bien —dijo él—. ¿Y a lo mejor el domingo yo me podría ir a jugar al golf?

—Trato hecho —respondí, preguntándome si «jugar al golf» significaba

«quedar con Linda». En un primer momento me había sentido culpable por mentirle, o en cualquier caso por no incluir entre mis razones para pasar el sábado a solas el hecho de que pensaba quedar contigo. Pero cuando dijo golf, me sacudí rápidamente de encima todo arrepentimiento. Mi omisión me pareció justificada.

Esa misma mañana te mandé un mensaje: «¿Quedamos en Manhattan? Darren se va a Nueva Jersey todo el día con los niños». A fin de cuentas, Manhattan era nuestro territorio.

«Genial», respondiste. «¿En el Faces & Names? ¿Sigue abierto? Voy a mirar en Google».

Me reí mientras esperaba tu siguiente mensaje con el resultado.

«Sí. ¿Comemos juntos allí? ¿A las doce?».

«Me parece perfecto», respondí. Entonces salí a que me hicieran la manicura y la pedicura para que la mentira que le había dicho a Darren tuviera por lo menos algo de verdad. Nunca hasta entonces le había mentado, o no de esa manera. Y no me agradó. Pero el hacer que en parte fuese cierto me alivió un poco.

Tardé media hora en decidir qué me iba a poner para verte. Hacía un día soleado y una temperatura de veintipocos grados, el tiempo ideal, por lo que podía escoger el atuendo que quisiese: vestido, falda, pantalones, piratas. Opté finalmente por algo sencillo: vaqueros, camiseta negra de manga corta, bailarinas y alguna joyita. Me maquillé como en los tiempos en que estábamos juntos: raya negra en el párpado, justo por encima de las pestañas. ¿Te fijaste?

Entré en el Faces & Names y tú ya estabas allí, sentado en un sofá al lado de la chimenea.

—No quieren encenderla para nosotros —me informaste—. Dicen que en junio no se pone.

Me senté a tu lado.

—Y tienen razón.

Te miré atentamente. Te había vuelto a crecer el pelo y tu hoyuelo seguía en su sitio, pero tu mirada transmitía cansancio, como si hubieses visto demasiadas cosas.

—¿Estás bien? —te pregunté.

—Igual me estoy haciendo mayor para esto —respondiste—. Justo estaba pensando en eso. No me ilusiona este encargo y es la primera vez que me

pasa. —Entonces tú me miraste a mí atentamente—. ¿Y tú, estás bien? —preguntaste.

No le había dicho nada a nadie durante meses, pero contigo me sentía segura. Además, como no formabas parte de mi vida habitual, no podías contárselo a nadie. Darren y yo no estaríamos en boca de todos entre el grupo de padres de la guardería.

—Creo que Darren me engaña —susurré. Intenté contener las lágrimas, pero no fui capaz. Me estrechaste contra tu pecho. No dijiste una palabra, tan solo me abrazaste. Entonces me diste un beso en la frente.

—Si está haciendo eso, es que es imbécil —dijiste—. Y no te merece. Eres inteligente, sexi y la mujer más alucinante que conozco.

No apartaste el brazo de alrededor de mis hombros cuando yo pedí un martini de manzana y tú un whisky (por los viejos tiempos). Yo me apoyé en ti cuando bebimos cada uno nuestra bebida. Y pedí otra ronda. Me sentía tan a gusto con tu cuerpo cerca del mío. Recordé aquel sueño que tuve cuando había estado con fiebre, en el que hacíamos gofres, todos con pijamas de Navidad, y me pregunté cómo sería volver a casa cada día después de trabajar y encontrarte allí, encontrar tu empatía, tu fortaleza, tu comprensión.

Se me empezó a nublar la mente.

—Necesito comer algo —te dije—. No estoy acostumbrada a beber tanto, y tan rápido.

Pedimos unos palitos rebozados de mozzarella y una fuente de minisándwiches cubanos, cosas que hacía siglos que no comía pero que devoré en un intento de que absorbieran todo el alcohol. Aun así, cuando me levanté para ir a los aseos, tuve que apoyarme en tu coronilla para no perder el equilibrio.

—¿Te encuentras bien? —me preguntaste por segunda vez en lo que llevábamos de tarde, al tiempo que apoyabas la mano en mi espalda para sostenerme.

—Hacía meses que no me encontraba tan bien —respondí.

En el cuarto de baño del local no paraba de pensar en lo que había sentido cuando me habías abrazado, en lo alejada que me sentía de Darren, en la cantidad de dolor que había estado acumulando a lo largo de esos meses sin darle salida. Añoré el tipo de cercanía que había experimentado en tu abrazo. Cerré los ojos e imaginé tus labios pegados a los míos. Su calor y su presión, su sabor. Imaginé que me entregaba a ti, por entero, como años atrás,

abandonando todo control, dejándote llevar las riendas. Quería eso. Lo necesitaba. Había estado tratando con todas mis fuerzas de evitar que todo se desmoronase, de evitar desmoronarme yo misma, y ya no podía más. Necesitaba ceder el timón a otras manos. Necesitaba que lo cogieras tú.

Cuando volví al sofá, habías pagado la cuenta.

—¿Te apetece ir a dar un paseo al parque? —preguntaste—. Podemos comprar agua en alguna tienda de comestibles.

—Buena idea —dije tendiéndote la mano.

Tú la cogiste y te levantaste del sofá. Fue un instante de contacto directo, piel con piel, que pareció cargado de electricidad. Me miraste a los ojos y yo no pude apartar la vista. Mi respiración se hizo más lenta, imitando sin darme cuenta la tuya. Diste un paso hacia mí.

—Gabe... —empecé a decir.

Me soltaste la mano.

—Perdona —contestaste, y bajaste la mirada—. No sé qué me ha pasado.

—Gabe —dije de nuevo tratando de encajar en esa sola palabra una frase entera llena de significado.

Volviste a mirarme a los ojos y esta vez ni tú ni yo pudimos romper la conexión. Levanté la mano y acaricié tus labios con las yemas de los dedos.

—No deberíamos —dijiste, sosteniéndome la mano entre las tuyas.

Entonces, no sé cuál de los dos se acercó antes al otro, si fuiste tú o si fui yo o si quizá nos movimos exactamente a la vez, pero mi boca y tu boca se unieron y de pronto todo lo que no estaba bien en el mundo pareció arreglarse.

Me estrechaste contra ti, de modo que tu cuerpo y mi cuerpo quedaron pegados, muslo contra muslo, abdomen contra abdomen, pecho contra pecho.

—¿Dónde está tu hotel? —te pregunté en voz baja.

—Estoy en el Warwick de la Sexta Avenida. Pero..., Luce.

—Está bien —dije yo. Nunca en mi vida he deseado tanto algo como te deseaba en ese instante.

Volví a besarte y tú gemiste, y deslizaste la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros, como hacías en tiempos.

Cuando llegamos a la habitación del hotel, creo que me preguntaste cuatro veces si estaba segura de querer hacerlo. Y yo respondí que sí las cuatro

veces. Estaba bebida, pero no anulada. Sabía lo que quería. Lo que necesitaba.

—¿Y tú, quieres hacerlo? —pregunté finalmente.

—¡Por supuesto! —respondiste—. Pero no quiero que tengas remordimientos.

Te besé aún con más pasión y me concentré en tu sabor. Gabe más whisky era un sabor que conocía bien.

—Lucy, Lucy, Lucy —susurraste, como si no pudieras creer que de nuevo tuvieras la oportunidad de decir mi nombre.

Agarraste el filo de mi camiseta para subírmela y de pronto te paré, sujetándote una mano, súbitamente cohibida.

—Mi cuerpo ha cambiado —susurré.

Tú tiraste de la camiseta hacia arriba para quitármela por la cabeza.

—Tu cuerpo es increíble —me respondiste susurrando también.

Nos desvestimos mutuamente, como si fuese una pelea con la ropa, y tú me levantaste del suelo y me echaste en la cama. Un gesto que habías hecho conmigo once años atrás. Yo extendí los brazos hacia ti y te tumbé conmigo en la cama, y recorrí los músculos de tu espalda con las manos, notando cómo se contraían bajo mis dedos. Aquel verso de E. E. Cummings me venía una y otra vez a la mente. *i like my body when it is with your body*. Así es, Gabe. Me gusta más mi cuerpo cuando estoy contigo, me gusto más.

—No hay nadie como tú —susurraste cuando me penetraste—. No hay nada como esto.

Yo respondí arqueando la espalda y gimiendo.

—Nadie —dije en un jadeo—. Nada.

Después, nos quedamos tumbados, desnudos, encima de la colcha, tu cuerpo enroscado alrededor del mío como solíamos hacer. Con tu mano apoyada en mi estómago. Yo pensé en la primera vez que fuimos al Faces & Names, el trayecto hasta tu apartamento después, tus confesiones en la oscuridad.

—¿Y si te vinieras conmigo a Jerusalén?

—¿Y si nos fuésemos de viaje por una autopista de arcoíris y bailásemos en la Luna?

—Hablo en serio —dijiste, y me besaste en el cuello.

—Esto parece un *déjà vu* —respondí—. Solo que ahora seguramente podría apañar algo con mi trabajo. Como trabajar a distancia. Montar una

oficina satélite. No querrían prescindir de mí.

Me diste un mordisquito en el lóbulo.

—Belleza e inteligencia —dijiste.

Me giré para mirarte de frente.

—No puedo —señalé—. Lo sabes. Aquí están mis hijos, no puedo dejarlos y es imposible que Darren me permitiera llevármelos a Israel. Sobre todo si es para irme contigo. —Entrelacé los dedos con los tuyos—. Pero, si solo estuviera yo, me iría sin pensarlo.

Aún no me puedo creer que dijera eso. Que de verdad estuviera considerando tu propuesta después de una tarde en la cama contigo. Pero no fue solo una tarde, ¿no es cierto? Fue una tarde que llevaba fraguándose trece años. Y yo creía que Darren había terminado conmigo, que había encontrado a alguien que reunía todos los requisitos de quién sabe qué nueva lista que hubiera elaborado.

En ese momento no dijiste nada más, solo inclinaste la cabeza y dibujaste alrededor de mi pezón un círculo con la lengua. Sentí tu erección contra mi pierna.

—¿Otra vez? —pregunté.

Separaste la boca de mi seno.

—Haces que me sienta como si de nuevo tuviera veintitrés años.

—Entonces otra vez —asentí.

Por toda respuesta, bajaste a besos desde mi estómago.

Fue como volver a ser aquella estrella binaria, como volver a orbitar uno alrededor del otro, sin planetas ni asteroides en años luz a la redonda. Debería haber estado pensando en mis hijos o en mi marido, pero solo pensaba en ti y en lo que me hacías sentir. En cómo, con todos los años que habían pasado entre tú y yo, nuestra conexión parecía más profunda que cuando teníamos veinticuatro años. Los dos habíamos cambiado, pero de una manera que nos volvía más compatibles y no lo contrario. Hablamos sobre nosotros, sobre que nos mantendríamos en contacto, sobre la posibilidad de que yo fuera a verte a Jerusalén. Tú apuntaste tu nueva dirección en mi teléfono móvil.

—Quiero verte otra vez, así —dijiste recorriendo mi cuerpo desnudo con una mano.

Se me puso la piel de gallina desde los hombros hasta los tobillos. Los

pezones se me endurecieron. Me giré y te pasé el brazo por encima del pecho.

—Yo también —respondí—. Pero no tengo ni idea de cómo vamos a hacerlo.

—Si te está engañando, deberías dejarle —observaste después de apoyar la barbilla en mi coronilla—. Deberías estar conmigo.

Te besé en el cuello y suspiré. Estar tumbada contigo era embriagador, notaba la euforia que me producías siempre, el subidón Gabe; había vuelto a engancharme a ti. Iba a tener que empezar otra vez de cero, desengancharme de la adicción otra vez. Pero no quería.

—No es tan fácil —repuse—. Pero voy a ver si se me ocurre alguna razón para ir a Jerusalén por motivos laborales... ¿O a Londres, tal vez? Eso es más factible. ¿Podrías acudir allí?

—Lucy —dijiste, apretándome la espalda con el brazo—. Acudiré adonde sea para verte. Nunca imaginé que tendría una segunda oportunidad contigo, no pienso joderla. Eres mi luz. Siempre lo has sido.

—Lo sé —susurré, asimilando tus palabras—. Pero ahora soy responsable de otras personas. En parte por eso no le he dicho nada a Darren sobre esa otra mujer. ¿Qué les pasaría a Violet y a Liam si yo dejase a su padre? Tu madre y tú sufristeis mucho cuando tu padre os abandonó.

Te quedaste callado un rato y a continuación dijiste:

—Pero ¿cómo estarás tú si sigues con él?

Me acerqué aún más a ti.

—Ellos son más importantes que yo. Pero a lo mejor Darren da el primer paso. Veremos lo que el universo nos depara.

—¿«Aprovechar la corriente cuando es favorable»? —dijiste.

Sonreí al oír la cita.

—Al final volvemos siempre a Shakespeare, tú y yo, ¿eh?

—«Cuando en dulces sesiones, de meditar silente, / convoco en mi recuerdo las cosas ya pasadas» —recitaste—. Tengo un ejemplar de sus sonetos que me cabe en la mochila. He leído a Shakespeare en los rincones más inmundos del planeta, y de todos sus versos ese es el que más me gusta. Siempre, da igual dónde esté, me hace pensar en ti.

De nuevo estaba sometida a ti, Gabe, porque aunque había tantas cosas en ti que habían cambiado, tantas otras seguían como antes. Y esa parte de ti, la parte de ti que citaba versos de Shakespeare en cualquier momento y circunstancia, me hacía sentir joven, esperanzada e infinita. Por un instante,

me planteé pedirte que no te fueras. Me pregunté si tu respuesta sería diferente a la de diez años atrás. Pero me dio miedo que no. Y que, con mi pregunta, echase a perder la belleza de nuestra tarde.

—Te dejaré que ideas la manera —dijiste—. No te atosigaré.

—Creo que es lo mejor —respondí, lamentando que la realidad fuera así.

Me cogiste de la mano.

—Pero quiero que sepas que estaré pensando en ti —dijiste.

—Y yo en ti —susurré.

Nos dimos un último beso y me marché en metro a casa, orbitando aún a tu alrededor en mi imaginación.

Clases de secretos hay muchas. Están los secretos dulces, que queremos saborear como un caramelo; los secretos como granadas explosivas, con capacidad para hacer saltar por los aires todo nuestro mundo; y los secretos emocionantes, que son aquellos que, cuanto más los compartimos, más diversión procuran. A pesar de que nuestro secreto era como una granada de mano, a mí seguía pareciéndome un caramelo. Al volver a casa, me di una ducha pensando en tu tacto, en tus palabras, en tu cuerpo contra el mío. Me puse una vieja sudadera de la universidad que usaba cuando vivíamos juntos y unas mallas. En lugar de encender el ordenador para responder correos, cogí mi sobado ejemplar de *El amante de lady Chatterley*. No había vuelto a leerlo desde mis tiempos de estudiante. Ni siquiera estoy segura de cómo aquel libro se escapó de que lo vendiera de segunda mano en Strand, y me alegré de tenerlo aún. Fui directamente al capítulo decimoquinto: John Thomas y lady Jane. ¿Recuerdas ese capítulo? En el que se cuenta que lady Chatterley y Mellors se escabullen al cobertizo del jardín y se ponen uno al otro flores en el vello púbico. Cuando iba a la universidad, esa escena me parecía supererótica. Y sigue pareciéndomelo.

Durante una hora estuve leyendo sobre Connie, Mellors, Hilda y Venice. Pensé en que la tarde que habíamos pasado juntos era como la noche que pasaron Connie y Mellors antes de que ella se fuese de viaje a Italia.

Entonces oí la llave de Darren en la puerta de casa.

—¡Mami! —Violet entró como una flecha.

—¡Mami, mami! —Liam apareció corriendo detrás de ella.

Los dos saltaron al sofá conmigo y yo les besé el pelo.

—Papá nos ha contado un secreto —me informó Liam.

—Shh —le mandó callar Violet—. Si una cosa es secreta quiere decir que no se puede contar, Liam. ¿Es que no te acuerdas? Lleva tiempo siendo un secreto y en teoría no deberíamos saberlo.

De nuevo, el nombre Linda apareció en mi pensamiento como un fogonazo. ¿Les habría hablado de ella? Increíble.

Darren dejó en el suelo, junto a la puerta del salón, la bolsa de bártulos de los niños.

—Bueno, han conseguido callárselo treinta segundos.

—No se lo hemos contado, papá —se defendió Violet—. Palabra de honor, ¿a que sí, Liam?

Liam levantó el meñique.

Darren gruñó. Y acto seguido se marchó escaleras arriba.

—¡Oye, espera! —le llamé—. ¿Es que no me vais a contar el secreto, o qué?

—¡Sí, sí! —respondió él—. Ahora bajo, tengo que coger una cosa que quiero que veas.

—¿Cómo lo habéis pasado? —pregunté a los niños, haciendo de tripas corazón.

—Los abuelos nos llevaron al parque —contestó Violet—. Te acuerdas del parque, ¿verdad? Es más pequeño que el nuestro pero tiene un laberinto con unas paredes altísimas.

—Sí, me acuerdo —repuse—. Y tiene balancines.

Ella movió arriba y abajo la cabeza.

—Montamos en un balancín —dijo Liam.

—Pero como él es más pequeño, papá le ayudó para que yo no me quedara abajo todo el rato. —Violet brincó del sofá al suelo—. Me voy a ver a mis muñecos.

—Y yo me voy a ver a mis Legos —anunció Liam, saltando como había hecho ella.

Subí tras ellos las escaleras para ir en busca de Darren. Estaba en el estudio, el cuarto que él siempre me recordaba que podríamos convertir en otro dormitorio, para un tercer hijo si es que teníamos más. Había encendido el portátil.

—Pequeños mocosos —dijo, mientras abría varias ventanas—. No tenía pensado decírtelo hasta que hubiese terminado todos los preparativos, pero me oyeron hablar con mi padre. Quería hacerlo coincidir con nuestro

aniversario. ¿Te puedes creer que casi han pasado diez años?

—Ocho —respondí—. En noviembre hacemos ocho años de casados.

Darren sonrió.

—Diez, si contamos desde que nos conocimos. —Entonces giró el ordenador para mostrarme la pantalla—. He comprado esta casa.

A mi cerebro le costó procesar lo que acababa de decir.

—¿Que has qué?

—¡Ese era el secreto! —exclamó—. Llevo persiguiendo esta casa desde el verano siguiente a que naciera Violet. Quería comprar la casa en la que nos conocimos. Y al fin, este enero, convencí a los dueños para que me la vendieran.

Yo seguía haciendo denodados esfuerzos por comprender de qué me estaba hablando, pero Darren se levantó y me cogió de la mano.

—Sé que las cosas no han sido perfectas este último año, más o menos —dijo—, pero el verano pasado disfrutamos tanto en East Hampton y se me ocurrió que con esta casa...

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Oh, Darren —le dije, apretándole la mano. Todavía me amaba realmente, aún quería que lo nuestro funcionase. No había estado segura de ello hasta ese momento. Pero eso hacía aún más confusa su aventura. ¿Por qué motivo iba a engañarme con otra si estaba planeando esto?

Él me devolvió el gesto.

—He estado en contacto desde el otoño pasado, sin que supieras nada, con la agente inmobiliaria una señora encantadora que se llama Linda. El fin de semana que te dije que me iba con mis amigos a jugar al golf, en marzo, en realidad me fui a hablar con ella y cerramos el trato.

¿La agente inmobiliaria? Se me revolvieron las tripas.

Todos esos meses yo había vivido convencida de que me estaba engañando. Creé toda una imagen nueva de quién era Darren, de qué quería, un Darren que me había traicionado; creí haber comprendido lo que estaba pasando. Creí haberle entendido a él como él jamás me había comprendido a mí. Pero me había equivocado de plano.

—Y mientras te cuento todo esto, están reformándola —añadió—. La casa estaba en bastante mal estado cuando fui a verla. Bueno, ¿qué? ¿Te he sorprendido? ¿Te olías algo?

Pensé en el Darren del que me enamoré años atrás, el hombre que me había

hecho reír tanto que me dolía la cara, el hombre que había transformado los nubarrones de tormenta en un cielo soleado. Aunque no podía recordar cuándo había sido la última vez que habíamos llorado de risa, aquel Darren seguía allí y yo le había ignorado. Había escogido centrar mi atención en lo que estaba mal, en lugar de en lo que estaba bien. Y todo ese tiempo él había estado intentando comprar la casa en la que nos habíamos conocido. Intentando arreglar las cosas. Pero lo había hecho precisamente como yo le había pedido infinidad de veces que no actuara. Otra vez me había dejado al margen de una decisión trascendente.

Era todo demasiado apabullante. Rompí a llorar.

—¿Te gusta? —me preguntó—. ¿Lloras de alegría?

—Es preciosa —respondí, secándome los ojos. El sentimiento de culpa que sentía amenazó con engullir todo lo demás. Y la vergüenza.

Darren me rodeó con los brazos.

—Para ti, solo lo mejor —me susurró, cerca de mi pelo. Entonces, cerró la puerta con el pie y me besó con una pasión que no había percibido en él desde hacía mucho tiempo.

Yo le correspondí al beso, y, por segunda vez en un lapso de cinco horas, un hombre me quitaba la camiseta. Por segunda vez, un hombre me lamía el pecho. Por segunda vez, sentí la erección de un hombre contra mi pierna. Pero esta vez, a pesar de que mi cuerpo reaccionó, yo estaba como entumecida.

—Es que no soportaba tener secretos para ti —me dijo Darren después, mientras volvía a ponerme la sudadera—. Pero, viendo tu reacción, ha merecido totalmente la pena. A lo mejor el próximo fin de semana podríamos hacer una escapada para volver a familiarizarnos con la casa.

—Qué buena idea —dije yo, asegurándome de no derramar más lágrimas y de que mi rostro luciera una sonrisa—. Me encanta.

Volvió a besarme y entonces abrió la puerta para llamar a los niños a voces.

—¡Mamá ya sabe el secreto de la casa nueva! ¿Quién quiere pizza para celebrarlo?

Pensé que no iba a ser capaz de probar bocado.

El lunes por la mañana en la oficina intenté apartarlo todo de mi mente (a ti, la habitación del hotel, a Darren, la casa de la playa) para concentrarme en el nuevo programa que estaba preparando. Aún no había decidido cómo llamarlo, pero la idea consistía en invitar a músicos famosos a componer canciones en las que presentasen a los niños diferentes aspectos del gobierno. El programa piloto iba a tratar sobre las monarquías y estábamos en negociaciones con Elton John para que compusiese las canciones de ese episodio. El concepto había surgido en realidad de una conversación que había tenido con Violet el día de las últimas elecciones: me preguntó a quién iba a votar yo para princesa.

Pero me sentía incapaz de concentrarme en la llamada que debía hacer al representante de Elton John o en las notas que estaba escribiendo sobre la propuesta de guion. Necesitaba hablar con alguien sobre lo que había pasado, sobre tú y yo, sobre Darren y yo... Pero me sentía tan avergonzada. Sabía que mi hermano no dejaría de quererme y que Kate seguiría siendo mi mejor amiga, pero me daba horror que, si les contaba de lo que había sido capaz, cambiasen siquiera un ápice la opinión que tenían de mí. Pensé que pasaría eso, sin duda. Yo en su lugar también modificaría mi opinión sobre mí.

Sin embargo, la que quizá sí me entendería sería Julia. Desde que habíamos ido juntas a ver tu exposición en la galería, me preguntaba siempre por ti. Y como ella no estaba casada, tal vez no le afectaría tanto como supuse que les afectaría a Kate o a Jason. Así pues, la llamé a su oficina.

—¡Hola! —exclamó al contestar—. Justo te iba a llamar hoy. Tengo noticias.

Estiré el cable del teléfono y me quedé mirando por la ventana.

—¿Buenas?

—Magníficas —dijo ella—. He presentado mi preaviso esta mañana.

—¿Has conseguido otro trabajo? —pregunté.

Julia había estado buscando otra cosa desde hacía unos meses, pero los puestos de director artístico escaseaban y solo salían vacantes muy de tanto en tanto, sobre todo porque ella no quería dejar el mundo de los libros infantiles.

—Exacto. —Noté que sonreía al otro lado del teléfono—. Estás hablando con la flamante directora artística de Little Golden Books de Random House. ¡Empiezo dentro de tres semanas!

—¡Enhorabuena! —la felicité—. Eso es fabuloso. A Violet le encantan los libros de Little Golden Books. Tenemos como veinte en casa.

—Bueno, pues ya me dirás si hay algún título que le haga ilusión tener. En cuanto empiece, podré conseguir algunos ejemplares del almacén. —Julia colma de regalos a mis hijos cada vez que nos vemos. La mitad de los libros que tienen en las estanterías han sido obsequios suyos, sin exagerar.

—Gracias —contesté—. Seguro que Violet se alegra un montón.

—Bueno, pero me llamabas para contarme algo —dijo Julia— y yo he acaparado la conversación.

—No has acaparado nada —repose—. Solo llamaba para ver qué tal.

No podía hacerlo. Ni siquiera a Julia podía confesarle lo que había hecho, contarle de qué disparates me había convencido a mí misma, ni lo que te había dicho a ti, o lo equivocada que había estado. Y, desde luego, no me sentía capaz de confesarle que, en lo más profundo de mi ser, a pesar de todo, seguía queriendo dejar a Darren para estar contigo.

Porque tú... Tú me hacías sentir viva, Gabe. Ni siquiera sé si tengo palabras para expresarlo. Cuando tú estabas cerca, el mundo parecía más grande, lleno de posibilidades. Yo me veía más inteligente, más sexi, más guapa. Tu forma de verme era única. Entendías mi esencia profunda y no querías cambiarme. Me querías precisamente por ser como era. Darren me quería a pesar de ser como era. Creo que esa es la mejor forma de describirlo. Y necesité hasta la última gota de dominio de mí misma para no ceder a mi deseo de llamarte, de estar contigo. Sin embargo, nunca me hubiese perdonado hacer daño a mis hijos. Aunque eso implicase ahogar ese sentimiento para siempre.

A lo largo de la semana siguiente a nuestro encuentro, no paré de luchar para apartarte de mi mente. Pero las noticias de lo que estaba sucediendo entre Israel y Gaza llenaban los periódicos y las noticias de internet. «¡Él está allí!», clamaba el universo. «¡Piensa en él!». Miraba con lupa cada foto en busca del nombre del autor, en busca de tu nombre. Y lo encontré en una imagen especialmente fascinante. Cinco mujeres, todas con la cabeza tapada con velo, llorando. Una tenía un brazo extendido hacia delante, como si quisiera detener algo que estaba pasando fuera de la imagen. Era un funeral por un niño palestino al que habían matado, según leí. De este modo supe que habías dejado Jerusalén y que te encontrabas en la ciudad de Gaza.

Unas semanas después los medios de comunicación pasaron a denominar el conflicto una guerra en toda regla. Vivía pegada al televisor, horrorizada viendo las batallas delante de mis narices. Había tantos niños allí; algunos parecían niños de primero de primaria como Violet, o de preescolar como Liam. Estuve viendo la entrevista que un periodista le hacía a una mujer que explicaba que por las noches no dejaba que sus tres hijos durmieran en una misma habitación, porque así, si una bomba alcanzaba una parte de la casa, no mataría a todos sus niños de un plumazo. Luego vi a otras familias de cuyas casas no quedaba piedra sobre piedra.

—¿Te apetece ver *CSI*? —me preguntó Darren, dejándose caer a mi lado en el sofá mientras yo veía el telediario.

—Claro —respondí y cambié de canal. Pero me resultó imposible seguir el argumento. Mi mente, y mi corazón, seguían en Gaza.

Estaba en mi trabajo cuando llamaste.

—Gabe —dije.

—No puedo seguir haciendo esto —respondiste—. Vuelvo a casa.

El corazón se me aceleró dentro del pecho.

—¿Qué pasa? —te pregunté.

—Nunca en mi vida había visto nada parecido —me explicaste—. Las mujeres, los niños. —Se te quebró la voz al decir esta última palabra—. No dejo de pensar en ti. En el Warwick. Me equivoqué al pedirte que vinieras a Jerusalén. Debería haberme ofrecido a quedarme yo en Nueva York. ¿Sigues Darren con la tal Linda? ¿Has hablado con él?

Se me cortó la respiración. Eso era lo que yo había deseado, el ofrecimiento que había esperado. Pero ya no importaba. Empecé a hablar para ganar tiempo:

—Gabe, estás haciendo un trabajo excelente allí. Vi tu fotografía en la portada del *New York Times*. Estás mostrándole al mundo lo que está pasando. Estás haciendo realidad tu sueño.

Escuché tu respiración entrecortada.

—Yo creía que iba a contribuir a cambiar las cosas, pero... Luce, solo son fotos. No han servido para cambiar nada. El mundo sigue siendo una mierda. Y ahora... tengo la sensación de que me exige un sacrificio demasiado alto. Te echo de menos. No dejo de pensar en ti.

—Yo también te echo de menos —dije—. Pero, Gabe, si vuelves..., no puedo prometerte que... Gabe, no vuelvas por mí. No me obligues a elegir. Darren no me estaba engañando. Él... me había comprado una casa. La casa en la que nos conocimos. Y Linda era la agente inmobiliaria. —Me partió el

alma decirlo pero sabía que era lo que debía hacer, por mis hijos, por mi vida. Necesitaba ser responsable, concentrarme en mi matrimonio, no romper mi familia en pedazos.

Te oí tomar aire, exhalarlo, inhalarlo, mientras aguardaba tu respuesta.

—¿Eso es lo que quieres, Lucy? —preguntaste en voz baja—. ¿Eso lo arreglará todo?

Cerré los ojos.

—No —respondí—. No es lo que quiero y no arreglará nada. Pero es un comienzo. Te dije que no dejaría a mis hijos. No voy a romper mi familia.

Imaginé el sufrimiento que se trasluciría en tu semblante. Traté de endurecer mi corazón para que no me afectase.

—De todos modos, creo que necesito volver —dijiste con la voz embargada de emoción—. Creo que tengo que volver por mí. Voy a presentar la carta de renuncia. Con suerte estaré en casa a finales del verano. Y... no cuento con que hagas nada respecto a mí. Pero, Lucy, la vida es tan corta. Quiero que seas feliz. Quiero que los dos seamos felices.

Me quedé sin saber cómo responder porque yo también quería que fuésemos felices. Pero no veía el modo de hacerlo realidad.

—Está bien —contesté—. Cuídate hasta entonces. Hablamos... Hablamos cuando vengas.

—Te quiero, Lucy —dijiste.

No podía dejar que tus palabras quedasen suspendidas así, no cuando yo sentía lo mismo.

—Yo también —susurré mientras los ojos se me llenaban de lágrimas—. Yo también te quiero, Gabe.

Y era verdad, y sigue siéndolo y siempre lo será. Me di cuenta en ese momento. También quiero a Darren, pero lo que tenemos tú y yo es diferente. Si no te hubiera conocido nunca, quizá Darren me bastaría. Pero probé de la fruta prohibida. Comí del árbol del conocimiento. Vi cuánto más hay ahí.

Sabía que iba a tener que olvidarlo, ignorar lo que podría ser. Porque «Me gusta más Gabe» no me parecía que fuese una razón aceptable para cargarme mi matrimonio con un hombre bueno y generoso. No me parecía una razón aceptable para hacerles eso a mis hijos.

Me tomé el resto del día libre. Volví a casa y me quedé dormida abrazada a *El amante de lady Chatterley*.

Hay cosas que sabemos sin saberlas.

Debí haberme dado cuenta cuando me quedé frita en la cama de Liam a las ocho y media, mientras le leía el cuento de *Si le das una galletita a un ratón*.

Y debí haberme dado cuenta también cuando se me retrasó la regla cinco días y luego diez.

Pero no caí hasta que me desperté un día con la certeza de que iba a vomitar antes de que me diera tiempo a llegar al cuarto de baño. Así pues, eché mano de la papelera que teníamos cerca de la mesilla de noche.

—Santo cielo —dijo Darren, incorporándose en la cama con un respingo—. ¿Estás enferma?

Mientras me secaba la boca con la mano, mi cerebro encajó las piezas a toda velocidad.

—Más bien embarazada, creo —le contesté, y gruñí—. ¿Tenemos tests de embarazo en el armarito?

Até la bolsa de plástico de la papelera con un nudo bien prieto, mientras mis neuronas terminaban de procesar el resto de la información, en concreto el recuento de semanas que estaba haciendo mentalmente. Hubiera jurado que no estaba ovulando el día en que tú y yo estuvimos juntos, el mismo en que unas horas más tarde estuve con Darren. Pero debí de equivocarme. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo, al tiempo que un único pensamiento se apoderaba de mi consciencia: «¿De quién es el niño?».

—¿Qué dices, en serio? —preguntó Darren.

—Tan en serio como la Defenestración de Praga —respondí, tratando de que el susto, el espanto, no se me notaran en la cara.

Darren saltó de la cama y me envolvió con sus brazos.

—¡Pero esto es fantástico! —exclamó—. ¡Vamos a llenar todo este piso de personitas! Sabes que siempre he querido tener más. Nuestra nueva casa debe de haber sido un amuleto de la suerte.

—Eso debe de ser —dije, pensando justo lo contrario. La cabeza me daba vueltas.

«¿Se lo cuento? ¿No se lo cuento?». Si se lo contaba, ¿me dejaría? ¿Me echaría de casa? ¿Sería el fin, nuestra familia sería pasto de las llamas? No podía contárselo. Pero ¿y si el niño era tuyo? ¿Cómo iba a permitir que él criase a tu hijo?

—Voy a vomitar otra vez —le dije, y salí corriendo al cuarto de baño.

No me podía creer que estuviera viviendo aquello, que esta fuese mi vida. Parecía un culebrón de la televisión.

Sabía que tenías pensado regresar en breve a Nueva York. Así pues, decidí que lo mejor sería esperar. No tenía por qué decírtelo. O, en todo caso, no por teléfono. Ni de inmediato.

Ojalá hubiese sido otra mi decisión. De haber sabido que teníamos el tiempo contado, de haber sabido que acabaríamos aquí, así, te hubiese localizado ese mismo día. Ojalá pudiera rebobinar nuestra historia y hacer esa llamada telefónica. Tal vez habrías vuelto a casa. Quizá nunca te habría ocurrido lo que pasó.

Son tantos los instantes en que el mundo de una persona puede cambiar por completo. Algunos se deben a una decisión que se toma. Otros, creo, podrían atribuirse al universo, al destino, a Dios, a un poder supremo, da igual cómo quieras llamarlo. No sé. Llevo ya trece años debatiéndome sobre esta cuestión.

Aquel martes me dirigía a la oficina en taxi. Tal vez fuese por la incertidumbre, por el sentimiento de culpa o porque aún no te había dicho nada, pero el caso es que las náuseas que tuve durante las semanas siguientes al descubrimiento de que estaba embarazada fueron tan espantosas que prefería no arriesgarme a coger el metro y vomitarle encima a la persona que tuviera al lado. Por eso, esos días iba a trabajar en taxi. Darren me propuso contratar a un taxista para que me llevase y me trajese del trabajo, pero me pareció excesivo. En vez de eso, simplemente paraba un taxi cada mañana. Y en ocasiones también cuando volvía a casa después de trabajar. El que lo denominó «náuseas matutinas» se quedó pero que muy corto. Yo llevaba siempre al menos dos bolsas de plástico en el bolso. De momento nunca había vomitado en el taxi. Otra cosa era en mi oficina. Creo que mi asistente acabó tan horrorizada que debió de plantearse el celibato.

Estaba respirando despacio, tomando el aire por la nariz, expulsándolo por la boca para intentar serenar mi organismo, cuando de pronto me sonó el móvil. Era un número desconocido, pero atendí la llamada por si tenía algo que ver con Violet o con Liam. Desde que era madre, mis hábitos de filtrado de llamadas habían cambiado. Lo último que quería era no responder una llamada si uno de mis hijos me necesitaba.

—¿Hola? —dije.

—¿Lucy Carter Maxwell?

—Sí —respondí, si bien el único sitio donde aparecía con ese nombre era Facebook.

—Soy Eric Weiss —dijo el desconocido—. Soy uno de los editores ejecutivos de Associated Press. Trabajo con Gabriel Samson.

—¿Sí?

—La llamo para informarla de que Gabe ha resultado herido.

Guardó silencio. A mí se me cortó la respiración.

—¿Herido? Pero ¿está bien?

—Está en un hospital de Jerusalén.

Entonces mi cerebro empezó a dar alcance a mi corazón.

—Un momento, ¿por qué me llama para decirme esto?

Oí que Eric respiraba hondo al otro lado de la línea telefónica.

—Tengo delante el archivo personal de Gabe y aparece su nombre como contacto en caso de emergencias y como representante legal en caso de urgencia médica. Dice aquí que es una buena amiga suya, ¿correcto? Vamos a necesitar que tome ciertas decisiones.

—¿Decisiones? —repetí—. ¿Sobre qué? ¿Qué ha pasado?

—Perdone, permita que empiece por el principio —dijo Eric.

Entonces me contó lo que había sucedido. Estabas en la ciudad de Gaza. Había combates en el barrio de Shujaiya. Se produjo una explosión y tú te encontrabas demasiado cerca del lugar. Fue todo tan rápido que no te dio tiempo a correr. Un médico israelí se ocupó de ti sobre el terreno y la agencia consiguió que te trasladaran a un hospital de Jerusalén, pero no respondías a ningún estímulo y necesitabas respiración asistida. Me dijo que no creía que te fueras a recuperar. Habías firmado una orden de no reanimar, pero nadie lo supo hasta que estuviste ya enchufado a las máquinas y ahora necesitaban mi autorización para desconectarte de ellas.

—No —dije al teléfono—. No, no, no, no, no.

—¿Señora? —me preguntó el taxista—. ¿Va todo bien?

—Por favor, dé la vuelta —le susurré—. He de volver a mi casa.

Regresé al piso, me subí a gatas a la cama y lloré. Durante horas. Entonces, llamé a Kate y le conté a grandes rasgos lo que te había pasado.

—Creo que tengo que irme a Jerusalén —le expliqué—. No puedo decirles que desconecten a Gabe de esas máquinas hasta que le haya visto una vez más. No puedo permitir que muera sin tener cerca más que a desconocidos, o

que se despierte, confundido y herido, él solo.

—Ahí hay una guerra... —dijo Kate como si estuviera desenredando sus ideas a medida que las iba verbalizando—. Pero yo trabajo con una empresa que tiene su sede central en Tel Aviv y parece que mantienen una actividad normal. Así que no creo que sea tan peligroso como parece desde aquí. O al menos en el lado israelí.

—Y estoy embarazada —añadí, interrumpiéndola.

—¿Estás embarazada? —Pareció desconcertada, al saltar de un tema a otro de la conversación—. ¿Cuándo...? Pensé que ya no querías más bebés. Aguarda. Deja que...

Oí que cerraba la puerta de su despacho.

—Vale, ¿qué está pasando?

—El niño podría ser de Gabe —dije yo, en voz baja—. No lo sé. —Aún no le había contado nada sobre nosotros ni sobre lo que había ocurrido en el Warwick, motivo por el cual tampoco le había dicho que estaba embarazada. Me daba demasiada vergüenza y me preocupaba demasiado lo que pudiera pensar de mí. Pero había llegado a un punto en que ya no me importaba. La necesitaba. Necesitaba un hombro amigo.

—Oh, Lucy —dijo—. Lucy. —Guardó silencio unos segundos y a continuación agregó—: ¿Por qué no me lo habías contado? Bueno, ahora no importa, ya hablaremos de eso más adelante. Por lo pronto: ¿quieres que vaya contigo a Jerusalén?

Emití un sonido que era una mezcla entre sollozo y suspiro de alivio.

—Te quiero —le dije—. Perdona por no haberte... Eres la mejor mejor amiga del mundo.

—Que no se te vaya a olvidar —contestó.

—Pero, aunque esté embarazada, aunque haya una guerra, creo que necesito ir yo sola a Jerusalén.

Sabía que no iba a ser nada fácil explicarle la situación a Darren, especialmente sin informarle sobre lo que había pasado en el Warwick. Y seguramente no habría debido ni intentarlo. Si de verdad hubiera querido centrarme en mi matrimonio, habría firmado lo que tenía que firmar desde Nueva York y le habría dicho a Eric Weiss que los médicos debían hacer lo que considerasen que era mejor. Pero aun a sabiendas de que eso era lo que

tenía que hacer, me sentía incapaz. Sobre todo si el niño que llevaba en las entrañas era tuyo. ¿Cómo podría explicarle a ese hijo que había abandonado a su padre cuando más me necesitaba?

—¿Me estás tomando el pelo? —replicó Darren con cara de incredulidad cuando se lo conté, después de haberle llevado a nuestro dormitorio en cuanto llegó a casa de trabajar—. ¿Quieres que deje que mi mujer embarazada coja un avión a una zona en guerra para que pueda sentarse junto al lecho de su ex amante?

Su forma de decirlo me reafirmó aún más en mi decisión.

—No es tan peligroso como parece —argüí—. Y, Darren, no te estoy pidiendo que me dejes hacer nada.

—Vamos, que me estás diciendo que te vas, ¿no? ¿Y mi opinión no cuenta para nada? —Iba de un lado para otro, delante de la cama—. ¿Por qué coño ese gilipollas te nombró su representante legal para cuestiones médicas?

Noté que se me abrían los ojos como platos por efecto del asombro. Darren casi nunca decía tacos y además su voz estaba teñida de rencor.

—Lo que te estoy diciendo es que quiero ir —respondí—. Te estoy diciendo que necesito hacer esto o me arrepentiré toda la vida.

Se me hizo un nudo en la garganta. Mientras decía aquello, me preguntaba: ¿rompería mi matrimonio por esto? Yo te había pedido que no volvieres a Nueva York por mí, que no me obligases a escoger, pero, puestos a ello, me pregunté si te habría escogido a ti.

—¿Pero tú te das cuenta de que hay una guerra allí? ¿Sabes siquiera si los vuelos siguen operando?

Lo había comprobado antes de que Darren llegase a casa.

—Los de la compañía El Al sí —respondí, controlando el temblor de mi voz—. Y además Israel cuenta con un sistema de defensa contra cohetes. No es que me vaya a ir a Gaza. No correré peligro.

—¿Y si hay alguna complicación con el bebé?

—Su sistema de urgencias médicas es mejor incluso que el nuestro —le expliqué—. Lo he mirado en internet. —No era el momento de decirle que quizás el niño no fuese suyo. Me pregunté si alguna vez habría un momento para decírselo.

Podía ver que Darren estaba tranquilizándose. Que se planteaba las diferentes variables y que comprendía que no iba a ganar fácilmente aquel pulso.

—Por favor, confía en mí —le dije—. Es algo que necesito hacer.

Se masajeó la frente durante unos segundos.

—Te lo juro, Lucy —dijo finalmente—. No entiendo qué pasa entre tú y ese tipo, cómo se las arregla para seguir arrastrándote a su órbita. Te dejó hace diez años. Uno pensaría que algo así no se olvida. Si tienes que irte, adelante. Pero quiero que vuelvas lo antes posible. El domingo como muy tarde. Es peligroso.

—Vale —respondí. Si me marchaba al día siguiente, dispondría de tres días en Jerusalén. Me hubiese gustado quedarme más tiempo, pero, si tenía la intención de volver a casa sin que mi matrimonio se desintegrara a mi regreso, comprendía que debía ceder en algo. Y realmente Darren es un hombre bueno. Incluso estando enfadado como estaba, estuvo de acuerdo con que viniera. Por eso todo esto está siendo tan duro. Sería más fácil si fuese un imbécil.

Así pues, saqué el billete de avión, con el viaje de vuelta para el domingo por la mañana. Hice la maleta. Y llamé a Kate para contarle mi plan.

Después de todo lo que había pasado entre tú y yo, no me podía creer que esto fuera a lo que la vida nos había llevado.

Embarqué junto con el resto del pasaje de primera clase y mi compañera de asiento resultó ser una señora judía ortodoxa. Llevaba en la cabeza un pañuelo de seda estampado, anudado en la nuca. Cuando me senté, me sonrió.

Yo le devolví el gesto. Pero en realidad iba ya concentrada en respirar lentamente, en tratar de ahuyentar la náusea y en obviar el regusto amargo que notaba en la garganta. De nada sirvió: mientras el resto del pasaje embarcaba, yo me arrodillé en el aseo del avión y vomité. «Por favor, que no me pase así todo el vuelo», supliqué de viva voz al tirar de la cadena, y me limpié la boca.

—¿Todo bien? —me preguntó la señora, en un inglés con mucho acento, cuando volví a mi asiento. Debía de estar blanca como una sábana.

—Embarazada —le dije, apoyando la mano en la parte baja del vientre. Y añadí—: Un bebé. —No estaba segura de cuánto inglés sabía la mujer.

Ella asintió sin decir nada y se puso a buscar algo en su bolso. Entonces, me ofreció una bolsa de caramelos con la etiqueta en hebreo.

—Esto ayuda —dijo—. Yo los como en el avión.

Me llevé uno a la nariz para olerlo.

—¿Son de jengibre? —pregunté.

Ella se encogió de hombros. No había entendido esa palabra.

—Ayuda —repitió.

Supuse que no tenía mucho que perder, así que le quité el envoltorio al caramelo y me lo eché en la boca. Lo chupé y la verdad es que empecé a encontrarme mejor.

—Gracias —le dije.

—Yo tengo cinco —comentó ella, señalando mi vientre—. Siempre náuseas.

—Este será mi tercero —le expliqué.

—¿Es judía? —me preguntó, supongo que queriendo entender por qué estando embarazada me dirigía a Israel en plena guerra.

—No —respondí.

—¿Su... —buscó una palabra y al final se decantó por una— ... hombre está en *Yisroel*?

Me encantó que utilizase la palabra «hombre» en lugar de «marido».

—Sí —contesté—. Es periodista. Y está en el hospital. Lo hirieron de gravedad en Gaza.

Al decirlo, noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. Aparte de a Kate y Darren, no había hablado con nadie más sobre ti y sobre lo que te había pasado.

Sin comerlo ni beberlo, me vi en brazos de aquella señora, que al tiempo que me abrazaba murmuraba cosas en hebreo o yidis, idioma que yo desconocía pero que me reconfortó de todos modos. Me da vergüenza admitirlo, pero lloré sobre su hombro y la dejé que me acariciase la cabeza. Cuando finalmente me aparté de ella, mi mano se quedó en la suya. Y más tarde, cuando nos trajeron la comida, ella siguió acariciándome el brazo como si quisiera decirme, sin palabras: «Todo saldrá bien».

Cuando me desperté, después de haber dormido unas cuantas horas, vi que me habían tapado con una manta de la compañía aérea.

—Gracias —le dije.

—Dios tiene un plan —repuso—. Y un hijo es siempre una bendición.

No estoy segura de creer ninguna de las dos cosas. No me gusta la idea de que este sea el plan de Dios para ti. Y se me ocurren ejemplos en los que tener un hijo puede considerarse cualquier cosa menos una bendición. Pero, desde luego, la fe y la callada fortaleza de aquella mujer me ayudaron. Existe un componente de paz en la creencia de que solo somos actores encima de un escenario, que representamos nuestras historias de acuerdo con las directrices de otro ser.

¿Es este el plan de Dios, Gabe? ¿Acaso hay un Dios?

Aterrizamos en Tel Aviv a la hora prevista. Avisé a Darren de que había llegado bien y a continuación cogí un taxi para venir directamente al hospital. Se me hizo raro no comunicarme contigo por mensaje de texto para decirte que había llegado. O llamarte para preguntarte en qué habitación estabas o cómo podría encontrarte. Pero no tenía a nadie a quien llamar. A nadie con quien hablar. Solo estábamos yo... y el bebé.

«Me alegro de que estés conmigo», dije en voz baja dirigiéndome a mi vientre. De alguna manera, saber que había otro ser humano allí, viviendo todo aquello conmigo, me hizo sentir menos sola.

En el hospital, dos guardias de seguridad comprobaban los bolsos de todo el que entraba.

—Necesito encontrar la habitación de un paciente —les dije, nerviosísima, mientras les entregaba el mío, antes incluso de pararme a averiguar si hablaban mi idioma.

—El mostrador de información está allí. La señorita podrá indicarle —dijo uno de los guardias cuando hube pasado por el detector de metales y recuperé mis cosas. El hombre me señalaba una mesa que había detrás de él.

Corrí a la mesa de información lo más rápido que pude, arrastrando la maleta de ruedas.

—Por favor —dije una vez allí—. Necesito encontrar la habitación de un paciente. Gabriel Samson.

La mujer que atendía debió de notar lo angustiada que estaba. Y mi aspecto no debía de ser el mejor del mundo. Un vuelo de diez horas y media y la diferencia horaria no ayudaban. Estoy segura de que tenía los ojos

enrojecidos y llevaba la ropa y el pelo hechos un desastre. La mujer encontró tu nombre en el ordenador en un segundo.

—Planta ocho —dijo—. Cuidados intensivos. Habitación 802. —A continuación, señaló los ascensores.

Pulsé el 8 e intenté recordar en qué planta estaba la habitación que habías cogido en el Warwick. Cerré los ojos e imaginé tu dedo pulsando el botón. Era la 6. ¿O la 5? Una lágrima rodó por mi mejilla. Si te morías —me cuentas entonces—, yo sería la depositaria de nuestros recuerdos. Sería la única persona sobre la faz de la Tierra que los hubiese vivido. Tengo que esmerarme. No puedo olvidar los detalles.

El ascensor emitió un toque de campanilla y se abrieron las puertas. Acudí a la mujer del mostrador y le expliqué que había ido a verte. Ella asintió y me dijo que podía sentarme. Que los doctores vendrían enseguida. A continuación, levantó el teléfono y se puso a hablar a toda velocidad en hebreo.

—Espere —le dije—. Es que yo quiero ver antes a Gabe. ¿Puedo verle ahora?

La mujer tapó con la mano el receptor del teléfono.

—Pronto. Pero primero los médicos quieren hablar con usted —contestó.

Yo iba con mi maleta y mi bolso extragrande para el avión. Me fui con todo hasta una silla de color gris, de aspecto institucional, y me senté. Cerré los ojos y traté de recordar la primera vez que te vi. ¿Llevabas una camiseta blanca o era gris? ¿Tenía un bolsillito? ¿Un logo en el lado izquierdo? Tenía el cuello ligeramente en forma de pico, de eso sí me acuerdo.

Abrí los ojos al oír que alguien carraspeaba delante de mí.

—¿Señora Maxwell? —preguntó el hombre. Llevaba una bata blanca. Me recordó la de Jason.

Asentí y me levanté.

—Soy Lucy Maxwell —dije, tendiéndole la mano.

El hombre la estrechó.

—Me llamo Yoav Shamir —se presentó—. Soy el neurólogo del señor Samson. —Habla un inglés casi perfecto, salvo porque se tragaba las erres.

—Gracias por cuidar de él —le dije.

Dos mujeres que estaban justo detrás del doctor Shamir dieron un paso al frente.

—Yo soy Dafna Mizrahi —se presentó la más alta de las dos, con un

acento más marcado—. Soy la especialista en cuidados intensivos.

Le estreché la mano también.

—Encantada de conocerla —contesté como una tonta.

Entonces se presentó la otra mujer. No iba con bata de médico, sino con un vestido fresco de vivos colores. Se tapaba los hombros con un fular.

—Yo soy Shoshana. Shoshana Ben-Ami —dijo—. Trabajo como asistente social en el hospital. He reservado una habitación en la que podremos hablar los cuatro, ¿vamos? —Por su acento, me pareció que era británica. Me pregunté si habría vivido en el Reino Unido toda la vida y se habría trasladado a Israel hacía poco, o si tal vez uno de sus padres era británico y ella había crecido hablando ambos idiomas.

—De acuerdo —repose, y me fui con los tres. Entre el vuelo, la diferencia horaria y lo surrealista que era todo, me sentía como si estuviera en una nube, como si todo aquello estuviera teniendo lugar en un mundo onírico, en el que el sonido viajaba a través de una atmósfera de algodón hasta llegar a mí.

—¿Sabe lo que pasó? —me preguntó la doctora Mizrahi cuando nos sentamos los cuatro en una habitacioncita silenciosa. Había una mesa, sillas y un teléfono.

—Algo, sí —respondí yo dejando el bolso a mis pies.

—¿Desea conocer los detalles? —me preguntó—. Tengo aquí el informe del equipo de emergencias.

Por lo general, siempre quiero saberlo todo. Normalmente, cuanto más información tengo, más siento que lo tengo todo bajo control. Pero en esta ocasión dije que no.

—Solo quiero verle a él —respondí.

Ella asintió.

—Le verá enseguida, pero antes queremos darle cierta información.

El doctor Shamir se había sentado en una silla enfrente de mí.

—Como sabe —dijo—, su amigo sufrió un traumatismo cerebral severo. ¿Quiere que le explique los resultados de las pruebas?

Respiré hondo.

—Solo dígame: ¿qué probabilidades tiene de recuperarse? Y ¿cuánto tiempo tardará?

Los dos doctores se miraron.

—Tiene afectada la zona inferior del cerebro —dijo el doctor Shamir—. Es la región que ejecuta las funciones vitales básicas.

—Tragar, respirar —aclaró la doctora Mizrahi.

—Pero ¿podría recuperarlas? —pregunté. La esperanza se me había posado en el alma. Y entonaba una melodía sin palabras. ¿Estuviste en aquella clase, en Columbia? ¿La clase que dedicaron a Dickinson? No me acuerdo. Ojalá lo recordara.

Volvieron a cruzarse una mirada. Ahora fue la doctora Mizrahi quien tomó la palabra:

—El doctor Shamir y yo le hicimos la prueba de muerte cerebral —dijo—. Y el cerebro de su amigo... no funciona.

—Pero ¿volverá a funcionar? —pregunté—. Como una pierna rota o una garganta irritada. ¿Puede recuperarse? —Mientras iba en el taxi desde Tel Aviv había imaginado que oirías mi voz y te levantarías. Te había imaginado entero y feliz entre mis brazos.

El doctor Shamir me miró con franqueza. Las gafas le agrandaban los ojos castaños.

—El señor Samson está en muerte cerebral —dijo—. Esto quiere decir que ya nunca más volverá a respirar por sí solo ni a tragar ni a hablar ni a caminar. Lo siento muchísimo.

«El señor Samson está en muerte cerebral». Sentí una poderosa oleada de náusea recorriéndome el cuerpo de arriba abajo. Miré como loca por todas partes en busca de una papelera y me abalancé sobre la que tenían en un rincón, justo cuando me daba la primera arcada. «Muerte cerebral. El cerebro está muerto. Muerto». Te habías muerto. Para siempre. Mi organismo rechazaba la noticia, lo rechazaba todo.

Los músculos de mi estómago se contraían a oleadas, queriendo expulsar de mi cuerpo todo lo que pudiera.

La doctora Mizrahi se acercó a mí y se arrodilló a mi lado.

—Respire hondo —dijo—. Por la nariz.

Lo intenté y dejé de sentir arcadas.

—Una vez más. —La doctora me ayudó a levantarme y me llevó a la silla. Yo no lloraba. Estaba como entumecida. Me sentía como si mi consciencia se hubiese partido en dos. La parte que experimentaba las sensaciones se había separado del resto de mi ser. Estaba en el techo, observando la reunión.

Shoshana salió de la salita y regresó con un vaso de agua.

—¿Necesita algo más de tiempo? —me preguntó.

Negué con la cabeza. Me sentía como un robot. Como si mi cuerpo y mi

boca se moviesen mecánicamente.

—Disculpen —les dije.

—No tiene por qué pedirnos disculpas —contestó Shoshana, acariciándome la mano.

—Es que estoy embarazada —respondí, queriendo explicarme—. Venía ya con el cuerpo revuelto de antes. Creo...

—¿De cuánto está? —me preguntó la doctora Mizrahi.

—De algo más de ocho semanas —respondí.

Ella movió afirmativamente la cabeza y se sentó en la silla vacía que había a mi lado.

—Puede decidir dejarle con respiración asistida —me explicó—. Podemos hablar de la duración y de los riesgos que entraña. Pero a los familiares y a los amigos les digo siempre que piensen en lo que desearía su ser querido. ¿Cómo desearía vivir el resto de su vida? —Extendió un brazo hacia la mesa para coger una carpetilla y buscó un papel concreto—. Esta es una copia de la orden de no reanimar que nos hizo llegar Associated Press.

Cogí el papel y me quedé mirando tu firma, tan conocida para mí... Toda ángulos allí donde uno esperaría ver trazos curvilíneos. Estaba fechada el 3 de octubre de 2004. Comencé a leer el impreso pero me detuve. Entendía lo que significaba. Seguía como entumecida, robótica, como si no estuviese realmente allí. No estaba segura de qué decir. Lamenté encontrarme sola. Lamenté que no estuvieras a mi lado.

—¿Cuándo puedo verle? —pregunté.

—La doctora Mizrahi puede llevarnos ahora —dijo Shoshana—. O bien podemos quedarnos a hablar usted y yo. Sobre lo que quiera. —Me tendió una bolsa de plástico—. Tengo aquí la cámara fotográfica del señor Samson para usted, y su móvil y su cartera. También están las llaves de su casa. Y una llave de hotel. Era lo que llevaba encima. —Eché un vistazo al contenido de la bolsa. Tu móvil estaba dañado. Sorprendentemente, tu cámara parecía intacta, aunque vi varias manchas de barro (o de sangre) reseca encima de la lente.

Respiré hondo, temblorosa. Aquello era demasiado. Mi mente nublada de pronto imaginó todo lo que dejabas en este mundo. ¿Iba a tener que ocuparme de todas esas cosas también? Por un instante, deseé que Darren estuviera allí conmigo; él habría sabido qué hacer. O Kate. Decidí que llamaría a Kate por teléfono. Pero antes tenía que verte. Para eso estaba aquí.

Para eso había hecho este largo viaje.

—Gracias —le dije a la asistente social—. Pero solo deseo verle. ¿Puedo verle ya?

—Desde luego —respondió ella, y se puso de pie y recogió mi maleta.

—Tenemos que ser fuertes —murmuré al bebé. O tal vez a mí misma. Salí detrás de Shoshana y de la doctora Mizrahi. El doctor Shamir se marchó hacia el otro lado, no sin antes informarme de que estaba a mi disposición para aclarar cualquier cuestión.

Asentí y se fue.

Entonces, me detuve.

—Hay una cosa que sí me gustaría comentarle —dije, en mitad del pasillo. Shoshana se detuvo y me miró.

—¿Sí?

Respiré hondo nuevamente. No podía creerme que fuese a preguntar esto.

—¿Cuánto tiempo de gestación tiene que haber transcurrido para que se pueda hacer un test de paternidad?

La doctora Mizrahi se había parado también. Bajó la vista fugazmente a mi barriga y a continuación volvió a mirarme a la cara.

—Hay un análisis de sangre que se puede hacer ya a las ocho semanas —respondió—. También dice el sexo del niño.

Así con fuerza la bolsa de plástico. Las cosas que habías dejado en este mundo.

—Gracias —respondí.

Entonces, la doctora Mizrahi nos llevó hasta ti.

Al entrar en tu habitación, tuve que agarrarme al marco de la puerta para no caerme. Volví a sentir náuseas y luché por aplacarlas.

Te habían introducido un tubo de respiración por la garganta. Tenías los labios resecos y agrietados alrededor de la goma. Te habían vendado la cabeza y la suave zona por debajo de tus ojos cerrados estaba amoratada. Además, te habían entablillado el brazo izquierdo, desde el codo hasta la muñeca. Por todas partes había tubos y máquinas y pitidos. Pero eras tú. Aquí estabas. Tu pecho subía y bajaba. Estabas vivo. Sabía lo que acababan de comunicarme los médicos, pero lo obvié.

—Gabe —te llamé sin voz. La habitación olía a metal y a medicina, a una mezcla de antiséptico, sudor y sangre. Me arrodillé junto a tu cama y te cogí la mano. Tus dedos tenían una temperatura cálida, lo cual me tranquilizó. Me los llevé a la cara y sentí pena por que no pudieras acariciarme los labios con el pulgar, por que no pudieras oír mi voz.

Pensé en la última conversación que habíamos tenido. La conversación en la que nos habíamos dicho que nos queríamos. En la que yo te pedí que te quedases en Jerusalén, que no me obligaras a escoger.

—Lo retiro —susurré—. No quería decirlo. Vuelve. Gabe, vuelve. Por favor. No me dejes.

No sucedió nada. No te moviste. Ni un espasmo, ni un parpadeo.

Del pecho me salió un sollozo sin poder contenerlo, y ya no pude retener el llanto. Se me agarrotó la garganta, me dolían las costillas, el cuerpo entero se me agitaba. Y me derrumbé en el suelo.

No sé cuándo entró Shoshana en la habitación pero de pronto estaba a mi lado, apoyando la mano en mi hombro.

—Señora Maxwell. Lucy.

La miré a ella en lugar de a ti. Traté de frenar aquellos sollozos que me convulsionaban por entero. Con su ayuda, me levanté del suelo.

—Vamos a caminar fuera un poco —me dijo—. ¿Tiene a alguien aquí que pueda acompañarla?

Negué con la cabeza.

—No, a nadie —contesté casi sin poder articular la voz. Pensé en Kate, en pedirle si podía coger un avión esa noche. Ella vendría si se lo pedía. Respiré hondo entre temblores.

—Todo va a ir bien —aseguró Shoshana al tiempo que me hacía dar media vuelta para llevarme de nuevo al pasillo—. Casi ha terminado el horario de visitas. ¿Por qué no intenta descansar un poco? No tiene que tomar ninguna decisión hoy.

—De acuerdo —repuse. La voz me temblaba tanto como yo misma.

—¿Necesita un coche para que la lleve a un hotel? ¿O al apartamento del señor Samson? —me preguntó Shoshana.

Yo había reservado habitación en un hotel pero me acordé de las llaves de tu apartamento que estaban en la bolsa de plástico. Tenía tu dirección en mis contactos, donde me la tecleaste aquella tarde, estando juntos en la cama. Sentí que era allí adonde debía ir.

—Un coche —dije—. Sería perfecto.

Shoshana asintió sin decir más y regresó al cabo de unos minutos con mi maleta.

—Deje que la acompañe fuera para llegar al taxi. —Me tendió una tarjeta—. No tengo por costumbre hacer esto, pero aquí tiene mi número personal. Si necesita cualquier cosa, llámeme. Detrás le he apuntado también mi móvil.

—Gracias —dije, y me guardé la tarjeta en el bolso.

Ella recogió otra vez mi maleta y la seguí por una puerta giratoria que daba al aparcamiento. Un pensamiento me cruzó la mente a toda velocidad, y se fue igual de rápido que había entrado: si esta era la manera en que el destino me concedía mi deseo, de hacer que no tuviera que escoger entre tú y Darren, yo tampoco quería seguir viviendo en este mundo.

¿Qué piensas tú, Gabe? ¿Elegiste informar desde Gaza? ¿Tomar esas fotos en el momento, en el lugar y de la forma en que las tomaste? ¿Te llevaron hasta aquí tus propias elecciones? ¿O todo esto obedece a un designio previo? ¿Es este tu final predestinado? ¿Nuestro final predestinado? Tengo mi

opinión al respecto, pero desearía tanto poder escuchar la tuya.

El taxista me llevó por unas callejas sinuosas, con la intención de ofrecerme de paso un pequeño recorrido por la ciudad. Era la primera vez que venía a Israel y era consciente de que debía fijarme un poco en lo que veía, valorar la importancia del lugar en el que me hallaba, pero seguía como en una nube. Tenía la mente copada por las imágenes de ti en la cama de hospital. Y por la del doctor Shamir explicando: «El señor Samson se encuentra en muerte cerebral». Me dije: «No lo pienses. Céntrate en lo que estás haciendo ahora. Mantente fuerte. Piensa en su apartamento». ¿Me resultaría familiar? ¿Me sentiría como si estuviera en casa? ¿Encontraría algo de ti que no conociese de antes... y querría enterarme ahora? Por un instante, se me ocurrió que quizá habría sido mejor ir al hotel, después de todo. Pero ya estábamos en camino. Y, para serte sincera, deseaba ver el sitio en el que habías vivido. Quería rodearme de ti.

—Ah, Rehavia —había dicho el taxista cuando le di tu dirección—. Muy bonito.

Y tenía razón. Tu barrio era precioso: acogedor, tranquilo. Centré mi atención en los edificios por los que pasábamos, en lugar de en lo que acababa de ver y oír en el hospital. Imaginé cómo habrían sido las cosas si te hubiese dicho: «Vale, me voy contigo a Jerusalén». ¿Habría bajado a comprar a ese mercado de ahí? ¿Habría tomado café en esa tiendita? ¿Habríamos disfrutado estando juntos, o habría estado todo teñido de un regusto triste? En medio de mi nube y de mi entumecimiento, sentí una punzada de añoranza por Violet y Liam. Hacía menos de un día que me había despedido de ellos y ya los echaba de menos. Deseé poder abrazarlos, sentir el calor de sus cuerpecitos contra el mío, sus bracitos alrededor de mi cuello. Jamás habría

sido capaz de dejarlos.

Cuando nos detuvimos ante tu edificio, saqué mis cosas y me quedé parada delante de la entrada. Detrás de una verja metálica había una puerta de madera, ambas encajadas en un bello arco de piedra. Yo también habría elegido un edificio como ese. Parecía consistente, reconfortante, como si llevase siglos protegiendo familias, resguardándolas de todo peligro. Rebusqué las llaves en la bolsa de plástico y probé una tras otra hasta que di con la que abría la reja y con la de la puerta de madera. Subí por las escaleras hasta el tercer piso y de nuevo luché con la cerradura hasta encontrar la llave que la abría.

Una vez dentro, a solas, de repente me sentí como una intrusa. Se me había olvidado que habías vivido muy poco tiempo en Jerusalén antes de ir a Gaza. Y que además habías estado muy atareado con tu trabajo. Por eso tu apartamento no estaba realmente montado aún. Había cajas de libros abiertas pero sin desembalar. Unas cuantas fotos enmarcadas, apoyadas en las paredes pero sin colgar aún. Unas alfombras con dibujos, de colores vivos, como las que había visto en los bazares turcos. Un sofá marrón. Un escritorio de madera atestado de cachivaches electrónicos y cables. Una silla. Te imaginé trabajando sentado en ella, con tu ordenador, recortando imágenes, ajustando la saturación de los colores, aumentando el contraste, como hacías cuando vivíamos juntos. Me esforcé lo mejor que pude para imaginarte aquí y no en el hospital. Estabas vivo, hacías lo que más te gustaba, sonreías. En mi imaginación, al menos.

Empujé la puerta de tu cuarto y vi, doblada en la parte de los pies de la cama, la misma manta que te había tirado a la cara la noche que me dijiste que te marchabas. La cogí y me acaricié la mejilla con ella. Conservaba aún tu olor, ligeramente. En la mesilla de noche tenías *La luz que no puedes ver*. Me senté en tu cama y me fijé en que tenías puesto un punto de lectura en el libro. En la página 254. No ibas a poder leer más de aquel libro. Nunca lo terminarías ya. Tu vida se había interrumpido, a medio camino. Como una película que se hubiese atascado en el carrete y ya no llegaría a su final natural. Dejaste tantas cosas sin hacer. Tantas cosas que no terminarías, que no verías, que no sabrías.

—Yo terminaré el libro —dije en voz alta—. Lo leeré por ti, Gabe.

Entonces me fijé en el punto de lectura. Era el tique de nuestro almuerzo en el Faces & Names. Recorrí la fecha con la punta de los dedos. Creo que, ni

siquiera si hubiese sabido que iba a ser la última vez que te vería, habría hecho nada de otra manera. Igualmente habría pegado mi cuerpo al tuyo en el bar. Igualmente me habría acostado contigo en la habitación del hotel, una y otra vez. E igualmente te habría dicho que no podía venirme contigo a Jerusalén.

Aun así, no puedo evitar preguntarme si habría pasado lo mismo en el caso de que te hubiese dicho que sí. Si hubiese venido contigo a vivir a esta casa, y hubiese estado aquí esperándote, ¿habrías ido con más cuidado? ¿Habrías actuado con más prudencia de haber sabido que había un bebé que podría ser nuestro?

Me toqué el vientre. ¿Concebimos un hijo aquella tarde?

Moviéndome como si estuviera atontada, regresé al salón de tu apartamento y a continuación entré en la cocina. La nevera estaba casi vacía: mostaza y unos botellines de cerveza. En el armario, un paquete de café en grano y una caja medio vacía de té, además de dos bolsas de pretzels, una sin abrir, la otra cerrada con una pinza de oficina. No sabía que te gustaran tanto los pretzels. ¿Por qué no sabía esto de ti?

De vuelta en el salón, encontré en tu escritorio un cable de iPhone y puse mi teléfono a cargar. Había también por allí dos cámaras y un iPad. Deduje que tu portátil estaría en tu alojamiento de Gaza. Me entró la duda de si iba a tener que averiguar la forma de recuperarlo. «A lo mejor me ayudan los de la agencia de prensa. Debería llamarlos. Debería llamar a Kate. Debería llamar a Darren, la verdad», pensé.

Tan pronto como mi móvil estuvo suficientemente cargado para encenderse de nuevo, empezó a tintinear: entraron un sinfín de mensajes de texto y de mensajes del contestador, de mi madre, de mi hermano, de Kate, Darren, Julia, de la gente de la oficina. Abrí el cajón de tu mesa para buscar papel y boli para hacer una lista, pero en vez de eso encontré un sobre, lo único que contenía el cajón. Un sobre que decía: «Últimas voluntades y testamento de Gabriel Samson».

Me mordí el labio. Abrí el sobre. Tu picuda letra ocupaba toda la hoja. Tengo la carta conmigo en estos momentos.

Yo, Gabriel Vincent Samson, en plena posesión de mis facultades mentales y físicas, declaro que este documento recoge mis últimas voluntades y testamento, y revoco por el presente todos los demás testamentos que he redactado.

Nombro a Adam Greenberg mi albacea testamentario. Si él no puede o no quiere, nombro a Justin Kim.

¿Sabes lo que ha pasado? ¿Les llamó tu jefe, también? Debería avisarlos. Debería llamar a Adam.

Encargo a mi albacea que pague, de los fondos de mis cuentas bancarias, todos los impuestos o tasas relacionados con mi fallecimiento y entierro, así como las facturas o deudas pendientes a mi nombre.

Lego a Lucy Carter Maxwell los derechos de toda mi obra creativa: de todas las fotografías que he tomado, así como los derivados de mi libro Desafiante, y del nuevo libro en el que estoy trabajando y que se encuentra almacenado en mi portátil, en una carpeta titulada «Nuevos comienzos». Le cedo todo el control y la propiedad de mi copyright.

Me llevé una sorpresa al leer esta parte, Gabe. Me pregunté si era una especie de disculpa por haber expuesto aquellas fotos de mí en tu muestra fotográfica en la galería de Nueva York sin consultarme. También me daba cuenta de que era tu manera de unirme a ti para el resto de mi vida. Yo moriré antes de que expiren tus derechos de autor. ¿Tenías eso en mente cuando redactaste el testamento? ¿Deseabas que tú y yo quedásemos vinculados el máximo de tiempo posible?

La parte sobrante de mi patrimonio pecuniario, una vez liquidados todos los impuestos, tasas y facturas, deberá repartirse a partes iguales entre dos organizaciones benéficas: el National September 11 Memorial & Museum y la fundación Tuesday's Children.

Si Lucy Carter Maxwell deseara conservar alguno de los objetos de mi propiedad, se los lego. De lo contrario, quisiera que mi albacea encuentre un lugar adecuado al que donarlos.

Lo que firmo el 8 de julio de 2014.

¿Fue ese el día que partiste para Gaza? ¿Redactabas un nuevo testamento cada vez que viajabas a una zona en conflicto? ¿O fue algo diferente en esta ocasión?

Son tantas las conversaciones que quiero mantener contigo, tantas las preguntas que quiero hacerte, que lamento no haberte hecho... Y hay tanto que lamento no haberte dicho. Decidí entonces, después de terminar de leer por primera vez tu testamento, que había una cosa que necesitaba decirte antes de que murieras, aunque no pudieras responderme y aunque no tuviera la seguridad de que pudieras oírme si te la decía.

Saqué de mi bolso la tarjeta que me había dado Shoshana Ben-Ami y tecleé su número.

—¿Cuánto tardaría el hospital en hacer una prueba de paternidad? —le pregunté.

Quedé con Shoshana en la clínica al día siguiente. Me había pedido cita con un obstetra del hospital que me exploró y que a continuación accedió a solicitar el test. Y la doctora Mizrahi, por su parte, pudo pedir que te sacaran también a ti una muestra de sangre.

Por teléfono, Shoshana me había contado que no sabía cuánto tardarían en tener los resultados. «Lo puedo averiguar —me había dicho—. Pero me inclino a pensar que llevará unos días. El Sabbat comienza mañana por la noche».

Me había olvidado por completo del Sabbat. Pero había calculado que me bastaría con obtener los resultados el domingo por la mañana. Las máquinas podían seguir respirando por ti hasta entonces. Yo podía seguir a tu lado hasta entonces.

Pero el universo tenía otros planes. La doctora Mizrahi se reunió con nosotras en el laboratorio de flebotomía.

—El señor Samson se encuentra bien en estos momentos, pero ha pasado mala noche —dijo en cuanto nos hubo saludado.

—Llámenle Gabriel, por favor —les dije a las dos. Esas mujeres conocían nuestros secretos. Se me hacía raro que se refiriesen a ti de un modo tan formal—. ¿Qué ha pasado?

—Le subió la fiebre —me explicó, mientras entraba con ella en el laboratorio—. El residente que se quedó a cargo pensó que tal vez se trataba de una septicemia, pero le aumentaron la dosis del antibiótico y le administraron acetaminofeno y la fiebre bajó. Ahora se encuentra estable.

—¿Septicemia? —pregunté; después de oír aquella palabra, prácticamente ya nada logró penetrar en mi cerebro.

—Por desgracia, a veces pasa con pacientes conectados a equipos de asistencia vital. Se trata de una infección grave. Pero parece que Gabriel la ha evitado, al menos de momento. —La doctora Mizrahi se había detenido en cuanto entramos en el laboratorio. Y yo me había parado cerca de ella.

—¿Podría morir de un momento a otro? —pregunté—. ¿Por una septicemia?

—Mantenerse en asistencia vital entraña numerosos riesgos —fue su respuesta.

Pensé en pedirle que me los enumerara, pero en lugar de eso pregunté:

—¿Hay algún modo de conseguir esos resultados hoy mismo? ¿O mañana? No quiero que muera sin saberlo. —Noté que se me hacía un nudo en la garganta y por un instante me pregunté si eso sería más fácil, dejar que murieras por una causa que no fuese la de haber tomado yo la decisión. Pero solo de pensar que la septicemia corroyese tu cuerpo, que te envenenase por dentro, me estremecí. No podía permitirlo. No iba a permitir que ocurriese algo así.

—Veré lo que podemos hacer —respondió la doctora.

Entonces un hombre de mirada dulce, con una coleta larga y rizada, me hizo la extracción de sangre y se comprometió a enviar los resultados tan pronto como los tuviera. Y a continuación me vine contigo.

Así pues, aquí estamos, Gabe. Cuando entré en tu habitación esta mañana lo llevé mejor. No me desmoroné. Estoy armándome de valor. Voy a ser fuerte. Por ti. Por el bebé. Estoy haciendo como si esto fuese un cometido del que soy la responsable y que hay que llevar a cabo. Y lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

La enfermera que se encontraba en la habitación cuando llegué me explicó que podías oírme. Ya sé lo que me contó el doctor Shamir sobre tus funciones cerebrales, pero la enfermera me dijo que igualmente te hablase, así que eso hice. Eso estoy haciendo ahora.

Te he contado nuestra historia. Te he hecho preguntas que nunca podrás responderme. Te he hablado del bebé. De este bebé que quizá sea nuestro. O quizá no.

No sé qué sería peor: que lo sea o que no.

Tengo cogida tu mano en este instante. ¿Sientes mis dedos sobre los tuyos?

El hospital no debió haberte conectado a estas máquinas, pero nadie sabía nada y ahora estás aquí y no pueden desconectarte mientras yo no diga lo contrario. Estoy procurando no enfadarme contigo por esto. Pero en serio, Gabe, ¿cómo pudiste ponerme en semejante aprieto? ¿Cómo pudiste pedirme que pusiera fin a tu vida? ¿No te paraste a pensar en cómo me afectaría tener que tomar semejante decisión? Voy a tener que vivir con esto el resto de mi vida, Gabe. Ahora mismo sé ya que reproduciré esta experiencia en mis sueños, una y otra vez. Que sentiré el tacto de estas sábanas almidonadas, que oiré tus respiraciones mecánicas, cadenciosas.

¿Te parece bien si me subo en la cama contigo? Tendré cuidado. No tocaré ninguno de los tubos. No te haré daño en el brazo roto. Solo quiero... abrazarte una vez más. Me siento tan bien cuando puedo apoyar la cabeza en tu pecho. Siento que es su sitio. Siempre lo ha sido.

Tú me has moldeado. ¿Lo sabías? Tú, el 11-S. La persona que soy, las decisiones que he tomado. Se deben a ti. Se deben a aquel día.

¿Te importa si te doy un beso en la mejilla? Solo quiero sentirte una vez más en contacto con mis labios.

Nada de lo que haga servirá para que vuelvas, ¿verdad?

Tengo que aceptar eso.

Hijo mío:

No sé cuándo te daré esta carta, si es que algún día te la doy. ¿Cuando cumplas dieciocho años? ¿Cuando te licencies en la universidad? ¿Aguardaré y te la dejaré en una caja de seguridad, para que la abras después de mi fallecimiento? O quizá lo sepas ya en tu infancia y crezcas sabiendo todo esto. Tal vez sea un secreto demasiado grande para callarlo.

Necesito contarle a alguien lo que ha pasado estos dos últimos días (han sido los dos días más difíciles de mi vida, hasta el momento) y me siento tan agradecida por que hayas estado aquí conmigo, formando parte de mí. Una vez leí un artículo, cuando estaba embarazada de tu hermana, sobre la conciencia prenatal. Es posible que en algún rincón de tu mente, en lo más profundo, tengas tu registro de todo esto, tus propios recuerdos. Pero en caso de que no sea así, quiero contarte los míos. Porque estos últimos días deben quedar registrados.

Ayer averigüé quién fue tu padre. Y esta mañana he puesto fin a su vida. Estaba sentada a su lado cuando ocurrió. Tenía la cabeza apoyada en mi hombro. Mis labios besaban sus cabellos.

Su doctora, la doctora Mizrahi, entró en la habitación y me preguntó si estaba preparada.

Intenté pronunciar las palabras. Pero no pude. Simplemente asentí en silencio.

«Está haciendo lo debido», dijo ella.

Tu padre se encontraba en muerte cerebral. Había estado en un lugar en el que se había producido una explosión, en Gaza. Nunca se recuperaría de

las lesiones. Yo lo había hablado con la doctora, una y mil veces. No había ninguna probabilidad de que fuera a recuperarse.

Volví a asentir en silencio. Aun sabiendo que estaba haciendo lo correcto, era durísimo. Tanto que casi resultaba imposible.

La doctora me observó durante unos segundos, y yo noté la inmensa empatía de su mirada. Me alegré de que fuese ella quien lo hiciera y no otra persona, ha sido una mujer muy buena conmigo y con tu padre.

«Puede abrazarlo», me dijo.

Entonces fue cuando lo estreché contra mí, cuando le rodeé con mis brazos y apoyé la cabeza en la de él. «¿Puedo hacer esto?», pregunté.

Ella respondió que sí, moviendo la cabeza.

Cerré los ojos y acerqué los labios a sus cabellos. Me sentí incapaz de mirar mientras ella desconectaba el tubo de respiración. La máquina que había cerca de mí se puso a pitar como loca y yo noté que el corazón empezaba a palpitarme al mismo ritmo enloquecido. Las alarmas emitieron su largo lamento. Abrí los ojos y miré a la doctora Mizrahi que acallaba la máquina, cuyo monitor mostraba una línea recta. Se produjo entonces una respiración prolongada que sonó como un estertor, y a continuación nada más.

Un silencio sepulcral.

Tu padre había fallecido.

Las lágrimas me emborronaron la visión. Le pedí perdón mentalmente. Una y otra vez. Aborrecía lo que había tenido que hacer. «Lo siento», susurré. «Lo siento. Lo siento. Lo siento».

Durante años tu padre y yo hablamos sobre el destino y el libre albedrío, la fatalidad o el poder de decisión. Creo que tengo la respuesta ya. Fue una elección mía. Ha sido elección mía todo este tiempo. Y suya. Nos elegimos mutuamente.

En este preciso instante estamos en el apartamento de tu padre. Él está a nuestro alrededor, aunque haya muerto. Podemos verle en todas partes, en la luz dorada que entra por las ventanas del dormitorio al amanecer, en los carmesíes y los azules medianoche de la alfombra persa del suelo, en los aromáticos granos de café guardados en su cocina, un café que él no beberá ya nunca. Pero nosotros lo beberemos por él, tú y yo.

Si cuando leas estas líneas yo he muerto, indaga por el nombre de tu padre: Gabriel Samson. Busca su obra. Busca la exposición que hizo en la

galería Joseph Landis de Chelsea en 2011. Espero que a partir de sus fotografías puedas ver con qué profunda sensibilidad veía él el mundo (y lo profundos que fueron nuestros sentimientos recíprocos). Él, tu padre, fue un artista brillante, sensible, bello, que intentó hacer de este mundo un lugar mejor con cada fotografía que tomaba. Quiso llevar esas historias más allá de las fronteras, de las demarcaciones, de las razas y las religiones. Y lo consiguió. Pero a cambio entregó su vida.

No fue perfecto. Eso es algo que deberías saber. Tampoco yo lo soy. A veces fue egoísta, egocéntrico, pagado de sí. Consideraba que el sacrificio era un acto de nobleza.

Nunca tuvo conocimiento de tu llegada. Debí habérselo dicho. Quizá eso hubiese cambiado las cosas. Solo me cabe imaginar que si hubiese sabido que estabas en camino, su forma de pensar habría sido otra, habría estado menos dispuesto a arrojarse a la lucha, al fragor de la batalla. No puedo imaginar que hubiese deseado sacrificar el tiempo que iba a vivir contigo. O quizá todo hubiese seguido igual. Tal vez no hubiese cambiado absolutamente nada.

Fuiste concebido con amor, quiero que lo sepas. Venga lo que venga, pase lo que pase después de que escriba esta carta, sea como sea la vida que llevemos cuando la leas, y sea quien sea el hombre al que te hayas acostumbrado a llamar «papá», necesito que sepas cuánto quise a tu padre. Fue una pasión que trascendió el tiempo, el espacio y toda lógica. Espero que algún día encuentres un amor así, un amor que todo lo consuma, un amor potente, que te haga sentir que estás volviéndote un poco loco. Cuando te entregues a un amor así, tu corazón saldrá magullado. Saldrá apaleado. Pero además te sentirás invencible e infinito.

Ahora que él ya no está, no sé si alguna vez volveré a sentirme así. Si alguien volverá a hacerme sentir tan especial, tan elegida, tan deseada como él me hacía sentir. Tan tenida en cuenta. Pero me considero afortunada por haber vivido esos sentimientos. Me considero afortunada por haberle conocido. Y por tenerte.

Aún no has salido al mundo, pero ya te quiero, hijo mío. Y sé que, esté donde esté, tu padre también te quiere.

Agradecimientos

Escribí un primer esbozo de lo que después sería *La luz que perdimos* en el año 2012, a raíz de que se terminase una relación de pareja que yo había creído que duraría eternamente. En el curso de los siguientes cuatro años, fui trabajando en esta novela en los paréntesis de que dispuse entre las entregas de otros libros. Y resultó que esos cuatro años fueron de los más tormentosos de mi vida. En ese período de tiempo reflexioné mucho acerca del amor, la pérdida, el destino, el poder de decisión, la ambición y el arrepentimiento, y muchas veces di gracias por haber tenido entre manos la creación del mundo de Lucy cuando el mío propio empezaba a resultarme abrumador.

Me siento muy agradecida a los amigos y familiares que me apoyaron durante esos cuatro años, tanto en los momentos de alegría como en los momentos tristes. Pero, aun expresando mi agradecimiento a todas y cada una de esas personas maravillosas que forman parte de mi vida, quiero mencionar expresamente a aquellas que me ayudaron a transformar en novela los esbozos que escribí. Así pues, doy las gracias a Amy Ewing, quien leyó las primeras veintiocho páginas y me alentó a continuar; a Marianna Baer, Anne Heltzel, Marie Rutkoski y Eliot Schrefer, el mejor taller de escritura del planeta, que se leyeron más de una reescritura de esta historia y, como siempre, me dieron ánimos y me hicieron sus críticas exactamente como lo necesitaba; a Talia Benamy y a Liza Kaplan Montanino, cuyas opiniones (e innumerables conversaciones subsiguientes) me parecieron inestimables; y a Sarah Fogelman y Kimberly Grant Grieco, mi mini «grupo» de debate, cuyas lúcidas reflexiones sobre Lucy como madre y esposa terminaron de dar forma a los borradores finales de la novela. Gracias también a mis hermanas: Alison May y Suzie Santopolo, quienes me brindaron sus conocimientos

profesionales sobre cuestiones médicas y hospitalarias; a mi tía, Ellen Franklin Silver, que me ayudó con la parte relativa a la labor de una productora de televisión; a Atia y Conor Powell, que respondieron mis preguntas sobre el trabajo de los reporteros que informan desde Gaza; y a Bari Lurie Westerberg, que me contó la anécdota del pelo de Jeff y la lavadora y, posteriormente, accedió a que tomase prestada una versión de su historia para incluirla en la novela. Y un millón de gracias a Nick Schifrin, quien remató conmigo el argumento de mi libro en una servilleta de papel, quien se hizo cargo de que la trayectoria profesional de Gabe en el periodismo sonase verosímil, corrigió mis datos sobre Jerusalén, exploró Rehavia conmigo y leyó y conversó sobre prácticamente todas las escenas de la novela, al menos tres veces, animándome a llegar más al fondo y apuntándome frases él mismo cuando yo no estaba muy segura de por dónde tirar. Nick, una entrada para ver *Hamilton* ni siquiera vale para empezar a expresarte mi agradecimiento por toda la ayuda que me prestaste.

Sin embargo, este libro seguiría siendo un manuscrito en mi ordenador si no hubiese sido por dos mujeres alucinantes: mi agente, Miriam Altshuler, y mi editora, Tara Singh Carlson. Miriam, valoro muchísimo todo lo que haces por mí y por mi obra y no sabes cuánto le agradezco a la vida que me llevase hasta ti. Y Tara, con tu capacidad de ver más allá, Lucy, Gabe, Darren y su historia cambiaron para mejor. Gracias por defender mi manuscrito, gracias por plantearme las cuestiones de edición perfectas y gracias, Ivan Held, Sally Kim, Helen Richard, Amy Schneider, Andrea Peabbles, Kylie Byrd, Claire Sullivan y todo el equipo de Putnam y Penguin, en especial Leigh Butler, Tom Dussel y Hal Fessenden, por darme la oportunidad de compartir con el mundo *La luz que perdimos*.

Pero nunca habría imaginado que sería capaz de escribir un libro si no hubiese sido por dos personas. Mi agradecimiento final es para mi madre, Beth Santopolo, y para mi padre, John Santopolo, aunque él ya nunca lo verá; por no haber actuado ni una sola vez como si mis sueños fuesen desechables y por haberme alentado siempre a perseguirlos, fueran cuales fueran. Es algo que valoraré toda la vida.

Lista de lectura de Lucy y Gabe

Desde que tengo uso de razón, los libros, las obras de teatro y los poemas han sido importantes para mí y en esta novela lo son también para Lucy, Gabe y su relación. Algunas de las referencias literarias son bastante obvias y otras no tanto. A continuación agrego una lista, por orden de aparición, de todas las obras literarias a las que hacen referencia Lucy y Gabe a lo largo de *La luz que perdimos*.

Julio César, de William Shakespeare

Tito Andrónico, de William Shakespeare

La Ilíada, de Homero

«El camino no elegido» («The Road Not Taken»), poema de Robert Frost

Mythology: Timeless Tales of Gods and Heroes, de Edith Hamilton (el mito de Perséfone)

Romeo y Julieta, de William Shakespeare

El dador, de Lois Lowry

La muerte de Arturo, de sir Thomas Malory

Las metamorfosis, de Ovidio (la historia de Pigmalión y Galatea)

“i like my body when it is with your body”, el poema de E. E. Cummings

El «Soneto XXX» de William Shakespeare

El amante de lady Chatterley, de D. H. Lawrence

Si le das una galletita a un ratón, de Laura Numeroff, con ilustraciones de Felicia Bond

«La esperanza es esa cosa con plumas» («“Hope” is the thing with feathers»), de Emily Dickinson

La luz que no puedes ver, de Anthony Doerr

Notas de la traducción

[1] *Stargazer* significa literalmente «que mira a las estrellas».

Una historia de amor para el siglo XXI.

Una novela conmovedora sobre el poder imperecedero del primer amor con un final inolvidable.



Él fue el primer hombre que la conmovió, que la inspiró, que la comprendió de verdad. ¿Estaba destinado a ser el último?

Lucy y Gabe se conocieron durante su último año en la universidad un día que les cambiaría para siempre. En ese momento decidieron que necesitaban hallar un sentido para su vida, aprovecharla, dejar huella. Jóvenes y enamorados, parecían tener el mundo a sus pies. No esperaban que fueran sus propios sueños los que los separaran. Pero Gabe aceptó ir a trabajar como fotógrafo de prensa a Oriente Próximo y Lucy decidió continuar su carrera en Nueva York.

Así comienzan trece años de anhelos, deseos, celos, traiciones y, sobre todo, amor. Separados por continentes, pero nunca lejos del corazón. ¿Era realmente su destino acabar juntos su viaje?

*Espero que algún día encuentres un amor así,
un amor que todo lo consuma, un amor poderoso,
que te haga sentir que te estás volviendo un poco loco...
Pero además invencible e infinito.*

Reseñas:

«Ya está aquí la nueva novela que te emocionará: fans de *Yo antes de ti* y *Siempre el mismo día*, os va a encantar.»

New York Post

«La historia de amor épica del año... el final te acompañará durante meses.»

Redbook

«Esta conmovedora historia capta a la perfección los sacrificios que hacemos por amor y por nuestros sueños.»

Real Simple

«Ten a mano tus pañuelos de papel... Este libro se te clava en el corazón en la primera página y deja sus señales mucho después de que lo hayas acabado.»

Bustle

«Desgarrador y a la vez lleno de belleza.»

US Weekly

«Una hermosa y demoledora historia que cautivará a los lectores.»

Kirkus Reviews

Sobre la autora

Jill Santopolo se graduó en Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia y cursó un máster en escritura en el Vermont College of Fine Arts. Ha publicado con éxito tres series de libros infantiles y juveniles y trabaja como directora editorial de Philomel Books, un sello de Penguin Young Readers. Es además profesora adjunta del máster en Bellas Artes de The New School y recorre el mundo dando charlas sobre escritura y narrativa. Vive en Nueva York.

Título original: *The Light We Lost*

© 2017, Jill Santopolo

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho de reproducción en su totalidad o en parte en cualquier forma.

Esta edición se publica por acuerdo con G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© 2018, Inés Belaustegui Trías, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-206-7

Adaptación del diseño original de Sandra Chiu: Penguin Random House Grupo Editorial

Imágenes de portada: (ciudad) © Canicula / Shutterstock Images; (pareja) © Denis Gorelkin / Shutterstock Images

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[La luz que perdimos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Capítulo 73](#)

[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Capítulo 80](#)

[Agradecimientos](#)

[Lista de lectura de Lucy y Gabe](#)

[Notas de la traducción](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)